

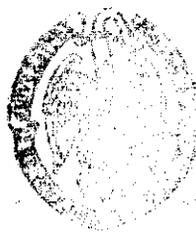
**LOS VETTONES.
ARQUEOLOGIA DE UN PUEBLO PROTOHISTORICO.**

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS



* 5 3 0 9 8 3 7 0 3 2 *

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



ARCHIVO

TESIS DOCTORAL

1997

22.089

**LOS VETTONES.
ARQUEOLOGIA DE UN PUEBLO PROTOHISTORICO.**

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Tesis Doctoral dirigida por el
Profesor D. Gonzalo Ruiz Zapatero,
Catedrático de la Universidad
Complutense de Madrid.

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Prehistoria - 1997

INDICE

INTRODUCCION	11
I. HISTORIA DE LA INVESTIGACION	17
1. Antecedentes (siglos XV-XIX).	19
2. Gómez Moreno y los inicios de la arqueología en el oeste de la Meseta (1876-1929).	21
3. La estructuración de la arqueología vettona (1930-1969): Juan Cabré y Juan Maluquer.	27
4. De 1970 a la actualidad.	27
II. LOS ESPACIOS NATURALES	35
1. El relieve.	36
2. El clima.	40
3. Cobertura vegetal y suelos.	44
III. DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA Y LA CONFIGURACION DEL SUBSTRATO INDIGENA	49
1. El substrato del Bronce Final y su vertebración en la nueva etapa. La documentación arqueológica.	51
1.1. La cerámica.	53
1.2. Las dataciones radiocarbónicas.	57
1.3. Referencias estratigráficas y asociaciones cronológicamente significativas.	61
2. Panorámica general sobre el hábitat en el suroeste de la Meseta.	69
2.1. Los yacimientos de Cogotas I. ¿Continuidad o discontinuidad?.	69
2.2. Valoración general. Los inicios del foco castreño y el primer poblamiento estable.	75
3. Las élites de Cogotas I y los recursos indígenas en el marco de las relaciones de intercambio.	81
3.1. El hecho metalúrgico y su contextualización.	81
3.2. Recursos ganaderos y vías pecuarias.	89

IV. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO	95
1. El horizonte Soto de Medinilla en la cuenca media del Duero.	95
1.1. Algunas notas sobre el hábitat y la cultura material.	95
1.2. El utillaje metálico del Bronce Final IIIb.	102
2. La secuencia cronológica y regional en el Suroeste de la Meseta.	107
2.1. Los yacimientos. Problemas inherentes al registro arqueológico.	107
2.2. La arquitectura doméstica.	119
2.3. La cerámica.	122
2.3.1. La cerámica pintada.	123
2.3.2. La cerámica a peine.	125
2.4. La aportación orientalizante.	128
2.4.1. Elementos asociados a la vestimenta, objetos de tocador y joyas.	129
2.4.2. Elementos de banquete asociados al consumo de carne.	130
2.4.3. Elementos asociados al ritual de libación.	131
2.4.4. Orfebrería y elementos votivos asociados al culto religioso.	132
2.4.5. Elementos asociados a nuevas tecnologías.	134
3. El poblamiento de la primera Edad del Hierro en el contexto socio-político de los intercambios.	139
3.1. Una primera reflexión: asentamientos en el territorio o estructuras territoriales.	142
4. A modo de conclusión. El substrato indígena en la configuración étnica de los Vettones.	148

V. LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO	153
1. La ocupación del territorio en el marco general de la celtización y la evolución de los patrones de poblamiento a escala regional.	154
2. La Arquitectura de los Castros.	170
2.1. Estructuras defensivas.	172
2.2. Estructuras domésticas.	178
2.3. Las defensas vettonas y el problema de su datación.	187
3. Notas sobre la cerámica de Cogotas II.	199
3.1. La cerámica a peine.	199
3.2. La cerámica a torno.	210
3.3. La cerámica pintada.	214
4. Los Oppida.	225
4.1. La documentación histórica y arqueológica.	226
4.2. La organización interna.	235
4.2.1. Residencias domésticas diferenciadas.	235
4.2.2. Areas Cultuales.	241
4.2.3. Cercados de ganado.	244
4.2.4. Basureros y Cenizales.	245

4.2.5. Areas de actividad industrial.	248
4.3. El patrón de asentamiento regional.	254
4.3.1. El valle de Amblés.	254
4.3.2. El occidente de Salamanca.	260
4.3.3. El valle medio del Tajo.	266
4.4. Epílogo. Las ciudades romanas y la desarticulación del sistema.	273
VI. LAS NECROPOLIS. LA PANOPLIA VETTONA Y SU SECUENCIA CULTURAL.	285
1. El registro funerario.	285
2. El modelo armamentístico.	289
3. Fase I.	296
4. Fase II.	306
5. Rasgos arqueológicos durante la conquista.	316
VII. LOS VERRACOS	325
1. La escultura zoomorfa de la Meseta en la tradición historiográfica.	325
1.1. Antecedentes.	325
1.2. Las primeras interpretaciones (ca. 1860-1929).	327
1.3. La valoración del substrato arqueológico y la cuestión céltica (1930-1969).	331
1.4. La escultura zoomorfa en el debate contextual y tipológico (1970-).	335
2. Propuesta tipológica para la clasificación de la escultura zoomorfa.	340
2.1. Características generales. La técnica de la escultura en piedra.	340
2.2. Cuantificación.	343
2.3. Descripción de las variables y análisis multivariante.	347
2.4. Tipología.	355
2.4.1. Toros (Tipos 1, 2, 3, 4 y 5).	355
2.4.2. Cerdos (Tipos 1, 2, 3 y 4).	373
2.4.3. Esculturas atípicas.	386
2.4.4. Cabezas zoomorfas exentas.	387
3. Interpretación General.	388
3.1. La plástica zoomorfa en el contexto de la evolución estilística.	388
3.2. Origen y cronología de los verracos.	394
3.2.1. Escultura de la segunda Edad del Hierro.	398
3.2.2. Escultura prerromana en el contexto inicial de la romanización.	406
3.2.3. Escultura romana de tradición indígena.	412
3.3. Notas sobre los paralelos extrapeninsulares.	420
3.4. Significado y función de los verracos.	421
3.4.1. Castros y necrópolis.	421
3.4.2. Los verracos en el paisaje.	428

3.4.3. Verracos y espacios sociales.	440
VIII. SOCIEDAD Y ETNIA	453
1. Sociología de las necrópolis vettonas.	453
1.1. Distribución de la riqueza.	453
1.2. Tradiciones cerámicas.	464
1.3. Paleodemografía.	468
2. Testimonios onomásticos, lingüísticos y religiosos.	470
2.1. Agrupaciones familiares.	470
2.2. Santuarios y Sacrificios.	474
2.3. Guerreros y Sacerdotes.	481
2.4. Teonimia y Lengua.	489
3. Fuentes, etnia y arqueología: elementos de identidad vettona y la cuestión de los límites.	496
IX. CONCLUSIONES	509
APENDICES	529
I. Catálogo general de la escultura zoomorfa.	529
II. Matriz de datos del análisis de correspondencias: Esculturas de toros y esculturas de cerdos.	571
BIBLIOGRAFIA	578

INTRODUCCION

Este trabajo ofrece un análisis arqueológico del primer milenio a.C. en el Occidente de la Meseta, centrado en el proceso de etnogénesis de los pueblos vettones y su evolución hasta la conquista romana. El tema objeto de estudio cuenta con una importante tradición en la bibliografía; fue definido hace más de medio siglo por Juan Cabré y Juan Maluquer, e incluso los primeros tanteos arqueológicos remontan al siglo pasado. La historia posterior está vinculada al profesor Martín Valls, a quien se debe la sistematización de los datos reunidos por sus predecesores. Ahora bien, no es menos cierto que desde entonces, salvo aportaciones esporádicas sobre la Edad del Hierro, ningún trabajo de carácter general ha vuelto sobre la cuestión. La historia primitiva del suroeste de la Meseta ofrece todavía importantes lagunas y adolece de defectos que a buen seguro se irán subsanando en un plazo razonable de tiempo. Estas circunstancias, unidas al importante progreso de la investigación en zonas aledañas, nos han movido a centrarnos en tan interesante complejo arqueológico.

La metodología empleada ha procurado armonizar distintos modelos y fuentes de información. Inicialmente se llevó a cabo una labor clásica de documentación bibliográfica de sitios arqueológicos en determinados espacios y períodos, abundando en aspectos tan propios como la catalogación de yacimientos y esculturas zoomorfas, las secuencias estratigráficas, el análisis de las manifestaciones arquitectónicas, el equipamiento doméstico y las panoplias guerreras de las necrópolis; insistiendo especialmente en aquellos elementos de la cultura material que permiten dilucidar el proceso formativo, los límites y la

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

extensión del territorio que nos ocupa. Se imponían asimismo una serie de labores previas de campo, encaminadas a tomar conciencia de la identidad de los problemas a los que nos enfrentábamos. Las intervenciones realizadas en los castros abulenses de Las Cogotas y Ulaca, la visita de aquellos otros yacimientos de los que ya teníamos noticia gracias a las cartas arqueológicas, y la significación de algunos lugares en el paisaje, marcada de una forma identificable arqueológicamente a través de auténticos monumentos como las esculturas de verracos, aportan un complemento imprescindible aunque no siempre queden reflejadas de manera exhaustiva.

Los límites geográficos de este trabajo se justifican de alguna manera en virtud de los particularismos culturales que ofrecen los rebordes montañosos de la región occidental durante el primer milenio a.C., abarcando las tierras de Avila, Salamanca, el sur de Zamora, occidente de Toledo y la Alta Extremadura, y que cabe asimilar con el territorio donde los romanos hallarán asentados a los vettones. Naturalmente, el enfoque diacrónico de este trabajo sigue de una u otra forma una estructura clásica, al margen de los capítulos de obligada referencia que, sobre la historia de la investigación (capítulo I) y el marco físico (capítulo II), inauguran el presente estudio.

Así, el grueso de nuestro trabajo arranca de los grupos del Bronce Pleno-Final y de la Primera Edad del Hierro (capítulos III y IV). La sensación de cambios trascendentales que se suceden en estos tiempos se hace cada vez más evidente conforme se han ido desarrollando nuevas prospecciones y trabajos de campo. La emergencia de algunos castros amurallados en este momento fue un episodio importante. Contribuyeron a gestar un nuevo sentido del lugar y del tiempo y fueron, hasta cierto punto, el resultado de la adopción de nuevas tecnologías agrarias que se inscriben en un proceso general de intensificación económica en toda Europa Occidental y que facilitan un modo de vida cada vez más estable y permanente.

De cualquier manera, la consolidación definitiva de estos mismos grupos tendrá lugar al filo de la mitad del primer milenio a.C. (capítulos V y VI), en el contexto general de la celtización. Las élites guerreras incluyen nuevas formas de explotación de la tierra que les dotará de una alta capacidad expansiva y de un

INTRODUCCION

fuerte impacto socio-ideológico. Esto bien podría explicar el desarrollo de nuevos límites y parcelaciones en los campos prehistóricos, la abundancia de sistemas defensivos junto a los castros y, en definitiva, una estructura más jerarquizada del poblamiento, rasgo que adquiere su máxima expresión en los últimos compases de la Edad del Hierro, justo cuando se operan cambios notabilísimos en las poblaciones vettonas. Alcanzan formas de organización regional complejas y crean auténticos centros urbanos con capacidad decisoria, los característicos oppida, que acabarán diluyéndose con la conquista romana.

Ahora bien, el proceso de transformación de estas sociedades en otras más complejas sigue siendo poco claro, y estas mismas razones son las que nos han llevado, finalmente, a plantear una consideración global del poblamiento en el territorio y una lectura del paisaje social de la Edad del Hierro, prestando especial atención a las trayectorias de continuidad y de cambio cultural, el cómo y el cuándo surge la etnicidad en el proceso histórico del occidente de la Meseta.

Con respecto al primero de estos dos últimos aspectos he utilizado la evidencia que proporciona la dispersión espacial de los castros y los factores básicos de emplazamiento, todo ello vertebrado en tres comarcas específicas: el valle abulense del Amblés, la cuenca media del Tajo y el reborde occidental de la provincia de Salamanca. A la vista de los datos aportados se plantean evidencias de relaciones jerárquicas entre los sitios, un diferente patrón de poblamiento y una diferente especialización en las estrategias de subsistencia, lo cual, en términos étnicos, plantea matices muy significativos. La evidencia arqueológica nos llevará asimismo a reconstruir una compleja y gradual evolución donde intervienen influjos externos de ámbito mediterráneo y continental y la repuesta de las comunidades indígenas a estos nuevos estímulos. Un hecho especialmente interesante ha sido también, con respecto al segundo, el estudio sociológico de las necrópolis vettonas (capítulo VIII) y de las esculturas zoomorfas, los característicos verracos (capítulo VII), en el universo socio-económico de la Edad del Hierro. Si la desigualdad en el acceso y distribución de los recursos es un hecho establecido a nivel territorial, de la misma forma en la disimetría de los ajueres funerarios y en la funcionalidad de los verracos en el paisaje como foco de competencia social hay que ver, según creo, la plasmación simbólica de todo este proceso.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Toda esta problemática, tan someramente esbozada, se analiza en las páginas que siguen. Pero antes que cite dichos avatares me satisface altamente el manifestar mi más profundo agradecimiento para con quienes, de una u otra manera, han contribuído a la elaboración de este trabajo.

Esencial desde todos los puntos de vista ha sido la labor del Profesor Gonzalo Ruiz Zapatero, del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, gran amigo y buen conocedor de la Protohistoria de la Meseta, bajo cuya dirección y magisterio se ha llevado a cabo esta Tesis Doctoral; igualmente, a los profesores Martín Almagro-Gorbea, Alfredo Jimeno y Marisa Ruiz-Gálvez, por sus valiosas orientaciones y ayudas. Más de una reflexión vertida en este estudio surgió al socaire de dichas conversaciones. Lo que les debe mi formación no puede aquí ser resumido. También quiero agradecer la colaboración de la la Dra. Hernández Hernández, quien me facilitó documentación e información fotográfica inédita sobre la escultura zoomorfa, y del Dr. Fernández Martínez, responsable de los análisis estadísticos que, sobre esta misma materia, se recogen en el capítulo VII.

Por la ayuda recibida en diversos Museos, Bibliotecas e Instituciones, vaya en segundo lugar mi reconocimiento a María Mariné (Museo Provincial de Bellas Artes de Avila), Manuel Santonja (Museo Provincial de Salamanca), Jesús Carrobles (Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Toledo), Rafael García (Museo de Sta. Cruz de Toledo), Francisco Fabián (Arqueólogo territorial de Avila) y al Dr. M. Blech (Instituto Arqueológico Alemán de Madrid). En más de una ocasión respondieron amablemente a mis solicitudes, aportando información básica e inédita. No menor es mi deuda para con los profesores Simon Keay, Tim Champion, Sarah Champion y Peter Ucko, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Southampton, John Collis, de la Universidad de Sheffield y, muy especialmente, Richard Bradley, de la Universidad de Reading, por sus enriquecedoras conversaciones sobre la Arqueología del Paisaje y de la Edad del Hierro durante mi estancia en el Reino Unido.

Un entrañable recuerdo merecen asimismo compañeros y amigos que aguantaron estoicamente mis explicaciones sobre este trabajo, facilitándome su consejo y, en más de una ocasión, ayuda. En particular quiero referirme a Alberto

INTRODUCCION

Lorrio, Ana Martín, Jose Enrique Benito, Pablo Alonso, Blanca Aguilar-Tablada, Eduardo Galán, Antonio Dávila, Rafael de la Rosa, José Ortega, M^o José Crespo, Jesús Manuel Royo y Marisa Martín, así como a los participantes en las excavaciones y prospecciones, especialmente estudiantes de esta misma Universidad. Aunque no se recogen aquí sus nombres, su colaboración fue del todo inestimable.

A todos ellos mi reconocimiento y, muy especialmente, a mis padres y hermanos, que soportaron año tras año mi dedicación a este trabajo, tomando parte en todo aquello para lo que requerí su ayuda.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

I.

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Las investigaciones sobre los vettones han gozado de una tradición dilatada pero parcial y poco densa salvo en los cinco últimos lustros. Las razones a primera vista no son fáciles de explicar, aunque no resulta exagerado decir que la temprana identificación arqueológica de los Celtas Hispanos a comienzos del siglo XX, y el atractivo popular en torno a las excavaciones de Numancia y los primeros cementerios celtibéricos, convertidos en símbolos para promover o reforzar planteamientos políticos específicos (Ruiz Zapatero 1989: 11-14 y 1993: 40 ss.; Burillo 1993: 237-239), colocó el conocimiento de la Edad del Hierro de la Meseta oriental en una posición ventajosa y eclipsó durante años la investigación del occidente peninsular.

He desglosado en cuatro etapas el desarrollo de la arqueología vettona. La división en buena medida puede considerarse arbitraria, aunque se han tenido en cuenta como criterios básicos: los hallazgos, prospecciones y excavaciones más importantes, la actividad de los principales investigadores en la región, el papel desempeñado por algunos congresos e instituciones y las publicaciones más notables (Fig. *)¹.

¹ Existen publicaciones que recogen algunos rasgos sobre la evolución historiográfica de la arqueología vettona, sobre todo a nivel regional, aunque el déficit historiográfico del que adolecen bastantes monografías recientes sigue siendo importante. Para una aproximación al desarrollo de la investigación me he basado fundamentalmente en los trabajos de Maluquer (1956 a-b), Molinero (1958), González-Tablas (1981), Fernández Gómez (1986: 25-33), Esparza (1987: 13-14), Museo de Avila (1987), Ruiz Zapatero (1988a), Rodríguez Díaz (1989: 165-170), Santonja (1991: 7 ss.), Martín Valls *et alii* (1991: 137-139), Jimeno y Fernández Moreno (1991: 117-118), Delibes y Romero (1992: 251 ss.), Delibes (1995: 70 ss.), Mariné (1995), Sánchez Moreno (1995b) y Jimeno y Arlegui (1995: 98-99). Véase también los trabajos de García Morales (1983), Iglesias (*et alii* 1991) y Barrios (1995) por su selección bibliográfica.

1. Antecedentes (siglos XV-XIX).

Los albores de la arqueología en el occidente de la Meseta, en el sentido más amplio del término y si por tal entendemos una atmósfera favorable al estudio de las antigüedades, arrancan del Renacimiento y la Ilustración. Según la tradición es Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática española y cronista de Isabel la Católica, el responsable de los calcos en cera realizados en el año 1468 sobre las inscripciones latinas de los Toros de Guisando (El Tiemblo). La veracidad de algunas de ellas ha sido discutida (Arias *et alii* 1983: 21; Mariné 1995: 274-275), pero lo cierto es que los textos se difundieron con gran éxito en la historiografía abulense; desde entonces distintas hipótesis se han sucedido sobre estas y otras esculturas (Rodríguez de Amelta 1481; Cianca 1595; González Dávila 1596 y 1606; Ariz 1607) hasta llegar a las investigaciones más recientes (*vid. cap. **).

Además de los verracos, la toponimia de algunas ciudades, su origen histórico y la romanidad de la Vía de la Plata fueron temas repetidos en la investigación secular y centraron la inquietud de los primeros tratadistas. De pionera habría que calificar en este sentido la redacción, entre los siglos XVII y XIX, de las Historias locales o provinciales, que incluían un estado de la cuestión sobre las antigüedades conocidas aunque apenas se hacía referencia a yacimientos concretos. Dorado (1776), Falcón (1867) y Villar y Macías (1887) en tierras de Salamanca, Garnacho (1878) y Fernández Duro (1882) en Zamora o Ariz (1607), Martín Carramolino (1872) y Ballesteros (1896) en la provincia de Avila, vienen a completar las noticias antiguas que se tenían sobre estas ciudades y las primeras síntesis sobre su origen y desarrollo histórico, que en algunos casos incluyen referencias de hallazgos y excavaciones habidos en la comarca, como uno de los famosos bronce del Berrueco (Ballesteros 1896: 55 ss.), y serios intentos de sistematización. (Cáceres ** Ana)

----- La creación de las Comisiones Provinciales de Monumentos a comienzos del siglo XIX (1844) sirvió para proteger los restos históricos de cada provincia, en virtud de un cuestionario que era remitido a los municipios, por lo que de alguna manera constituyen el embrión de los inventarios arqueológicos y de los futuros museos provinciales (Maluquer 1956a: 2; Mariné 1995: 277-278). En todo caso la mayor parte de los testimonios antiguos enlazaba con la romanidad, lógico por

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

otra parte cuando en este momento se estaban creando los fundamentos de la Prehistoria. Notabilísima aportación constituye en este contexto la publicación, en 1869, del Corpus Inscriptiorum Latinarum por Emilio Hübner, que recoge un buen número de inscripciones salmantinas y abulenses, estableciéndose la falsedad de las atribuidas a los Toros de Guisando. Con posterioridad el padre Fita (1888, 1913a y b), en colaboración con el investigador alemán, aumenta de forma considerable el repertorio de inscripciones conocido, que publica en varios números del Boletín de la Real Academia de la Historia y en el Supplementum hispánico del primero (1892).

2. Gómez Moreno y los inicios de la arqueología en el oeste de la Meseta (1876-1929).

Ciertamente existen otras referencias anteriores, pero podemos tomar la fecha de 1876 como el inicio de la primera etapa del estudio sobre los vettones, al producirse ese año el descubrimiento y las primeras exploraciones arqueológicas de los yacimientos abulenses de Las Cogotas² y El Castillo - solicitando entonces sus descubridores autorización legal y auxilio económico a la Comisión provincial de Monumentos de Avila (Cabré 1930: 6 ss.)³ - y publicarse tres años después el primer estudio de conjunto conocido sobre la región, titulado La Vettonia, de la mano de Joaquín Rodríguez (1879). Abundan en la obra observaciones sobre los verracos y el poblamiento protohistórico y romano, aunque todavía se carece de referentes cronológicos precisos y se siguen apurando las evidencias escritas. Los textos clásicos, Estrabón y Ptolomeo en particular, facilitan la delimitación geográfica, que centra el autor en las tierras de Avila, Salamanca, Cáceres y provincias limítrofes (1879: 58-59; vid. Fita y Fernández-Guerra 1880: 16), mapa que ya fuera esbozado un siglo antes por el erudito padre maestro Flórez en el tomo XIII de su España Sagrada (33 vols. 1747-1782).

² En los primeros documentos relativos al cerro en cuestión y enviados a la Real Academia de la Historia, aparece como "Las Cogoterías", en vez de "Las Cogotas" (Cabré 1903: 6, nota 1).

³ Después de cuanto precede Emilio Rotondo Nicolau realizó nuevas excavaciones en Las Cogotas en el año 1882 (Cabré 1930: 13), aunque desconozco si esta puede considerarse la primera intervención oficial llevada a cabo en el yacimiento. En todo caso los hallazgos habidos formaron parte de su colección, que acabó siendo adquirida a comienzos de los años veinte, en dos lotes, por el Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid, y el Ayuntamiento (Pérez de Barradas 1929; Cabré 1930: 14 ss.).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

El primer planteamiento científico sobre la arqueología en la Meseta occidental se debe a Gómez Moreno, al que se encomendó la tarea de elaborar el Catálogo Monumental de cada provincia, iniciándolo por la de Avila y siguiendo con las de Salamanca, Zamora y León, entre 1901 y 1907. Prácticamente hasta la fecha sólo se sabía de un conjunto de inscripciones latinas, de algunos hallazgos numismáticos y de una lista de toros y verracos no siempre fáciles de localizar. Pero la situación verdaderamente estratégica de los castros prerromanos del Duero, del Yeltes-Huebra, del Tormes y del valle de Amblés no podía pasar desapercibida, y las síntesis que redacta el joven autor reúnen por vez primera la información existente que se tenía en la época sobre Villardiegua de la Ribera, Villalcampo, Yecla la Vieja, Las Merchanas, Urueña, Saldeana, El Berrueco, Las Cogotas, Ulaca..., aderezada con inspirados dibujos, mapas, fotografías y descripciones, que amplía con nuevos hallazgos. Su trabajo permaneció inédito durante décadas (Gómez Moreno 1927, 1967 y 1983), si exceptuamos una breve síntesis sobre la zona (1904) y otras obras más dispersas, pero cosechó espléndidos frutos desde el principio, pasando pronto a manuales de mayor divulgación y estimulando así la afición por la arqueología local.

No cabe duda que la crítica actual respecto alguno de los postulados cronológicos defendidos por el autor es fácil. Pero para tener una idea del impacto que tuvo su labor es interesante destacar que el inventario de yacimientos y verracos compilado en sus obras, y en especial pienso en las provincias de Zamora y Avila, permaneció casi inalterable durante decenios, siendo utilizado como referente básico en el estudio de las culturas de la Edad del Bronce y del Hierro en la Meseta y el Noroeste. Como bien ha dicho Esparza (1987: 13), de alguna manera su enorme esfuerzo resultó contraproducente, ya que no existió ningún interés en volver a revisar sus informaciones tras casi tres cuartos de siglo de rodaje.

Esos mismos años coinciden con las exploraciones arqueológicas de Roso de Luna (1901, 1904 y 1908), Solano (1901) y Mélida (1924) sobre el poblamiento protohistórico en Extremadura, que relacionan con el complejo mundo de las citancias. Entre 1914 y 1915 el castro abulense de Ulaca es visitado por Pierre Paris, Raymond Lantier y el Abate Breuil, levantando los dos últimos el plano de sus murallas, que publican con posterioridad (1930). Poco después Martín

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Jiménez (1919) realiza las primeras excavaciones en el castro salmantino de Yecla la Vieja, cuyo resultado fue reseñado en un importante artículo donde destaca la existencia de dos niveles arqueológicos, uno de ellos prerromano, y aborda el análisis de las insculturas rupestres. Amparado en la hipótesis invasionista de Schulten (1914) sobre los primeros pobladores de la Península Ibérica, que supone fueron los ligures⁴, esboza algunas consideraciones sobre la ocupación primigenia del yacimiento hasta conectar con los celtas saefes y los iberos, que identifica con los vettones (vid. Gómez Moreno 1949: 37 y 80).

Esta trayectoria culmina con la labor realizada a partir de los años 20 por el ilustre agustino César Morán. La provincia de Salamanca y comarcas limítrofes constituyeron el centro de sus investigaciones, prácticamente hasta mediados de siglo (Morán 1922, 1924, 1933, 1940, 1946). Los resultados obtenidos en sus prospecciones suponen un momento importante de acumulación de datos y un exhaustivo mapa arqueológico de la zona. En 1922 y 1923 efectuó excavaciones en el cerro de El Berrueco (Morán 1924), primero bajo el mecenazgo privado de Juan Muñoz y luego subvencionado por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Aunque en muchos aspectos la labor del sacerdote se mueve dentro de las coordenadas propias de su tiempo, parcas en metodología, hay que ser justo y apreciar lo mucho que valen sus aportaciones, que llegó a divulgar en numerosas revistas y Congresos, trazando las líneas generales de la prehistoria salmantina. Aparte se pueden destacar las colecciones particulares del autor, que formarían el núcleo originario de la Sección de Arqueología del Museo Provincial de Bellas Artes.

3. La estructuración de la arqueología vettona (1930-1969): Juan Cabré y Juan Maluquer.

A finales de los años 20 y durante la década de los 30 Avila era una de las provincias, probablemente junto a Soria y Guadalajara, donde se realizaban las excavaciones y prospecciones más importantes de la Meseta. Las primeras

⁴ Propuesta originalmente por D'Arbois de Jubainville (1893 y 1894) a partir del análisis de los textos clásicos, según la cual este pueblo indoeuropeo sería responsable de la colonización del Occidente con anterioridad a la arribada de los celtas.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

intervenciones realizadas con criterio arqueológico corresponden a este momento. En 1927 se iniciaron bajo la dirección de Juan Cabré los trabajos en el castro de Las Cogotas; en 1930 Molinero descubría el castro de La Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1932; Molinero 1933); en 1931, Joaquín M. Navascués y Emilio Camps Cazorla, asesorados por Cabré, comenzaron la exploración de Sanchorreja y los primeros sondeos subvencionados por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (Armendáriz 1989: 74 ss.)⁵; un año más tarde se exhumaban las primeras tumbas de la necrópolis de La Osera (Cabré *et alii* 1932) al tiempo que Fulgencio Serrano exploraba el Raso de Candaleda (Fernández Gómez 1990), y en 1933 Domingo Sánchez abordaba el estudio del castro de Iruña, en la provincia de Salamanca, con objeto de restituir el trazado de la muralla y la estructura urbana de la ciudad (Sánchez, sin fecha). Empleando siempre fechas arbitrariamente simbólicas creo que la publicación por Juan Cabré, en 1930 y 1932, de la memoria del castro y la necrópolis de las Cogotas, supuso un auténtico punto de inflexión en el estudio de las poblaciones de la Edad del Bronce y del Hierro en el Suroeste de la Meseta, y por tanto de la fase formativa de los vettones⁶. Desde luego una gran parte de sus planteamientos cronológicos, a pesar de las críticas recibidas, han permanecido válidos hasta tiempos muy recientes.

Sus excavaciones ofrecieron nuevos datos para la interpretación de la cerámica de incrustación, excisa y de boquique, que contrastaban con las más usuales del castro, a peine y a torno, únicas que por otra parte aparecieron en la necrópolis. Ante esta manifiesta dualidad de tradiciones cerámicas Cabré (1930: 44-46, 104 ss. y 1932: 146 ss.) se planteó el problema de la sucesión cronológica del castro y por tanto la de una probable superposición de poblaciones, a pesar de las reticencias estratigráficas que ofrecía la excavación, donde los materiales aparecían virtualmente "mezclados". Atribuía así la cerámica más antigua como perteneciente a grupos indígenas de la segunda mitad de la Edad del Bronce (Cabré 1929), que por tanto serían anteriores a la ocupación céltica del yacimiento durante la Edad del Hierro. Acerca de esta última manifestaba su relación con los

⁵ Aunque el castro fue descubierto dos años antes por Claudio Sánchez Albornoz, que recogió muestras de superficie y efectuó algunas catas.

⁶ También en esos años (1931), al ocupar la Dirección General de Bellas Artes, Gómez Moreno promovió la declaración como Monumento Histórico Nacional de algunos de los principales yacimientos arqueológicos provinciales.

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

celtas sefes y cempsí del Periplo de Avieno, sincrónicos del mundo final hallstático centroeuropeo, que se habrían asentado en el territorio de Avila, Salamanca y Segovia entre los siglos VI-IV a.C.. De todo lo cual se infería también su relación con los castros de Sanchorreja y La Mesa de Miranda. Con posterioridad, adoptada ya la cerámica a torno y el uso del puñal, estos grupos célticos que ocupaban la región de Las Cogotas se identificarían con los vettones históricos hasta la destrucción definitiva del castro, insinuando la posibilidad de que ésta fuera motivada por la famosa expedición de Aníbal contra los pueblos de la Meseta Norte en la segunda mitad del siglo III a.C..

No resulta exagerado afirmar que el trabajo de Cabré tuvo una consecuencia extraordinariamente importante para la investigación de la Meseta occidental. A partir de entonces se configura en la bibliografía el concepto de "Cultura de las Cogotas" o cultura céltica de la Edad del Hierro, que establece una absoluta identificación en el aspecto arqueológico con los castros fortificados, las necrópolis de incineración, las cerámicas a peine y a torno y las esculturas de verracos. Como puede verse, la arqueología vettona había entrado en consideración junto a otros problemas generales de la prehistoria peninsular, en el marco teórico de las invasiones célticas. De hecho, si excluimos el planteamiento de Schulten (1914) en sus trabajos sobre Numancia, amparado fundamentalmente en la información proporcionada por los textos clásicos, Bosch Gimpera (1921) fue quien primero desarrolló un concepto arqueológico de los celtas en la Península Ibérica a comienzos de los años 20. Con ayuda de la lingüística y las fuentes literarias, pero sobre todo a través del estudio de los castros y los ajuares de los cementerios, comenzó a construir el proceso formativo de la cultura celtibérica. En 1932 publica su ambiciosa síntesis Etnología de la Península Ibérica, que supone un estado de la cuestión sobre las poblaciones de la Meseta y el proceso de celtización, esquema que se mantuvo prácticamente hasta la década de los 70⁷. Su postura sobre la misma evolucionó con el tiempo en diversas publicaciones, pero podría resumirse en virtud de dos grandes fases: (1) una primera invasión céltica que relaciona con los Campos de Urnas catalanes a comienzos del primer milenio a.C. y (2) otras penetraciones más complejas entre comedios del siglo VII y VI a.C., asimiladas a presiones del mundo germánico, que en la Meseta y el Noroeste

⁷ Sobre el concepto de los celtas en la Prehistoria europea y española, resultan esenciales los trabajos de Kalb (1990) y Ruiz Zapatero (1993).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

peninsular estarían finalmente representadas por lo que el prehistoriador catalán denominó "culturas posthallstáticas", hasta la arribada de los romanos⁸.

Volviendo al concepto de Cabré sobre la Cultura de las Cogotas, es interesante destacar que no todas las connotaciones implícitas en el término acuñado por el afamado investigador gozaron de apoyo unánime. De hecho, la valoración del grupo de las cerámicas excisas y de boquique, con claros vestigios en los fondos de las casas del castro, constituía por aquel entonces uno de los temas de debate de la arqueología prehistórica española. Cabré reconoció que la mayor parte de los materiales recogidos en el castro, y la necrópolis en su totalidad, correspondían a la Edad del Hierro. No ocultaba sin embargo cierta insatisfacción sobre la adscripción de las cerámicas de incrustación, que llevaba a un momento avanzado de la Edad del Bronce, pero que también podían perdurar, llegando a ser contemporáneas "de las primeras fases de la Edad del Hierro y pertenecientes a los indígenas que convivían con los celtas invasores, cuyos naturales del país tenían su necrópoli aparte y de la cual desconocemos por ahora su situación" (Cabré 1930: 105). En todo caso, al discutir estas cuestiones se decanta decididamente por el origen arcaico y autóctono de los materiales.

Casi al mismo tiempo, sin embargo, Almagro Basch (1935 y 1952) retrasaba la primera invasión de Bosch Gimpera, a la vez que se manifestaba partidario de un único movimiento, lento y gradual, a partir del 800-700 a.C. Apuesta entonces por el celtismo de la excisión (*id.* 1939), que a su juicio supone un regreso a la Península con los grupos de Campos de Urnas de la tradición española del vaso campaniforme, lo que explicaría también el desarrollo del Boquique. Más preciso es Bosch Gimpera (1942 y 1944), quien venía utilizando desde esas fechas el nombre de Cogotas I para la cerámica arcaica del castro abulense, que relaciona con los grupos hallstáticos de Almagro; Cogotas II para los vettones celtas a partir del 600 a.C., por tanto para los tipos generalizados en el castro y exclusivos de la necrópolis; y Cogotas III para las cerámicas a torno pintadas, que considera debidas a un avance de los vacceos hacia el sur en el siglo III a.C., oriundos de la última oleada de los celtas belgas que someten y arrinconan a los vettones a las

⁸ El paradigma invasorista de Bosch Gimpera todavía pervive en la bibliografía actual, tanto a nivel lingüístico como arqueológico. Para tener una simple idea, en el contexto de la Meseta occidental, véase Lomas (1980a: 92-93), González Rodríguez (1986: 108), Fernández Gómez (1986: 934-938 y 1995: 109-111) y Solana (1991: 13, 20-23).

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

altas cumbres del Sistema Central⁹.

En resumen, el planteamiento invasionista que a escala europea explicaba la arribada de los celtas a la Península Ibérica se reproducía de nuevo en la Meseta, sólo que a escala regional, mediante grupos que imponían nuevas modas cerámicas (Burillo 1993: 234). De hecho, el expansionismo celtibérico repercutía sobre los vacceos del Duero medio, y éstos, a su vez, sobre los vettones del occidente.

De alguna manera, se podría afirmar que el impulso decisivo de la arqueología vettona en el siguiente decenio gira en torno al Prof. Juan Maluquer. Familiarizado desde hacía algunos años con la arqueología de Avila, Salamanca y Cáceres, a él se deben tres hechos clave: (a) la creación, en 1950, del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca y la revista Zephyrus, que propició de forma continuada el estudio sistemático de la provincia y en general del occidente peninsular y del mundo atlántico, (b) la elaboración de la Carta Arqueológica de España. Salamanca (1956), que incluye la sistematización de los datos reunidos por Gómez Moreno y Morán, y una introducción sobre la Edad del Bronce y del Hierro ejemplar, ciertamente la primera síntesis sobre el primer milenio a.C. en el oeste de la Meseta, y (3) la lectura de la estratigrafía correspondiente a las excavaciones de los castros de Los Castillejos de Sanchorreja y El Berrueco, editado por el autor en 1958, cuya huella se dejó sentir prácticamente hasta finales de la década de los setenta. A esta etapa corresponden asimismo la publicación de la zona VI de la necrópolis de La Osera (Cabré et alii 1950), nuevas excavaciones en los castros de San Vicente, Las Merchanas, El Berrueco (Maluquer 1951, 1956a: 74-87, 97-103 y 1958b) y el Raso de Candeleda (Moliner 1958: 25), la frustrada campaña del castro de Ulaca en 1949, pues no se pudo llevar a cabo y quedó en prospección de materiales de superficie (Posac Mon 1953; Gutiérrez Palacios 1955)¹⁰, y algunos trabajos de recopilación general sobre la Protohistoria abulense (Rodríguez Almeida 1955; Moliner 1958), que junto a las prospecciones efectuadas en Salamanca venían a completar el mapa

⁹ Al mismo tiempo y con un enfoque esencialmente lingüístico, Tovar (1947 y 1957) ponía en relación las gentilidades con las primeras invasiones indoeuropeas preceltas, identificable con el sufijo de ciertos hidrónimos y formas arcaicas, que en la Meseta estarían representadas entre otros por los vettones.

¹⁰ Además de un extracto de la memoria de las excavaciones redactado por Gutiérrez Palacios que, bajo el título "La Ciudad de Ulaca (Solosancho)", fue publicado en el Diario de Avila, los días 28, 29 y 30 de Julio, y 3 de Agosto de 1953.

arqueológico de la región.

La asociación de Boquique y excisas en el nivel inferior de Sanchorreja, que juzga por lo demás característica, apuntaría según Maluquer a la fusión a partir de finales de la octava centuria a.C. de grupos indígenas que mantenían una tradición de cerámicas de punto en raya derivadas del mundo de Ciempozuelos, con los celtas de la *Europa hallstättica*, que aportaban una lengua indoeuropea, el ritual de incineración y el gusto por las cerámicas excisas y pintadas. Sin solución de continuidad, la fase más reciente de Sanchorreja (500-400 a.C.) significaba un cambio importante en la cultura material de estos grupos a favor de las cerámicas peinadas, que asocia a la vitalización de los pueblos del Alto y Medio Duero. La propuesta de Maluquer (1958a: 89-100; *vid.* 1956b) sugería por tanto identificar Cogotas I con las poblaciones vettonas de la primera Edad del Hierro - lo que para algunos supuso un auténtico alivio, obligado por otra parte ante el desconocimiento de la gestación de los grupos del primer Hierro en la Meseta - y Cogotas II para la segunda Edad del Hierro, siendo los vacceos los responsables de la matización cultural y de la destrucción definitiva del castro.

Al cabo de la década, tras la marcha de Maluquer a la Universidad de Barcelona, se abre un período "oscuro" con un importante descenso en el ritmo de publicaciones y excavaciones arqueológicas que no se acusa en la Meseta central y oriental, centrada esos años en la figura de Wattenberg (1959, 1960 y 1963) y las excavaciones de Numancia: sus trabajos contribuyeron a establecer las bases para una visión unitaria de la Edad del Hierro en la Meseta - en el marco de la Cultura Celtibérica - cuya área nuclear identificaba con los pueblos vacceo-arévacos del centro de la Cuenca del Duero. La expansión de estas gentes hacia el occidente encajaba muy bien con las fechas fijadas por Maluquer en el nivel superior de Sanchorreja y la arribada del peine, que marcaban el comienzo de la segunda Edad del Hierro entre los vettones. En procesos paralelos, las excavaciones sistemáticas (1957-1965) llevadas a cabo por Palol en el Soto de Medinilla permitían por vez primera identificar varios poblados superpuestos que barrían virtualmente cualquier indicio de ocupación previa, atribuyendo los más antiguos a un horizonte céltico - Soto I-II - distinto del vacceo y celtibérico - Soto III - éste último con las características cerámicas a torno (Palol 1966; Palol y Wattenberg 1974).

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Pueden destacarse algunos trabajos en la región pero muy a finales de los 60: breves intervenciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo (Martín Valls 1965), Botija (Hernández Hernández 1970) y Yecla de Yeltes (Martín Valls 1973a), un resumen de las excavaciones de Las Merchanas (Maluquer 1968), la recopilación de Roldán Hervás (1968-69) sobre las fuentes antiguas para el estudio de los Vettones y, sobre todo, la excelente síntesis de Schüle (1969) sobre los materiales metálicos de las necrópolis de la Meseta, que personaliza en las Culturas del Tajo y del Duero, con un cierto sesgo hacia los paralelos centroeuropeos y con el inconveniente de no contextualizar su estudio con otros datos de las necrópolis. De manera un tanto simbólica, como ha señalado Ruiz Zapatero (1988a: 359), su obra puede considerarse el final de una "etapa dorada" para la arqueología de la Edad del Hierro en la Meseta. El peso de unos pocos investigadores había sentado las bases de futuras actuaciones, que ahora serán recogidas por un nutrido grupo de discípulos.

4. De 1970 a la actualidad.

Los comienzos de los años 70 ofrecen a nivel general un cierto estancamiento en la investigación sobre la Edad del Hierro, sin muchos datos nuevos y sin nuevas propuestas teóricas (Ruiz Zapatero 1993: 48-49). Sólo las importantes contribuciones de Martín Valls y Delibes representan un impulso decisivo en la arqueología del occidente peninsular, dando a conocer nuevos yacimientos con materiales de superficie y estimulando otras vías de aproximación relacionadas con la Edad del Bronce y el tema céltico, que podrían resumirse en los siguientes puntos: (a) la interpretación crono-cultural del grupo de las cerámicas de incrustación, que ha propiciado la consagración definitiva de Cogotas I como una cultura indígena de la Edad del Bronce y (b) la sistematización de la segunda Edad del Hierro en la Meseta occidental, abogando por un desarrollo sin solución de continuidad. En su inédita Tesis Doctoral, Protohistoria y Romanización de los Vettones (1971), Martín Valls perfilaba una fase formativa para la segunda Edad del Hierro a mediados del primer milenio, Cogotas IIa, a partir de las cerámicas peinadas y ciertas asociaciones metálicas - ya pergeñada en parte por Maluquer en sus trabajos sobre Salamanca y Sanchorreja - que ha sido la base, y aún lo sigue siendo en parte, para la seriación cultural de la región.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

En 1970-1971, desde el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid, se inicia bajo su dirección la elaboración de la Carta Arqueológica de Zamora, dando comienzo a la serie de los Hallazgos..., muy pronto en colaboración con el Prof. Delibes, que verán la luz de forma casi ininterrumpida en sucesivos volúmenes (1973, 1975-1982) del Boletín del Seminario de Arte y Arqueología. Una mayor antigüedad de las cerámicas excisas y de boquique comenzó a plantearse entonces, en virtud de las dataciones radiocarbónicas y de ciertas asociaciones y observaciones estratigráficas en el cerro del Berrueco y otros asentamientos de la Meseta Norte (Martín Valls y Delibes 1973: 402, 1975a y 1976a: 15; Delibes 1978), que muy pronto se vieron confirmadas con las fechas aportadas por varios yacimientos andaluces del Sureste como el Cerro de la Encina de Monachil, Fuente Alamo o La Cuesta del Negro de Purullena, donde las fases finales del mundo argárico representaban un término post quem para la irrupción de Cogotas I (Arribas et alii 1974: 142-146; Molina y Arteaga 1976; Molina 1978). Casi inmediatamente, la aparición de estas mismas cerámicas en yacimientos de la Meseta como Arevalillo (Fernández-Posse 1981), Cogeces (Delibes y Fernández Manzano 1981) y Los Tolmos (Jimeno 1984a), ofrecían cronologías de los siglos XV y XIV a.C.. Los nuevos datos invalidaban por tanto la tradicional hipótesis de la aportación céltica y suponían, como ya advirtiera Cabré, una cultura de raigambre y génesis indígena, merecedora de mayor antigüedad de la que en principio se le atribuyó y adscrita a gran parte de la Edad del Bronce, con antecedentes claros en el mundo de Ciempozuelos (vid. Fernández-Posse 1986; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 117-118)¹¹. Quedaba así un vacío para los grupos del primer Hierro que a partir de ahora comenzará a valorarse en virtud de las cerámicas pintadas y de ciertos elementos metálicos, asimilables a la "facies Soto".

Casi en esas mismas fechas Hernández Hernández (1976) abordaba el estudio de los castros prerromanos del occidente de la Meseta, siguiendo la senda dibujada por Maluquer, mientras Almagro-Gorbea (1977) trazaba las líneas generales de la protohistoria extremeña, lo que se ajustaba bastante bien con la existencia de una conexión meridional en las tierras del interior (Martín Valls y

¹¹ Con un gran desenfoque, cimentado en la tradicional teoría de Maluquer, todavía se defiende la identidad de las cerámicas de incrustación de Cogotas I con las poblaciones de la primera Edad del Hierro. Véase como ejemplo Fernández Gómez (1986: 988 ss. y 1991) y López Monteagudo (1989: 17 ss.).

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Delibes 1978a). Para la comprensión del Bronce Final y la primera Edad del Hierro en Extremadura continúa siendo fundamental su trabajo de síntesis y las excavaciones realizadas en la necrópolis y el castro de Medellín. La valoración del fenómeno orientalizante, su impacto sobre las comunidades indígenas - no se planteará ya como una nueva oleada de las colonias fenicias - y los procesos de aculturación esgrimidos por Almagro-Gorbea, tendrían amplio eco y larga aceptación.

A partir de los años 80 asistimos a la ruptura del concepto invasionista, al menos como clave explicativa en el desarrollo de los grupos del Bronce y del Hierro, que además coincide con un cuestionamiento en Europa sobre el concepto arqueológico de los Celtas, desde planteamientos procesualistas e incluso de rechazo total, rompiendo el consenso que había existido hasta entonces (Ruiz Zapatero 1993: 49 ss.). Desde diferentes corrientes metodológicas (arqueología espacial, arqueología de la muerte) se comienzan a ofertar nuevas preguntas y respuestas, aunque haya que reconocer que los esfuerzos iniciales en la Península Ibérica siguieron siendo minoritarios. Propiciada en parte por la nueva actitud de las administraciones públicas respecto al Patrimonio, con la creación de la figura de los Arqueólogos Territoriales, se han multiplicado las excavaciones arqueológicas de la Edad del Bronce y del Hierro, las prospecciones sistemáticas y los hallazgos aislados de diversa índole en las provincias de Avila, Salamanca, Zamora, Toledo y Cáceres. Buen exponente de ello es la elaboración de las Cartas e Inventarios Arqueológicos auspiciados desde los Museos provinciales y las Diputaciones, sujetos a continua actualización puesto que no siempre se han llevado a cabo prospecciones intensivas. Si bien en algunos casos se trata de investigaciones actuales en curso, como la revisión de la antigua carta arqueológica de Salamanca, la re-excavación de importantes yacimientos abulenses o las prospecciones del Valle de Amblés, lo conocido es suficiente como para considerar sensiblemente modificada la base documental que utilizaran Gómez Moreno, Morán, Cabré y Maluquer en la investigación del oeste peninsular durante gran parte del presente siglo.

En primer lugar hay que destacar las revisiones de yacimientos clave, como Sanchorreja (González-Tablas 1983, 1990 y trabajos en curso), Las Cogotas (Kurtz 1987; Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995), la

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

necrópolis de La Osera (Baquedano 1990; Baquedano y Escorza 1995) y Ulaca (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; Alvarez-Sanchís 1993a y trabajos en curso)¹². La práctica ausencia de excavaciones en los monumentales castros del occidente salmantino se ha visto paliada por los trabajos de documentación planimétrica y restauración (Santonja 1991; Iglesias *et alii* 1991). Otras excavaciones preventivas y sistemáticas sí han afectado por el contrario a importantes yacimientos englobables en el Bronce Pleno/Final y la Edad del Hierro: El Teso del Cuerno en Forfoleda (Martín Benito 1988), La Mesa del Carpio en Villagonzalo de Tormes, La Corvera en Naval Moral de Béjar (Benet 1993; Fabián 1993), San Pelayo en Martinamor (Benet 1990), Salamanca (Martín Valls *et alii* 1991), Ledesma (Benet *et alii* 1991), El Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986), El Cardenillo y Pajares en Villanueva de la Vera (Cordero *et alii* 1990), Arroyo Manzanas en Las Herencias (Moreno 1990) y El Carpio en Belvís de la Jara (Pereira 1989)... por citar sólo los más importantes. La intensidad de las últimas investigaciones al sur del Tajo queda asimismo plasmada a través de las intervenciones en los castros y necrópolis de Botija (Hernández Hernández *et alii* 1989; Hernández Hernández y Galán 1996), Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988) y Aldeacentenera (Redondo *et alii* 1991), así como la excavación del Palacio orientalizante de Cancho Roano (Maluquer 1981). Los hallazgos aislados correspondientes a este momento aportan un complemento imprescindible en la arqueología extremeña de la Edad del Hierro, aunque no queden reflejados de manera sistemática.

Tampoco podemos dejar de referirnos a la publicación de otros estudios y monografías sobre áreas importantes, como el volumen de la Prehistoria del Valle del Duero (1985), en la Historia de Castilla y León publicada por la editorial Ambito (Delibes, Fernández Manzano, Romero y Martín Valls), y aquellos trabajos más específicos sobre el oeste peninsular, que en su primera redacción fueron frecuentemente Memorias de Licenciatura (Salinas 1982a; Alvarez-Sanchís 1990a; Sánchez Moreno 1995a; Aguilar-Tablada 1996) y Tesis Doctorales (Fernández Gómez 1986; Fernández Manzano 1986; López Monteagudo 1989; Rodríguez Díaz 1989; Hernando Sobrino 1994) o bien surgieron de un ámbito próximo al

¹² Los trabajos hasta ahora publicados sobre Ulaca son el resultado de prospecciones preliminares y pequeños sondeos (*vid. supra*). Entre 1975 y 1977 Pérez Herrero lleva a cabo excavaciones en el oppidum abulense, cuyos materiales son actualmente objeto de estudio.

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

académico (Sevillano 1978; Rodríguez Almeida 1981; Cordero y Quijada 1991; Jiménez de Gregorio 1992). Otra importante primicia es la aparición de nuevas revistas especializadas de ámbito regional - Studia Zamorensia (1980*), Salamanca. Revista provincial de Estudios (1982), Cuadernos Abulenses (1984), Cuadernos Emeritenses (1989), Extremadura Arqueológica (1990) - y, sobre todo, la celebración en 1984 en la Universidad de Salamanca del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, cuyas actas recoge el volumen 39-40 de la revista Zephyrus (1986-87), tardíamente editado (1990) por diversas vicisitudes. Este libro supuso una importante actualización de los estudios sobre la Protohistoria de la Meseta y puede considerarse el punto de arranque en la búsqueda de nuevas vías de aproximación sobre las etnias en general y el tema céltico en particular (Ruiz Zapatero 1988a: 359 y 1993: 55).

El proceso de transferencias llevado a cabo por las Comunidades Autónomas también ha propiciado el desarrollo de congresos y reuniones científicas de ámbito provincial. Para una aproximación a la arqueología de los vettones y del occidente de la Meseta en general es obligado recordar el I Congreso de Historia de Salamanca (1989), algunas de cuyas ponencias aparecen recogidas y actualizadas en el libro Del Paleolítico a la Historia (Santonja 1991, coord.), las Actas del primer Congreso de Historia de Zamora (1990), el volumen I de la Historia de Avila (1995), que contempla las etapas de Prehistoria e Historia Antigua, las I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990), editadas en 1991 en la serie Extremadura Arqueológica, y los coloquios sobre La Cultura Tartésica y Extremadura. El proceso de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana y Celtas y Túrdulos: La Beturia, en la serie Cuadernos Emeritenses (1990, 1993 y 1995 respectivamente).

En la secuencia tradicional establecida por Martín Valls (1985 y 1986-87) para la segunda Edad del Hierro en el valle del Duero, la fase Cogotas IIa venía a marcar un tránsito entre el Hierro Antiguo y la nueva etapa, siendo la cerámica con decoración sencilla a peine - que el investigador remontaba a mediados de la sexta centuria - y el amurallamiento de los poblados occidentales - avanzado el siglo V a.C. y por influencia del sector oriental - sus principales indicadores arqueológicos. En la siguiente fase o de "transición al mundo celtibérico", se asistía a la vitalización cultural de estos y otros elementos en los distintos sectores de la

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Meseta, dando lugar a un proceso de regionalización durante los siglos IV-III a.C. que resumía en varios grupos: (1) los castros noroccidentales de León y Zamora (2) el grupo Miraveche-Monte Bernorio, (3) los castros "protoarévacos" de Soria, (4) "protovacceos" en la cuenca sedimentaria y (5) el grupo Cogotas IIb o "cultura de los verracos" al sur del Duero, identificado con los vettones históricos a partir de sus rasgos más señalados: las características esculturas en piedra de toros y cerdos, los castros y necrópolis del área abulense-salmantina y las decoraciones a peine barrocas. Sobre esta etapa de transición, se impondrían a finales de la Edad del Hierro las cerámicas pintadas a torno celtibéricas (Cogotas IIc).

La continuidad de la nueva etapa parecía por tanto evidente, aunque dicho planteamiento, en lo que al problema del tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro se refiere, comenzó a ser revisado en varios trabajos hasta fechas recientes (Sacristán de Lama 1986: 80-87, Esparza 1987: 364 ss. y 1990b: 115-120; Delibes y Romero 1992: 251-255, Romero y Jimeno 1993: 192 ss., 209-212; Romero y Misiego 1995: 78 ss.; Jimeno y Arlegui 1995: 98-100). La antigüedad de las cerámicas a peine del nivel superior de Sanchorreja o Sanchorreja II, de seguir a González-Tablas (1983, 1986-87, 1989 y 1990: 70-74), y la dificultad de individualizar estratigrafías a favor de un horizonte de transición de inicios de la segunda Edad del Hierro o Cogotas IIa, llevó a Delibes y Romero (1992: 251 ss.) a descartar la visión rupturista de la Meseta y aceptar la continuidad entre ambas etapas¹³. Matizaciones sobre el particular ya se venían advirtiendo en el sector occidental de la Cuenca del Duero (Martín Valls y Delibes 1977: 293, 1978b: 324 y 1981: 174-175). La relectura que hace Esparza (1987: 364-375 y 1990b) de los castros zamoranos como una facies particular aunque derivada del grupo Soto, datable desde el siglo VI a.C. y perdurando hasta la introducción del torno y prácticamente hasta la romanización, es uno de los puntos de referencia obligados. Precisamente la ruptura con Cogotas I y el papel desempeñado en la gestación de los nuevos grupos a partir de los componentes autóctono, meridional y de tradición de Campos de Urnas, se ha convertido en el centro del problema de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 1988a: 361).

¹³ Frente a otras interpretaciones que siguen defendiendo la entidad de esa fase inicial, y previa por tanto a la plenitud de la segunda Edad del Hierro. De hecho, los trabajos de J. Barrio (1988: 29-42, 395-415 y 1993: 184 ss.) sobre la necrópolis y el poblado segoviano de Cuéllar se orientan en esa dirección.

HISTORIA DE LA INVESTIGACION

En idéntico sentido, la idea de continuidad y el rechazo a los esquemas invasionistas se desprende de los trabajos de Almagro-Gorbea (1985, 1986-87, vid. Almagro-Gorbea y Lorrio 1987), esgrimiendo con acierto (a) un modelo de aculturación más complejo en la Edad del Hierro, a partir de élites que imponen nuevas formas de organización socio-económica y (b) un enfoque interdisciplinar, cruzando la información arqueológica con la lingüística, las fuentes clásicas, medievales y etnográficas, para abordar una realidad difícil de detectar en el registro arqueológico: la etnicidad. Prueba de ello son los recientes cursos monográficos dirigidos por él mismo en El Escorial (Los Celtas: Hispania y Europa, 1992) y Cuenca (Los Celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones, 1993), que recogen la senda ya esbozada en Los Celtas en la Península Ibérica, editada por la Revista de Arqueología (1991).

Entrados por tanto en la década de los noventa, el problema de los orígenes de las poblaciones que Roma llegó a conocer en las Cuencas del Duero y del Tajo comienza a situarse en el punto de análisis que hoy conocemos gracias a estos trabajos. Las aportaciones más recientes de Almagro-Gorbea (1992 y 1993b) intentan descubrir en este sentido un substrato protocéltico que se conservaría en las regiones del occidente peninsular. La celtización de los vettones se vería así favorecida a partir de unos orígenes comunes y explicaría, en última instancia, similitudes con otras etnias de la Meseta. Este último modelo está dando lugar a una cierta controversia por sus dificultades de aplicación (Lorrio 1995), y desde luego puede afirmarse que no siempre existe unanimidad de criterios por parte de los especialistas a la hora de ofrecer una visión de conjunto. Pero lo cierto es que, como atinadamente señalaba Martín Valls (1986-87: 83) hace dos lustros, interesa mucho más estudiar el proceso a través del cual pequeños poblados se convirtieron en los grandes castros en las vísperas de la conquista romana, que el que éstos correspondan a los vacceos, arévacos, astures o los propios vettones. De hecho, la publicación de las actas de la Reunión celebrada en la Universidad Complutense de Madrid (1989) sobre la Paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds., 1992), proporcionó a los asistentes la grata impresión de percibir la entidad de los pueblos prerromanos de la Meseta a partir de los grupos de Cogotas I y Soto, por tanto desde un proceso que arrancaba en el Bronce Tardío y Final.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Las perspectivas y aproximaciones recopiladas en estos trabajos ofrecen un panorama prometedor y a buen seguro pueden considerarse el punto simbólico de arranque de una nueva etapa relacionada con el tema étnico en la Prehistoria reciente española. Va a ser el análisis de la evolución de los patrones de asentamiento y la atención prestada a los aspectos socio-económicos y paleoambientales, los que van a servir para mostrar la personalidad de los distintos grupos arqueológicos en el espacio y en el tiempo (Jimeno y Fernández Moreno 1992; Burillo 1992; Ruiz 1992; Alvarez-Sanchís 1994 y e.p.) Buen exponente de ello son también los recientes volúmenes publicados sobre Arqueología Vaccea (Romero *et alii* 1993), Arqueología y Medio Ambiente (Delibes *et alii* 1995) y Poblamiento Celtibérico (Burillo 1995), en una visión integrada con la cultura material. Estas aproximaciones resultan muy productivas, y no parece baladí afirmar que el desarrollo de modelos útiles en términos de continuidad y cambio cultural, es el gran reto de la arqueología del primer milenio a.C. en la Meseta.

II.

LOS ESPACIOS NATURALES

La referencia más antigua que tenemos sobre el poblamiento prerromano en la Península Ibérica es la Ora marítima de Avieno, escrita en el siglo IV d.C pero basada en un periplo massaliota del siglo VI a.C. que situaba a los Celtas como pueblo vecino de los Ligures. La obra menciona otros pueblos, entre ellos los cempsi y los sefes, que Schulten (1955: 36-38, 104 ss.) identificó con los celtas y localizó en el oeste peninsular, en los valles del Guadiana y del Tajo-Duero respectivamente. La filiación de estas poblaciones y su relación con los grupos arqueológicos del interior de la Meseta tuvo un peso importante en la historiografía española como para suponer un trasfondo étnico en la génesis de los vettones (Bosch Gimpera 1932: 470 ss.; Cabré 1930: 104 ss.). Sin embargo, en el mejor de los casos, es importante destacar que la información del periplo viene referida exclusivamente por su contenido geográfico, y no permite deducir una identidad social, política o cultural específica.

Los testimonios etnográficos más completos referidos al oeste peninsular sólo describen hechos a partir de finales de la Edad del Hierro y provienen de los autores que acompañaron a los ejércitos púnico y romano en la conquista de Hispania. Del contenido de las fuentes geográficas, fundamentalmente Estrabón (3,1,6; 3,3,1; 3,3,2-3; 3,4,12), Plinio (N.H. 3,19; 4,112-113) y Ptolomeo (2,5,7), se desprende que los Vettones ocupaban en las postrimerías del cambio de Era un amplio territorio cuya zona nuclear debió situarse entre las cuencas del Tormes/Duero y el Tajo; unos 32.000 km² que se extienden por el SO de Zamora, la casi totalidad de las provincias de Salamanca y Avila salvo su extremo norte, el

occidente de Toledo y la mitad oriental de Cáceres, prolongándose hasta las proximidades del Guadiana (Roldán Hervás 1968-69; Sayas y López Melero 1991)¹⁴. Este amplio espacio geográfico queda vertebrado por las alineaciones montañosas del Sistema Central, que constituyen a su vez la divisoria de aguas que vierten al Duero y al Tago. El río Coa, muy cerca de la frontera hispano-portuguesa, y las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, entre Avila y Madrid, señalarían los límites occidental y oriental respectivamente. En cualquier caso, la correlación de todos estos datos con los aspectos históricos y arqueológicos que vamos a tratar a continuación nos eximen, por ahora, de prolijas descripciones.

Sí parece obligado insistir en la realidad física de estas poblaciones prerromanas. No nos cabe la menor duda de que el paisaje agrario tuvo ya en aquellos momentos una extraordinaria importancia, muy por encima de la que la realidad arqueológica nos permite entrever. Desde una perspectiva geográfica, son tres las variables que concurren en la organización secular del territorio: relieve, clima y suelos. Contamos además con datos paleoambientales indirectos. Su asunción global puede resultar problemática, pero ofrecen un marco bastante coherente que podemos hacer extensible en ciertos casos al oeste peninsular¹⁵.

1. El relieve.

La aparente imagen de monotonía con que, a menudo, se percibe el borde occidental de la Meseta, queda desmentida si se contempla en toda su extensión la marcada dualidad existente entre las llanuras y las montañas. El relieve viene determinado por una abundante superficie serrana en el centro y sur, con terrenos quebrados entre los que se intercalan amplias zonas de valle, y su extensa llanura al norte. Los rasgos básicos del paisaje vetton que hemos de considerar como constitutivos de este espacio son: (1) las penillanuras del oeste de Zamora y

¹⁴ Hojas del Mapa Topográfico del Servicio Geográfico del Ejército (E. 1:200.000), números 3-5 (Vitigudino), 4-5 (Salamanca), 3-6 (Plasencia), 4-6 (Avila), 3-7 (Cáceres) y 4-7 (Talavera de la Reina).

¹⁵ Los trabajos globalizadores que sintonizan con la redacción de este capítulo han sido fundamentalmente Conde (et alii 1966), Alonso Fernández (1981), VV.AA. (1985), Terán (et alii 1987), Cabo y Manero (1987 y 1990), VV.AA. (1993), así como las memorias explicativas del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, para los mapas de Cultivos y Aprovechamientos (E. 1:200.000) de Cáceres (1983), Toledo (1983), Avila (1983) y Salamanca (1984). Para aspectos específicos sobre paleoambiente y comarcas tradicionales, se han utilizado otros trabajos que se irán citando seguidamente en el texto.

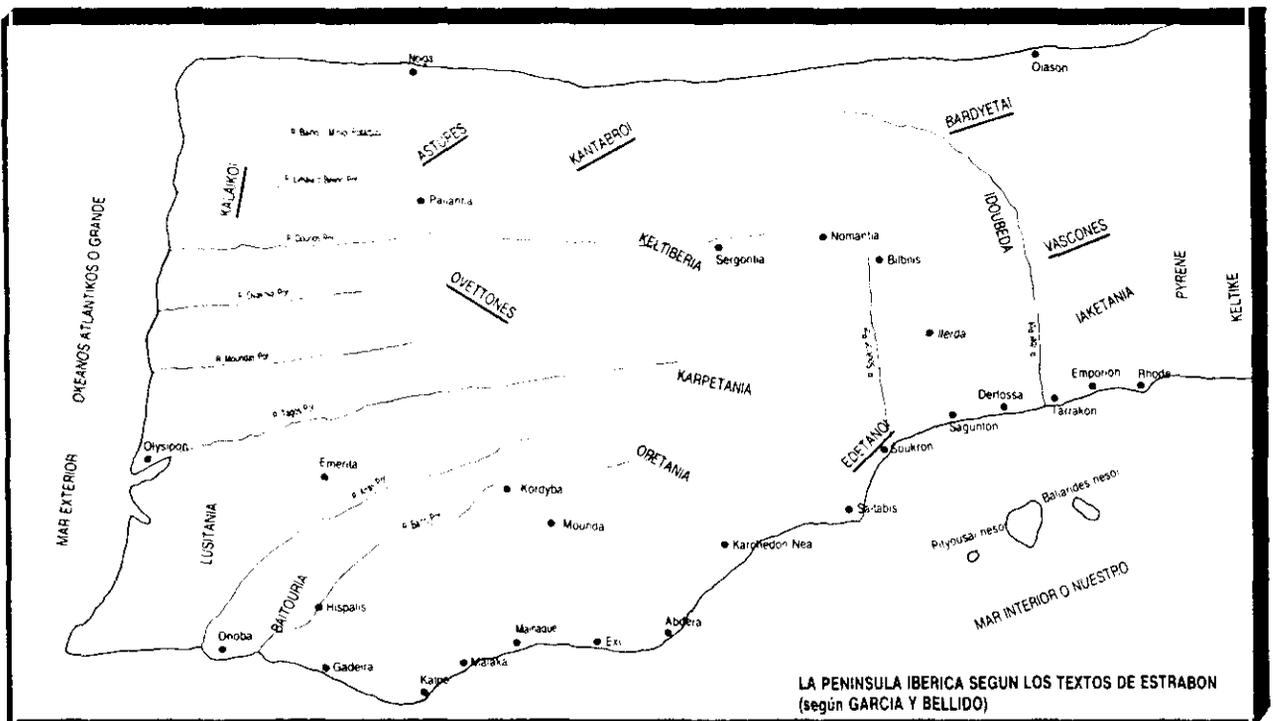
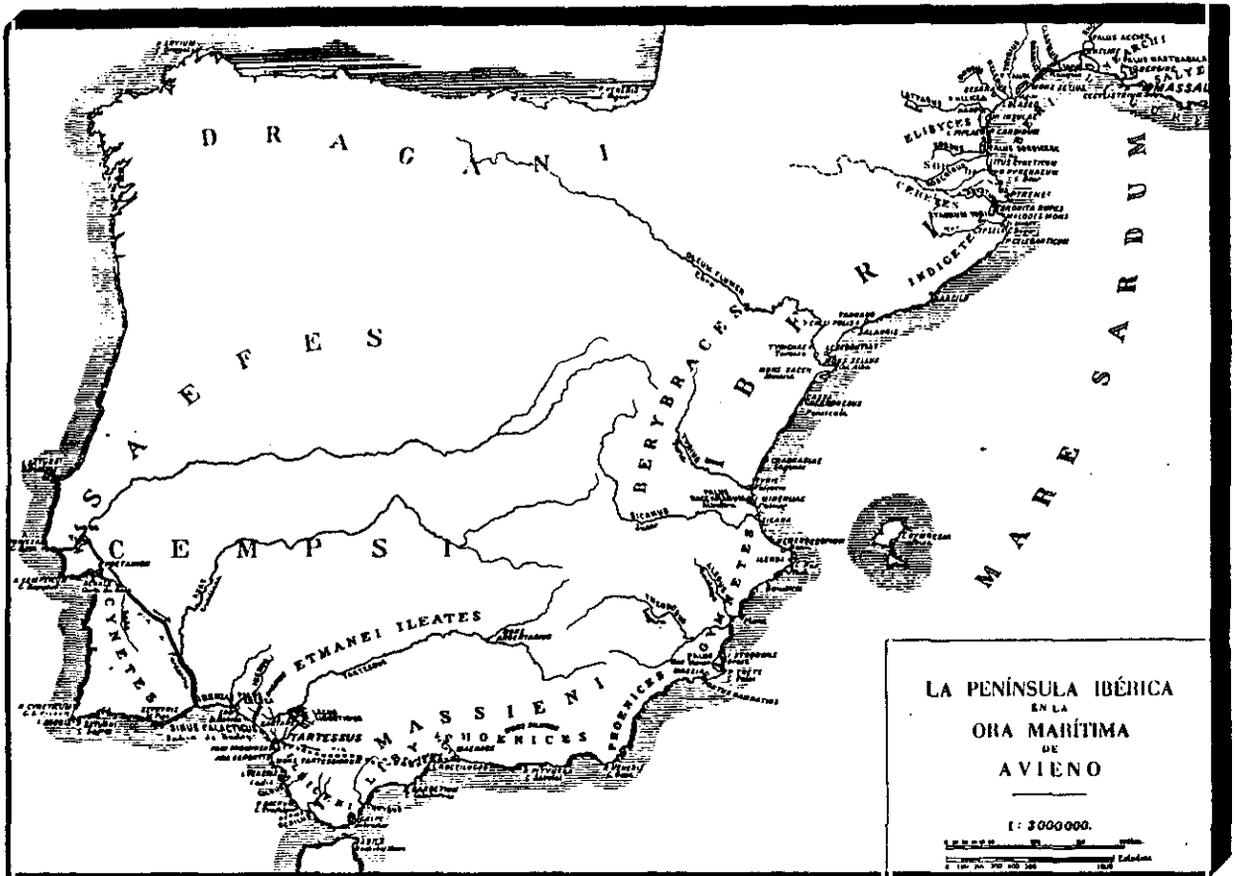


Fig. 1. La Península Ibérica según Avieno y Estrabón.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Salamanca, (2) las cuencas sedimentarias de los ríos Duero y Tajo, y (3) el Sistema Central. En esencia, toda la región forma parte del primitivo zócalo paleozoico de la Meseta, que ha ido configurando su aspecto actual debido tanto a los movimientos resultantes de la Orogenia Hercínica como a deformaciones Terciarias y Cuaternarias.

En primer lugar, destacan por su amplitud las tierras occidentales de Zamora y Salamanca, junto al perímetro que marca los "límites" con Portugal, labradas sobre granitos (Sayago, Campo de Ledesma, Campo de Vitigudino) y pizarras (campos de Argañán, Charro y Sierra de Tamames). Se trata de penillanuras originadas por el desarrollo de diversas etapas de aplanamiento sobre el zócalo de este sector, destacando algunos relieves residuales y pequeños resaltes. El umbral de altitud más vasto es el de 700/800 m., en el centro, mientras en el resto oscila de 900 a 1000 m.. Eso, con independencia de los relieves montañosos internos, elevados hasta 1400 m., y del profundo tajo fronterizo del Duero, encajado 400 m., en los llamados "arribes" del Duero, que separaba a los vettones de los astures (Plinio N.H. 4,112). Aquí, el fuerte desnivel existente entre la penillanura granítica y su margen portugués ha traído consigo una espectacular labor de abarrancamiento. El río, aprovechando el sistema de fracturas, ha llevado a cabo una intensa profundización de su cauce. Esta acción trasciende incluso a los valles, muy angostos, y ha permitido la aparición de la roca desnuda y de extensos berrocales. Las redes del Agueda, Huebra, Uces y Tormes por el norte, y la del Alagón por el sur, introducen ese característico paisaje quebrado. En todo caso estas cortaduras ocupan una pequeña porción de superficie y, escasos 20 km. hacia el este, se muestran como valles modestamente encajados. La relativa riqueza en mineralizaciones de las rocas de este complejo geológico ha permitido la aparición de placeres auríferos y minas de cobre, hierro y sobre todo estaño, en la mayor parte de los casos pequeños filones, cuya explotación ha determinado la emergencia de algunos castros en la protohistoria salmantina (Maluquer 1956a: 7; Gómez Moreno 1967: 9; Salinas 1992-93: 179-180)¹⁶.

Como solución de contacto con las penillanuras se extienden los dos grandes valles de la red hidrográfica actual, el Duero y el Tajo, que cubren la

¹⁶ Mapa Metalogenético de España, E. 1.200.000, hoja 36 (Vitigudino). Instituto Tecnológico Geominero de España (IGME), 1975 (1ª edición).

LOS ESPACIOS NATURALES

mayor parte del territorio, atravesándolo en dirección Este-Oeste, mientras sus afluentes lo hacen en sentido sur-norte y norte-sur. Estas cuencas sedimentarias fueron colmatadas por materiales terciarios liberados por la erosión en las áreas de montaña, en su mayor parte con posterioridad a la orogenia alpina. La cuenca del Duero ofrece una topografía en la que se advierten llanuras labradas sobre materiales blandos - arcillas y arenas - escalonadas a diferentes alturas, desde los 700 m. hasta llegar a los 1000 m. en el tránsito a los berrocales de la cordillera Central. Las campiñas centro-meridionales de la cuenca, desde el norte de Avila y noreste de Salamanca hasta el sureste de Zamora (Tierra del Vino, La Armuña, Campo de Peñaranda, Tierra de Arévalo), forman un conjunto unido donde los procesos de deposición cuaternaria se han desarrollado con gran amplitud, formando amplios valles y estrechos interfluvios, sólo interrumpida por pequeñas motas y tesos aislados, o por las terrazas que siguen el curso del río Adaja.

La cuenca del Tajo es una fosa tectónica hundida entre el Sistema Central y los Montes de Toledo. Se articula en torno a los derrames que proceden de la Sierra de Gredos, Bejar, Peña de Francia y parte de la Sierra de Gata: el Alberche, el Tiétar y el Alagón. El encajamiento del río no permite un paso fácil, excepto en los vados de Alconétar - en la confluencia con el río Almonte - y Azután - entre Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo - puntos fundamentales de comunicación desde la Prehistoria hasta nuestros días (Alvarez Rojas y Gil Montes 1988; Galán y Martín Bravo 1991-92). Ofrece mayor complejidad geológica aunque morfológicamente acusa las mismas formas que aparecen en el Duero, desmantelando los depósitos terciarios en los que ha encajado su valle y acusando un paisaje en el sector medio de campiñas labradas en margas y arcillas, de moderada altitud (400-500 m.). En el ámbito occidental propiamente extremeño, el valle entra en contacto sin solución de continuidad con la penillanura herciniana, formada por crestones de cuarcita, granito y pizarras, hasta alcanzar Cáceres y la frontera portuguesa.

Por su parte, en el centro del antiguo macizo ibérico los relieves del Sistema Central que se alzan a más de 2.000 m. - La Serrota (2.294 m.), Guadarrama (2.430 m.), Gredos (2.592 m.), Sierra de Béjar (2.401 m.) - y los contrastes climáticos y litológicos justifican una diferencia muy sensible con las llanuras y las cuencas sedimentarias, máxime cuando se comprueba la decisiva repercusión del

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

relieve en la distribución secular del paisaje agrario y del poblamiento. Geológicamente está constituido por roquedos graníticos, en forma de murallones, peñascales o planicies rocosas, y en menor medida por cuarcitas, pizarras, arenas y calizas. Estos materiales fueron afectados por la orogenia alpina, que es responsable de la dirección Nor-Noreste/Sur-Suroeste del sistema montañoso. Ofrece una notabilísima sucesión de grandes bloques macizos levantados (Sierra de Avila, Ojos Albos, Sierra de la Paramera, La Serrota, Gredos, Béjar, Gata, Peña de Francia) y fosas hundidas (valles de Amblés, Alberche, Tormes, Tiétar, Jerte) hasta unirse al Tajo, dando lugar a un paisaje típicamente serrano. La delimitación orográfica meridional es, finalmente, ostensible en la unidad de los Montes de Toledo, que se disponen entre las cuencas del Tajo y el Guadiana. Ofrecen un nivel de cumbres fuertemente abombado, que alcanza su culminación en las Sierras de Guadalupe y las Villuercas (1.601 m.), a partir de la cual desciende en sentido opuesto hasta enlazar con la penillanura trujillano-cacereña.

Una serie de pasos naturales y puertos de montaña - Béjar (Salamanca), Tornavacas (Avila-Cáceres), El Pico (Avila) -atraviesan estratégicamente de sur a norte todo este entramado y han condicionado muchísimo las comunicaciones entre Extremadura y la Meseta Norte, desde el Guadiana hasta el Duero: la relación de hallazgos de la Edad del Bronce y del Hierro que salpican el recorrido de la Vía de la Plata, la falla tectónica de Plasencia, los vados del río Tajo y los puertos del Sistema Central se nos antoja enormemente reveladora en este aspecto (Roldán Hervás 1971; Alvarez Rojas y Gil Montes 1988: 312).

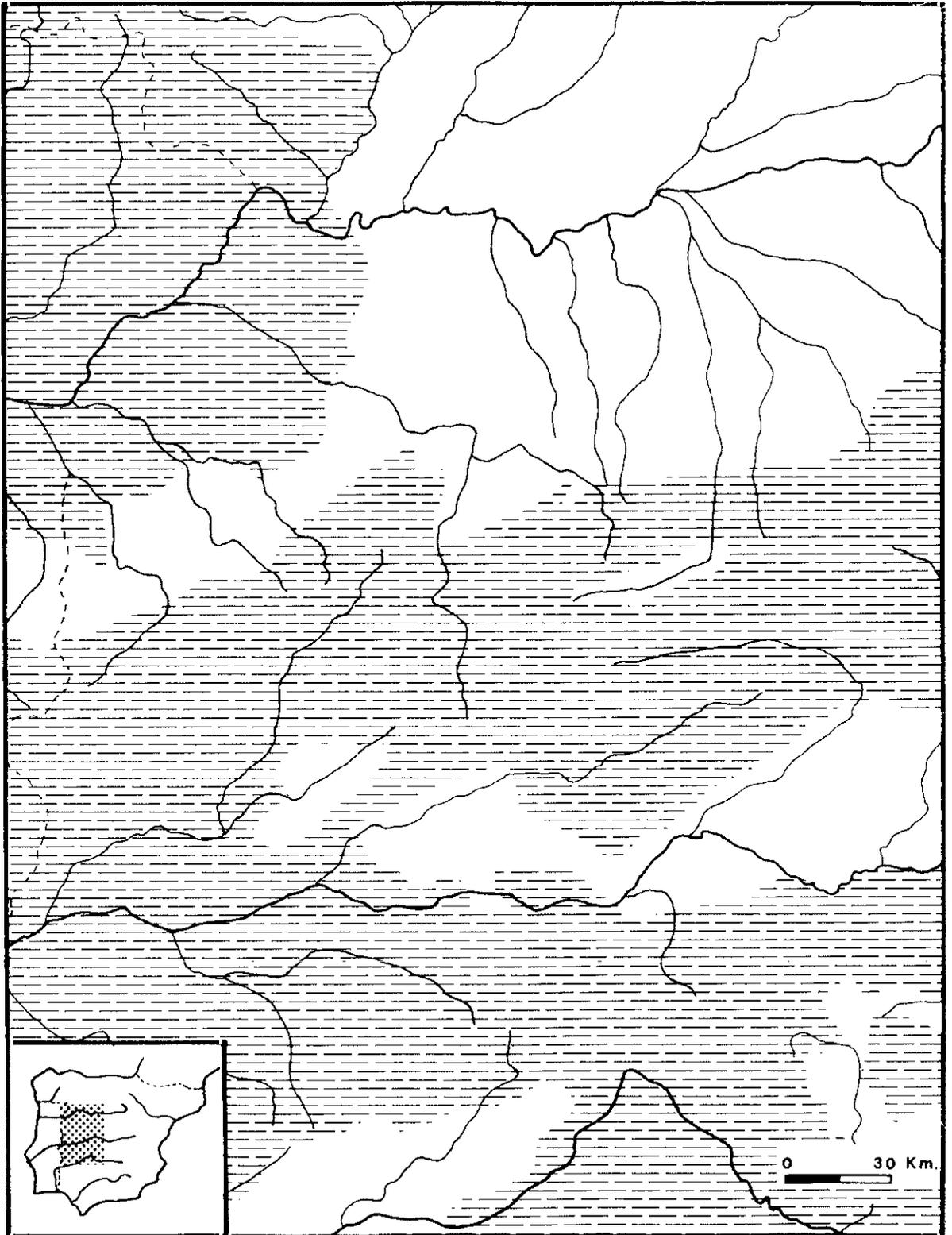
2. El clima.

Las variables termopluiométricas de la Meseta Occidental y su situación en la Península Ibérica la hacen partícipe del modelo mediterráneo, en un régimen de relativa regularidad. Pero si la orogenia actual debió coincidir básicamente con la de la Prehistoria reciente, en el caso del clima caben algunas consideraciones. Aproximadamente la fecha del 800 a.C. marca la transición entre los climas sub-boreal y sub-atlántico, que en la mitad norte peninsular debió de caracterizarse por un ambiente más fresco y lluvioso (Magny 1982: 40-42; Dupré 1988: 121-122). La coincidencia entre la emergencia de los poblados de la Edad del Hierro y la

LOS ESPACIOS NATURALES

nueva fase abre por tanto algunas vías para ulteriores investigaciones (Esparza 1990b: 123). Desde entonces, no hay pruebas geomorfológicas o botánicas que testifiquen un clima muy distinto del actual, pero sí evidencias de que la red fluvial y los humedales hayan conocido importantes cambios de índole natural y antrópica (Calonge 1995: 530 ss.). Los ríos, de acuerdo con su basculamiento y la erosión lateral, sugieren un nivel menos encajado que en el presente, por tanto niveles freáticos menos profundos y humedales más amplios.

En el estudio palinológico del castro abulense del Raso de Candeleda (López García 1986: 153), el medio vegetal más importante aparece representado por pinos, fresnos y alisos. Los dos últimos tienen un significado de mayor humedad y representan la vegetación que debía desarrollarse a comienzos del subatlántico en las márgenes de ríos y arroyos. Por otra parte, los taxones arbóreos y arbustivos identificados según análisis polínicos, antracológicos y carpológicos en varios yacimientos del valle medio del Duero en el transcurso del primer milenio a.C. - como son los distintos niveles del Soto de Medinilla, La Era Alta en Melgar de Abajo y La Mota en Medina del Campo, en Valladolid (Yll 1995; Cubero 1995; Uzquiano 1995) - implican una mayor fitodiversidad, con bosques densos de encinas, enebros, pinos, quejigos, nogales, castaños, pequeñas agrupaciones de hayedos, bosques de ribera, helechos y entornos empradizados muy aptos para la caza y el pastoreo, lo que también tiene implicaciones extraordinariamente positivas desde el punto de vista faunístico. Masas forestales extensas y todo el cortejo propio de la vegetación del sotobosque - a una distancia relativa de los poblados - dio paso a mamíferos silvestres como el ciervo, el uro, el caballo salvaje, el oso, el lobo, el jabalí, el lince, el corzo, el gato montés o el castor (Morales y Liesau 1995: 492-495), algunos de las cuales todavía sobrevive en sectores marginales del valle del Duero, en las penillanuras salmantino-zamoranas y en Gredos, en un ambiente típico de arbolado, monte bajo y matorral. Incluso sobresalen en los antiguos asentamientos restos de aves y peces, como la garza real en La Mota o el salmón en el Soto de Medinilla (*id.* 1995: 496-498), que requieren importantes recursos hídricos, un mayor enfriamiento y aguas relativamente oxigenadas. Todos estos datos podrían explicar, en definitiva, un grado considerable de humedad superficial y la existencia de un paisaje distinto del que hoy se contempla.



 ZOCALO PALEOZOICO  SEDIMENTOS TERCIARIOS Y CUATERNARIOS

Fig. 2. Esquema geomorfológico de la Meseta Occidental.

LOS ESPACIOS NATURALES

Por otra parte, los elementos bioclimáticos de la región vettona se hallan claramente mediatizados por la elevada altitud media y la compleja orografía del territorio. Desde un planteamiento general la altura determinaría una disminución de las temperaturas y un ligero aumento de las precipitaciones aunque existen muy importantes disimetrías entre las vertientes de barlovento y sotavento, además de la situación de los valles fluviales encajados frente a otros más amplios y poco profundos, y, en general, el obstáculo que representan las barreras montañosas. Como resultado de todo ello el paisaje se inserta en un clima mediterráneo pero fuertemente continentalizado, con elevadas amplitudes térmicas resultantes de inviernos largos y muy fríos, en torno a los 3-4 grados, y veranos breves y cálidos, con valores entre los 20 y 22 grados. Por su parte, la región extremeña puede considerarse un área de transición; a la diferencia de altitud respecto a la Meseta superior corresponden inviernos no tan rigurosos y veranos más largos.

En la distribución de las lluvias no hay sin embargo grandes diferencias y la mayor parte del sector queda comprendido entre las isoyetas de 300 y 500 mm.. Excluyendo las sierras, que introducen matices muy significativos, se trata de un territorio caracterizado por un nivel de precipitaciones no demasiado cuantiosas, que progresivamente se elevan de oeste a este y de sur a norte. La escasez de lluvias durante el estío es la principal seña de identidad. Los pastos adquieren entonces el color amarillento típico de la sequía, que recibe el expresivo nombre de "agostamiento". Numerosas piezas dentarias del ganado vacuno de la Edad del Hierro acusan lo abrasivo del régimen de gramíneas (Morales y Liesau 1995: 483), dato que podría explicarse en función de la dureza de los pastos durante la estación seca, lo que concuerda bastante bien, según Calonge (1995: 532), con las adaptaciones desarrolladas por las actuales razas autóctonas como la morucha y la avileña. Por el contrario en las estribaciones montañosas el volumen invernal suele superar la mitad de la media anual pluviométrica, que en la montaña representa en torno a las tres cuartas partes. Lo quebrado del relieve, los períodos de heladas y el régimen de lluvias, con medias anuales que pueden superar los 1.000/1.500 mm., facilitan el desarrollo de la ganadería y el aprovechamiento forestal en detrimento de la agricultura, que se convierte en una actividad muy secundaria. En suma, nos encontramos ante un territorio dominado por la sensación de contraste, la misma sensación que se percibe en la distribución y tipología de los suelos y la cobertera vegetal, claro que sin menoscabar la acción

antrópica.

3. Cobertura vegetal y suelos.

Han sido los factores edáficos los que han favorecido el desarrollo de las coníferas en las campiñas meridionales del Duero y de los paisajes adheridos en las superficies suroccidentales del zócalo, desde el Sayago zamorano hasta la penillanura extremeña. Pero antes que nada hay que señalar que los suelos están condicionados por el relieve, siendo frecuentes las pendientes escarpadas y pronunciadas que imposibilitan en muchos casos la existencia de suelos bien desarrollados. Sobre los granitos y pizarras predominan los suelos silíceos ácidos, fácilmente erosionables, de profundidad variable, con escasa capacidad de retención hídrica y frecuentes afloramientos rocosos. Suelos, en cualquier caso, de escasa aptitud agrícola y vocación eminentemente ganadera. Cubren la mayor parte del centro, sur y oeste de la región, estando constituidos por las Tierras pardas húmedas y las Tierras pardas meridionales, matización que es debida a su altitud y grado de humedad. Por su parte, los tipos de suelos arcillosos del norte de Avila, noreste de Salamanca y sureste de Zamora, así como la cubeta tectónica de Ciudad Rodrigo, más profundos y desarrollados sobre los sedimentos terciarios y cuaternarios, les hace adecuados para buenos rendimientos cerealícolas: la primacía corresponde sin duda a los suelos pardos (calizos, no cálcicos y sobre depósitos alóctonos pedregosos) y a los suelos rojos mediterráneos, además de los fértiles suelos aluviales articulados por la red hidrográfica del Duero y parte del Tajo, incluyéndose aquí los fondos de los valles del Tormes, Amblés y Tiétar.

Los vegetales cultivados recuperados en los yacimientos del Duero medio han revelado una agricultura cerealista probablemente de ciclo largo a base de trigo y secundariamente de cebada (Cubero 1995), dato que no debió ser muy diferente en las vegas vettonas, de inferior extensión pero básicas desde el punto de vista económico. Los mismos análisis hacen verosímil un terrazgo dividido en "hojas", con tiempos de reposo y barbecho, y no una explotación intensiva, sistema que ha pervivido en algunos sectores marginales de la Meseta hasta mediados del siglo XX (Calonge 1995: 538; Delibes *et alii* 1995: 573). Así, en las penillanuras del oeste los espacios labrados suelen ser de dos tipos, uno representado por campos abiertos, a veces con reparto en hojas del término, y otro

LOS ESPACIOS NATURALES

cerca de los pueblos, junto a pequeños regatos y limitados por cercas de piedra - bien visibles en la comarca sayaguesa - con un labrantío intensivo característico de la organización en huertas (Llorente 1990: 193).

En las cuencas sedimentarias hay que valorar un elevado grado de alteración de las formaciones autóctonas como consecuencia de las roturaciones que, ya desde el pasado, han abierto espacios nuevos para el cultivo y la ganadería. De ahí el carácter residual que hoy ofrecen las biomasas de frondosas mediterráneas. En este sentido, cabe destacar que los resultados polínicos de algunos poblados del espacio físico vacceo (Mariscal 1995; Ruiz Zapata 1995; Yll 1995: 363 ss.) confirman un incremento gradual de los espacios abiertos y de la vegetación herbácea xerófila y de secano frente a una disminución de las masas boscosas, que habrá que relacionar con la explotación de estas últimas y la ampliación del terrazgo para cultivos pero sobre todo pastos. Estos índices se refieren en cualquier caso al mismo asentamiento y a su área inmediata, pudiendo darse condiciones distintas, las propias de un paisaje más arbolado, a medida que nos apartásemos de aquellos (Delibes et alii 1995: 565).

Es lo que sucede a propósito de la encina, que constituye la especie más generalizada en la región occidental por su resistencia al frío y a la aridez estival, y su versatilidad en cuanto a suelos, ocupando todavía un lugar preeminente a mediados del siglo pasado (Madoz 1845). Prácticamente extinguida en el sector de los páramos y las campiñas correspondientes a las cuencas de sedimentación terciaria, pero muy importante en tiempos pretéritos (Mariscal et alii 1995: 445-447), hoy se mantiene de manera mucho más ostensible en las penillanuras occidentales de Zamora y Salamanca, en los bosques basales de la Cordillera Central y en el territorio extremeño, formando un componente de riqueza esencial por el ganado lanar, vacuno y de cerda que en ellos se apacenta, pues produce bajo su copa abundante pasto rico en proteínas. El encinar y también el matorral, en su forma de monte bajo, se conserva por tanto en su mayor extensión en las superficies ocupadas por el zócalo paleozoico, cuya escasa capacidad para el cultivo ha favorecido la pervivencia de las asociaciones originarias. Y esto, de alguna forma, contrarresta la escasez de estudios paleoambientales específicos al sur del Duero, si se exceptúa el caso de La Mota y El Raso (vid. supra). En compañía del quejigo, el rebollo y el alcornoque, ha desempeñado y desempeña

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

una función esencial en la estructura del sistema de aprovechamiento agrario. El encinar define por excelencia la dehesa y el paisaje adehesado (Campos Palacín 1984), donde el sistema mixto arbolado-pastos-tierras de labor, permite un aprovechamiento de los recursos naturales y el mantenimiento de su potencial ecológico, de tal forma que bien puede hablarse de "paisajes estables" en la región (Cabero *et alii* 1987: 92). En general sólo se dedica a los cultivos una pequeña parte del suelo, el más fértil pues se trata de suelos silíceos poco productivos, y el resto a pastos, complementados con bellotas.

El complejo descrito también se encuentra en el Sistema Central, no obstante condicionado por la altitud, especialmente en la vertiente meridional. Los enclaves húmedos ligados al relieve serrano, incluso elevados en época estival, facilitan en la actualidad el aprovechamiento de pastos permanentes o altos pastos de verano a partir de la cota de los 1.400 m. en la sierras abulenses - lo que ha condicionado seculares estrategias en los desplazamientos con el ganado - a la vez que incorporan una distribución escalonada de la cobertera vegetal (prados, robledales, castañares, quejigares, alcornocales, jaras y encinas), desde los pisos subalpinos a las condiciones microclimáticas del Tiétar o el Jerte. Contamos además con los datos paleoambientales de Lagoa Comprida, en la Sierra portuguesa de la Estrella (Figueiral 1990), un área montañosa a unos 1.600 m. de altitud y con dataciones de C-14 no calibradas de los siglos XIV y VIII a.C., que muestran la importancia de los bosques de Quercus, con escaso impacto del estrato herbáceo. Circunstancias análogas concurren en los datos palinológicos realizados en la Laguna de las Sanguijuelas, cerca de Puebla de Sanabria (Menéndez y Florschütz 1961: 85 y 88) y en el castro zamorano de La Cerca, en Sejas de Aliste (Boyer-Klein 1987: 393), que además incluyen una importante representación del pino silvestre. No obstante la muestra más reciente de Sejas, coetánea a la ocupación prerromana del castro, evidencia una fuerte deforestación, si bien hay que insistir que esta imagen se refiere al hábitat, pudiendo existir condiciones distintas en la periferia:.....

Aunque escasos en comparación con otros conjuntos naturales de la región, también sobresalen en el paisaje actual de las penillanuras y en las estribaciones montañosas algunos bosques de ribera con vegetación de sauces, chopos, álamos y fresnos, estos últimos acompañados de pastos permanentes. Se observan bien

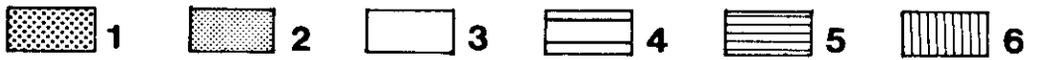
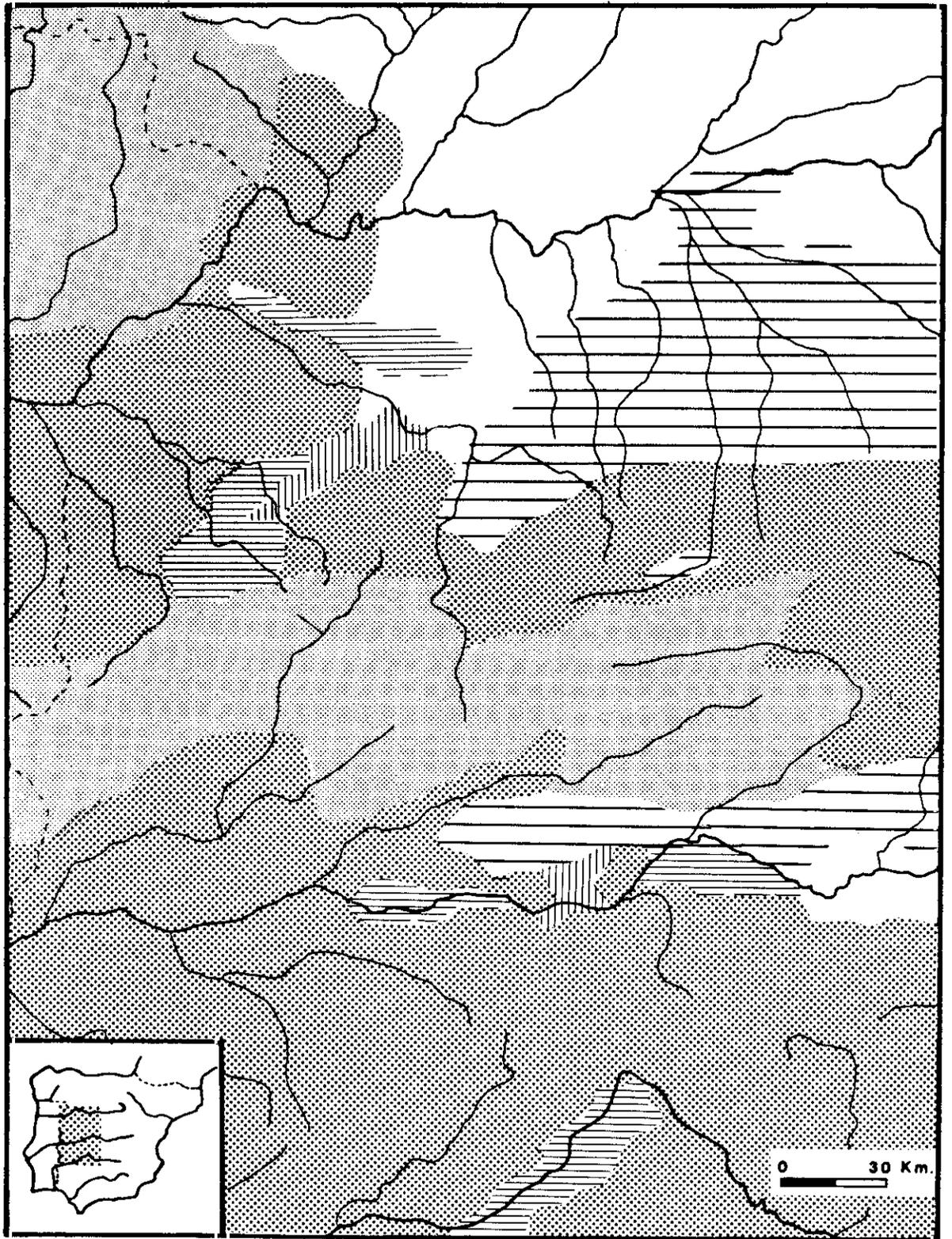


Fig. 3. Mapa de suelos. Tierras pardas (1-2), suelos pardos calizos (3-4) sobre depósitos pedregosos (5) y suelos rojos mediterráneos (6).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

en zonas de valles - Yeltes, Huebra, Tormes, Amblés, Tiétar - allí donde se constatan importantes asentamientos prerromanos y una relativa alta densidad de población. No en vano, estas mismas especies coinciden con las documentadas en el Raso de Candeleda (López García 1986: 153) y en los entornos de los humedales del valle medio del Duero de hace más de dos milenios (Mariscal et alij 1995: 425-426).

Concluyendo, el hecho que reviste mayor trascendencia en la Meseta occidental desde el punto de vista geográfico, es la dialéctica entre superficies llanas y áreas de montaña. Esta dualidad no es únicamente de índole morfológica y está en la raíz de varios de los fenómenos que podemos apreciar en el poblamiento de la Prehistoria reciente de la región. Las características físicas favorecen los desplazamientos en sentido Este-Oeste, aunque los grandes ríos de la fachada atlántica, como el Duero o el Tajo, sólo han sido navegables en ciertos tramos de su recorrido, forzando necesariamente la confluencia en vados. Los itinerarios norte-sur han estado condicionados por las barreras montañosas del Sistema Central, viéndose beneficiados los pasos de montaña y la Vía de la Plata, vía secular de comunicación entre Extremadura y la Submeseta Norte. Se observa también una disimetría en la región, que diferencia los terrenos graníticos y pizarrosos relacionados con el aprovechamiento de pastos, de las vegas fluviales, con tierras más profundas y cereal de secano. Estas circunstancias tienen una repercusión clara desde el punto de vista económico y han ahondado los matices y diferencias del hábitat en el transcurso del tiempo.

Puede afirmarse que la geografía actual de la Vettonia no enmascara demasiado su aspecto primitivo, al menos si nos referimos a la potencialidad de los suelos y a las formas básicas del clima y del relieve. No parece, pues, arriesgado aventurar que el paisaje agrario siempre se ha decantado a favor de la ganadería extensiva y el aprovechamiento forestal, teniendo en cuenta las particulares características del medio natural, el proceso histórico de ocupación y el dominio durante siglos de una economía cerrada, basada en la complementariedad territorial de fondos de valle y cumbres. Naturalmente el reverso de la medalla son los factores antrópicos, que han pesado en la cobertera vegetal, allí donde el paisaje actual enmascara con frecuencia el verdadero aspecto que ofrecería el territorio en la antigüedad.

III.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA Y LA CONFIGURACION DEL SUBSTRATO INDIGENA.

Hay pocas dudas de que en la Prehistoria reciente de la Meseta tuvo lugar un cambio trascendental en el paisaje: ciertos tipos de cerámicas, yacimientos y estructuras desaparecen o se rarifican extraordinariamente y otros se hacen presentes. La transición a la Edad del Hierro también marca el cambio entre dos formas diferentes de concebir el pasado. La provisionalidad de las estructuras de habitación deja paso a poblados estables y fortificados que reflejan el carácter duradero y permanente de la ocupación. El alto nivel alcanzado por la metalurgia del bronce, propiciando una mejora evidente en el instrumental artesano, la progresiva utilización de útiles de hierro y de la tecnología necesaria para realizarlos o la intensificación agrícola, seguramente como consecuencia de todo lo anterior, fueron sin lugar a dudas determinantes en las secuencias de cambio.

Pero se asume demasiado a menudo que la sedentarización fue general en todos los casos, exageradamente dramática, en un marco temporal corto y homogéneo. Antes de la nueva etapa, los investigadores esgrimen tradicionales modelos de análisis que defienden un patrón de asentamiento móvil e inestable. Y sólo después de ese momento se aceptan sociedades permanentes y realmente complejas, capaces de generar excedentes para el intercambio o dedicar más energía a otras actividades. Habría dos maneras de contemplar esa transición (Romero y Jimeno 1993: 185-186): asumir la arribada de nuevas poblaciones y su implantación definitiva en el territorio o, por el contrario, valorar el papel que jugaron las comunidades indígenas del Bronce Final en el proceso de cambio hasta

bien entrado el primer milenio a.C.

Pese a la larga tradición y gran desarrollo actual de las investigaciones sobre el fin de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, la Prehistoria de la Meseta se ha desarrollado bajo la premisa de que existe una ruptura, una laguna en nuestros conocimientos relativo a una parte de los siglos IX y VIII a.C. que impide conocer el proceso de tales cambios. Desde el mismo momento que se excavó Soto de Medinilla, yacimiento que da nombre a la facies que caracteriza sobre todo a la Edad del Hierro en el centro y occidente de la Meseta, se señalaron las divergencias que presentaba respecto al substrato indígena y su relación con los poblados del Hierro navarros y del sur del País Vasco (Palol 1966; Palol y Watterberg 1974: 181-195). La sensación de discontinuidad entre el viejo y el nuevo mundo crecía y se hacía más evidente conforme se desarrollaban las prospecciones y trabajos de campo, al comprobar la disociación espacial entre los poblados del Hierro, que afectaba a todos los territorios sedimentarios de la cuenca del Duero y los atribuibles a Cogotas I (Delibes y Romero 1992: 242-243; Sacristán de Lama *et alii* 1995: 354-358). También en el plano del poblamiento este hecho se veía reforzado por la estabilidad del primer grupo frente a la inconsistencia de los hábitats del segundo y, probablemente, por el nuevo modelo de explotación agrícola que representaban, en clara oposición a la tradicional actividad pastoril de las sociedades del Bronce. Un último indicio, las cualitativas diferencias de sus respectivos materiales ahondaba todavía más el distanciamiento y la sensación de vacío entre ambos mundos.

Esta esterilidad podría relacionarse con ciertos aspectos de la investigación, como la falta de excavaciones extensas en los castros, que dificultan fijar de manera precisa sus momentos iniciales y su relación con Cogotas I o bien la inexistencia de un fósil guía característico en la región que llamase la atención de los especialistas, como ya ocurriera a propósito de las cerámicas de excisión y boquique para el Bronce Final. Nuestra visión estaba además condicionada por las características naturales de las diferentes áreas, que repercutían en la cantidad y calidad de la información disponible. Pero una explicación de este tipo es válida sólo parcialmente. Y sólo parcialmente porque quizás también sea el oeste de la Meseta donde este aparente vacío sea menos nítido y donde mejor se aprecie el problema secular del tránsito a la Edad del Hierro tras el ocaso de Cogotas I.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

La valoración de los primeros asentamientos de la Edad del Hierro en la región SO de la Meseta, su ubicación cronológica y, en el fondo, las circunstancias que dan lugar a su aparición, exige considerar la situación inmediatamente anterior, el Bronce Final, porque en algunos aspectos puede dar la clave de fenómenos posteriores.

1. El substrato del Bronce Final y su vertebración en la nueva etapa. La documentación arqueológica.

A finales del segundo milenio a.C. los grupos que habitan el interior de la Meseta corresponden a la cultura tradicionalmente conocida como Cogotas I, con diferentes matices según las áreas pero con un fuerte arraigo en las tradiciones anteriores, situándose el origen de este complejo en el Bronce Antiguo (Romero y Jimeno 1993: 183-184). Estas comunidades presentan una serie de rasgos comunes:

(a) son comunidades mayoritariamente pequeñas y de cabañas simples, como revelan la superficie de sus poblados y hábitats. La movilidad de algunos grupos parece bastante segura, atendiendo por ejemplo a la escasa potencia de los niveles de ocupación (Fernández Manzano 1985: 72), prueba de que los asentamientos son abandonados en poco tiempo. El hábitat muestra una cierta diversidad que permite cuestionar la idea comúnmente admitida de vincular esta cultura única y exclusivamente a zonas montañosas y a grupos de pastores (Romero y Jimeno 1993: 176).

(b) un ritual inhumador acompañado de escasos ajuares, con las características cerámicas de excisión y boquique, es la tradición funeraria habitual, pero muy excepcional dada la rareza de los enterramientos descubiertos (Esparza 1990a). Parece evidente que sólo una pequeña parte de la población accede a esta práctica, inhumándose bien en fosa, hoyo, cista, cueva o dolmen, e ignoramos cómo se enterraba el resto. Esta heterogeneidad debe obedecer a la diversidad de tradiciones culturales muy arraigadas del grupo Cogotas I (Esparza 1990a: 136), aunque se desconoce el ritual característico de cada zona o incluso si convivían en una misma área diferentes tipos de enterramiento. Detrás de estos hallazgos

también parece existir una interpretación diferencial que vendría avalada por el contexto (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 226); por ejemplo el hecho de que las fosas se vinculen a espacios domésticos frente a los enterramientos en cueva o dolmen, bien diferenciados de los espacios de habitación¹⁷. Admitido esto, se podría plantear la posibilidad de que determinadas prácticas mortuorias comenzaran a integrarse dentro del ciclo agrícola, a partir de la asociación entre depósitos funerarios y silos. En cualquier caso la parquedad de hallazgos y la discutible funcionalidad de estos últimos no permiten precisar mucho más.

(c) la economía de subsistencia está basada en una ganadería, donde la importancia de oveja y bóvido varía según las áreas, y una agricultura incipiente de cereal, cimentada sobre todo en la información paleobotánica y en el hallazgo de algunas hoces de bronce, molinos y dientes de hoz de sílex. El peso específico de estas actividades es difícil de evaluar, pero los análisis faunísticos sugieren una actividad ganadera relativamente especializada cuya importancia quedaría constatada en la presencia de yacimientos con elementos de Cogotas I en áreas periféricas, desbordando el núcleo original de la Meseta. Este hecho se ha explicado como el resultado de desplazamientos temporales de estos grupos (Fernández Manzano 1985: 69-72; Delibes y Romero 1992: 240-242), que muy posiblemente tengamos que poner en relación con las prácticas ganaderas. Por otro lado la inestabilidad del poblamiento y las limitaciones que impone una tierra no especialmente rica en nuestra región permitiría hablar de una agricultura de tipo itinerante, forzada ante la dificultad de estos grupos de mantener la fertilidad de los suelos (Ruiz-Gálvez 1991).

Estas características, unidas a los escasos indicios de metalurgia "in situ" y al hecho de que las cerámicas de almacenaje o provisiones no sean excesivamente grandes, indicarían una actividad productiva de carácter esencialmente doméstico, sin acumulación de excedentes. Se ha especulado con la posibilidad de que algunos fondos de cabañas hubiesen desempeñado la función de silos; sin embargo, hay que reconocer la rareza de hallazgos de semillas o el hecho de que las paredes del depósito carezcan de un recubrimiento interior para preservar de la humedad (Fernández Manzano 1985: 72-73). Aun aceptando esto,

¹⁷ No falta alguna postura crítica, como la recientemente esbozada por González-Tablas y Fano (1994: 98-102), al plantear la posibilidad de interpretar los campos de hoyos en un contexto ritual relacionado con el mundo de la muerte.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

que parecería muy razonable incluso a nivel de producción familiar, desconocemos cuál era exactamente la finalidad de dichas estructuras y quizá haya que pensar en una funcionalidad polivalente para las mismas.

Una primera lectura de estos datos, sugiere que nos encontramos con grupos sociales organizados a nivel tribal cuya territorialidad parece en principio difícilmente identificable. El cuadro uniforme que emerge de todo esto, cuya referencia es básica para entender la transición a la Edad del Hierro, quedaría desdibujado por el aparente vacío entre este momento y la nueva etapa. Sin embargo, el dinamismo que ofrecen las sociedades del Bronce desde comienzos del primer milenio a.C. y el papel jugado por algunos elementos del substrato en el proceso de cambio, abre paso a una realidad mucho más compleja que la anteriormente descrita.

1.1. La cerámica. La adscripción al Bronce Final para la mayoría de los poblados conocidos en esta etapa parte del único hecho de que contengan ciertos materiales, en particular las cerámicas de boquique y excisión, a los que se ha otorgado un monopolio excesivo en detrimento de aquellos otros - menos vistosos, pero no por ello más abundantes - que han caracterizado el bagaje material de los grupos pastores de la Meseta. Sorprende también el hecho de que los intentos de periodizar la Cultura Cogotas I se base en la mayoría de los casos en el análisis formal y decorativo de estos vasos pues, salvo contadas excepciones como Los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984a, Jimeno y Fernández Moreno 1991), Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980), Arenero de Soto (Martínez Navarrete y Méndez 1983) o San Román de la Hornija (Delibes *et alii* 1990), los conjuntos cerámicos conocidos no constituyen una muestra suficientemente concluyente y una gran parte de las evidencias halladas proceden del muestreo de superficie. De alguna manera estos problemas han incidido de modo especial al acentuar nuestro desconocimiento, y por tanto la sensación de discontinuidad, entre el Bronce y el Hierro.

Fernández-Posse (1982 y 1986-87) planteó recientemente una clasificación de la Cultura Cogotas I a partir de estas cerámicas, estableciendo una primera etapa de formación (siglos XV-XIV a.C.), con vasos troncocónicos y predominio

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

de las decoraciones incisas sobre las típicas de "incrustación", seguida de otra de máxima plenitud y homogeneidad, con un aumento en los porcentajes de boquique y excisión.

Pero a partir del siglo X a.C., correspondiendo con la última fase de estos conjuntos, el elenco material de algunos yacimientos parece evolucionar independientemente en cada región, como demuestran las diferencias en formas y decoraciones del castro de Sanchorreja o algunos fondos de cabaña del Manzanares frente a yacimientos del Duero, el Pisuega y la Tierra del Vino en Zamora (Fernández-Posse 1986-87: 232). Se observa al mismo tiempo una tendencia a acusar los perfiles de los vasos, que empiezan a volver el borde, antes recto y vertical, perder las carenas y reducir el fondo. En unos casos se trata de recipientes con carena media y aspecto bitroncocónico, por ejemplo los hallados en Sanchorreja (Maluquer 1958a: 37, fig. 8) o en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes 1973: 401, fig. 4,6). En Arenero de Soto algunas vasijas ostentan cuerpos de tendencia globular o perfil en S e incluso en las piezas con las formas teóricamente más apuntadas, la línea de carenación resulta poco marcada (Martínez Navarrete y Méndez 1983: 204-205, 212, figs. 5-6). Junto a las tradicionales formas cuenquiformes y troncocónicas, Cogotas I incorpora así otras vasijas más evolucionadas con aspecto de urna, que incluso "tienen un aire que podríamos denominar hallstático" (Fernández-Posse 1986-87: 232). Además, estos yacimientos han sido considerados propios de la fase más evolucionada en virtud de los esquemas decorativos que ostentan sus cerámicas y del hecho de que algunas se asocien en un mismo nivel con cerámicas pintadas (vid. infra).

En este mismo contexto de comienzos del primer milenio a.C., Almagro-Gorbea (1987a: 114), refiriéndose a los yacimientos madrileños del Cerro de San Antonio y el Ecce Homo, habla de nuevas tipologías de Cogotas I caracterizadas por urnitas de cuello con tendencia a la verticalidad, generalmente bruñidas o decoradas a la altura de la carena y acompañadas en ocasiones de un mamelón. Y en un momento más avanzado señala que estas mismas formas "ofrecen una característica decoración pintada que resulta muy peculiar del inicio de la Edad del Hierro en la Meseta", poniéndolas en relación con los influjos meridionales del Bajo Guadalquivir. Producciones análogas a éstas también se han documentado en Pico Buitre y los poblados de la ribera del Henares (Crespo y Cuadrado 1990: 75).

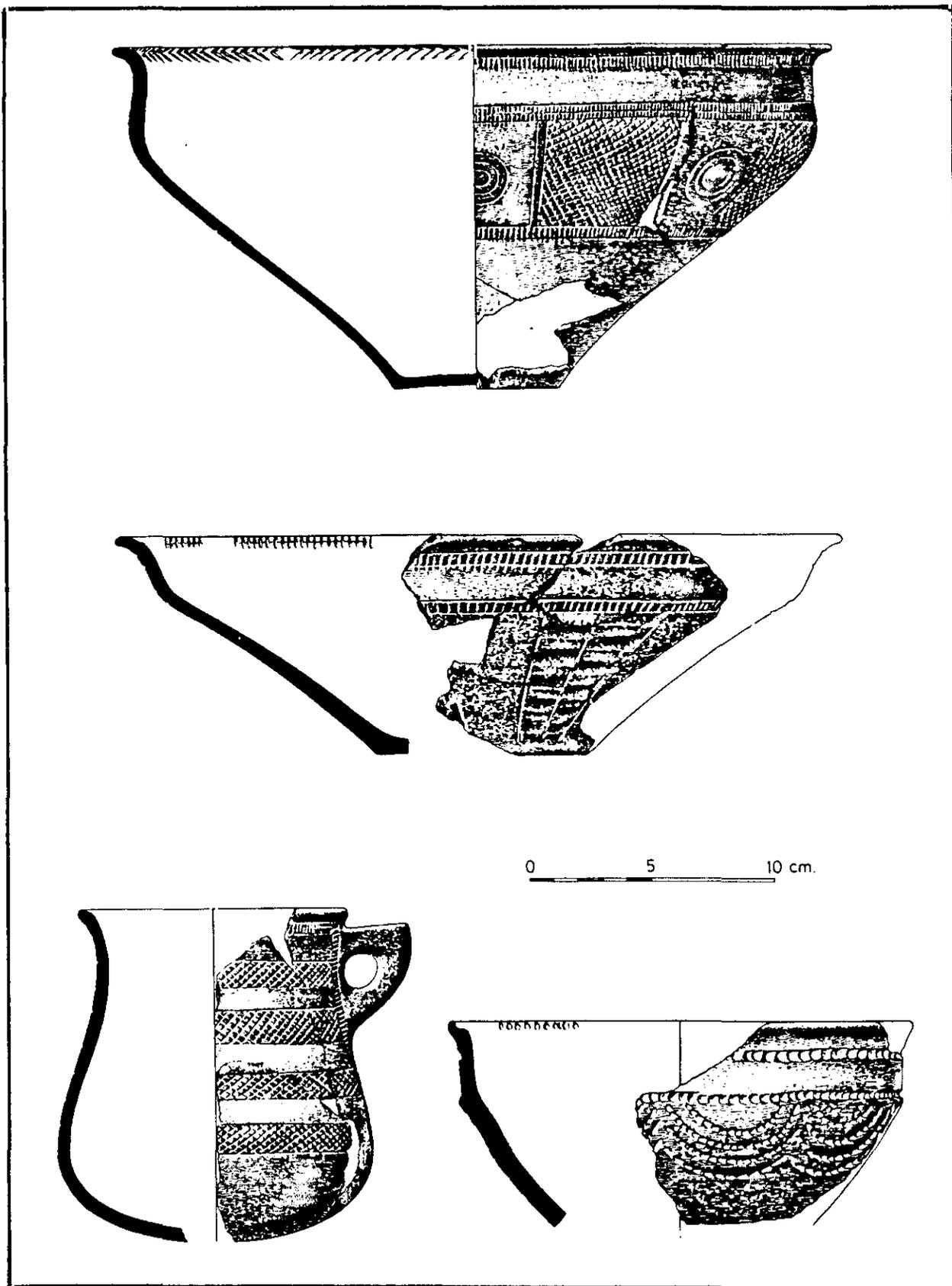


Fig. 4. Cerámicas de Boquique de La Requejada, S. Román de la Hornija.

Si, por otro lado, exceptuamos la vajilla tradicionalmente considerada de "lujo" en el repertorio cogoteño, en todo caso siempre inferior al cómputo total hallado en cada hábitat, los restos de cerámica indígena recuperados no debieron ser muy diferentes de los que integraban los ajuares domésticos del Primer Hierro. Los vasos lisos sintetizan el repertorio más amplio y abundante de la cerámica durante la mayor parte del primer milenio a.C., y aunque la caracterización de ciertos tipos para cada período y región resulta evidente también debe aceptarse un cierto carácter local a partir de las tradiciones de la Edad del Bronce. Por ejemplo Arenero de Soto (Getafe) incorpora un importante elenco de cerámicas lisas con perfiles muy suaves, e incluso respecto a estas últimas algo análogo podemos apuntar para San Román de la Hornija (Delibes *et alii* 1990: 104-105, figs. 20-21).

En la Edad del Hierro se aprecia una evolución local de estos tipos, lo que no excluye la aparición de nuevas formas como los pies anulares realizados o los vasos bitroncocónicos de cuello vertical (Delibes y Romero 1992: 250, fig. 7). De entre los materiales recuperados en los yacimientos a inicios de la nueva etapa, caso por ejemplo de Almenara de Adaja en Valladolid (Balado 1987: 174-175), podrían destacarse los típicos vasitos carenados y de superficie bruñida cuya distribución abarca la práctica totalidad de la geografía peninsular, pero cuya cronología arranca del Bronce Final en el mediodía y levante (Romero 1980: 139 ss.)¹⁸. Algo similar podemos decir también respecto a los cuencos hemisféricos de Sanchorreja, ahora con el borde reentrante (Maluquer 1958a: 48 ss.). Las formas de boca abierta y carena alta características de Cogotas I en este último, dejan paso a formas más cerradas y de perfiles suaves. Los barroos siguen siendo locales, continúan las cerámicas con decoración incisa e impresiones digito-unguladas, y tan sólo parece darse un mejor tratamiento en la pasta de las vasijas decoradas (Maluquer 1958a: 54; González-Tablas 1986-87: 52).

Otros testimonios pueden manejarse a favor de una evolución de las cerámicas entre el final de Cogotas I y la nueva etapa, si bien hay que considerarlos con las lógicas reservas.

¹⁸ En el suroeste de la Península, los vasos con decoración bruñida, también los carenados, se han llevado al Bronce Tardío (Schubart 1971: 171).

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Así, el estilo inicial que ofrecen las cerámicas peinadas de la Primera Edad del Hierro, bien datadas en contextos a partir del s. VII a.C. (González-Tablas 1990: 72; Seco y Treceño 1993: 139, 162-163) y sin duda relacionadas con las cerámicas incisas del grupo Soto (Martín Valls 1986-87: 65), podrían ser no obstante una referencia indirecta en los problemas de articulación entre Cogotas I y la nueva etapa (Alvarez-Sanchís, e.p.*). La predilección por los motivos quebrados y ondulados en zig-zag de la fase inicial, la adecuación en numerosas ocasiones de los temas decorativos a la práctica totalidad del soporte cerámico y la decoración interna de algunos cuencos, delataría una cierta relación de semejanza con la que ofrecen los conjuntos cerámicos de Cogotas I, en concreto con los vasos de la última fase, ya con posterioridad al cambio de milenio (Fernández-Posse (1986-87: 232 ss.), donde la decoración se ordena en bandas amplias ocupando también grandes espacios.

Por otro lado, los motivos que se ajustan a la carena, desarrollando series colgantes en la zona inferior de los vasos de Cogotas I - guirnaldas, festones o semicírculos (Fernández-Posse 1986-87: fig. 1, nº 6 y fig. 2, nº 3, 7, 15, 17) - tienen también su correspondencia en algunas producciones peinadas de los yacimientos del Hierro de Las Cogotas, La Mesa de Miranda y El Raso (Cabré 1930: láms. XXIII,13, LXII y 1932: lám. XXXVII,22; Cabré *et alii* 1950: lám. LXXXVII,20; Fernández Gómez 1986: fig. 292, nº 5 y fig. 320, nº 2), más excepcionales y tardías si cabe, pero no por ello menos significativas.

El estudio de las cerámicas del Bronce Final no está completamente resuelto, pero la obsesión por considerar las especies boquique y excisa como "fósiles directores" ha desvirtuado los intentos de valoración cronológica. En algunos casos, su vinculación al tránsito Bronce Final/Primer Hierro en la Meseta también debe ser considerada.

1.2. Las dataciones radiocarbónicas. La mayor parte de las fechas proporcionadas por el C-14 para contextos Cogotas I, en cronología no calibrada y a partir de la relación de Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 23), se agrupaban entre los siglos XV y IX a.C.. Con posterioridad, Ruiz-Gálvez (1995b: 79-83) ha calibrado las dataciones absolutas de la Ría de Huelva y de otros

yacimientos del Bronce Final peninsular, incluyendo las fases más recientes de Cogotas I en la Meseta así como algunos asentamientos de transición Bronce/Hierro o de inicios de este último¹⁹. Un efecto inevitable de la calibración es que amplía el marco temporal donde se encuentra la fecha real, pero tampoco es menos cierto que su empleo otorga una mayor fiabilidad a las correlaciones entre los distintos asentamientos y sus correspondientes secuencias (*vid.* Carballo y Fábregas 1991: 245-246; D'Arqueologia de Ponent **).

Las dataciones de algunos yacimientos valorados por la autora pueden ayudar a fijar el límite cronológico de Cogotas I en un contexto del Bronce Final II-III. Las recogidas en Ecce Homo o La Paúl apenas traspasan el milenio, y hay que reconocer que son excepcionalmente pocas las que están por debajo del siglo X A.C. (Fig. *)²⁰. Este sería el caso de las cerámicas excisas y de boquique con incisiones de estilo Baiões en uno de los sectores de Bouça do Frade (Baião), un yacimiento considerado tardío dentro del Bronce Final (Oliveira Jorge 1988). Ofrece dos dataciones similares y con intervalos de calibración aceptables. De ellas, una se sitúa entre el último tercio del s. X A.C. y el 800 A.C.; con todo, la fecha más probable se concentra en el s. IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). Igualmente orientativa puede resultar una de las dataciones absolutas del yacimiento palentino de Los Espinos en Mave (Santonja y Alcalde 1982: 381), donde los tramos más fiables se ubican entre fines del s. XII A.C. y mediados del IX A.C.

Las dos fechas del vallisoletano de San Román de la Hornija (Delibes 1978: 237) ofrecen márgenes más imprecisos, con intervalos de calibración superior al medio milenio, debido en parte a su alta desviación estándar (95 y 150 años). La más reciente se ubica entre el s. XIV A.C. y el primer cuarto del s. VIII A.C., con intervalos fiables a inicios del s. XII A.C. y entre mediados del s. XII/ finales del s.

¹⁹ El intervalo de edad manejado corresponde a dos desviaciones típicas, aumentando la incertidumbre cronológica pero otorgando un nivel de confianza mucho mayor, por lo que es habitualmente recomendado (Fernández Martínez 1984: 350; Pearson 1987: 103). Sobre el programa de calibración y las tablas empleadas, me remito a los datos citados por la autora (Ruiz-Gálvez 1995b: 79).

²⁰ He excluido las fechas del yacimiento aragonés de Moncín de Borja, publicadas por Harrison, Moreno y Legge (1987) y calibradas también por Ruiz-Gálvez (1995b: 82, fig. 15), al haberse replanteado la cronología del sitio debido a la detección de un error sistemático en la elaboración de las fechas radiocarbónicas (Harrison y Moreno 1990). Su adscripción cultural corresponde básicamente al Bronce Pleno y Antiguo en la zona. La datación más moderna para cerámicas de boquique, en cronología no calibrada, se desplaza hasta mediados del s. XIII a.C.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

IX A.C (Ruiz-Gálvez 1995b: 81, fig. 15). Recurriendo a la tipología podría esperarse una datación en los siglos X-IX A.C., dada la presencia de una fíbula de codo tipo Huelva asociada a las típicas cerámicas, que representaría la última fase de esplendor de este complejo cultural. Un problema de la misma índole es el planteado por la fecha del castro de Nuestra Senhora da Guia en Baiões (Kalb 1974-77: 141), cuyo valor real, calibrado (1100-410 A.C.), ofrece un intervalo cercano a los 700 años (Carballo y Fábregas 1991: 260; vid. Ruiz-Gálvez 1995b: 80). Las fechas más probables se situarían entre finales del s. X A.C. y finales del s. VIII A.C.

Para finalizar, tendríamos las dos fechas del yacimiento madrileño de La Fábrica en Getafe (Priego y Quero 1983: 303; Priego 1986: 132). Una de ellas llega a ser excesivamente baja y no exenta de problemas (820-380 A.C.), lo que ha dado pie a desconfiar de su veracidad, pudiendo deberse a una contaminación de la muestra (Fernández Martínez 1994: 55). La otra se enmarca entre mediados del s. XIII A.C. y fines del s. IX A.C., con fechas más probables entre el último cuarto del s. XII/fines del s. X A.C. y primer tercio del s. IX A.C. Los intervalos de calibración siguen siendo amplios pero Ruiz-Gálvez (1995c: 132) cree factible una cronología en torno al s. X A.C., en consonancia con las importaciones precoloniales que llegan a la Meseta y vista la localización geográfica del yacimiento, en una vía natural a través del Tajo, que justificaría la llegada de las cerámicas pintadas en estos tiempos. Y en este mismo sentido hablarían dos de las tres fechas conocidas del cerro salmantino de San Pelayo (Martinamor) - cuya industria emparenta con el mundo del Soto aunque no se trata de un asentamiento estable - asociado a cerámicas pintadas monocromas (Benet 1990: 85). Los tramos más fiables podrían llevarse como muy tarde a la segunda mitad del siglo IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81), datación alta respecto a la considerada tradicionalmente para estas cerámicas.

En resumen, y al margen de posibles pervivencias locales, el final de Cogotas I abarcaría fundamentalmente el siglo X A.C. y parte del IX A.C. hasta conectar con las primeras ocupaciones del grupo Soto en el Bronce Final, cronología que concuerda grosso modo con las propuestas de periodización formuladas por diversos investigadores, que situaban hacia el 850 a.C. la disolución del grupo meseteño (Delibes y Fernández Manzano 1983: 51; Delibes

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

y Fernández Miranda 1986-87: 26), llegándose no obstante hasta el 800 a.C a partir de algunas referencias asociativas (Fernández-Posse 1986: 484-485; Fernández Manzano 1986: 146; Delibes y Romero 1992: 236 y fig. 2). Con todo, quisiera llamar la atención sobre tres aspectos:

(1) las dataciones de Cogotas I corresponden a diferentes contextos geográficos de la Península Ibérica, habiéndose obtenido un número variable de fechas para cada centuria. No es fácil aislar regiones homogéneas desde un punto vista cronológico y valorar cuándo acaeció el final de Cogotas I en cada sector, dado que, evidentemente, no debió ser un fenómeno idéntico en todas partes.

(2) La información radiocarbónica es a todas luces insuficiente. Apenas contamos con fechas calibradas para el final de Cogotas I en contextos de la Meseta, algunas con desviaciones estadísticas excesivamente amplias que repercuten en la datación del final de la Edad del Bronce y los inicios del Hierro. De la misma manera, sólo amplias series de dataciones en un mismo yacimiento permitirían abordar la sucesión estratigráfica y, en su caso, detectar anomalías en ciertos resultados. De ahí la necesidad de incrementar el número de fechas que puedan ser de alguna utilidad en esta etapa, facilitando su comparación con aquellas áreas del mediodía peninsular (Aubert 1994) que disponen de cronologías basadas en acontecimientos históricos.

(3) La incertidumbre es todavía mayor en el sector suroccidental de la Meseta. Sorprendentemente no tenemos dataciones absolutas de los yacimientos más emblemáticos - Sanchorreja, El Berrueco, Carpio Bernardo - allí donde las secuencias estratigráficas resultan discutibles y los episodios más evolucionados de Cogotas I parecen rebasar los límites tradicionales establecidos por el radiocarbono (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 26-28; Delibes y Romero 1992: 236-237). De alguna manera, las fechaciones calibradas de algunos establecimientos Soto del Bronce Final y de transición Bronce/Hierro, caso de San Pelayo en Martinamor o la Mota en Medina del Campo (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-82, fig. 15), proporcionarían una data ante quem a mediados del s. IX A.C. o bien en el transcurso del s. VIII A.C.

.....El ocaso de Cogotas I y la cronología de los primeros asentamientos de la

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Edad del Hierro, guardan estrechos vínculos con cuestiones más amplias en la Prehistoria reciente de la Meseta. Determinadas asociaciones cerámicas y metálicas o la propia caracterización del poblamiento, podrían atenuar algunas aparentes incoherencias entre los datos estratigráficos y los radiocarbónicos. De ahí nuestro recurso a otros puntos de debate.

1.3. Referencias estratigráficas y asociaciones cronológicamente significativas. Si valoramos la dispersión de elementos de Cogotas I, lo primero que llama la atención es la elevada presencia de documentos aparentemente conflictivos sobre la transición Bronce-Hierro. La relación de estos en el sector suroccidental de la Meseta es la siguiente:

(a) *Los Castillejos de Sanchorreja*. Maluquer (1958a: 37 ss., 64) defendía para el yacimiento la contemporaneidad de las cerámicas de excisión y boquique con las pintadas bícromas en rojo y amarillo que databa en el siglo VII a.C, además de las fíbulas de doble resorte más antiguas aparecidas en el nivel inferior. Llamaba el autor la atención respecto a una cierta continuidad de perfiles, pastas y cocción entre las cerámicas de los estratos diferenciados en origen, por distintas que fueran las especies y decoraciones halladas (1958: 54). Las recientes excavaciones de González-Tablas (1986-87: 50 ss. y 1990) han permitido precisar el desarrollo de la ocupación. El nivel inferior (VI) entraría dentro de los conjuntos clásicos de Cogotas I²¹, quedando circunscrito a la parte alta del primer recinto. La presencia de estas mismas cerámicas en el nivel siguiente (V) junto a especies pintadas monocromas en rojo²², cerámica con decoración de bolas de cobre incrustadas - con paralelos en el mediodía peninsular - y el hallazgo de dos pequeñas hojas de cuchillo de hierro en la vivienda Sa-18, podría considerarse un nexo de unión entre Cogotas I y la transición a la Edad del Hierro en el siglo VIII a.C.. Sin embargo, tampoco es descartable que este nivel apoye una fecha entrada en el siglo IX a.C., teniendo en cuenta la cronología de las pintadas de San Pelayo

²¹ Se ha señalado la posibilidad de que los materiales del nivel de fundación correspondan a una etapa más antigua y, por tanto, no estrictamente de Cogotas I (González-Tablas 1989: 118 y 1991: 30).

²² Se mantienen ciertas resevas respecto a si las pintadas del nivel V son cerámicas de estilo Carambolo (González-Tablas 1986-87: 57; Delibes 1995a: 84-85). En todo caso deben interpretarse como una adaptación a las modas cerámicas dominantes, que apuntan al foco tartésico y que hay que suponer introducidas junto a otros elementos culturales conexos.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

y asumiendo un origen precolonial para estos primeros hierros. En el nivel inmediatamente superior (IV), ausentes las cerámicas del Bronce, avanzan las bícromas y se desarrolla la técnica a peine.

Que los hierros citados reposaran en la parte alta del nivel del Bronce Final y que uno de los fragmentos de cerámica bícroma apareciese en la base del nivel del Hierro I, en la misma vivienda, abundaría en la relación sin solución de continuidad del Bronce al Hierro. En cierto modo y pese a su ambigüedad estratigráfica, la lectura tradicional de Maluquer a propósito de la coexistencia de excisión y boquique con los cuencos bícromos no iría muy descaminada. También las cerámicas pintadas se documentan indistintamente en contextos de Soto I y II, por tanto hundiendo sus raíces en el Bronce Final. Incluso, desde un punto de vista estratigráfico no parece existir un corte significativo entre el nivel más moderno de Cogotas I y este último (González-Tablas 1986-87: 52 y 1990: 59). En los sectores excavados fuera de las viviendas el estrato resulta homogéneo, por lo que la división sólo sigue en ese caso criterios tipológicos. De todas maneras, en las recientes monografías y trabajos publicados sobre el yacimiento abulense hay que reconocer que no queda bien explicitado el desarrollo de la ocupación.

(b) Cerro de El Berrueco (Ávila-Salamanca). La asociación de cerámicas del Bronce Final con materiales del Hierro (Maluquer 1958b) en la parte alta del cerro o "Cancho Enamorado" arrojan una visión no muy diferente. Si bien algunos elementos parecen indicar un estadio relativamente antiguo del Bronce Final para la ocupación de este sector, como la fíbula de arco de violín publicada por Delibes (1983a) o el puñal de posible tipología antigua hallado por Maluquer en la choza Be6 (Maluquer 1958b: 69-70), la mayoría apuntan hacia una época más reciente como constata la fíbula de codo de tipo Huelva (Fernández Manzano 1986: 130; Fabián 1986-87: 278).

En la base del estrato más profundo de la choza Be2 apareció un depósito constituido por dos brazaletes de bronce, dos navajas de afeitar de hierro así como dos escoplos, un punzón y una anilla también de hierro (Maluquer 1958b: 48, fig. 8; Almagro-Gorbea 1993a: 86-87). Acompañaban al conjunto cerámicas de boquique, como también lo eran los materiales del nivel superior. Maluquer especifica que existen tres niveles en esta vivienda, quedando el intermedio estéril.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Otros datos también sugieren un estadio avanzado en la evolución de Cogotas I, como la presencia de estampaciones circulares tipo Roquizal en algún vaso del yacimiento (Martín Valls y Delibes 1976a: 14-15) o los dos asadores de bronce de raigambre mediterránea fechados entre el 800 y el 700 a.C.. Uno de ellos fue hallado entre las estructuras Be1 y Be6, asociado a cerámicas excisas, boquique y una aguja de cabeza enrollada de hierro, ésta con unos paralelos que sugieren una fecha de transición a la Edad del Hierro (Fernández Manzano 1986: 127-128). El planteamiento, en consecuencia, implicaría que la excisión y el boquique prolongaron su existencia por lo menos hasta la octava centuria a.C.. No obstante, Almagro-Gorbea (1993a: 86 ss.) ha relacionado las navajas de afeitar del Berrueco con paralelos atlánticos e itálicos, considerándolas una adaptación a partir de los prototipos de bronce, por lo que defiende una cronología anterior al 800 a.C., asociada a la fase precolonial de introducción del hierro en las regiones atlánticas y occidentales. Con este marco coincidirían también las asociaciones citadas de Sanchorreja, pero es igualmente cierto que no se puede precisar nada más, tanto por falta de dataciones radiocarbónicas como por secuencias estratigráficas fiables.

(c) Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes). Se ha sugerido la continuidad de Cogotas I hasta el s. VIII a.C. (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 27) o ya traspasada la fecha del 700 a. C. (Delibes 1995a: 85). En esta ocasión, las cerámicas excisas en sus formas y motivos - vasos bicónicos y decoraciones metopadas y con incrustación de pasta roja - se han emparentado con los típicos recipientes de El Redal vinculados a los Campos de Urnas, por lo que los vasos excisos del yacimiento riojano fueron sincrónicos de una fase final de Cogotas I en el occidente de la Meseta²³.

(d) Ledesma. El nivel más antiguo de la población está casi arrasado por las ocupaciones posteriores, pero la relación entre las cerámicas excisas y de boquique y la transición a la Edad del Hierro puede sospecharse razonablemente. En el nivel superior de la primera fase de ocupación, ya de contacto con los estratos del Hierro que se datan a partir de inicios del s. VII a.C., se constatan materiales de Cogotas I junto a fragmentos de cerámica pintada e incluso algún elemento de hierro. Puede ser una contaminación del nivel (Benet *et alii* 1991:

²³ Incluso apuntan los mismos autores a la posibilidad de relacionar la génesis de las excisas de Alava y La Rioja con la tradición de Cogotas I (Delibes y Fernández-Miranda 1986-87: 27).

119), pero dada la presumible persistencia de Cogotas I en el sector abulense-salmantino, resulta lícito plantear la ocupación del yacimiento en algún momento impreciso entre el 800 y el 700 a.C. si no anterior.

Resulta también común a las cerámicas Cogotas I de Sanchorreja, Carpio Bernardo, El Berrueco o ciertos areneros de Madrid, como Arenero de Soto y "La Fábrica", el uso de incrustaciones de pasta roja para destacar los motivos de los vasos, rasgo que se ha relacionado con las cerámicas de incrustación en rojo y blanco de tipo Crevillente - para las que se ha defendido una cronología en torno al 700 a.C. (González Prats 1979) - aunque su origen pudo ser más antiguo que el tradicionalmente postulado para estas últimas (Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 28). Desarrollan motivos geométricos y se hallan próximas aunque no idénticas a las producciones de tipo Carambolo del Bronce Final (Ruiz Mata 1984-85), que sí se documentan en la cueva del Boquique y Medellín (Almagro-Gorbea 1977: 124-125, 451). Pero las cerámicas pintadas más antiguas han podido ser introducidas en la Meseta desde el SO., a través de la Vía de la Plata y en fechas todavía de finales de la Edad del Bronce, de acuerdo por ejemplo con las dataciones calibradas de la mitad del s. IX A.C. en el yacimiento salmantino de Martinamor (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-83), que deparó la presencia de cerámica pintada en rojo de clara raigambre tartésica (Benet 1990: 89-90).

A tenor de lo dicho, parece lícito pensar que la conexión meridional influyó de forma muy considerable en la gestación de la nueva etapa y en la recesión de la Cultura de Cogotas I a partir del cambio de milenio. En esa dirección apuntarían, desde los siglos X-IX a.C., las fíbulas de codo tipo Ría de Huelva, como las de El Berrueco o San Román de la Hornija (Maluquer 1958b: 86-87; Delibes 1978), las cerámicas pintadas monócromas, la cerámica con incrustaciones de bronce de Sanchorreja - con paralelos en Andalucía y Extremadura (Cerro de la Encina, Setefilla, Medellín) en contextos de la segunda mitad del s. IX/s. VIII a.C.²⁴ - y los primeros hierros anteriores o inmediatos a la colonización fenicia (Almagro-Gorbea 1993a: 89; Ruiz-Gálvez 1995c: 137-138). A este contexto también correspondería el hacha salmantina de apéndices laterales de Fuenteliante, con vínculos en el Mediterráneo, cuya vigencia llevaría a datarla con cierta imprecisión en un Bronce

²⁴ El primero aparece asociado a cerámica pintada bicroma, con anterioridad al 700 a.C (Arribas *et alii* 1974: 88 y 141, Figs. 66-68) y los dos restantes a retícula bruñida (Aubert 1975: 139; Almagro-Gorbea 1977: 104).

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Final II-III (Fernández Manzano 1986: 71-78). Entre el 800 y el 700 a.C. se datan los asadores de bronce del Berrueco y en estas mismas fechas la expansión de las cerámicas bícromas confirman el éxito de las redes de intercambio entre las comunidades indígenas y el mundo colonial. Llegado el momento, estos grupos de tradición del Bronce Final conocerán la tecnología del hierro a través de nuevas llegadas desde el sur, portadoras a su vez de colgantes, broches de cinturón, las primeras fíbulas de doble resorte, recipientes rituales y otros elementos exóticos de ámbito orientalizante.

Por criterios radiocarbónicos, las dataciones finales para yacimientos con cerámicas de boquique y excisión parecen situarse en fechas centrales del siglo X y mediados del IX A.C. Pero, de admitir la veracidad de las asociaciones arriba propuestas, habría que pensar fundamentalmente en los siglos IX y parte del VIII a.C. para la disolución de Cogotas I en el sector abulense-salmantino, coexistiendo con los primeros poblados de tipo Soto todavía en el Bronce Final, e igualmente habría que considerar la aparición de los primeros elementos de hierro en la región por lo menos desde esas fechas, dato que a su vez justificaría su presencia con anterioridad al 650 a.C. en los niveles inferiores de Soto de Medinilla (Romero y Jimeno 1993: 196).

Una escueta panorámica sobre estas asociaciones del Bronce Final/Hierro I en los sectores central y oriental de la Meseta nos llevaría a similares conclusiones.

Como en Sanchorreja, la asociación entre el material de Cogotas I y las cerámicas pintadas se repite de modo análogo en Arenero de Soto (Getafe) (Martínez Navarrete y Méndez Madariaga 1983: 223, 235, 245), aunque el valor cuantitativo resulta insignificante. Las actuaciones arqueológicas del yacimiento de "La Fábrica", en el mismo término, depararon un interesante conjunto de piezas con decoraciones de boquique, impresas y excisas en gran variedad de temas. Presentan formas troncocónicas, algunas fuertemente carenadas y otras de perfil más suave o elipsoidal. De entre los hallazgos destaca una vasija de forma sinuosa, con incrustación en rojo, pero con una profusa decoración de la técnica boquique y también puntillado (Priego y Quero 1983: 301-302; Priego 1984: 194 ss.). La forma y decoración corresponden a una fase muy avanzada del horizonte Cogotas

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

I, aunque la primera fecha C-14 (I/12863) obtenida en uno de los fondos es aberrante.

En sentido análogo apuntarían las cerámicas pintadas, grafitadas y también incisas de tradición Cogotas I localizadas en el nivel más bajo de la secuencia estratigráfica de La Mota en Medina del Campo (Seco y Treceño 1993: 139, 155-156, fig. 3). Las grafitadas corresponden además a un vaso troncocónico de borde vertical, que se ha relacionado formalmente con los típicos cuencos troncocónicos con motivos excisos e incisos de Cogotas I. Se conocen cinco dataciones para varias fases de ocupación del yacimiento durante el Hierro I, aunque los intervalos de calibración son muy variables. Tres de ellas (GrN-11307, GrN-11308 y GrN-18907), las más antiguas y correspondientes a la fundación del poblado, se sitúan entre finales del s. IX A.C. y finales del s. V A.C., con los tramos de calibración más fiables en la primera mitad del s. VIII A.C. y en el s. VII A.C (Ruiz-Gálvez 1995b: 82). Desde este punto de vista, las cerámicas del Bronce Final podrían entenderse como una perduración en un contexto impreciso del siglo VII a.C., o, mejor, asumir una ocupación de tradición Cogotas I anterior, por lo menos desde la octava centuria. No obstante, la escasez de los materiales además de otros problemas asociativos, como el que se infiere del hallazgo en el mismo nivel de las primeras cerámicas con decoración a peine o bien la presencia de un fragmento de boquique en un nivel superior, a todas luces intrusivo, imponen comprobaciones más rotundas en el yacimiento soteño.

En el yacimiento madrileño de El Negralejo se documentaron cerámicas acanaladas asociadas a cerámicas de Cogotas I en algunos de los fondos excavados (Blasco 1983: 123). Del cerro del Ecce Homo proceden asimismo algunos fragmentos de similar decoración que hacen verosímil tal posibilidad (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 104). La reciente excavación de una interesante cabaña fechable hacia los siglos VII-VI a.C., deparó un relleno homogéneo con cerámicas grafitadas y, en menor medida, pintadas, acanaladas y de boquique así como el fragmento de una fíbula de doble resorte (Almagro-Gorbea y Dávila 1989: 32). Recientemente se ha vuelto a insistir en la pervivencia de los tipos y técnicas del Bronce Final en la fase Pico Buitre del yacimiento (800-650 a.C), aunque en franco descenso (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 19). También en la Muela de Alarilla (Guadalajara) las cerámicas grafitadas, vinculadas a los

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Campos de Urnas Tardíos, conviven con boquique y excisión (Méndez Madariaga y Velasco 1984: 12).

Los poblados de Pico Buitre en Espinosa de Henares (Guadalajara) (Valiente Malla 1984) y El Testero en Numancia de la Sagra (Toledo) (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 259), ofrecen en ambos casos dos tradiciones culturales, una que corresponde con un momento final de Cogotas I - fuentes carenadas, líneas cosidas, incisas, excisas y también boquique para el segundo de los citados - y otra con elementos de los C.U. - cuencos troncocónicos con pezones perforados, pintadas, grafitadas e incisas -. Podría pensarse en una cronología fundamentalmente de los siglos VIII y VII a.C.²⁵.

Los hallazgos del supuesto enterramiento conquense de Reíllo (Maderuelo y Pastor 1981), que habría que llevar a la primera mitad del s. VII a.C. - entre otros, un vasito bicónico con técnica de boquique y motivo típico de los C.U., dos vasos con decoraciones incisas a caballo entre ambas tradiciones y una taza carenada cuyo perfil se vincula a Cogotas I - y del riojano de San Martín de Alfaro (Hernández Vera 1983) - con cerámicas excisas de tipo Redal y otras con decoración boquique en un mismo nivel que se puede fechar en la octava centuria - prueban claramente que el contacto entre la tradición cerámica final de Cogotas I y los C.U. del Valle del Ebro a lo largo de los siglos VIII y VII a.C. fue una realidad (Ruiz Zapatero 1984: 180-181; Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258-261).

Otras evidencias de contacto entre la tradición del Bronce Final y los nuevos elementos las proporcionan Jimeno y Fernández Moreno (1985) en el yacimiento soriano de los Quintanares de Escobosa (Calatañazor), de donde proceden cerámicas datadas en la octava centuria con motivos decorativos Cogotas I y a su vez formas relacionadas con los C.U. del Ebro Medio. En Castilviejo de Yuba, en

²⁵ Las fechas propuestas por Valiente Maya (1984: 38) para el inicio de Pico Buitre, en torno al 1000-950 a.C., han sido consideradas excesivamente elevadas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258). Dos dataciones radiocarbónicas procedentes de las recientes excavaciones vuelven a situar el yacimiento en torno al siglo X a.C. (Crespo y Cuadrado 1990: 77) lo que no encaja bien con los contextos que se conocen para las cerámicas pintadas y grafitadas, al menos si se las hace depender de los C.U. del Valle del Ebro, en torno al s. VIII a.C. (Ruiz Zapatero 1985: 765). Este mismo hecho advierte Barroso (1993: 36) a partir de los paralelos materiales conocidos, no habiendo elementos que obliguen a llevar la facies Pico Buitre, o de los Poblados de Ribera, más allá del 800 a.C., mostrando un trasfondo común de la cultura del Ebro y Cogotas I, y su relativa contemporaneidad con los yacimientos de tipo Riosalido. García Huerta (1990: 743 ss.), considera incluso demasiado alta una datación en la octava centuria a.C. para las grafitadas de los yacimientos de Guadalajara, y en términos análogos se refiere Romero (1991a: 292-294) en relación a las aparecidas en los castros sorianos.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

la misma provincia, se documentan las típicas excisas y de boquique además de materiales de los Campos de Urnas Recientes, lo que ha llevado a Ruiz Zapatero (1984: 180, fig. 1) a plantear un contacto cultural entre ambas tradiciones. En el área levantina también se conocen varios yacimientos con cerámicas Cogotas I que podrían demostrar la coetaneidad de los momentos finales de este horizonte y la primeras penetraciones de los C.U., aunque se carece de contextos estratigráficos (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258). Por último, en la Serranía turolense, hallazgos como la Muela de Galve, la Tajada de Bezas, Almohaja o Cabezo de la Cisterna muestran nuevamente la mezcla de influencias de C.U. con las tradiciones de excisa y boquique en la transición al Hierro I, además de aparecer otros elementos nuevos como la cerámica pintada (Ruiz Zapatero 1982; Burillo 1992: 210). Muchos de los materiales proceden de prospecciones y no existe razón a priori para suponer una relación entre las cerámicas de los C.U. del Hierro y la de Cogotas I, pero está claro que la homogeneidad cronológica y cultural de las primeras y la excepcionalidad de las segundas, podrían dar por válida esa asociación. Y si, en algún caso, no existió un contacto en el tiempo, el hiatus entre uno y otro horizonte debió ser muy breve (Ruiz Zapatero 1982: 83).

Las analogías que muestran las cerámicas en sus formas, motivos y sintaxis decorativas con las de Campos de Urnas, permiten valorar las relaciones culturales entre el valle del Ebro y el oriente de la Meseta en la transición Bronce/Hierro y apreciar, por tanto, la relación cronológica sugerida por Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 27) entre los últimos compases de Cogotas I y el horizonte Redal. Lo cual permitiría, por otro lado, abordar el "hiatus" entre la mitad del s. IX a.C. y finales del s. VIII a.C. para el sector oriental de la submeseta norte, mucho más desdibujado desde el punto de vista de la cultura material (Romero 1984: 60-61; Jimeno 1984b: 42-43; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 107-108; Romero y Misiego 1995: 67-69).

Resumiendo, el contexto arqueológico que ofrece la Meseta entre el 850-700 a.C. es diversificado: (1) yacimientos del Bronce Final, (2) yacimientos del Hierro de nueva planta, (3) yacimientos del Hierro con elementos de tradición

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Cogotas I y (4) materiales de Cogotas I en contextos retardatarios²⁶. No obstante, conviene insistir en el hecho de que en el siglo VIII a.C. las cerámicas Cogotas I están emparentadas, en sus formas y decoraciones, con tradiciones culturales distintas. El alcance de estas conexiones aún no está bien explicitado, pero parece más conveniente interpretar algunos hallazgos como el resultado de pervivencias técnicas; lo que no implica una perduración de Cogotas I como cultura hasta estos momentos²⁷.

Hasta ahora venimos abordando el problema de las asociaciones de los materiales, que refuerzan un contexto relativamente flexible para el Bronce Final en algunos sectores de la Meseta y una evolución sin solución de continuidad hasta la Edad del Hierro. ¿Ocurre otro tanto desde el punto de vista del poblamiento ?

2. Panorámica general sobre el hábitat en el suroeste de la Meseta.

2.1. Los yacimientos de Cogotas I. ¿ Continuidad o discontinuidad ?.

Aproximadamente hay localizados noventa sitios o áreas de actividad de la fase Cogotas I en nuestro sector, entre poblados conocidos y objetos aislados (Fig.*). La adscripción cultural y cronológica de algunos hábitats no puede precisarse más, debido al escaso y apenas significativo número de restos documentados. La mayoría se distribuye en los valles del Tormes y Ambles (Santonja 1991: 24; Delibes 1995a: 66), si exceptuamos los hallados en la comarca de Béjar y Gredos. Cerca del Duero estaría el grupo de yacimientos concentrado en el término

²⁶ La datación de Bizcar en el País Vasco, de la primera mitad del siglo VII a.C. en cronología no calibrada (Llanos 1983: 102 y 1992: 435, fig. 10), es excesivamente baja y problemática aunque podría hacerse coincidir con la fecha obtenida por cronología cruzada para los vasos con boquique de Reillo (Delibes y Fernández-Miranda 1986-87: 24).

²⁷ En tal sentido, resultan muy interesantes las apreciaciones de Esparza (1990b: 109 y 111) a propósito de los materiales de tipo soto recogidos en el castro zamorano de San Pedro de la Viña (Martín Valls 1973b: 409-410). Apareció un fragmento decorado mediante triángulos rellenos de incisiones paralelas en uno de los lados, como corresponde a esta facies, pero con un zig-zag inciso en la cara interior, a la manera de Cogotas I. Esparza valora el fragmento como un fenómeno de simbiosis análogo al de Reillo, por lo que debe entenderse como una perduración. Idéntica interpretación sugiere el citado investigador para los fragmentos con decoración de boquique aparecidos en la necrópolis de Alpanseque (Cabré y Morán 1977: 114), cuyos materiales no irían más allá de la sexta centuria (Romero 1984: 70). De la necrópolis de El Atance (Guadalajara), en el Alto Henares, proceden también algunos materiales dispersos que se han relacionado con el complejo Cogotas I, pudiéndose plantear una situación análoga (Valiente Malla 1984: 35; Barroso 1993: 21); entre éstos, un fragmento decorado con una banda quebrada sobre campo de puntillado, otro exciso y un tercero con improntas cuadradas (Paz Escribano 1980: fig. 5, nº. 8, 10 y 13).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

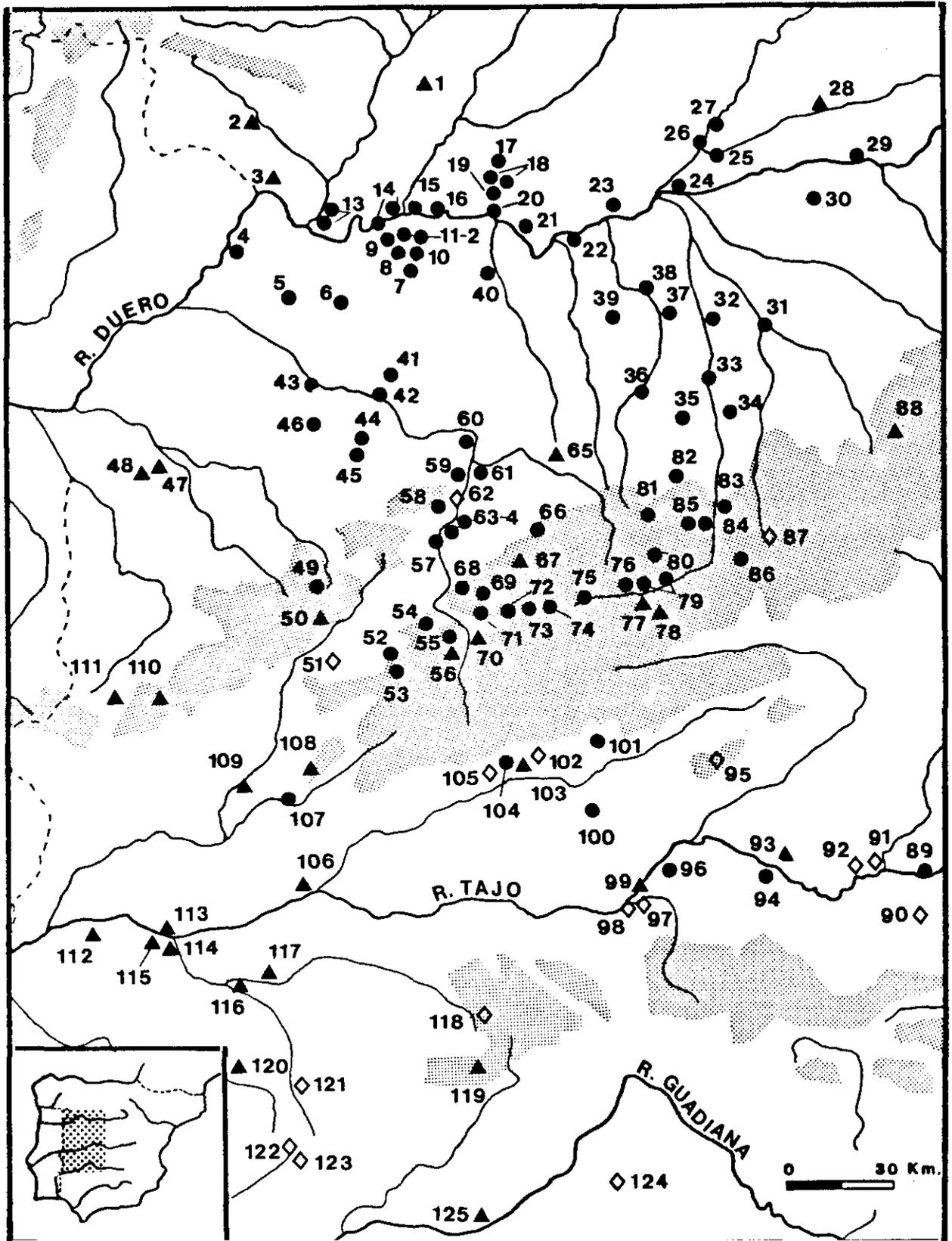
zamorano de Casaseca-Las Chanas (Martín Valls y Delibes 1975b: 453-455, 1976a: fig. 1 y 1978b: 326-328), en todo caso limítrofe a nuestra zona. A partir de la línea del Tiétar/Tajo y hacia el sur abundan los hallazgos metálicos del Bronce Final pero se enrarecen significativamente las cerámicas del complejo Cogotas I²⁸, a favor de las bruñidas y pintadas tipo Carambolo, en lo que sin duda sería el límite suroccidental de la zona nuclear de este complejo, ceñido sobre todo al Sistema Central. En general, habría que señalar como las áreas más densamente pobladas no difieren sustancialmente de las conocidas para los yacimientos de la Edad del Hierro - a excepción del occidente salmantino²⁹ - lo cual, aunque refleja la intensidad de los trabajos realizados en la zona, dibuja también una tendencia real que a partir de este momento se convertirá en una constante del poblamiento protohistórico.

En la secuencia tradicional establecida para el occidente de la Meseta, la cultura Soto de Medinilla vendría a marcar el comienzo de la primera Edad del Hierro. Hasta muy recientemente no parecía existir contacto alguno, espacial y estratigráfico, entre los yacimientos de Cogotas I y la nueva etapa, argumento que justificaba las interpretaciones rupturistas sobre el particular a la vez que se insistía en la distancia temporal entre ambos complejos. La sensación de discontinuidad venía asimismo avalada al tratarse de dos contextos social y económicamente diferenciados. Y este contraste era todavía mayor hace algunos años, cuando la mayor parte de los yacimientos Cogotas I conocidos se adscribían únicamente a los rebordes montañosos y en posiciones marcadamente defensivas, frente a los agricultores de la campiña.

Sin embargo, algunos datos no encajan bien con este planteamiento y contradicen esa aparente dicotomía entre el Bronce Final y la primera Edad del Hierro.

²⁸ Sería el caso de las procedentes de El Conejar (Cáceres), el cerro del castillo de Alange y la Alcazaba de Badajoz (Celestino *et alii* 1992: 312). Cerámicas también emparentadas con el grupo Cogotas I se han localizado recientemente en el cerro de la Barca (Herrera del Duque) y Azagala (Alburquerque) (Pavón 1995: nota 4). No obstante la personalidad de algunos conjuntos extremeños, como el de Alange o Valcorchero, queda matizada por las decoraciones incisas de los poblados del centro de Portugal, en particular el Alentejo (Enríquez 1990: 68-69).

²⁹ Las escasas referencias del Bronce Final y también del Hierro I podrían relacionarse con la falta de excavaciones extensas en los castros del NO de la provincia (Santonja 1991: 26), situación que también podemos hacer extensiva para los rebordes montañosos del este de Cáceres.



● COGOTAS I ▲ OBJETOS METALICOS ◇ INDETERMINADO [Shaded Box] Más de 1000 m.

Fig. 5. Grupos del Bronce Pleno-Final en el oeste de la Meseta.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

En Avila y Salamanca contamos en primer lugar con los testimonios ya citados de Sanchorreja, el Berrueco/Las Paredejas y Ledesma, donde la asociación de elementos de tradición Cogotas I conecta directa o indirectamente con los niveles de la primera Edad del Hierro (González-Tablas 1986-87; Fabián 1986-87; Benet et alii 1991). Junto a estas referencias tenemos otros yacimientos en la zona donde si se da, cuando menos, una coincidencia espacial.

Ningún sector concreto del castro de El Raso de Candeleda puede adscribirse de momento al Bronce Final y a la primera Edad del Hierro, pero a dichas etapas corresponden indiscutiblemente algunos hallazgos metálicos hallados en superficie y en el interior del recinto amurallado: una punta de lanza tipo ría de Huelva y otra de flecha de tipo palmela muy evolucionada aunque menos elocuente desde el punto de vista cronológico, colgantes amorcillados de diferente tipología pero antiguos en su mayoría, un broche de cinturón de un garfio, cuentas de vidrio policromo o la conocida figurita de bronce etrusca (Fernández Gómez 1986: 479-480 y 1995: 152-153, 188-189; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96-98). Se conocen otras ocupaciones del Bronce Pleno/Final (Castillejo de Chilla³⁰, Prado de la Carrera) y del Hierro (El Castañar) muy próximas al Raso, aunque los materiales son de escasa significación (Fernández Gómez 1995: 152-153; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96). En cualquier caso, hay pruebas de que existieron en el Raso y en sus inmediaciones uno o varios núcleos de población a finales de la Edad del Bronce y de la primera Edad del Hierro, quizás no estables en un solo lugar, pero sí permanentes en la zona³¹.

Otros yacimientos de esta época conocidos revisten menor relevancia o inferior extensión, siendo digno de anotar como en Las Zorreras, cerca de Muñana y sobre la ladera más inmediata al valle de la sierra de Avila, los sondeos practicados revelaron restos metálicos y cerámicos asignables al Bronce Final así

³⁰ Existen por otro lado algunas referencias de hallazgos de la Edad del Hierro en el yacimiento, según los informes de la Carta Arqueológica de la Provincia de Avila. Se menciona por ejemplo la existencia de algunos cimientos de viviendas. También hay noticias del hallazgo de un verraco al pie del yacimiento (com. personal de F. Fabián y L.C. San Miguel).

³¹ En el cerro de San Vicente, solar originario de la ciudad de Salamanca y donde el grueso de los materiales recogidos arranca de la primera Edad del Hierro, Maluquer llamaba la atención sobre dos vasos orlados con tetones presumiblemente pertenecientes a la Edad del Bronce (Maluquer 1951: 66), pero que quizá deba encuadrarse en la facies Soto de Medinilla (Martín Valls et alii 1991: 149). En todo caso, en los alrededores de Salamanca se constatan emplazamientos con vestigios de la Edad del Bronce.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

como algunas vasijas encuadrables en la facies Soto (Fabián 1993: 288). Una situación análoga podría darse en los salmantinos de El Torrejón (Alba de Tormes) y El Castañar (Colmenar de Montemayor) aunque las referencias son más imprecisas³².

Ya en Cáceres, en el confín NE de la provincia, hay que citar los hallazgos e intervenciones puntuales realizados en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera). En una amplia extensión de terreno se encuentran restos que han sido datados desde el Bronce Final a la plena Edad del Hierro (González Cordero *et alii* 1993). Estos hallazgos podrían entenderse como argumentos a favor del contacto entre Cogotas I y una primera Edad del Hierro con fuertes connotaciones orientalizantes³³. En todo caso, la imprecisión en la descripción de algunos materiales - desconocemos las características de las cerámicas del Bronce Final a las que aluden sus autores - y las propias condiciones de obtención, impiden afirmaciones más rotundas. Análoga observación podría postularse para El Cardenillo (Madrigal de la Vera), sito sobre una pequeña planicie en la margen cacereña de la garganta de Alardos y a poca distancia del anterior (González Cordero *et alii* 1990: 131). En esta ocasión se documentaron dos niveles, separados por una capa estéril. Sin más precisión, se refieren sus descubridores al hallazgo de cerámicas "tipo boquique" en el estrato inferior y materiales encuadrables en la Edad del Hierro en el superior.

En Toledo, las ocupaciones de El Carpio (Belvís de la Jara) y Arroyo Manzanas (Las Herencias) abarcan una amplia secuencia y constituyen desde este punto de vista los hallazgos más elocuentes a la altura del Tajo (Fernández Miranda y Pereira 1992; Moreno 1990). El puñal de Carpio de Tajo - que enlaza bien con la metalurgia del grupo Ría de Huelva³⁴ - la estela de las Herencias, el famoso enterramiento orientalizante o las fíbulas de Azután, proceden de puntos

³² Se trata de materiales de superficie, la mayoría cerámicas lisas y otras con cordones y digitaciones. También se conservan algunas formas carenadas (Inventario Arqueológico de la Provincia de Salamanca).

³³ A escasos metros del sector en cuestión se localizó una necrópolis de incineración (González Cordero *et alii* 1990) bien emparentada con sus homólogas abulenses.

³⁴ Se trata de un puñal de bronce tipo "lengua de carpa" encontrado de forma casual en la orilla del Tajo. En la bibliografía ha sido citado como procedente de Carpio de Tajo o también de Ronda (Jiménez de Gregorio 1966: 179; Inventario Arqueológico de la Provincia de Toledo). Sin embargo Fernández-Miranda y Pereira (1992: 59) lo hacen proceder del término de Mesegar, en la finca denominada El Pagón.

geográficos muy próximos entre sí. El Inventario Arqueológico de Toledo revela la existencia en uno de los sectores del Carpio de materiales adscribibles entre el Bronce Final y la II Edad del Hierro, y a poco más de una decena de Km. el yacimiento de Arroyo Manzanas ha proporcionado cerámicas de boquique, excisa, retícula bruñida, pintada, peine, a torno, bronce orientalizantes y elementos de hierro³⁵.

También en la Meseta Sur, en los hábitats más prominentes, es frecuente que los yacimientos Cogotas I hayan sido sede de poblaciones posteriores, este es el caso de La Muela de la Alarilla, Ecce Homo o el cerro de Alarcos en Ciudad Real (Blasco 1992: 286; Almagro-Gorbea *et alii* 1994), aunque en algunos casos se carece de argumentos firmes que confirmen que estos yacimientos estuvieron ocupados sin solución de continuidad.

El hallazgo de asentamientos y materiales de Cogotas I en el entorno inmediato de varios de los poblados del primer Hierro de la cuenca sedimentaria del Duero, como se comprueba en Almenara de Adaja (Balado 1987: 171 ss.), La Mota de Medina del Campo (Seco y Treceño 1993: 155-156), Medina de Rioseco (Martín Valls y Delibes 1975c: 197, fig. 2,4; San Miguel 1993: fig. 3), La Aldehuela o Zamora (Esparza 1990b: 109) y la presencia de indicios de ocupaciones poco estables en la base de la estratigrafía de algunos yacimientos tipo Soto tiende a matizar la discontinuidad espacial y económica entre los poblados de ambos grupos, a la vez que refuerzan los argumentos que señalan puntos de contacto entre ambos (Esparza 1990b: 107-111; San Miguel 1993: 31 y fig. 3). En más de una ocasión su carácter defensivo es indudable, hecho que acaso no sea mera casualidad.

La precariedad de los poblados iniciales del grupo Soto, con estructuras muy simples de hoyos de postes dispuestos en línea curva u oval y contruídos con materiales lúgneos, como se comprueba en las recientes excavaciones del yacimiento epónimo (Romero 1992: 182), en el también vallisoletano de Melgar de

³⁵ El yacimiento abarca tres cerros de aproximada altura. Hasta ahora las excavaciones y prospecciones han sido puntuales, pero lo que se conoce de los materiales recogidos ha llevado a su autor a sugerir la hipótesis de que a cada etapa cronológica le corresponda un cerro determinado (Moreno 1990: 291). No se descarta que de este mismo lugar proceda la estela de las Herencias (Fernández-Miranda y Pereira 1992: 60). Por otro lado, a escasa distancia, se localizan dos esculturas de verracos (López Monteagudo 1989: 103).

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Abajo (Cuadrado y San Miguel 1993: 310), en el cerro de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990: 84), en Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis 1993: 97 y 110-112) o en el segoviano de Cuéllar (Barrio 1993: 178-184), por citar sólo algunos ejemplos, es semejante a la tradición constructiva que se conoce de la Edad del Bronce³⁶. Ello llevaría a considerar una relación genética entre Cogotas I y las primeras comunidades de tipo Soto (I), en torno a la novena centuria para este período formativo, que habrá que contrastar con nuevos hallazgos.

2.2. Valoración general. Los inicios del foco castreño y el primer poblamiento estable. Una primera impresión nos lleva a considerar que una parte de los asentamientos del Bronce Final continúa su desarrollo en la nueva etapa. Ciertamente, en unos casos los materiales proceden de hallazgos casuales, diversos en su tipología y a veces carentes del conveniente contexto arqueológico. En otros queda aún por precisar la cronología de los restos, a qué momento del Bronce Final corresponden y su proximidad temporal con respecto a la ocupación del Hierro. No obstante su valoración conjunta está fuera de toda duda y facilita algunas apreciaciones cuantitativas (Fig. *): un 42% de los poblados del SO de la Meseta que han proporcionado materiales Cogotas I o afines vienen a coincidir con los emplazamientos de la Edad del Hierro. Casi un tercio, aproximadamente el 30%, continúa desde los comienzos de la nueva etapa. Pero los datos correspondientes a la modalidad de emplazamiento son todavía más elocuentes: al sur del Duero el 70% de los yacimientos del Bronce Final que continúan en la Edad del Hierro están emplazados en alto y en terrenos de pasto, en posición castreña y ocasionalmente amurallados. Si sólo nos ceñimos a las tierras de Avila y Salamanca los resultados son prácticamente análogos. No todos los sitios pueden considerarse equivalentes; la densidad de hallazgos que ofrecen algunos como Sanchorreja, El Berrueco, Ledesma o Arroyo Manzanas, contrasta con la

³⁶ Parece afianzarse cada vez más la presencia de una etapa formativa en el Bronce Final, previa a la utilización sistemática del adobe, con cabañas de postes en muchos de los yacimientos que se vienen designando de tipo soteño, análogas a las recuperadas por Palol en el Soto I-1 (Palol y Wattenberg 1974: 186-187 y figs. 62-63). Los trabajos recopilados en Romero, Sanz y Escudero (1993) sintetizan algunos de los aspectos más novedosos sobre el particular, a partir de excavaciones recientes en la cuenca media del Duero. Otra síntesis reciente sobre las estructuras de habitación del grupo Soto puede consultarse en Romero (1992). Asimismo para el valle del Ebro, en el contexto de los Campos de Urnas, se han detectado niveles anteriores en algunos poblados -como en el denominado PIIIa de Cortes de Navarra (Maluquer *et alii* 1988), con un fondo de cabaña de postes -cuyas estructuras se han relacionado con el Bronce Tardío (Burillo 1992: 210).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

escasez de la mayoría, lo cual no se debe exclusivamente a la pobreza de los trabajos realizados sino que traduce una realidad concreta, relativa a la intensidad, duración y jerarquía de la ocupación. Estamos, por tanto, ante una situación muy específica, dando la sensación de que la población comienza a concentrarse en unos cuantos núcleos especialmente seleccionados.

Los emplazamientos del Bronce Final muestran una cierta diversificación, generalmente en alto (60%) y en llano (30%), sólo en menor medida en cueva (10%). La primera dualidad es interesante pues no sólo se trata de cuestionar la tradicional vinculación de Cogotas I a zonas montañosas sino de ofrecer dos concepciones de poblamiento opuestas, situación que en el sector oeste peninsular y en torno al Sistema Central debió presentar una clara dicotomía (valle/montaña), dada la especial configuración del paisaje.

Desconocemos si la mayoría tuvieron defensas artificiales ciñendo los poblados, pero en todo caso la situación de los primeros, generalmente en cerros de fuertes pendientes sobre el río, varios de ellos por encima de los 200 y hasta 300 m. de altura respecto al llano, de difícil acceso y con un amplio control visual del entorno, denota una evidente intención defensiva y estratégica³⁷. Las ocupaciones castreñas se conocen en Cogotas I a lo largo de toda su secuencia, por lo que en esta etapa fueron en algún momento coetáneas a los asentamientos en llano (Delibes 1995a: 80). Poblados en alto y en llano del Bronce Final serían realidades contemporáneas, posiblemente articuladas en un sistema jerárquico donde los emplazamientos de mayor extensión y en alto dominan testimonialmente el territorio sobre el que se dispersan las comunidades más pequeñas. El control del sector del valle donde están emplazados así como de sus vías de acceso evidencian una organización territorial incipiente y hasta cierto punto estable. La densidad de hallazgos que ofrece el valle del Henares en este momento y que se ha relacionado con la creciente importancia de esta zona para el control de la ganadería trashumante (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 18-ss.; 27-28); podría ser bastante ilustrativo en este sentido. El cerro del Ecce Homo aparece controlando uno de los sectores de la vega, en torno a la cual se distribuyen pequeños emplazamientos de la misma etapa que explotan el territorio (Cristóbal 1986).

³⁷ Por ejemplo desde la cumbre del Berrueco, con una cota máxima de 1354 metros s.n.m., es posible avistar en dirección norte un recorrido superior a los 30 Km. (Fabián 1986-87: 275).

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Defiende Almagro-Gorbea una jerarquización de asentamientos, supeditados al más grande. Así, desde la elevada posición del Ecce Homo se vigilarían las terrazas de la campiña del Henares, susceptibles de ser cultivadas (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 116). Para Extremadura, y en particular para la ribera del Guadiana, también se ha defendido una cierta organización jerárquica del territorio (Enríquez 1990: 75-77), donde los poblados en alto ocuparían nuevamente el papel principal, hipótesis que en todo caso ha suscitado algunas objeciones (Galán 1993: 57-58).

El carácter nada provisional de alguno de estos asentamientos castreños desde el Bronce Final se puede empezar a vislumbrar en otros aspectos. Es bien sabido el hecho de que algunos de los poblados de la primera Edad del Hierro se rodearon de murallas de adobe o piedra, como algunos yacimientos del valle medio del Duero o los castros sorianos y zamoranos. Pero también del mismo modo merece la pena referirse a la presencia de algunos vallados y cerramientos de piedra más o menos elementales en los asentamientos de Cogotas I, significativamente en aquellos establecidos en las cumbres.

González-Tablas distingue dos momentos constructivos en la muralla de Sanchorreja. El más antiguo se correspondería con la primera fase de ocupación del castro y comienzos de la siguiente, estando formada por piedras trabadas con el mismo relleno, de más de cuatro metros de anchura, sin cara vista y sin formar hileras (González-Tablas *et alii* 1986: 120-122, lám.1, fig. 2). Descansa directamente sobre el suelo y tuvo que ser rehecha en varias ocasiones. El trazado de la muralla está completamente supeditado a las curvas de nivel y a los canchales graníticos y parece similar, al menos en parte, al seguido por el lienzo del Hierro I que hoy se conserva.

La cumbre del cerro del Berrueco presenta una muralla muy mal conservada pero cuyas características constructivas resultan prácticamente análogas a las del yacimiento abulense, levantada también sin cimientos, aunque de anchura algo menor, entre los 2 y 4 m. (Morán 1924: 5-6; Maluquer 1958b; Fernández Gómez 1995: 126 y 165). A la vista de los materiales hallados en su interior, podría llevarse a un contexto del Bronce Final o de transición Bronce/Hierro. En otros yacimientos salmantinos del Bronce Medio-Final se detecta también la existencia

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

de cerramientos más o menos elementales, casi siempre ocupando los cerros de mayor altitud de la zona, casos de La Corvera (Navalmoral de Béjar)³⁸, el Tranco del Diablo (Béjar), El Castillo (Alaraz) o Gejo de Diego Gómez (La Mata de Ledesma)³⁹. Análoga observación podría hacerse para el castro de Cabeza del Oso (Real de San Vicente, Toledo), marcadamente destacado en el paisaje de la Sierra de San Vicente, desde el cual se divisa todo el valle del Tajo por el sur y la Sierra de Gredos por el Norte⁴⁰.

La existencia de murallas o cerramientos elementales para una parte de estos poblados en alto podría permitir la generalización del fenómeno. No existen argumentos decisivos en este sentido, pero el mismo hecho de su continuidad en el espacio y en el tiempo, con defensas más complejas en algunos de ellos a partir de la Edad del Hierro, podría haber influido decisivamente en el arrasamiento de estructuras anteriores y más endebles del Bronce Final, por lo que la situación reflejada en los yacimientos castreños pudiera ser incompleta. Por ejemplo, si seguimos las anotaciones de Cabré (1930: 41 ss., 104) cuando se refiere a los restos del Bronce Final hallados en el castro abulense de Las Cogotas (Cardeñosa), podemos apreciar como las cerámicas de incrustación aparecieron mayoritariamente en el interior del primer recinto amurallado del Hierro II. El hecho de que sólo en ciertas casas aparecieran estas cerámicas, su documentación también en la base de la muralla y sólo unas pocas al exterior, es consistente con la idea de unas cuantas cabañas de materiales ligeros aprovechando la protección de los roquedos de la colina que se sitúa estratégicamente entre dos corrientes de agua, el Adaja y el Rominillas⁴¹. El límite de su dispersión corresponde en parte

³⁸ El momento más antiguo del Alto de la Corvera data de mediados del Bronce, estando amurallado desde su origen (Benet 1993: 341). El cerro donde se ubica el yacimiento se sitúa en una posición privilegiada sobre el entorno, controlando el paso de la Vía de la Plata. Materiales de la Edad del Hierro que se localizan en la misma cumbre, en ocasiones intrusivos en los estratos anteriores, muestran la continuidad de la ocupación. Además, la muralla es también reaprovechada en esta etapa (com. personal de F.J. Fabián).

³⁹ En general, para los yacimientos salmantinos citados, véase Santonja (1991: 25) y el Inventario Arqueológico Provincial del Museo de Salamanca.

⁴⁰ La parte más alta del cabezo está formado por dos recintos y el poblado está ocupado desde el Bronce Medio (Barrio 1992: 303). Sin embargo, la escasa caracterización de los materiales recogidos en superficie apenas ilustran la posible continuidad del yacimiento hasta entroncar con los materiales de la segunda Edad del Hierro (Rodríguez Almeida 1955: 271).

⁴¹ Cabré (1930: 41-46) insistía en su Memoria que las típicas cerámicas excisas y de boquique y el hacha plana de bronce aparecieron en los suelos de varias casas de la acrópolis mezcladas con los materiales de la segunda Edad del Hierro. Esa interpretación es insostenible por la imposible contemporaneidad de los dos tipos de materiales. En realidad lo

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

al área cerrada por la muralla y se ajusta a un emplazamiento muy bien definido topográficamente, por lo que no hay que descartar que, con anterioridad al recinto hoy conocido, se erigiera en el mismo lugar y durante la Edad del Bronce una estructura más endeble pero de función análoga⁴². En todo caso, si no todos los asentamientos de Cogotas I ostentan cercados o vallados de piedra, los que lo hicieron fue en virtud de su especial posición estratégica sobre el territorio, controlando de hecho las vías naturales de comunicación⁴³.

Esta incipiente estabilidad también se delata en algunas viviendas. Sorprende el contraste entre las cabañas redondas de adobe del grupo Soto y las chozas de entramado vegetal, apoyadas sobre postes y de planta semiovalada o subtriangular en el mejor de los casos de la Edad del Bronce (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 17-20; Martín Benito y Jiménez 1991). Sin embargo, también se conocen estructuras más complejas de Cogotas I en Cancho Enamorado, en el cerro del Berrueco, a las que Maluquer se refiere por vez primera como "casas" (Maluquer 1958b: *) o incluso en el abulense de Sanchorreja. La mayoría de las chozas de este último, de planta de tendencia rectangular y construidas con piedra y barro, aunque se levantaran en áreas ocupadas por viviendas de la primera fase pertenecen a la etapa del Hierro. Prácticamente no hay datos sobre las estructuras más antiguas pero cuando se han documentado paredes de chozas de este nivel, como la Sa 11, técnicamente no se diferenciaban de las del nivel superior (Maluquer 1958a: 92).

Recientemente Delibes (1995a: 80), tras un completo repaso de los

que debió suceder, a juzgar por las técnicas de excavación de la época, es que en la excavación de las casas rectangulares de la segunda Edad del Hierro se rompieron los suelos de éstas y se localizaron - sin reconocerlos - algunos fondos de cabaña sin obra aparente (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 214).

⁴² Tal vez en el castro zamorano de Manzanal de Abajo nos encontremos ante un problema análogo, cual es la interpretación de los agujeros de poste y otros hallazgos muy próximos a la muralla. De seguir a Esparza (1990b: 103) dichos vestigios podrían representar una ocupación anterior a la estructura pétreo, aunque tampoco descarta posibles construcciones de madera anejas a dicha defensa.

⁴³ También otros sectores de la Meseta ofrecen emplazamientos en lugares estratégicos en alto y con buena visibilidad. Un caso paradigmático lo constituye el castro de La Plaza, en Cogeces del Monte (Valladolid) y a la altura del Duero. Resultan evidentes las posibilidades defensivas en casi todo su perímetro, habiéndose documentado una muralla o talud de piedras, o mejor la huella de un antiguo muro expoliado, y una puerta simple de acceso (Delibes y Fernández Manzano 1981: 52-60). Fue habitado en los últimos compases del Bronce Medio o inicios del Final, y no hay datos que acrediten una ocupación en el Hierro. En todo caso, la relativa magnitud de la muralla y el espacio que encierra no es la propia de un pequeño hábitat estacional, lo que abunda en la posibilidad de una ocupación relativamente estable durante el Bronce.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

yacimientos y la cultura material de la Edad del Bronce en Avila, enriquece esta problemática al sugerir que los asentamientos en posición castreña fuesen los núcleos más estables del territorio, mientras los más pequeños y situados en el llano responderían a ocupaciones estacionales, condicionadas por el calendario de cultivos.

Si ponemos en práctica estos planteamientos para todo el sector que nos ocupa, podríamos hallarnos ante una jerarquía incipiente del territorio donde los más grandes sirven de punto de referencia visual y simbólica de un amplio espacio. La explotación agropecuaria, supeditada a éstos, correría a cargo de las pequeñas aldeas del valle. Por otro lado la organización de la trashumancia, aún a corta distancia, exige una marcada jefatura social (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 28) y esto también implicaría una cierta planificación del espacio. La existencia de jerarquización social quedaría constatada en la presencia cada vez mayor en estos mismos yacimientos (Sanchorreja, El Berrueco...) de elementos suntuarios y de prestigio, que obviamente no estaban al alcance de todos los miembros. Algunos, como las fíbulas de codo, justificarían la arribada de influencias mediterráneas precoloniales. Acaso se consiga valorar más adelante hasta qué punto resultan afines las últimas élites de Cogotas I con la nueva etapa fuertemente impregnada de rasgos orientalizantes, pero lo que sí podemos señalar es:

(1) la coincidencia entre una gran parte de estos poblados del Bronce Final en altura y la inauguración de la Edad del Hierro,

... .. (2) la provisionalidad de las chozas y silos a campo abierto frente a los emplazamientos castreños, que no son sólo los más grandes, estratégicos y defensivos, sino que además ostentan secuencias de ocupación Bronce/Hierro que parecen testimoniar un nivel de vida relativamente más estable y

(3) un patrón de poblamiento que marcará la pauta en los siglos venideros, prácticamente hasta la romanización, con el castro como piedra angular de todo el sistema y sede de las élites dirigentes.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

3. Las élites de Cogotas I y los recursos indígenas en el marco de las relaciones de intercambio.

3.1. El hecho metalúrgico y su contextualización. Durante la transición del II al I milenio a.C., gran parte de Europa está inmersa en un proceso de explotación intensiva del paisaje, con un incremento de la deforestación y la conversión de amplios territorios en pastos y tierras de cultivo, que se ha relacionado, entre otras causas, con la progresiva introducción de nuevas tecnologías agrarias (Harding 1987; Wells 1989; Ruiz-Gálvez 1992). Estas estrategias facilitaron asentamientos más prolongados, un incremento demográfico notable y marcados síntomas de jerarquización social, fácilmente rastreables en diversas partes del continente (Kristiansen 1994). Al mismo tiempo, como consecuencia lógica de todo lo anterior, la producción y acumulación de riqueza tuvo una extraordinaria repercusión en las redes de intercambio y en los contactos regionales (Wells 1984).

Este contexto favoreció el desarrollo de los focos metalúrgicos atlánticos, conectando las distintas áreas productoras entre sí y reactivando sus rutas comerciales con la proyección occidental de los Campos de Urnas de Centroeuropa (Rowlands 1980; Ruiz-Gálvez 1991). La dinámica de los circuitos de intercambio también afectó al Mediterráneo donde una creciente demanda de mineral y otras materias primas será la responsable de la llegada de objetos de prestigio y de nuevas tecnologías: vasos y elementos de cocina y de carácter ritual como los depósitos de Berzocana y Baioes (Almagro-Gorbea 1977: 22 ss., 243 ss.; Silva 1986: 182 ss.), cascocs, broches y pasariendas bien documentados en el depósito de Huelva (Ruiz-Gálvez 1995c), objetos de adorno y aderezo personal como espejos, peines de marfil y fíbulas asociadas al comercio de telas suntuarias, la aparición del hierro (Almagro-Gorbea 1993a), etc. Su incidencia será todavía mayor en los umbrales de la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea 1991a), pero la abundancia de estos elementos a partir del 1200 a.C. demuestran la existencia de una ruta meridional y aculturadora del Mediterráneo, previa a la colonización fenicia, de indiscutible personalidad (Almagro-Gorbea 1989 y 1996a: 27 ss.).

La producción y circulación de los objetos metálicos y de la metalurgia en sí misma es por tanto uno de los aspectos clave en la mitad occidental de la

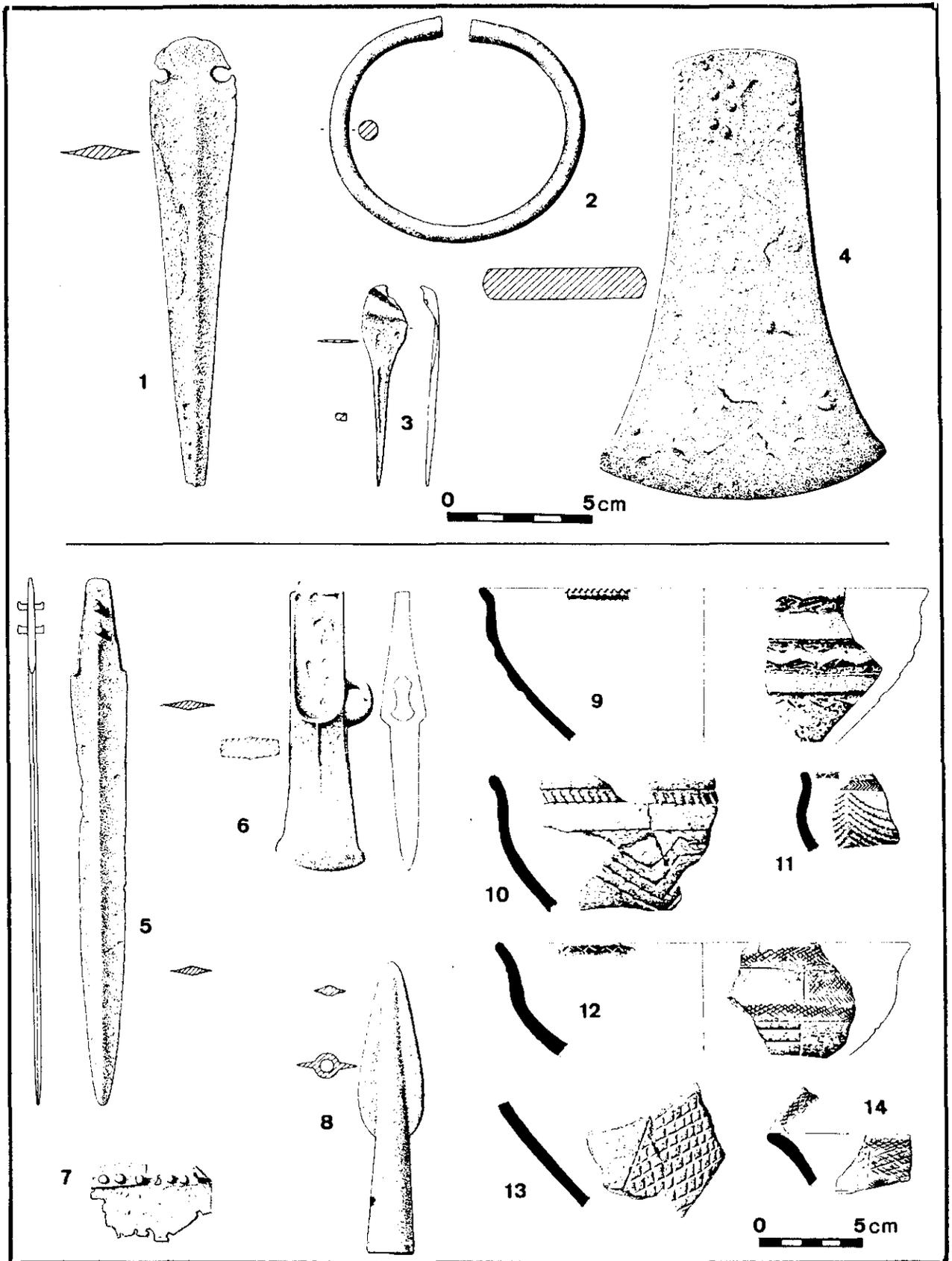


Fig. 6. Materiales del Bronce Pleno-Final de Avila.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Península Ibérica para este momento (Ruiz-Gálvez 1984, Coffyn 1985, Almagro-Gorbea 1989). Junto a los elementos de adorno y de prestigio en yacimientos Cogotas I que comentábamos páginas atrás - fibulas de codo, asadores, hachas de apéndices laterales, cerámicas pintadas - inspiradas o bien oriundas del Mediterráneo y de las poblaciones tartésicas del Bajo Guadalquivir, disponemos de las hachas de talón y armas de bronce de tipo atlántico así como de algunos hallazgos áureos.

La Meseta occidental no permaneció ajena al incremento y transformación del utillaje metálico a partir de finales del II milenio a.C., pero una gran parte de los útiles asociados a contextos Cogotas I evidencian una tipología claramente arcaica (Delibes 1995a: 76), como se deduce por ejemplo de los puñalitos de roblones de El Mirón (Martín Valls y Delibes 1979a) y Sanchorreja (Maluquer 1958a: 57) o las hachas planas de Las Cogotas (Cabré 1930: 41-42) y La Mesa del Carpio Bernardo (Benet 1993: 341). Además, la distribución de los elementos de tipología atlántica no es uniforme en todo el espacio geográfico de Cogotas I (Fernández Manzano 1985 y 1986: fig. 46), restringiéndose sobre todo al norte del Duero, en la orla montañosa septentrional y oriental, en correspondencia con los terrenos cupríferos. Este último dato llevó a Delibes, en colaboración con Fernández Manzano (1991: 211 y fig. 4) y Romero (1992: 238-240), a plantear la hipótesis de que las élites de Cogotas I controlarían los veneros de la zona, explotados para la metalurgia cántabra y astur, obteniendo en contrapartida los objetos manufacturados. Estos circularían como elementos de prestigio, razón que podría explicar su escasez en contextos domésticos y una mejor adecuación a depósitos o escondrijos, con independencia del significado que pudieran tener dichas ocultaciones (Ruiz-Gálvez 1984: 529-536; Fernández Manzano 1986: 147; vid. Bradley 1990)

En el centro de la cuenca y en los rebordes montañosos meridionales la vinculación de orfebrería, armas y herramientas atlánticas a contextos Cogotas I es mucho menor, lo que en algunos casos se ha justificado por el desconocimiento arqueológico del sector (Delibes 1995a: 76). A nivel general el elemento más ampliamente representado es el hacha, aunque en territorio abulense se reduce a un hacha de talón y una anilla del Castillo de Diego Alvaro así como el filo de otra procedente de Sanchorreja (Fernández Manzano 1986: 13). Las evidencias son no obstante mayores en Salamanca - ejemplares de Peñaparda, Peñaranda de

Bracamonte, El Tejado, Santibáñez de la Sierra o una de las piezas de Fuenteliante (Fernández Manzano 1986: 25-26; Delibes 1995a: 76) - y Cáceres - Descargamaría, Villar de Plasencia, Villarreal de San Carlos o el Aguijón de Pantoja en Monroy (Celestino et alii 1992: 312-314 y fig. 1) -.

Sabemos de la existencia de importantes mineralizaciones de plomo y sobre todo estaño al occidente de Zamora y Salamanca - Muga de Alba, Aldeavieja de Tormes, Lumbrales, Barquilla - que teóricamente respaldarían la producción de piezas bronceas sin necesidad de recurrir a importaciones (Fernández Manzano 1986: 149). En todo caso sorprende el exiguo nivel de hallazgos recogidos en la zona, ya sean poblados o simplemente elementos metálicos aislados, sobre todo en el occidente salmantino; ausencia que probablemente está reflejando una realidad distinta frente a la que acontece en los centros bronceos más septentrionales.

También son reveladores en este contexto del Bronce Final y de la transición Bronce/Hierro algunas armas y elementos de orfebrería. Por ejemplo, podría anotarse la presencia de alguno de los fragmentos de calderos con remaches y una lanza tubular procedentes de Sanchorreja, dos fragmentos de brazaletes también de bronce, uno de ellos con decoración geométrica, del Berrueco, el fragmento de un regatón cónico de El Tejado (González-Tablas 1990: 18, 27; Fernández Manzano 1986: 13, 25-26), otra punta de lanza de El Raso (Fernández Gómez y López 1990: fig. 1) o la joya áurea de Navamorales (Delibes et alii 1991: 209-210). Tampoco se descarta la posibilidad de que algunos brazaletes peanulares de bronce de Ulaca o incluso la ajorca de oro procedente del mismo yacimiento pudieran corresponder a este momento (id. 1991: 211; Delibes 1995a: 76, 78-79)⁴⁴. En todo caso la distribución adquiere mayor peso entre el Tajo y el Guadiana, como lo demuestran el puñal en lengua de carpa procedente de El Carpio (Fernández Miranda y Pereira 1992: 59-60), una espada a la altura del vado de Azután (Ruiz-

⁴⁴ Las piezas áureas conocidas en la Submeseta Norte, en contextos de la Edad del Bronce, cuentan con bien escasa representación. Podemos añadir las vallisoletanas de Fuenteungrillo (Villalba de los Alcores) y "El Castillo" (Rábano), brazaletes y cuenta de collar respectivamente; existen otras referencias de León y Sepúlveda pero bastante más problemáticas (Delibes et alii 1991). Algunas han podido llegar desde la fachada atlántica, región donde abundan estas joyas (Ruiz-Gálvez 1988 y 1989: 48-50). Fuera de la Cuenca del Duero se conocen otros hallazgos que se han relacionado con los grupos de Cogotas I, como el tesoro conquense de Abía de la Obisपालía, Villena en Alicante o el brazaletes madrileño de "La Torrecilla" (Almagro-Gorbea 1974b y 1987: 113-114). Presentan una carga simbólica intrínseca, por lo que no resulta difícil relacionarlos con la existencia de algún tipo de élite social.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Gálvez y Galán 1991: 268), la espada de hoja pistiliforme del vado de Alconétar⁴⁵ o los ricos depósitos de Berzocana, Sagrajas, Valdeobispo, Monroy, Navalvillar de Pela/Orellana la Vieja y Alange (Almagro-Gorbea 1974a y 1977: 17 ss.; Enríquez 1990 y 1991).

Aunque escasos, se conocen algunos elementos bronceos de tipología centroeuropea para esta etapa. Determinados alfileres perforados o el puñal de empuñadura bipartita localizado en la cabaña Be2 del Berrueco apuntan a dicha procedencia (Fernández Manzano 1986: 37; Delibes 1995a: 76).

Pero en este marco de intensificación del comercio y la metalurgia a finales de la Edad del Bronce en el occidente de la Meseta, tan decisivo resulta el utillaje metálico como la valoración de los lugares donde aparecen estos hallazgos. Se concentran en dos ámbitos: (1) asociados al hábitat, generalmente en posición castreña y con un amplio dominio visual del entorno, y (2) en zonas de paso, concretamente en relación con los accesos a las principales sierras - Gata, Gredos, San Pedro, Guadalupe - y a determinados puntos vadeables de los ríos Tajo y Guadiana. Siguiendo el modelo propuesto por Ruiz-Gálvez (1988: 332-335 y 1992: 229 ss.) es muy probable que determinados presentes en el contexto de las sociedades de finales del Bronce representen el establecimiento de alianzas entre regiones, cuyos accesos y recursos agropecuarios además de mineros están ganando importancia en el marco de las relaciones comerciales.

Desde luego no debe pasar inadvertida la importancia estratégica de las zonas que dominan los yacimientos Cogotas I en alto, pues controlan las rutas de comunicación que constituyen la falla tectónica de Plasencia hasta conectar con el río Jerte (Alvarez Rojas y Gil Montes 1988) y los valles del Tormes, Ambles y Tiétar (Alvarez-Sanchís, e.p.), camino obligado entre las cuencas del Tajo y del Duero. La posición privilegiada de El Berrueco, Sanchorreja y El Carpio/Arroyo Manzanas explicaría en este sentido la extraordinaria riqueza arqueológica de estos emplazamientos a lo largo del primer milenio a.C., al controlar de hecho el acceso al interior de la Meseta.

⁴⁵ La posibilidad de relacionar las espadas pistiliformes a contextos Cogotas I, estaría confirmada a partir del fragmento de empuñadura hallado junto a cerámicas excisas en el yacimiento alavés de Solacueva de Lacoymonte (LLanos 1972).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Un aspecto parece claro y evidente, la distribución del poblamiento durante el Bronce Final está en franca relación con esas rutas naturales. La accesibilidad de ciertos pasos montañosos o determinados cursos de agua convierten en vías naturales de paso a las que, en un principio, debieron ser cañadas por donde transitaba el ganado, gran parte de las cuales se transformaron en un momento posterior en calzadas romanas (Mariné 1995: 290-298; Alfaro, e.p.) y en los tradicionales caminos de la Mesta (Klein 1979). Y de ahí la importancia de controlar no sólo estas vías de comunicación sino los accesos a dichas unidades: penetración que vendría dada sobre todo por tres puertos de montaña, Béjar (Salamanca), Tornavacas (Avila/Cáceres) y el Pico (Avila), y dos importantes vados del Tajo, el vado de Alconétar, en la confluencia de los ríos Tajo y Almonte, y el vado de Azután, entre Talavera y Puente del Arzobispo. Estos cinco enclaves determinan la comunicación con la Meseta Norte por lo que, en relación con este argumento, cobra sentido la dispersión de los hallazgos metálicos más significativos, ligados reiteradamente a los citados accesos o a su inmediata periferia⁴⁶ (Fig. *). Más al sur, los ricos vestigios de Badajoz, Mérida, Medellín o el cerro Cogolludo en Navalvillar de Pela convergen nuevamente en los vados (Rodríguez Díaz 1994: 111), esta vez del Guadiana, que sin duda sirvieron para poner en contacto Andalucía con la Meseta.

El énfasis en controlar zonas de recursos estratégicos o el acceso restringido a los mismos, en un paisaje donde todavía abundan las formas de vida móviles, exige referentes visibles y estables de esa presencia humana en el territorio. Por ejemplo Bradley (1991) ha desarrollado estas cuestiones en el contexto del significado del arte rupestre y más tarde Galán (1993) ha manejado conceptos análogos en el estudio de las estelas de guerrero en el Bronce Final del Suroeste, interpretadas como referencias visibles en zonas de paso. A propósito de la dispersión de las hachas de tipología atlántica del SO., sugiere el mismo autor (1993: 71) que éstas puedan representar "peaje" o portazgo en las rutas comerciales. Hay que resaltar que una parte de las piezas localizadas entre el Duero y el Sistema Central son materiales rotos o reutilizados, por ejemplo las salmantinas de Fuenteliante y Peñaranda de Bracamonte. Desde luego parece

⁴⁶ El mapa de Alvarez Rojas y Gil Montes (1988: fig. 3) con la distribución de yacimientos y hallazgos del Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura es particularmente revelador. Una década antes, Almagro-Gorbea (1977: 489) ya adelantaba la importancia de las vías de comunicación en la estrategia de los emplazamientos extremeños.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

posible que esta explicación pudiera aplicarse a aquellos objetos que, como forma de tributo o transacción comercial, se localizan en zonas de paso obligado. A cambio de dejar libres los accesos o determinados territorios administrados por las élites, éstas reciben objetos de prestigio.

En el término salmantino de Linares de Riofrío se hallaron dos moldes metálicos para fundir hachas de talón y anillas (Fernández Manzano 1986: 25), dato que confirmaría cierta producción semiindustrial. No obstante, el escaso utillaje minero-metalúrgico para este momento sería consistente con la idea de Delibes (1995a: 78) de un número de talleres más reducido y especializado con sistemas de producción en serie, frente a los pequeños centros artesanos de etapas precedentes. En todo caso, estos talleres se habrían dedicado a la fabricación de armas, útiles y herramientas frente a los objetos de prestigio, sin duda monopolizados por el mercado exterior.

De la importancia que progresivamente va adquiriendo el acceso estratégico a estos territorios es también fiel testimonio el hallazgo de armas y otras ofrendas de significación funeraria en los ríos que, como ha demostrado Ruiz-Gálvez (1995a: 31-32 y fig. 11), aparecen reiteradamente en los vados. Este sería el caso de las espadas del Tajo, oriundas de Azután y Alconétar, además de las halladas en los ríos del SO español y de la mitad noroccidental. Su dispersión es complementaria a la localización de algunos tesoros en puntos de paso o cruce, como los de Berzocana o Navalvillar de Pela/Orellana la Vieja, interpretados como ajueres funerarios (Ruiz-Gálvez 1995a: 23), circunstancia que se repite en otros ámbitos de la Europa atlántica (Bradley 1990: 122).

Otro aspecto que merece cierta alusión debido a su posible vinculación con la simbología y el lenguaje territorial de estos grupos, es el hecho de que una parte de los megalitos del occidente meseteño contengan también materiales de Cogotas I, por ejemplo los casos de Galisancho y Coto Alto en Salamanca (Santonja 1987: 208), Bernuy Salinero en Avila (Fabián 1988: 39) o la serie conocida de dólmenes zamoranos (Delibes y Del Val 1990: 62). La funcionalidad y la reutilización de estas construcciones en el Bronce Pleno/Final puede llegar a ser discutible (Esparza 1990a; Ruiz-Gálvez 1991: 281 ss.), pero como se ha señalado (Delibes *et alii* 1991: 209-210) no hay duda de que volvieron a ser puntos de una enorme

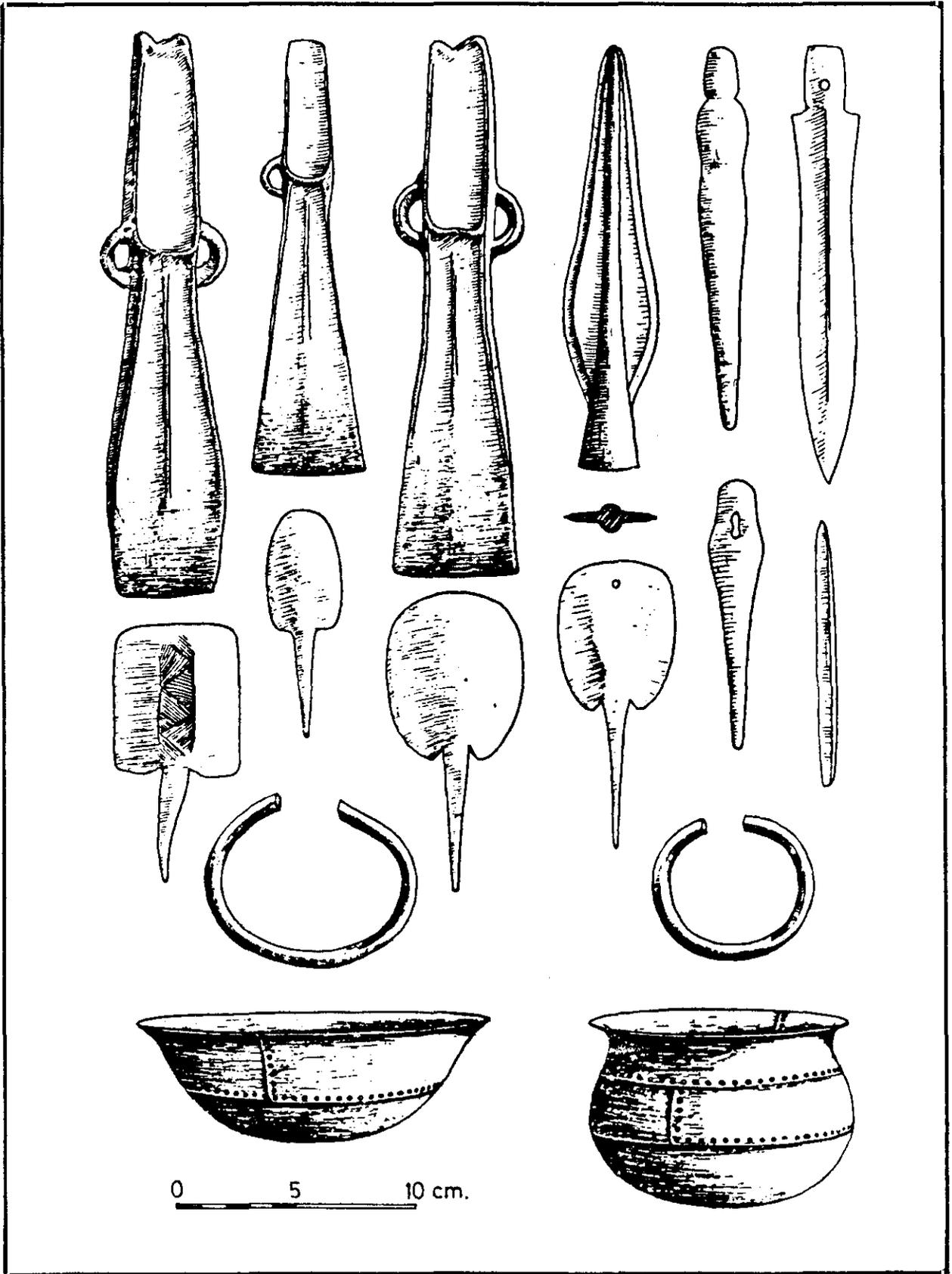


Fig. 7. Depósito burgalès del Bronce Final II de Huerta de Arriba.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

significación para estas poblaciones a finales de la Edad del Bronce - ningún material posterior a esa fase se documenta en dichas estructuras - situación que podríamos interpretar en el contexto de las relaciones comerciales, probablemente como referentes fijos del territorio en determinadas rutas⁴⁷, próximos a los cursos de agua y en zonas fácilmente visibles que acentúan su monumentalidad.

3.2. Recursos ganaderos y vías pecuarias. De entre los recursos que se localizan en las regiones occidentales del interior, entre el Duero y el sur del Tajo, la ganadería debió ser una fuente de riqueza especialmente valorada. El hallazgo en las postrimerías del Bronce Final y del primer Hierro de elementos como los ganchos, asadores o calderos de bronce, asociados a las ceremonias de sacrificio de animales con consumo de carne (Almagro-Gorbea 1974c; Delibes *et alii* 1992-93), demostrarían el valor del ganado como vehículo de competición política entre las élites (Ruiz-Gálvez 1991: 288-289 y 1995c: 138-139).

El estudio de los restos faunísticos de yacimientos como San Román de la Hornija en Valladolid (Delibes 1978: *), Zorita de los Molinos en Avila (Delibes 1995a: 81) o los del valle del Manzanares (Arenero de Soto p. 232*) permiten confirmar un notable incremento de las cabezas de ganado, con valores significativos de vacuno, al tiempo que una reducción muy considerable de las especies cinegéticas. La importancia de los animales domésticos se constata también en otros yacimientos periféricos de la Meseta y Andalucía como Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980: 117-120), Los Tolmos de Caracena (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101) o Purullena (Lauk 1976: *), esta vez con predominio del ganado ovino, demostrando en todo caso que las especies dominantes varían según las características de los espacios naturales ocupados. Sin duda alguna, el entorno paisajístico del occidente de la Meseta ofrece excepcionales posibilidades para el desarrollo de una economía ganadera mixta basada fundamentalmente en el vacuno, ovino y porcino. Dichas especies encuentran un medio adecuado en los pastizales y encinares de la región, como lo prueba el hecho de haber constituido las bases económicas de la zona

⁴⁷ Por ejemplo la localización de los megalitos en la zona extremeña del curso medio del río Tajo aparece determinada a partir de los cruces y vados principales (Galán y Martín 1991-92). Asimismo también resulta llamativa la vinculación de los megalitos gallegos a vías de tránsito, a zonas privilegiadas de comunicación, de clara significación cultural y económica (Bello *et alii* 1982; Criado *et alii* 1990-91).

prácticamente hasta la actualidad, sobre todo los bóvidos.

Si el comercio precolonial trajo consigo un aumento de productos como la carne o las pieles, además de la demanda de mineral, es lógico pensar que el valor de los recursos ganaderos y naturales del interior de la Meseta hubiese empezado a aumentar en términos considerables. Tal situación podría derivar en una competencia por el monopolio comercial de su explotación y de sus rutas de desplazamiento.

De ahí quizás también la relación que se aprecia entre los yacimientos Cogotas I en alto mejor situados, las vías pecuarias de paso obligado entre los diferentes valles y sierras, y los pastizales. Controlar los pastos es una fuente de poder, y no es por ello casualidad que aproximadamente el 69% de los sitios o áreas de actividad del Suroeste de la Meseta conocidos en este momento se vinculen a terrenos de aprovechamiento ganadero. El dato es todavía más elocuente (85%) si sólo valoramos aquellos emplazamientos donde se han documentado hachas, armas de bronce y elementos áureos de tipología atlántica o bien elementos de adorno y prestigio precoloniales de procedencia mediterránea, y prácticamente absoluto (95%) cuando los hallazgos en cuestión se vinculan a yacimientos ubicados en alto, en consonancia con la residencia de las élites. Si estos vestigios del Bronce Final están indicando la presencia de grupos de pastores en la zona o en las proximidades, parecería lógico pensar que, de algún modo, se estuviese controlando el acceso a los pastos de dichos territorios. La existencia de una incipiente organización del espacio, como se deduce del patrón de poblamiento, es coherente con esta idea. Además, la abundancia de las hachas podría relacionarse en parte con trabajos de desforestación destinados a disponer de más tierras para el aprovechamiento ganadero (Romero y Jimeno 1993: 183)⁴⁸. Por el contrario, la escasez de espadas ha hecho suponer que estas estuvieran destinadas a una minoría (Fernández Manzano 1986: 149; Delibes y Fernández Manzano 1991: 211), lo que evidenciaría nuevamente una organización social jerarquizada.

Sería interesante, inclusive, tratar de precisar si esa circulación de pastores

⁴⁸ Al menos en parte, dada la importancia de las hachas en el contexto de la tecnología agrícola del Bronce Final europeo, utilizadas para desbrozar las tierras de cultivo y para el trabajo de la madera (Wells 1984).

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

y comerciantes pudo haber tenido un carácter estacional, teniendo en cuenta la riqueza de los pastos estivales, más acorde con un modelo trasterminante del ganado y las duras condiciones climatológicas del interior. La hipótesis de contactos selectivos valle/sierra en fechas señaladas entre las diferentes comunidades móviles y semi-sedentarias que habitaban el territorio, estimulando, a su vez, la circulación y el intercambio de objetos de diversa índole, se adecúa mejor a la realidad arqueológica de los yacimientos de Cogotas I (Delibes y Romero 1992: 242) y en general para la Edad del Bronce y también del Hierro (Alvarez-Sanchís 1990a: 224-226; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101; Ruiz-Gálvez y Galán, e.p.), en lugar de aceptar como una norma habitual los desplazamientos trashumantes a largas distancias, práctica en todo caso no excluyente (Purullena). Este planteamiento tampoco contradice la presencia de excisas y boquique en algunos yacimientos andaluces (Molina y Arteaga 1976), fuera ya del área nuclear.

En consecuencia, la actividad trasterminante de estos grupos no sólo explicaría la presencia de armas atlánticas en el Mediodía Peninsular y fíbulas de codo tipo Huelva en la Meseta. Los grupos dirigentes del Bronce Final al norte del Duero hacen ostentación de su poder al controlar la explotación del cobre de su territorio para consumo de los talleres atlánticos, por ejemplo exhibiendo objetos de prestigio en bronce y oro, además de otros productos perecederos. Al mismo tiempo, los castros y la metalurgia del Bronce Final al sur de la cuenca y en los rebordes montañosos de Avila, Salamanca y Cáceres, debieron ser el exponente de una élite indígena cuyos mecanismos de poder descansaban no tanto en el monopolio de un mineral relativamente exiguo, como en su situación de intermediarios en las rutas interiores hacia el cobre y el estaño, ejerciendo el control de los pastizales y de las vías de comunicación entre el Duero y el Tajo. Administran rutas por las que discurren tanto los ganados como los productos comerciales, y con ellos personas e ideas sobre las que confluirá directamente el impacto orientalizante y la Edad del Hierro.

Tal situación pondría de relieve la existencia de una incipiente planificación del espacio, aún no estrictamente parcelado, pero acaso preludio de la organización que conocerá el territorio occidental durante la Edad del Hierro, y que hará posible finalmente el establecimiento de áreas de influencia bien definidas a partir de los lugares centrales u oppida (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995;

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Alvarez-Sanchís e.p.*) o bien la demarcación de terrenos especialmente significativos desde el punto de vista económico, tal y como ilustran los verracos de las élites vettonas (Alvarez-Sanchís 1994: 407-413).

En la línea de este argumento, y sin pretender ver en ello una estricta definición arqueológica, parece advertirse en la última fase de Cogotas I una personalidad cultural en esta zona del occidente de la Meseta que, dada la continuidad de algunos registros y las diferencias que se perciben a uno y otro lado del Duero, podría revelar ciertas afinidades étnicas o de substrato con las poblaciones conocidas en época histórica.

De seguir a Ingold (1986), la percepción del paisaje en las comunidades móviles difiere en gran medida a como lo hacen los pueblos agricultores. Las primeras definen recursos y territorios en términos de caminos y lugares, a menudo marcados por rasgos naturales del terreno. En cierto modo, los grupos del Bronce Final vigilan y controlan los recursos "señalando" los caminos principales que unen esos lugares: estelas de guerrero, ofrendas a la aguas, peñas y otros afloramientos graníticos, monumentos funerarios, cultuales..... Esta actitud estaría en consonancia con la idea de grupos en creciente proceso de diferenciación social o jefaturas incipientes, en parte como resultado del establecimiento de redes de intercambio regional con otros ámbitos privilegiados y de los fenómenos de emulación que ello produce (Almagro-Gorbea 1993a: 87 ss.; Ruiz-Gálvez 1995c: 136 ss. y 154), pero donde los roles políticos y religiosos aún no están suficientemente institucionalizados (Bradley 1982 y 1990, Ruiz-Gálvez 1995c).

Pero también estas mismas comunidades definen sus territorios en términos de los dominios más visibles y jerárquicos, es decir desde los emplazamientos castreños, dato que, en cierto modo, refuerza la idea de un afianzamiento progresivo sobre el espacio en los últimos compases de Cogotas I. Yacimientos en alto y situados en estos puntos estratégicos serían un referente visible para quien transitara un territorio aún no estrictamente acotado. Dicho de otro modo, la significación de algunos lugares a comienzos del primer milenio a.C. ayudó a crear las condiciones necesarias para el desarrollo, sin solución de continuidad, de determinados emplazamientos.

DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

En conclusión:

- no hay una ruptura brusca entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, conviviendo durante los siglos IX y VIII a.C las tradiciones del primero con las novedades del segundo. El elenco material de Cogotas I parece evolucionar independientemente en cada región a partir del Bronce Final II-III hasta conectar con la nueva etapa, por lo que algunos testimonios pueden manejarse a favor de un desarrollo sin solución de continuidad.

- las asociaciones de algunos materiales cerámicos y metálicos refuerzan un contexto flexible para la transición Bronce Final/Primer Hierro en ciertos sectores de la Meseta, con especial incidencia al sur de la cuenca sedimentaria y en los rebordes montañosos del Sistema Central. Las primeras comunidades de tipo Soto coexistieron en un mismo territorio con los últimos pastores de excisión y boquique.

- la coincidencia entre una gran parte de los yacimientos del Bronce Final en altura y la inauguración de la Edad del Hierro o el hecho de que algunos emplazamientos castreños ostenten secuencias de ocupación amplias, parecen testimoniar un nivel de vida progresivamente estable que marcará la pauta en los siglos venideros. La erección en unos casos de murallas o cercados es otro argumento a favor de una mayor fijación sobre el territorio a partir del Bronce Final.

- las comunidades de Cogotas I muestran indicios de jerarquización social y política, hecho que hay que relacionar con el control ejercido sobre las rutas naturales del interior, cuyos accesos y recursos agropecuarios además de mineros están ganando importancia en el marco de las relaciones de intercambio mediterráneas, en menor medida transpirenaicas y sobre todo atlánticas. Además, la concentración y distribución de los recursos naturales de cada región han podido jugar en este sentido un papel determinante en la organización socio-económica de las distintas élites y, por ende, en la configuración de una relativa diversidad geográfica y a la vez cultural.

A la vista de los argumentos expuestos, la recesión de Cogotas I en el occidente de la Meseta debió estar marcada no tanto por la existencia de drásticos

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

cambios en su desarrollo cuanto por sus posibilidades de evolución, aceptando, en el contexto de las intensas relaciones comerciales del Bronce Final, aquellas novedades que pudo adaptar a su estructura social y económica. Los grupos asentados al sur del Duero aparecen geográficamente inmersos en el ámbito atlántico, y participan en consecuencia de su desarrollo, bien es verdad que no con la misma intensidad que otros sectores limítrofes. Pero, de igual manera, los vínculos económicos con el mundo meridional resultan muy nítidos desde el s. X a.C., difundidos a lo largo de las principales rutas naturales de acceso, sin duda favorecidas por los recursos mineros y ganaderos. Este cúmulo de circunstancias serán las que permitan, sino negar, al menos desterrar la idea de la invasión y tabla rasa a comienzos de la Edad del Hierro respecto a todo lo anterior.

IV.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.

1. El horizonte Soto de Medinilla en la cuenca media del Duero.

1.1. Algunas notas sobre el hábitat y la cultura material. A comienzos de la Edad del Hierro las tierras occidentales de la Meseta presentan una serie de grupos diferenciados, con mayor peso en la actividad agrícola o ganadera. En la cuenca sedimentaria del Duero, sobre todo al norte de la vega, se observa la aparición de una serie de asentamientos en llano, de tamaño relativamente importante - entre 1 y 5 hectáreas (San Miguel 1993: 30) - y con una preferente vocación agraria por su situación y emplazamiento (Delibes y Romero 1992; Romero y Jimeno 1993). El caso implica un modelo de colonización gradual en la zona y de clara oposición al mundo de Cogotas I. Esta facies, que se conoce con el nombre de Grupo Soto (Palol y Wattenberg 1974: 181-194), permite definir la primera Edad del Hierro en el centro y occidente de la Submeseta Norte.

Se trata de poblados permanentes con casas de planta circular y arquitectura de adobe que, en un principio, muestran estructuras muy sencillas de habitación (Romero 1992: 180 ss. y 210; Romero y Jimeno 1993: 191). Las cerámicas, a mano, se caracterizan frecuentemente por el empleo de perfiles carenados y pies realzados, y una decoración mediante líneas incisas, triángulos rayados o impresiones digitales en el borde.

Desde el punto de vista del poblamiento, los trabajos de prospección llevados a cabo en el interfluvio Duero-Pisuerga han permitido señalar

recientemente (San Miguel 1993: 24 ss.; Sacristán de Lama *et alii* 1995) cómo no existe un único patrón de asentamiento, pues una parte de los poblados no responde al tradicional modelo de hábitat asentado junto a los ríos y ocupado a lo largo de un dilatado período de tiempo. Cabe plantearse, incluso, si lo que algunos yacimientos de tipo Soto representan no son sino pequeñas comunidades ganaderas trasterminantes que cultivan "in situ". El hallazgo de hábitats de escasa entidad o su proximidad espacial podría indicar que la población se trasladara de un lugar a otro, una vez agotados los recursos. Tampoco puede decirse que las necesidades defensivas obedezcan a un patrón uniforme; por el contrario todo parece indicar que la mayoría no se fortificó (San Miguel 1993: 29), lo que posibilita en cierto modo la diversa tipología que ofrecen los asentamientos.

El ritual funerario sigue siendo uno de los aspectos más desconocidos de este grupo, ausencia que conecta bien con la tradición de Cogotas I y con todo el ámbito atlántico en general. Se conocen restos inequívocos de inhumaciones infantiles bajo el suelo de las viviendas - Cuéllar, La Mota, Soto de Medinilla, Simancas, Roa - pero de difícil interpretación (Romero y Jimeno 1993: 196). Se podría especular desde ritos fundacionales a un tratamiento funerario específico en función de la edad. En cualquier caso, si se admite un contexto doméstico para estas inhumaciones a comienzos de la Edad del Hierro - con algunos precedentes desde el Bronce Medio-Final que se localizan cerca de los espacios de habitación - se plantearía la posibilidad de que la actividad ritual se integraba cada vez más en el apartado de la posesión de la tierra. Los enterramientos infantiles podrían evidenciar así una nueva preocupación por la fertilidad del suelo.

A la vista de los datos, parece razonable suponer que el poblamiento del Soto de Medinilla representa un cambio importante en la utilización del territorio a partir del siglo VIII a.C.. Un proceso paralelo y en ambientes claramente vinculados a éste, como se deduce en algunos aspectos de la cultura material (Romero 1980: 148), se está produciendo en otros ámbitos geográficos aunque la evidencia arqueológica para los primeros compases del Hierro resulte bastante precaria. Este sería el caso de los castros y poblados de la cabecera del Duero, en el sector oriental de la Submeseta Norte, que a partir de un momento impreciso del siglo VII a.C. ofrecen una ocupación sistemática del territorio (Romero 1991a: 325-

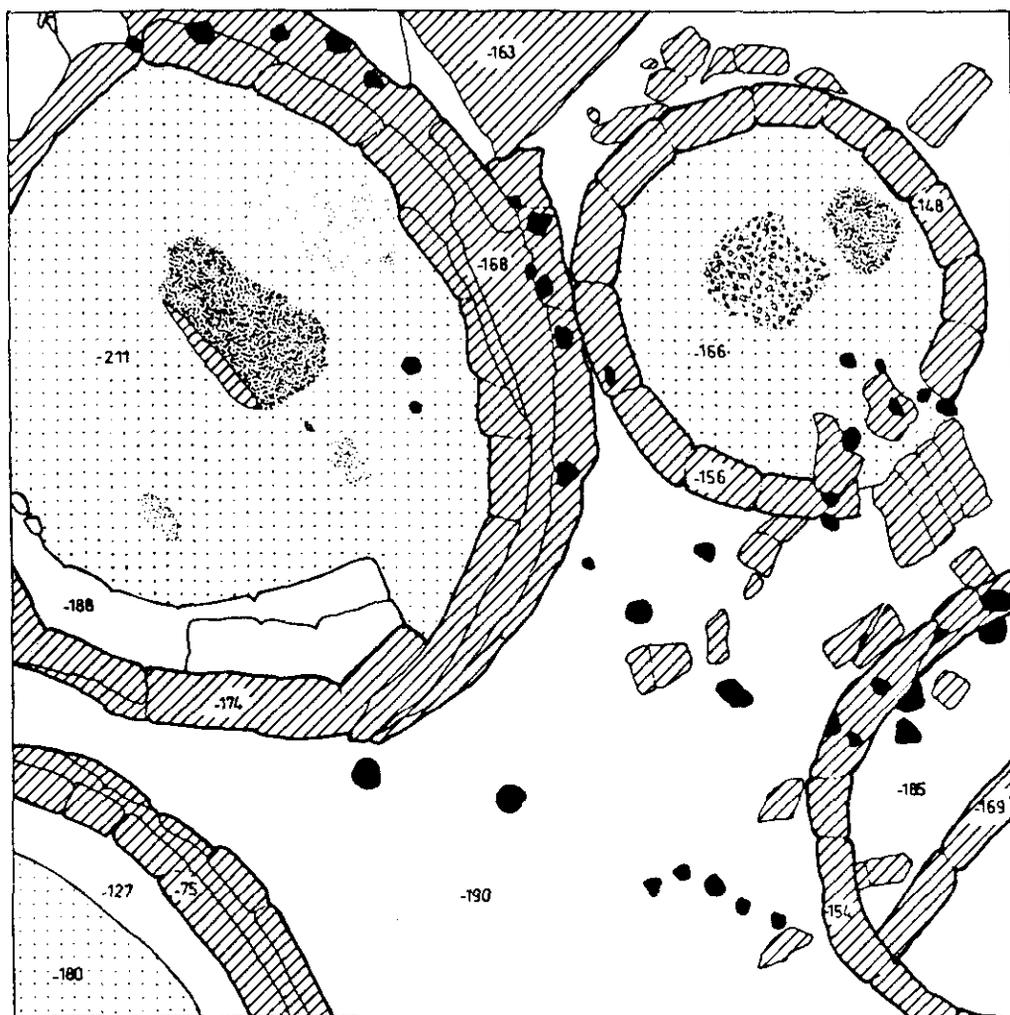


Fig. 8. Cabañas circulares de adobe de El Soto de Medinilla (Delibes y Romero 1992).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

365; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 108 ss.; Romero y Jimeno 1993: 200 ss.)⁴⁹. De modo análogo, el arranque del foco castreño del occidente de Zamora, cuya relación es también evidente con el grupo Soto, apunta con bastante claridad a comienzos del s. VI a.C. si no algo antes (Esparza 1987 y 1990b: 114).

Abordar los motivos que provocan la aparición de estos poblados es un tema enormemente complejo, aunque se han abierto algunas vías de discusión (Esparza 1990b: 123; Ruiz-Gálvez 1991: 287 y 1995c: 141 ss.; Peña Santos 1992: 378). Desde luego es significativo contrastar los mapas de distribución de yacimientos durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro para apreciar como la transición a la nueva etapa revela una situación distinta (Fig. *). Sin duda, la nueva realidad se inscribe en un proceso general de intensificación económica para toda Europa Central y Occidental, ya gestado en el Bronce Final, que permite la aparición del hábitat estable y permanente. Brevemente, se han esgrimido al respecto cuatro argumentos:

- 1- las profundas transformaciones en las redes de intercambio a raíz de los primeros asentamientos coloniales en el sur de la Península ibérica (Aubert 1983 y 1994),
- 2- la quiebra que se produce en la economía tradicional atlántica del Bronce Final (Rowlands 1980: 45-46) con la aparición en el mercado del hierro, que obligará a los focos metalúrgicos del interior a elevar el nivel de producción de bronce,
- 3- notables avances y mejoras en la producción y conservación de alimentos (Ruiz-Gálvez 1991: 287 ss. y 1992: 229 ss.),
- 4- la transición entre los climas Subboreal y Subatlántico que parece coincidir con este período, fase que en la mitad norte peninsular debió favorecer un aumento de la pluviosidad (Magny 1982: 41-42; Dupré 1988: 121-122) y por tanto posibilitado el desarrollo de nuevos cultivos.

⁴⁹ Síntesis recientes sobre el substrato de la Celtiberia Citerior y Ulterior, valorando respectivamente el problema de las invasiones y las últimas aportaciones ofrecidas por la bibliografía, pueden verse en los trabajos de Ruiz Zapatero (1995) y Romero y Misiego (1995).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Se ha insistido especialmente en el hecho de como la renovación del utillaje agrícola, la arribada de nuevos cultígenos - sobre todo ciertos tipos de leguminosas como la haba - y la explotación de la sal, favorecen la fertilidad de los suelos, la rotación de cultivos, la conservación de alimentos y un crecimiento sostenido de la población (Jäger y Lozek 1982: 173; Ruiz-Gálvez 1991: 287-292 y 1992: 229-231; Sherratt 1993a: 34). Todos estos cambios trajeron consigo la estabilidad de las poblaciones sobre las parcelas de cultivo. En Centroeuropa el número de asentamientos refleja un crecimiento muy ostensible respecto a las fases precedentes (Wells 1983: 147 ss. y 1984). No es por ello casualidad que también durante la transición del Bronce a la Edad del Hierro una parte considerable de los territorios de Europa Noroccidental sean testigos de la parcelación de tierras (Harding 1989: 177; Cunliffe 1990: 323 ss.; Barret *et alii* 1991: 227-242).

En la Meseta un proceso de estas características debió producirse gradualmente y a distintos ritmos, condicionada en parte por las características de los suelos de cada región. Naturalmente estas innovaciones no habrían sido posibles si, con anterioridad, no se hubiera desarrollado una red de intercambios a gran escala que favoreciese la difusión de ideas y nuevas tecnologías (Almagro-Gorbea 1989; Ruiz-Gálvez 1991). En tal sentido, la presencia de objetos atlánticos y mediterráneos desde finales del II milenio, pero con especial intensidad en las novena y octava centurias a.C., son indicativos del auge comercial que conoce el occidente peninsular en el marco de las relaciones Centro/Periferia/Margen (Sherratt 1993b; Ruiz-Gálvez 1995c: 141 ss.).

Los datos de macrorrestos que se poseen para la región occidental de la Península ibérica son todavía insuficientes (Ruiz-Gálvez 1991: 290) pero las estructuras permanentes de habitación que caracterizan a los poblados de tipo Soto de la cuenca media del Duero, cuyo número supera hoy ampliamente el centenar (Romero 1992: 180), sólo tienen justificación en el marco de las nuevas técnicas de cultivo y de la reorganización de la producción agraria. Recientes análisis antracológicos, palinológicos y carpológicos (Arqu. Vaccea-Medio Ambiente***) procedentes de varios de los yacimientos vallisoletanos más emblemáticos del sector - Soto de Medinilla, Padilla de Duero, Melgar de Abajo, Montealegre de Campos - nos muestran: (a) un paisaje de arbolado poco denso en las inmediaciones de los poblados, posiblemente condicionado por las necesidades

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

de roturación, (b) la abundancia de herbazales de secano correspondientes a especies vegetales asociadas a la agricultura y por tanto a un paisaje más antropizado y (c) una práctica cerealista especializada sobre todo en el trigo, y en menor medida en cebada y avena. (**y mayor explot. ganado)

También se ha llamado la atención sobre la presencia en estos poblados de estructuras complementarias de pequeño tamaño, rectangulares o cuadradas como las exhumadas en el yacimiento epónimo y que no serían viviendas, habiendo sido interpretadas como graneros y almacenes al figurar en su interior restos de cereal, leguminosa (?) y setas (Palol 1963; Palol y Wattenberg 1974: 188-189). Por consiguiente, si se documenta la necesidad de almacenar y conservar alimentos, con independencia del producto agrícola que se trate, es porque han aumentado las posibilidades de permanecer en el lugar. Otras estructuras domésticas asimilables a este horizonte, de planta circular y dimensiones también exiguas, se han identificado como hornos para cocer pan; tal sería el caso de los documentados en La Aldehuela (Santos Villaseñor 1989: 173 ss.) y Soto de Medinilla (Misiego *et alii* 1993).

Ahora bien, no todos los vestigios que se interpretan como graneros y estructuras de almacenamiento se asocian a los niveles más antiguos del Soto. Sin duda estas y otras novedades se adaptaron gradualmente. Al menos esa es la impresión que se advierte a lo largo de la secuencia estratigráfica de los poblados de la cuenca del Duero, con un desarrollo técnico y un dominio progresivo de la arquitectura del adobe que iría desde las cabañas de postes más antiguas y endebles del Soto I y bien enraizadas en el Bronce Final, como las de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990: 84) y Los Cuestos de la Estación (Celis 1993: 97 y 110-112), a las relativamente sofisticadas viviendas del Soto II dotadas con vestíbulos de acceso, por ejemplo en Salamanca (Benet *et alii* 1991: 133) o el mismo Soto de Medinilla (Romero 1992: 182, 209-210). Un proceso análogo se daría en Zamora y León, donde los castros de Camarzana y Sacaosjos han puesto de relieve un progreso técnico en las viviendas, las más antiguas con cimentación de piedra, hasta llegar a dominar la técnica del adobe (Esparza 1990b: 104).

Es por tanto posible que el proceso de intensificación agraria se caracterizara en algunas zonas y en una primera fase, en los siglos IX-VIII a.C., por un

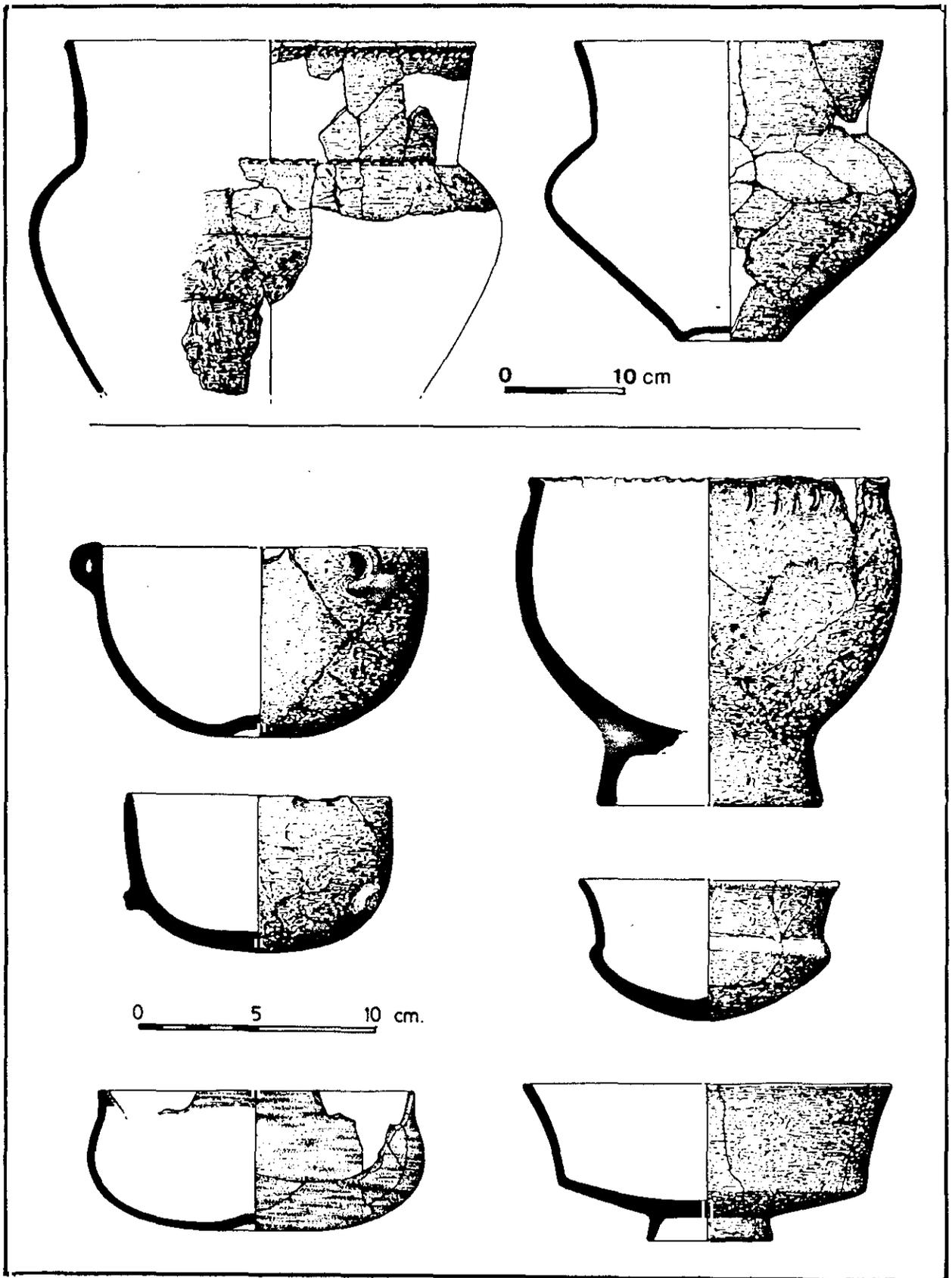


Fig. 9. Cerámicas de El Soto de Medinilla, Valladolid (Delibes y Romero, 1992).

crecimiento de población más que un asentamiento estable, para el que es requisito conservar la fertilidad de los suelos ya sea por abonado, barbecho o rotación de cultivos (Ruiz-Gálvez 1991: 287 ss.), técnicas que se irían haciendo comunes a lo largo de esta última centuria.

1.2. El utillaje metálico del Bronce Final IIIb. Sin duda, todo este proceso repercutió de forma muy notable en la renovación del utillaje agrario metálico (Harding 1976: 513 ss.). La abundancia de hornos de fundición, crisoles y moldes, como el procedente del castro leonés de Gusendos de los Oteros (Blas Cortina 1985) nos revelan una metalurgia considerable de factura local desde los niveles más antiguos del horizonte Soto de Medinilla. Puñales y espadas de lengua de carpa - Paredes de Nava (Palencia) y Villafranca del Bierzo (León) - cinceles de cubo - Otero de Sariegos (Zamora) - hachas planas con anillas y también de apéndices laterales - Quintana de Bureba y quizás la de Gumiel de Hizán en Burgos - hoces planas como las leonesas de Torre de Babia y una amplia categoría de piezas y utensilios representarían la pujanza productiva del momento (Fernández Manzano 1986: 97 ss., 145 ss.; Romero y Jimeno 1993: 195-196), datadas fundamentalmente en el siglo VIII a.C. y siendo algunas un claro exponente de la metalurgia Vénat. A una cronología ligeramente posterior, de fines de la octava centuria o inicios de la siguiente, podrían corresponder algunas puntas de lanza y de jabalina. En todo caso, la gran mayoría de las piezas se vinculan a la metalurgia atlántica del Bronce Final IIIb (Delibes y Romero 1992: 243-245).

Pero si es ahora, en contextos de Soto, cuando los núcleos bronceístas septentrionales alcanzan su máximo esplendor, la condición de bronce plomados de una gran parte de las piezas de este período reflejaría sin embargo ciertas dificultades en la obtención del cobre, que sin duda hay que relacionar con la crisis del mercado y de los centros de abastecimiento, algunos de ellos controlados por los fenicios. Muy orientativas para lo que estamos diciendo resultan las dataciones radiocarbónicas, calibradas, de las primeras factorías fenicias del sur de la Península, que sitúan el arranque de la colonización a mediados del s. IX A.C. en la zona de Málaga/Algarrobo y a partir del 800 A.C. en las costas portuguesa, levantina y ciertas áreas del interior (Aubert 1994: 317-323). Las colonias, y con

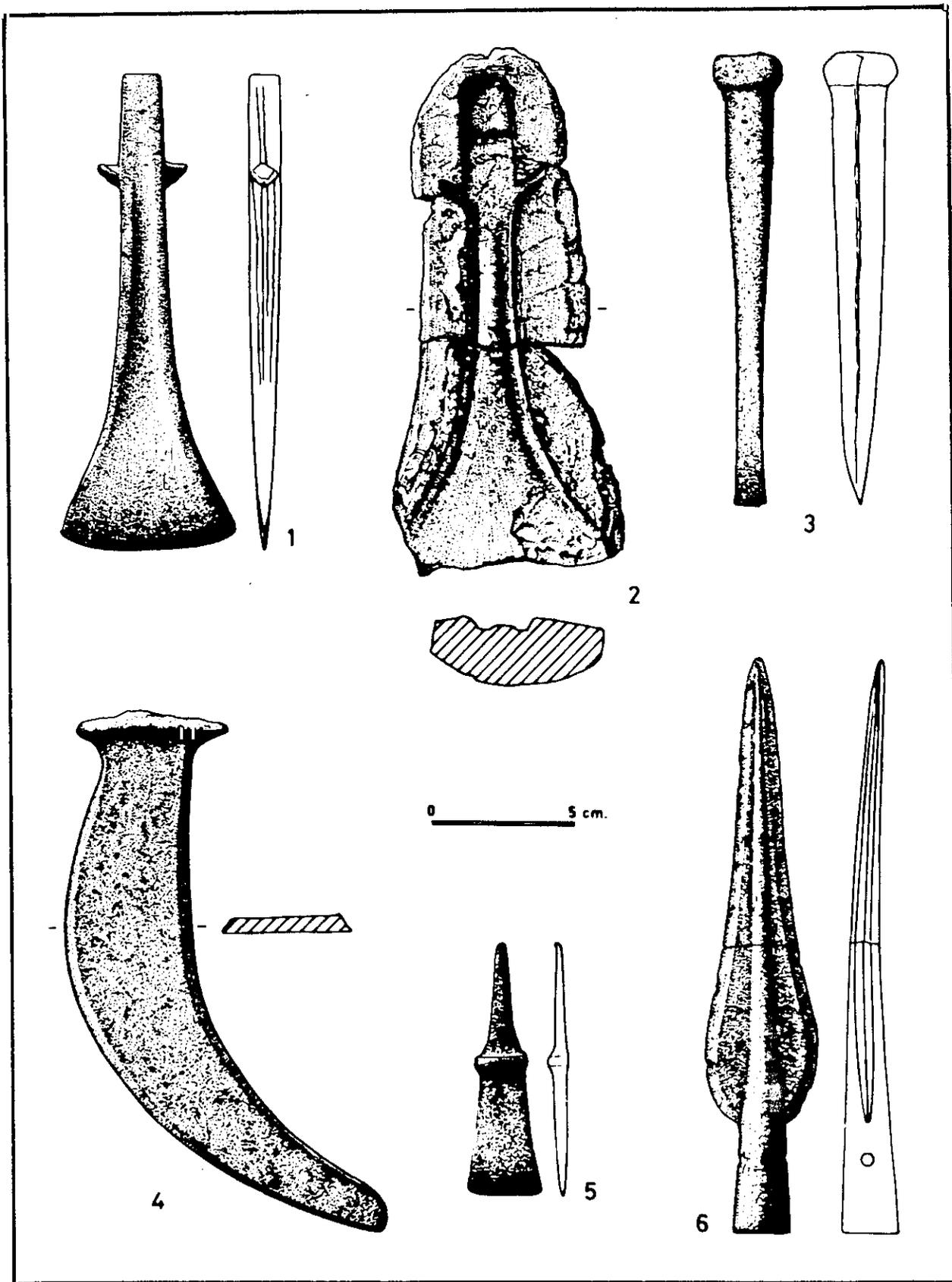


Fig. 10. Metalurgia del grupo Soto de Medinilla.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

ellas la progresiva introducción de nuevas tecnologías entre las que se incluiría también el hierro, afectaron de algún modo al mercado tradicional atlántico, cuyos centros metalúrgicos iniciarán desde este momento un incremento en la producción de objetos para competir con los nuevos mercados. No parece que ello se justifique exclusivamente a partir de la aparición del nuevo metal, dada la escasez de vestigios para esta etapa. Naturalmente esta situación hay que vincularla con la fase de plenitud que conoce la Meseta Norte, donde los veneros cupríferos habían estado hasta hacía poco controlados por las élites de Cogotas I (Delibes y Fernández Manzano 1991: 211; Romero y Jimeno 1993: 187). El siglo VIII a.C. va a suponer el colapso de la economía atlántica (Rowlands 1980: 45 ss.), lo que traerá consigo la disolución de las tradicionales relaciones de intercambio, la desaparición del horizonte Baioes-Vénat y el paso a una realidad más fragmentada (Ruiz-Gálvez 1991: 290-292; Peña Santos 1992: 377-381 y e.p.).

La organización social y económica de las comunidades de finales de la Edad del Bronce, imbuídas en los procesos de extracción y comercio del metal atlántico, no debieron ser ajenas al impacto fenicio y la crisis del 850-750 a.C.. Que determinados asentamientos de Cogotas I se emplacen en el entorno inmediato de varios de los poblados de la primera Edad del Hierro conocidos en la cuenca sedimentaria (Esparza 1990b: 108-111; San Miguel 1993: 31), que los poblados más antiguos de tipo Soto enlacen con la tradición constructiva de Cogotas I, a la luz de ocupaciones poco estables en la base de la estratigrafía de algunos yacimientos (Benet 1990: 84; Romero 1992: 182), y que la metalurgia que practican sus gentes sea la propia del Bronce Final (Delibes y Romero 1992: 243-245; Romero y Jimeno 1993: 195), demostraría continuidad con el mundo Cogotas I anterior; o, dicho de otra manera, la disolución de Cogotas I se está sucediendo desde el s. IX a.C. y en amplios sectores del interior.

Adquieren así todo su sentido las dataciones radiocarbónicas en esta fase del final de la Edad del Bronce y de inicios de la Edad del Hierro. En primer lugar hablaría la cronología del teso salmantino de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990), cuyas fechas calibradas nos sitúan no más tarde de la segunda mitad del s. IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). No se trata de un yacimiento con materiales de Cogotas I pero ofrece un hábitat todavía inestable del Bronce Final, paralelizable al nivel V de Sanchorreja. Muy cerca, a escasos 10 km., se emplaza la conocida

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

estación de Cogotas I de Carpio Bernardo, cuyas cerámicas excisas se han emparentado con las cerámicas del Valle del Ebro vinculadas a los Campos de Urnas, sugiriendo la continuidad del complejo por lo menos hasta el s. VIII a.C. o en una fecha cercana al 700 a.C. (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 27; Delibes 1995a: 85). También serían orientativas en este contexto Bouça do Frade (Oliveira Jorge 1988) y San Román de la Hornija (Delibes 1978) para materiales de Cogotas I, con los tramos de calibración más fiables en los siglos IX A.C. y X-IX A.C. respectivamente (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). Este planteamiento supondría equiparar el final de la cultura Cogotas I con los primeros asentamientos tipo Soto I; pero, de la misma manera, a la vista de las dataciones absolutas y la tipología metálica identificada en este momento, habría que replantearse qué se entiende por comienzos de la Edad del Hierro (Delibes y Romero 1992: 243; Ruiz-Gálvez 1995b: 83), dado que las influencias meridionales que acabarán por transformar la región están arribando ya desde el Bronce Final.

Todo este marco temporal coincide significativamente con la cronología calibrada para los inicios de la colonización fenicia. Sobre tales bases, la transición Bronce Final III/Hierro I en el occidente de la Meseta puede situarse en el siglo VIII a.C.. En términos generales esta fecha encaja bien con las dataciones propuestas recientemente por Ruiz-Gálvez (1995b: 82-83) para el occidente de la Península Ibérica y, en general, hacia el 750 a.C., para toda la Europa Atlántica (Gómez de Soto 1991: 372). En torno a un siglo o siglo y medio después el horizonte Soto habrá alcanzado su madurez, como demostrarían los materiales del asentamiento vallisoletano de La Mota (Seco y Treceño 1993) - donde no hay que descartar una ocupación previa del Bronce Final - desarrollándose ininterrumpidamente hasta el Hierro II.

Desde luego no parece que la ventaja del grupo Soto se apoye en un utillaje de hierro, pues son muy escasas las evidencias de auténticas herramientas de este metal prácticamente hasta mediados del primer milenio. Esto, y el hecho de que la metalurgia de sello atlántico tenga un desarrollo pleno en los siglos IX y VIII a.C., revelaría que las grandes transformaciones que conocen las tierras del interior son anteriores a la generalización del hierro (Delibes y Romero 1992: 245), por lo que deberíamos vincularlo mas bien a los cambios que se están sucediendo con desigual éxito en la tecnología agraria (Ruiz-Gálvez 1995c). Y si ello sucede con

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

anterioridad a la presencia del nuevo metal, es muy interesante traer a colación la sugerencia de Thomas (1989: 277-280) - recogida y defendida por Ruiz-Gálvez (1992: 237) - que plantea un aumento demográfico hasta llegar a un punto en el que el control de la tierra pasaría a ser más importante que el de los intercambios.

Es muy probable que la densidad creciente de población que ofrece la cuenca del Duero a partir de la octava centuria, sea consecuencia de la intensificación agraria que se está produciendo en distintas partes del occidente europeo desde el Bronce Final. La introducción y difusión por vía atlántica y mediterránea de nuevos cultivos y tecnologías permiten, en definitiva, la puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región en yacimientos estables y permanentes. Este dato, más que asociarlo a la llegada de poblaciones invasoras, que no de ideas, comerciantes o incluso pequeños aportes étnicos, es el que justifica la inauguración de la primera Edad del Hierro en el occidente de la Meseta, aunque en un contexto tecnológico y demográfico inmerso todavía en el Bronce Final (Delibes y Romero 1992: 243-245; Romero y Jimeno 1993: 195, 200; Ruiz-Gálvez 1995b: 82).

En definitiva, la génesis del mundo del Soto de Medinilla debe entenderse en este contexto de mediados del siglo IX/siglo VIII a.C. como una suerte de transición entre un régimen económico mayoritariamente estacional o semiestable a otro más sedentario. Nos encontramos ante un proceso claramente endógeno pero muy receptivo a los influjos externos. Que otros sectores de la cuenca, como el núcleo zamorano occidental o los castros del oriente de la Meseta, muestren una ostensible ocupación del territorio a partir sobre todo del 600 a.C, pudiendo remontar sus comienzos a la séptima centuria a.C. (Esparza 1990b; Romero 1991a), demostraría en cierto sentido que la nueva situación cristalizó a distintos ritmos, manteniéndose hasta ese momento un poblamiento más inestable⁵⁰.

Ahora bien, ¿esta situación es también extensible al sur del Duero y en los rebordes montañosos?

⁵⁰ Situación análoga es la que ofrece el poblamiento del NO, donde la génesis del mundo castreño galaico se ha relacionado con los procesos de intensificación económica del área atlántica durante los siglos VIII-VII a.C., reconociendo no obstante que la fijación definitiva al territorio no parece haber tenido lugar con anterioridad al siglo V a.C. (Peña Santos 1992: 378).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

2. La secuencia cronológica y regional en el Suroeste de la Meseta.

Paradójicamente, es de los inicios de la Edad del Hierro en la región, que marca el comienzo de la Prehistoria reciente, de la que se dispone de menos datos para conocer su evolución. El número de yacimientos y restos arqueológicos resultan en apariencia insuficientes para llenar los aproximadamente 350 ó 400 años de historia que median entre Cogotas I y el Hierro Pleno (Cogotas II), sino fuera por la posibilidad de acudir a la analogía de lo conocido en áreas vecinas. En efecto, el vacío de referencias de esta etapa destaca de forma evidente si se compara con lo que se conoce de los poblados de tipo Soto distribuidos en la cuenca del Duero o la cultura orientalizante extremeña del valle medio del Guadiana. En consecuencia, no debe sorprendernos que la aproximación al Hierro I en la región se caracterice más por los grandes interrogantes que aún nos plantea que por las certidumbres que hasta el momento presente hayamos logrado alcanzar.

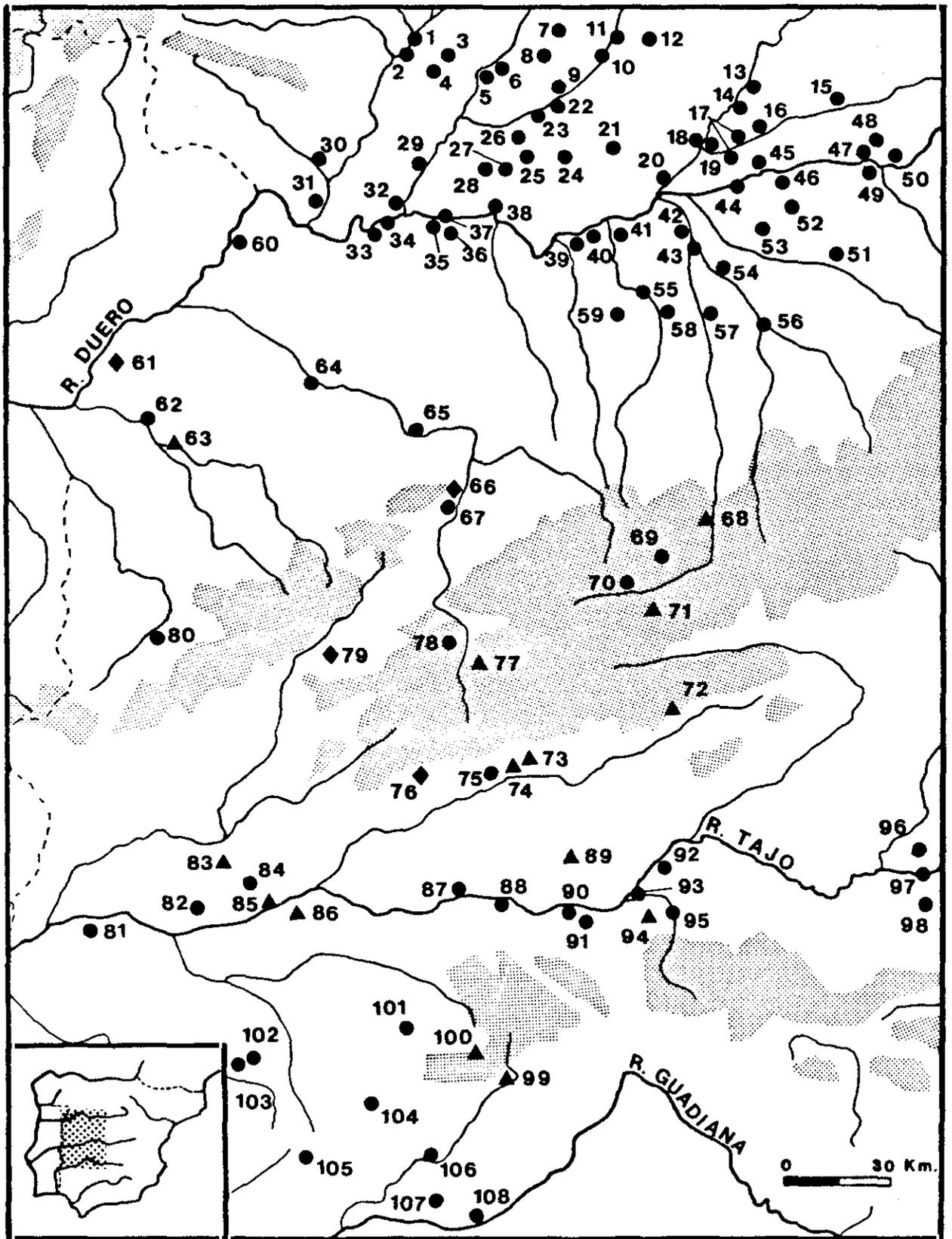
2.1. Los yacimientos. Problemas inherentes al registro arqueológico.

En el caso de los yacimientos vinculados al fenómeno Soto, tenemos un vacío muy significativo en las tierras que median al norte de los valles del Tormes y Amblés y su prolongación hasta el Duero; lo cual, aunque refleje la ausencia de prospecciones en la zona, dibuja un espacio fronterizo muy nítido que se mantiene prácticamente invariable hasta la conquista romana (Alvarez-Sanchís, e.p.*).

En el suroeste de Zamora se han obtenido muy pocos hallazgos relacionados con esta etapa, sobre todo en tierras del Sayago. Respecto a ésta, Gómez Moreno dice que adolece de miseria y aislamiento (1927: 25). Algunos fragmentos del castro romanizado de Fariza, cuya muralla en talud se ha vinculado con el ámbito salmantino de Cogotas II, parecen corresponder al mundo del Soto (Esparza 1990b: 117 nota 90)⁵¹.

Se conocen en territorio salmantino varios yacimientos asimilables a esta facies. El poblado del Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores

⁵¹ A muy poca distancia se localiza la estación de los Castrilluzos, yacimiento estacional cuyos materiales se vinculan a Cogotas I (López y Santos 1985: 255 ss.; Esparza 1990b: 121).



● POBLADO ▲ HALLAZGO AISLADO ◆ INDETERMINADO ■ Más de 1000 m.

Fig. 11. Grupos de la Primera Edad del Hierro y de transición Bronce-Hierro en el Oeste de la Meseta.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

(Martín Valls 1986-87: 62-67) y junto al castro del mismo nombre deparó, entre otros, cerámicas con decoración a peine y de tipo Soto, varias agujas de bronce y fibulas, tanto de doble resorte y puente filiforme como de pie vuelto. La novedad del cerro de San Pelayo, además de las dataciones calibradas que lo sitúan en el Bronce Final y tal vez paralelo a las últimas perduraciones de Cogotas I en el sector, lo constituye el cuenco pintado en rojo y con decoración geométrica hallado en el nivel VI (Benet 1990: 84-85). Por otro lado, Ledesma y el Cerro de San Vicente, en la capital, han sido objeto de excavaciones arqueológicas que han permitido documentar una secuencia de la primera Edad del Hierro a partir del s. VII a.C hasta enlazar con el Hierro Pleno (Benet *et alii* 1991: 119 ss. y 135; Martín Valls *et alii* 1991: 139-140, 149-151). Los materiales en cuestión son muy numerosos, destacando las cerámicas a mano, un magnífico lote de cerámicas pintadas, las fibulas de doble resorte y las características viviendas de planta circular y fábrica de adobe.

Situados sobre emplazamientos que controlan el curso del río Tormes, Ledesma y el Cerro de San Vicente constituyen por el momento las estaciones más típicas en la dispersión meridional de esta facies, en la zona de contacto entre la campiña agrícola del Duero y el zócalo de la penillanura, de vocación ganadera (Benet *et alii* 1991: 133; Martín Valls *et alii* 1991: 149-151). Al sur, en la orla montañosa del Sistema Central y estribaciones, se aprecian ocupaciones que vienen a introducir una distinta orientación económica y un patrón diferente de asentamiento, más difuminado en sus características culturales. La dispersión aparece asociada a un paisaje granítico de pastizales y encinares donde el hábitat responde a un tipo de emplazamiento muy condicionado por la topografía local. El horizonte Soto de Medinilla en su expresión más típica parece no haber arraigado con la misma intensidad en este sector (Delibes 1995a: 84; Sacristán de Lama *et alii* 1995: 357-358) y ha sido precisamente la carencia de un horizonte cultural definido, la base que ha contribuido a dotar de una evidente personalidad a esta zona (González-Tablas 1986-87; Martín Valls 1986-87: 60; Álvarez-Sanchís, e.p.*).

La estratigrafía del castro de Sanchorreja sigue siendo emblemática en la secuencia cultural de este ámbito de la Meseta. Parece evidente que el nivel V del yacimiento, caracterizado por las típicas cerámicas de Cogotas I asociadas a

especies pintadas, cerámica con incrustaciones de bronce y dos pequeños cuchillos de hierro, podría considerarse un nexo de unión entre el Bronce Final y la nueva etapa, fechable en algún momento entre el 850 y el 700 a.C.. En los estratos superiores o Sanchorreja II se documentan las cerámicas pintadas bícromas y la técnica a peine, que según González-Tablas (1986-87: 55-57) se iniciaría a partir del 650 a.C. y paralelo al Soto II. A esta cronología básica de la Primera Edad del Hierro - siglos VII-V a.C. - corresponderían asimismo otros hallazgos como los calderos con remaches de tipología atlántica, recipientes rituales, broches de cinturón de un garfio y varias fíbulas de doble resorte (González-Tablas 1990: 12-28; González-Tablas et alii 1991-92).

La atribución estratigráfica que plantea el famoso depósito de bronce orientalizantes constituye un caso más complejo. En la vivienda Sa-1 se descubrieron dos ajorcas con colgantes amorcillados, un broche de cinturón de un garfio con escotaduras laterales, un fragmento de una placa rectangular calada con la representación de un grifo sobre una palmeta y restos de la hembra en forma de parrilla, y otras chapas amorfas, algunas interpretadas como posibles recipientes o calderos. De su estudio tipológico se deduce una cronología del s. VI a.C. (Maluquer 1958a: 73-88); sin embargo su posición estratigráfica corresponde a la parte alta del nivel del Bronce Final. La interpretación a primera vista resulta complicada pero sería lógico pensar que, tratándose de un escondrijo o depósito, las piezas hubieran sido enterradas con posterioridad, lo cual estaría en consonancia con la atribución cultural y cronológica de los niveles del Hierro (Martín Valls 1986-87: 62; González-Tablas 1990: 59)⁵².

En el poblado abulense de las Paredejas (Medinilla), a los pies del cerro del Berrueco, se localizó un conjunto relativamente uniforme de cerámicas a peine y a torno, fíbulas de doble resorte con puente filiforme, botones radiales de braserillos metálicos similares a los de Sanchorreja, colgantes amorcillados, pequeños cuchillos afalcatados de hierro, cuentas de pasta vítrea y fragmentos de ungüentarios policromos (Fabián 1986-87: 279-286). Estos materiales no proceden de excavaciones sistemáticas, pero los datos tipológicos que proporcionan son firmes y permiten datar el yacimiento a partir del siglo VII a.C hasta conectar con

⁵² Probablemente lo que debió suceder es que en la ocultación del depósito se rompió el suelo original de la vivienda, hasta conectar con los estratos inferiores del Bronce.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

el Hierro Pleno, que también estaría representado en el inmediato asentamiento de Los Tejares. Algunos materiales, como los famosos bronce votivos (Almagro-Gorbea 1977: 255), proceden del área del Berrueco sin mayor especificación toponímica, por lo que no hay que descartar, sino todo lo contrario, una ocupación del Hierro I en lo alto del cerro, donde excisión y boquique pudieron prolongar su existencia hasta el siglo VIII a.C, máxime si se valora positivamente el lote de hierros del nivel inferior de la choza Be2 (Maluquer 1958b: 48, fig. 8).

Algunos sondeos y prospecciones sistemáticas en la región, como las efectuadas en Las Zorreras (Muñana) y El Castillo, en Herguijuela de Ciudad Rodrigo, nos llevarían a valorar nuevos hallazgos vinculados al Soto (Fabián 1993: 288; Martín Benito y Martín Benito 1994: 118-120). Del citado en segundo lugar se obtuvo un fragmento posiblemente pintado en rojo con decoración geométrica, además de un conjunto de piezas incisas y otras con digitaciones y unguilaciones impresas en los bordes. Citas más confusas del Inventario Arqueológico de Salamanca podrían sugerir la existencia de estaciones análogas en El Torrejón (Alba de Tormes) y El Castañar (Colmenar de Montemayor).

Al sur de Gredos, los vestigios con que contamos son también pocos, deudores en su mayoría de la cultura orientalizante. Este período cobra cada día más importancia pues su conocimiento es necesario tanto para establecer una secuencia que se pueda relacionar con los castros extremeños de la Edad del Hierro, de cronología todavía imprecisa, como para llegar a tener una visión general de los Vettones más meridionales y de su substrato orientalizante, en un espacio cuyo carácter fronterizo ha sido repetidamente señalado (Rodríguez Díaz 1994 y 1995; Alvarez-Sanchís e.p.*). La base documental se encuentra en la conocida serie de objetos hallados fuera de contexto pero de extraordinaria significación. Las placas áureas del tesoro de Pajares (Villanueva de la Vera), los bronce de Las Fraguas en Arroyo Manzanas (Las Herencias), la rica tumba de El Carpio (Belvís de la Jara) o las fíbulas anulares del supuesto enterramiento de Azután (González Cordero *et alij* 1993; Celestino 1995: 74 y fig. 7; Fernández-Miranda y Pereira 1992: 63 ss.) constituyen los hallazgos más elocuentes, asociados casi todos ellos a cerámicas pintadas y en un contexto cronológico uniforme a lo largo del siglo VII a.C., y tal vez de mediados del VI a.C..

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

De otra parte, recientes prospecciones efectuadas a partir del Tajo han venido a enriquecer en un sentido amplio el poblamiento de la primera Edad del Hierro (Martín Bravo 1996: 118 ss.). Este sería el caso de los castros de La Silleta (Cañaveralejo), La Porra (Mirabel), La Muralla (Valdehúncar) y, sobre todo, Talavera la Vieja (Martín Bravo 1996: 158-162⁵³; Jiménez Avila y González-Cordero, e.p. *), solar de la Augustobriga vettona citada en las fuentes y el cerro "Cogolludo" (Navalvillar de Pela), en la orilla derecha del Guadiana e identificado, no sin controversia (Canto 1989: 183 ss. y 1995: 160; Aguilar y Guichard 1995: 28-39), con la ciudad vettona de Lacimurga⁵⁴. Ambas han permitido constatar la importancia de las cerámicas grises, pintadas y otros restos arqueológicos al menos desde finales del s. VII a.C. o inicios del VI a.C. hasta la romanización, siendo un testimonio más de la intensa vinculación de estos grupos periféricos con el mediodía peninsular. Una situación análoga podría darse en Serradilla, Berzocana o Madrigalejo, aunque las referencias son más imprecisas, además de otros hallazgos aislados que han revelado restos de epigrafía tartésica - Almorquí (Madroñera), Cañamero, Monfragüe (Torrejón el Rubio) - al norte del Guadiana y en la cuenca del Tajo (Celestino et alii 1993: 315-317).

Este es, a grandes rasgos, el panorama que ofrece el sector suroccidental de la Meseta. Sólo Sanchorreja y el área del Berrueco, junto a los yacimientos del Tormes/Huebra, constituyen por ahora los emplazamientos más significativos para la valoración cronológica y cultural del sector abulense-salmantino durante la primera Edad del Hierro, algo que, sin duda, merecerá revisiones futuras. Cabría por tanto plantear a qué se debe el escaso número de yacimientos detectado en este momento frente a las comunidades del Bronce Pleno-Final; la muestra apenas alcanza una cuarentena de sitios entre poblados y hallazgos aislados, por lo que la relación es prácticamente de 2 a 1. Abordaremos en este apartado algunos problemas inherentes al registro arqueológico.

..... (a) El vacío de referencias debe relacionarse en primer lugar con el nivel de

⁵³ Haría referencia, en particular, al hallazgo de urnas y platos grises de tradición tartésica, algunas tipo Cruz del Negro, con buenos paralelos en Medellín.

⁵⁴ Del mismo término o en las proximidades, aunque en este caso descontextualizados, proceden diversos depósitos del Bronce Final (Celestino et alii 1992: 312-313), por lo que no sería del todo descartable una ocupación desde ese momento.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

investigación. Faltan por un lado excavaciones en los castros del occidente salmantino (Santonja 1991: 26). No sería arriesgado pensar que algunos tuvieran su raíz en el Hierro I o incluso en la Edad del Bronce, pero en general los testimonios más antiguos y de cierta entidad no suelen remontarse más allá de inicios de la segunda Edad del Hierro (Martín Valls 1971b: 137-138 y 1973a: 94-95). También falta un estudio en profundidad del poblamiento en las estribaciones meridionales de Gredos, máxime en algunas áreas como los valles del Alberche y Tiétar, tradicionalmente abandonadas en el plano arqueológico. En las tierras al sur del Tajo la situación es relativamente precaria, aunque en los sectores más occidentales difiere sustancialmente de la conocida con anterioridad gracias a recientes trabajos de prospección y arqueología espacial (Martín Bravo 1994 y 1996). Sólo Medellín y Cancho Roano ofrecen un punto de referencia cercano desde el punto de vista estratigráfico (Almagro-Gorbea 1977: 415-481; Almagro-Gorbea y Martín 1994; Maluquer *et alii* 1986; Celestino y Jiménez 1993), pero se trata de ocupaciones orientalizantes vinculadas a la más inmediata periferia tartésica, a partir ya del Guadiana.

(b) Conviene recordar que una gran parte de los hábitats Cogotas I que se diseminaron a lo largo del territorio ostentaban ocupaciones poco prolongadas y estacionales, por lo que resulta a todas luces improbable asumir la contemporaneidad de todos los asentamientos reflejados en el mapa. Los poblados de la nueva etapa tienen mayor entidad que los del Bronce, pero a cambio son menos numerosos; hasta cierto punto ello reflejaría la existencia de un poblamiento mucho más selectivo y nuclearizado. Desde este punto de vista la sensación de vacío entre Cogotas I y la plenitud del Hierro quedaría relativamente atenuada.

(c) Carecemos de datos paleoambientales para tratar sobre posibles fenómenos de deterioro de los suelos, pero la disminución del número de yacimientos también podría relacionarse con las prácticas de pastoreo extensivo y de tala y roza, que habrían provocado su agotamiento, máxime en terrenos poco propicios para las labores agrícolas. Este desequilibrio entre población y recursos desde las postrimerías del Bronce Final e inicios del Hierro también podría relacionarse con las nuevas condiciones climáticas, acantonándose la población allí donde existía suficiente pluviosidad para permitir el aprovechamiento agropecuario del territorio. No es casualidad que los yacimientos que sobreviven a la nueva

etapa se distribuyan preferentemente en las estribaciones de las sierras que circundan los valles.

(d) En otros yacimientos, a la ocupación del Bronce Final sucede con posterioridad el Hierro II. Si hubiéramos de atenernos a estos elementos seguramente mantendríamos para los mismos la etiqueta de hiatus hasta el momento de los castros vettones. Sólo la presencia de algunos vestigios justificarían la referencia al Hierro I, dado que en algunos casos parece seguro que no estamos ante restos circunstanciales.

Un caso paradigmático sería el del castro de las Cogotas, donde tras una efímera y poco importante ocupación de la colina en el Bronce Final, fechable en algún momento entre el 1200 y el 800 a.C. el lugar parece abandonarse unas centurias hasta la plena Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Interesa señalar sin embargo un conjunto de vasos y cuencos que presentan la particularidad de estar decorados mediante aplicaciones o botones de cobre en la superficie exterior del cuerpo, en ocasiones acompañados con decoración sencilla a peine que sigue un diseño quebrado o en zig-zag (Cabré 1930: 53-56, láms. XXXVIII-XLII). El primer sistema decorativo es frecuente en recipientes del Bronce Final/Hierro del Mediodía Peninsular, con claros paralelos en Andalucía y Extremadura - Cerro de la Encina, Setefilla, Medellín - y en contextos de la novena y octava centurias a.C. (Arribas *et alii* 1974: 141 y 148; Aubet 1975: 139 y 153; Almagro-Gorbea 1977: 104). También se ha documentado un ejemplar en el enterramiento del Carpio, datándose el conjunto en la segunda mitad del s. VII a.C. (Pereira 1989: Fig. 3, nº 5) y otro en el nivel V de Sanchorreja, que puede llevarse a inicios del Hierro (González-Tablas 1986-87: 51).

Sugiere Martín Valls (1986-87: 62-64) la posibilidad de que algunos de estos vasos de Las Cogotas fuesen sincrónicos a las cerámicas a peine más antiguas, apoyando una fecha entrada en el siglo VI a.C.. Sin descartar que alguno sea más tardío - una de las piezas está torneada - otros sí podrían remitirnos a esta fase inicial de la Edad del Hierro en el castro, en particular el cuenco y la copa decorada con motivos de peces, hallados conjuntamente en la casa nº. 3 (Cabré 1930: láms. XL y XLI-2). La pieza con decoración zoomorfa y botones de cobre tiene su mejor paralelo en uno de los vasos de la tumba 65 del Raso de Candeleda, decorado con

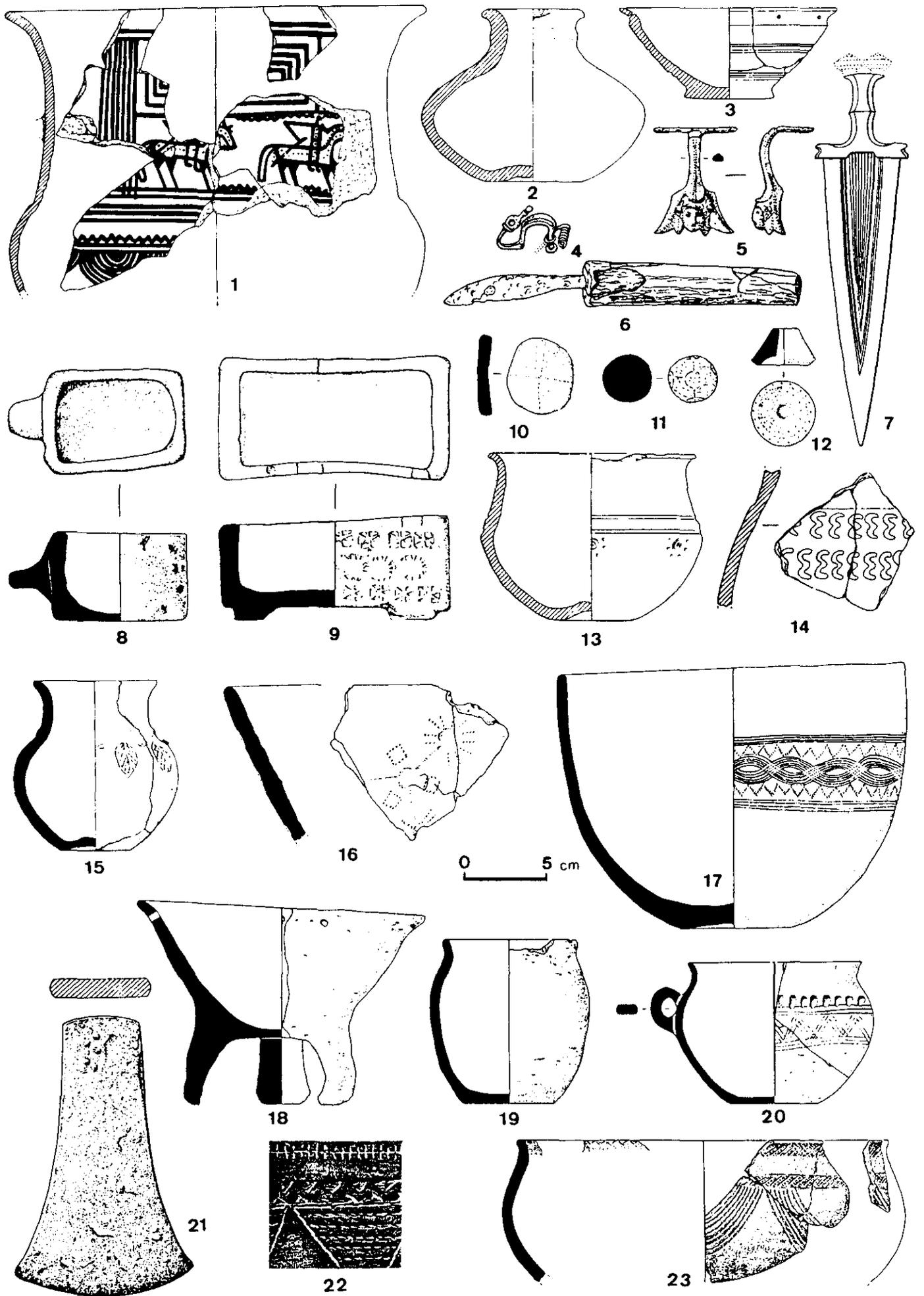


Fig. 12. Materiales del Bronce Final y la Edad del Hierro de Las Cogotas.

un pez inciso vertical; el enterramiento es de los más antiguos de la necrópolis y su excavador lo lleva a la 2ª mitad del s. V a.C (Fernández Gómez 1986: 873 y fig. 293) dándose además la circunstancia de que los fragmentos de la vasija en cuestión proceden del relleno de la tumba, luego podrían llevarse a una data algo más alta.

Parece probable que la excavación de Cabré afectó, sin reconocerlo, a niveles más antiguos de algunas casas de la segunda Edad del Hierro, máxime además si tenemos en cuenta que las cerámicas de la plenitud de Cogotas I halladas en el poblado aparecían también mezcladas con materiales más modernos (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 214). Adquiere así todo su sentido el hallazgo, también en la misma vivienda de Las Cogotas, de uno de los pies de bronce de un posible trípode o mueble en forma de garra de animal y una asa, ésta de localización imprecisa pero dentro del castro, cuyo extremo reproduce una cabeza de rostro femenino (Cabré 1930: 92: lám. LXIX y LXX; Kurtz 1980), análoga al fragmento de cabecita hathórica descubierta en Sanchorreja (González-Tablas 1990: 15, 23, fig. 5) y que encaja bien con los recipientes orientalizantes de los siglos VII al V a.C, como ocurre con el ejemplar decorado de la necrópolis de La Joya (Garrido 1970: láms. XVII-XVII)⁵⁵. La cabeza con peinado hathórico es un elemento iconográfico bien conocido en el Mediterráneo y dentro del orientalismo peninsular, que vemos igualmente asociada a los bronce de El Berrueco (Almagro-Gorbea 1977: 254).

Estas fechas también pueden ser válidas para algunos materiales del Raso de Candeleda. Son por una parte objetos de importación, sobre todo la figurita de bronce etrusca, el ungüentario de vidrio policromo - que debió perdurar un tiempo hasta ser depositado, ya roto, en una de las tumbas - o alguna cuenta de collar, y por otra diversos productos indígenas como el broche de cinturón de un garfio o los colgantes amorcillados (Fernández Gómez 1972, 1986: 479-480, 822-827 y 1995: 152-153, 188-189). Tampoco descartaría relacionar esta etapa con el inmediato yacimiento de "El Castañar", poblado que se ha vinculado cronológicamente a la necrópolis de incineración abulense del Hierro II, pero donde

⁵⁵ El asa de Las Cogotas debió formar parte de algún tipo de recipiente orientalizante o jarro, que Cabré (1930: 92) interpreta en forma de oinochoe. Por otro lado, dos discos de bronce con perforaciones y decoración incisa también procedentes del castro (1930: 92, lám. LXX), podrían interpretarse como apliques que se relacionan con los conocidos braserillos o recipientes rituales metálicos.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

también resulta significativa la presencia de piedras de molino barquiformes y abundante cerámica a mano con decoración peinada (Fernández-Gómez y López 1990: 96-99; Fernández Gómez 1995: 154-155), que podrían elevar la datación antigua del sitio a fines del s. VI o inicios del s. V a.C..

Resta finalmente por saber la adscripción cronológica de los recipientes metálicos o aguamaniles de bronce hallados en el castro de Yecla y en el término de Gavilanes (Blázquez 1975a: 109, nota 1; Fernández-Gómez 1995: 164), de donde procede también alguna joya de oro, y que podríamos relacionar con el vecino castro de La Pinosa. A la vista de los datos no se puede descartar una ocupación puntual durante el Hierro I en estos emplazamientos. *Desafortunadamente la documentación es muy imprecisa, se trata por lo general de colecciones privadas y desconocemos la tipología de las piezas.* El encuadre temporal de estos objetos es relativamente amplio (Cuadrado 1966; De Prada 1986), pudiéndose tratar desde importaciones o imitaciones del área tartésica hasta producciones locales y seguramente más tardías, ya del Hierro Pleno. En Yecla se constata además cerámica a peine antigua, testimonio que podría llevar a fechas más altas el yacimiento o como mínimo de transición al Hierro II (Martín Valls 1973a: 91, 94, fig. 9), emparentando de este modo con Sanchorreja y el Picón de la Mora. De Solosancho/Ulaca se conocen por otro lado colgantes amorcillados que podrían llevarse a este momento (Moliner 1958: 50, nota 36), aunque hay que reconocer que la cronología de estas piezas sigue siendo muy flexible (González-Tablas 1990: 21)⁵⁶.

La cuestión es determinar el significado de tales restos en el interior de los yacimientos. Ciertamente podrían responder a huellas de antiguas ocupaciones; pero también podría ocurrir que se tratara de objetos reutilizados o incluso resultantes de pérdidas casuales producidas en zonas que por sus características ejercieron cierto atractivo a las pequeñas comunidades de la primera Edad del Hierro. Por otro lado, la explotación agropecuaria y la actividad urbanística de la Prehistoria tardía aparejó de hecho la remoción de estructuras y otras evidencias de ocupación, apenas unos siglos después de su erección, por lo que no se puede

⁵⁶ El Inventario Arqueológico de Salamanca se refiere por otro lado a una posible asa de brasero, algunas cuentas de pasta vítrea y abundantes cerámicas a mano procedentes del Teso del Dinero, en Cerezal de Peñahorcada, que también podríamos añadir al conjunto. Sin embargo la imprecisión en la descripción de los hallazgos hace difícil su adscripción cultural y exige comprobaciones futuras.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

descartar que el desarrollo de los oppida vettones haya influido decisivamente en la destrucción de vestigios del Bronce Final y de la primera Edad del Hierro. De ahí que la distribución que se observa en el mapa del Hierro I pueda ser, hasta cierto punto, incompleta.

Asumiendo, por tanto, la exigua documentación en la zona, hay que pensar no obstante que en la primera Edad del Hierro existió un poblamiento indígena, que aunque tampoco debió ser importante, si parece reconocerse en el registro arqueológico.

Una parte de estos yacimientos no responde al modelo habitual de asentamiento de tipo Soto, pero la mayoría manifiesta por lo general pautas muy sostenidas en cuanto a su ubicación estratégica y en sitios muy significados del paisaje (Fig. *). Cerca del 67% se ubica en cerro, un porcentaje similar se desprende para los que se asocian a terrenos de pasto y más de un tercio de los hábitats (37%) viene a coincidir con los viejos castros del Bronce Final. La impresión que se obtiene sólo en las tierras de Avila y Salamanca es aún más significativa, con un 75% de los poblados en alto y un 62% ocupado desde Cogotas I, por lo que parece factible considerar una cierta diferenciación a la altura del Tajo y las estribaciones meridionales de Gredos.

Los poblados no cuentan siempre con muralla pero lo que si se observa es que la mayoría busca emplazamientos defensivos. La relación de algunos con el Bronce Final es innegable y el reaprovechamiento de estructuras antiguas debió ser común en unos casos, como pudo ocurrir con el Berrueco. El nuevo lienzo de Sanchorreja, que González-Tablas (1986-87: 52 y 1990: 73) fecha de forma un tanto imprecisa en la sexta centuria a.C., seguiría en parte el trazado de la muralla del Bronce Final (González-Tablas et alij 1986: 122). Más que como elemento estrictamente defensivo, apenas necesario por las dificultades de acceso, debió de servir para encerrar e identificar un espacio habitado y controlado por la aristocracia local, y separarlo de este modo del exterior. Entre las principales novedades debe reseñarse la muralla de El Castillo, en Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119). La destacada topografía del yacimiento salmantino y las características de sus defensas, de aparejo sencillo y sin cara vista, son argumentos que podrían paralelizarlo con los castros más

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

antiguos del sector.

Tras estas evidencias subyacen dos importantes problemas. En primer lugar la propia condición de los materiales arqueológicos. Por su estilo, algunas cerámicas recuerdan notablemente otras del Soto de Medinilla, pero también resulta llamativa la abundancia de objetos suntuarios de raíz orientalizante en nuestro sector. En segundo lugar queda pendiente la interpretación del poblamiento en el marco general de la Primera Edad del Hierro. En la nueva lectura de los datos sorprende, con todo, el fuerte contraste que representa el elevado índice de ocupación del centro y norte del Duero, frente a los territorios suroccidentales de la cuenca. Estas diferencias requieren evidentemente una explicación, sin duda compleja, por cuanto en ella han de conjugarse no sólo los aspectos demográficos, sino también sociales y económicos. Abordemos ambas cuestiones.

2.2. La arquitectura doméstica. La existencia de una arquitectura de adobe y de viviendas de planta circular, han sido argumentos de carácter estructural favorablemente esgrimidos a la hora de identificar un poblado con la facies Soto (Romero 1992) y, por las mismas razones, su ausencia para negarle tal carácter. Las excavaciones de Salamanca y Ledesma han supuesto un importante empuje en la investigación del Hierro I al haberse comprobado el empleo de la planta circular. El dato no sólo es novedoso para las ciudades en cuestión, sino también por ser los puntos más meridionales en la dispersión de esta arquitectura de adobe conocida. En Ledesma (Benet *et alii* 1991) se han localizado tres cabañas superpuestas, con pinturas murales y bancos corridos. La concepción formal de las viviendas y el bagaje material hallado es uniforme, por lo que no plantea graves problemas de interpretación. Parecen evidenciar una ocupación continuada y quizá no excesivamente prolongada en la séptima centuria a.C.. En el cerro de San Vicente, donde también se han hallado materiales de tipo Soto (Martín Valls *et alii* 1991: 149 ss., fig. 2), los datos son más escasos. Todo apunta al hallazgo de una cabaña circular de adobes con vestíbulo pavimentado a la entrada, en un estrato reciente de la secuencia y con cerámicas pintadas y peinadas asociadas, que se ha datado a finales del s. VII a.C o comienzos del VI a.C. (Benet *et alii* 1991: 133-135).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

En términos cronológicos las viviendas circulares podrían caracterizar una primera etapa en los diferentes grupos castreños conocidos, hasta ser progresivamente sustituidas por las rectangulares (Almagro-Gorbea 1994a: 23)⁵⁷. Sorprende sin embargo el contraste entre las plantas redondas de los yacimientos salmantinos de tipo Soto frente a la arquitectura de piedra y planta rectangular o cuadrada de Sanchorreja (Maluquer 1958a: 28-32), tan próximas en el espacio y en el tiempo. Apenas se conocen en esta zona otros restos de viviendas que no sean las documentadas en el Hierro Pleno, si se exceptúan las estructuras de Arroyo Manzanas (Las Herencias), en uno de cuyos sectores se aprecian muros de piedra rectos - quizá un mero empedrado pues la descripción es muy imprecisa (Moreno 1990: 279, 291, foto 1) - lo que llevaría a considerar una relación de semejanza con las poblaciones serranas⁵⁸. Los castros que se levantan entre el Tiétar y la sierra de Gredos ofrecen a menudo estructuras pétreas cuadradas y poligonales pero los materiales arqueológicos no son nada elocuentes (Fernández Gómez 1995: 163-164). Desde luego el uso mayoritario de la piedra o el adobe debe estar en función de la geología local; con dicho criterio Esparza (1990b: 104) hablaba de petrificación al tratar el núcleo zamorano, aunque fuese a nivel de los cimientos⁵⁹. Eso mismo sucede todavía en las construcciones rurales de la región montañosa abulense-salmantina, donde el granito sigue siendo el elemento básico. Hay no obstante algunas excepciones. Este sería el caso del empleo - no exclusivo - de adobe en Ledesma, asentada sobre un canchal granítico (Benet *et alii* 1991: 133-134), cuya trascendencia sin duda se ha sobredimensionado.

Respecto al uso generalizado de una u otra planta podrían aducirse los influjos que desde el Mediodía peninsular o el Valle del Ebro han incidido en la configuración inicial del urbanismo doméstico (Palol y Wattenberg 1974: 33-34; Martín Valls y Delibes 1978a: 228-229; Romero 1992: 207), pero dichos estímulos

⁵⁷ Como confirmaría, por ejemplo, la vivienda rectangular exhumada en Salmantica, en un contexto del Hierro pleno (Martín Valls *et alii* 1991: 155-156), frente a la cabaña circular del cerro de San Vicente ya citada.

⁵⁸ Más clarificadoras resultan las habitaciones de planta rectangular excavadas en el sector III del mismo yacimiento (Moreno 1990: 279, figs. 3-4), pero tal vez correspondan a un momento más avanzado de la Edad del Hierro.

⁵⁹ Tampoco descarta el mismo autor (1990b: 104) variaciones de índole cronológica, al señalar la posibilidad de que el uso exclusivo del adobe, en sustitución de la piedra, fuera resultado de los avances técnicos. No obstante, habrá que deslindar bien el papel jugado por las características locales y los materiales empleados, dado que las respuestas no son idénticas en todas las zonas (Romero 1992: 208-209). En Cuéllar, por ejemplo, a las casas de planta rectangular con adobes del poblado II suceden, a partir del tercero, viviendas con cimientos de sillarejo (Barrio 1993: 184, 196).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

no explican por sí solos la diferente gama de posibilidades que éstas ofrecen. Así lo evidencia el emplazamiento de viviendas cuadrangulares en tierras sedimentarias típicas del horizonte Soto, como La Mota o Cuéllar (García y Urteaga 1985: 128-130, figs. 41-42; Barrio 1993: 184-185, fig. 6).

Cabría valorar una interpretación más funcional, relacionada en cierto sentido con las actividades agropecuarias que predominan en cada sector, en el contexto de una organización social indígena más compleja. Por ejemplo no hay que descartar una diferente organización del espacio interno, como se ha puesto de manifiesto para las viviendas del Medio y Alto Ebro (Ruiz Zapatero *et alii* 1986). Las viviendas circulares del grupo Soto, que salvo alguna excepción no están compartimentadas⁶⁰, destinan ciertas actividades artesanales o de almacenamiento a otras construcciones distintas y anejas (Romero 1992: 204-211). Por el contrario en Sanchorreja no se han localizado estructuras más pequeñas o de diferente morfología; podría presumirse que la función de despensa y otras actividades se organizaba entonces en el interior de la vivienda familiar. Esta idea se vería refrendada con los datos de los poblados superpuestos de Cuéllar, que ofrecen una trama arquitectónica cuadrangular relativamente compleja (Barrio 1993: 184, 196-197). El poblado II, fechado en la sexta e inicios de la quinta centuria, ofrece dos viviendas adosadas y a su vez compartimentadas por medio de tabiques de adobe. El siguiente, de transición al segundo Hierro, enriquece el esquema incorporando algún espacio porticado y áreas de actividades o usos diferenciados, como silos y hornos de pan. Los datos exhumados en La Mota, menos precisos si se quiere, confirman nuevamente la existencia de muros que delimitan habitáculos interiores (García y Urteaga 1985: 129, 135; Seco y Treceño 1993: 139).

De esta serie de evidencias podría desprenderse que las estructuras cuadrangulares en tierras al sur del Duero eran más frecuentes, aunque no exclusivas. También es verdad que los datos son insuficientes y se corre el riesgo de hacer más teoría general de la que en realidad puede hacerse. Pero del mismo modo hay que pensar que la caracterización de la planta es consustancial con un

⁶⁰ En concreto la vivienda salmantina de la fase III de Ledesma (Benet *et alii* 1991: 122, fig. 2), que conserva en su interior un pequeño muro y delimita un espacio no apto para la habitación. Significativamente, el muro divisorio aparece levantado con bloques de granito, frente al empleo mayoritario del adobe en el resto de la construcción.

determinado concepto del espacio doméstico y de la organización socio-económica del poblado.

2.3. La cerámica. Por lo que a la cerámica se refiere, el catálogo de formas y decoraciones presentes en los yacimientos son los habituales en el horizonte Soto II. Así lo atestiguan los típicos recipientes de pies realizados con molduras, los vasos con decoraciones incisas a base de triángulos rayados o las características digitaciones y unguilaciones impresas sobre el borde o bajo él (Martín Valls 1986-87: 60-65; Benet *et alii* 1991: fig. 5; Martín Valls *et alii* 1991: 149-151, fig. 2). Los conjuntos se pueden paralelizar con ejemplares del valle del Ebro que se fechan en los siglos VII-VI a.C., pertenecientes a los Campos de Urnas de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 1995: 35), de la misma manera que se ha hecho con otros yacimientos del Duero (Romero 1980: 145 ss.). También ofrecen gran interés, en cuanto a sus paralelismos se refiere, los platos, fuentes o tapaderas de borde almendrado, que se han relacionado con influencias mediterráneas (Martín Valls y Delibes 1978a: 228-229). Tipológicamente, las formas de más amplia difusión son los cuencos, los perfiles carenados y en S y las vasijas globulares con cuello ligeramente vuelto (Armendáriz 1989: 90-91, 107-125; González-Tablas 1989 y 1990: figs. 12-15; Benet *et alii* 1991: 129). De todas formas no pueden excluirse perduraciones de formas cerámicas del Bronce Final hasta bien entrada la Edad del Hierro, como los vasitos carenados de superficie bruñida, que reclaman paralelos en el mediodía peninsular, los cuencos hemisféricos o las impresiones digito-unguladas.

La uniformidad arqueológica de este grupo parece diluirse conforme avanzamos hacia el sur. A partir de la línea del Tajo se enrarecen significativamente algunos hallazgos a favor de otros nuevos, como las cerámicas grises recientemente detectadas en Talavera la Vieja (Martín Bravo 1996: 158 ss.) o en el Cerro del Royo, junto al Puente del Arzobispo, aunque también es verdad que la información disponible en la zona es muy débil, la cerámica está insuficientemente descrita y necesita todavía de matizaciones importantes. La huella de una rica toréutica y orfebrería dejada por las élites sociales y religiosas son prácticamente los únicos datos de que se dispone para esta compleja zona (Celestino 1995: 67-68, 75 y e.p. *).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

2.3.1. La cerámica pintada. Entre las cerámicas decoradas merecen ser citadas las especies pintadas, cuya presencia se está generalizando en los yacimientos de la Meseta y de la Península Ibérica en general (Werner 1990). Hasta no hace mucho habían venido considerándose como un elemento significativo de procedencia ultrapirenaica (Maluquer 1957), valorándose su relación con varios yacimientos del valle del Ebro, en particular con el poblado PIIb de Cortes de Navarra (Maluquer 1954a: 114-117). Con posterioridad se ha llamado la atención sobre la raigambre meridional de éste y otros elementos. Estas cerámicas bícromas en rojo y amarillo se tipifican en el conjunto que Almagro-Gorbea (1977: 458-461) definiera en su día como "Meseta", inspirado a su vez en las cerámicas pintadas andaluzas, fijándose respectivamente sus cronologías en los siglos VII-V a.C. y VIII-VII a.C. A favor de esta hipótesis hablarían los hallazgos de Sanchorreja (Maluquer 1958a: 43-47), Ledesma, el cerro de San Vicente (Benet *et alii* 1991: 129, 134), El Berrueco/Las Paredejas (Fabián 1986-87: 281-283), La Mota (Seco y Treceño 1993: 156, fig. 14), El Castillo en Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119-120) y el espectacular lote de cuencos de la tumba de El Carpio, en Belvís de la Jara (Pereira 1989: figs. 1-2). También en este mismo contexto hay que considerar el tipo denominado "Medellín" - probablemente emparentado en algunos rasgos con el grupo andaluz - que además de la bicromía puede incorporar otros colores, asociándose a motivos figurativos orientalizantes además de geométricos (Almagro-Gorbea 1977: 454-461; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112 ss.).

Uno de los recipientes de la Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 228-229) se ha relacionado con el tipo citado - dato que también es extensivo para alguno de los ejemplares de Ledesma (Benet *et alii* 1991: 129-130, 134) - por lo que no hay que descartar cuencos inspirados en este particular estilo orientalizante de la séptima centuria a.C. en tierras del Duero, aunque su representación a partir de este río sea lógicamente más débil. Asimismo Barrio (1993: 190) ha llegado a sugerir cierta similitud, desde el punto de vista técnico, entre el tipo "Medellín" y uno de los vasos policromos de Cuéllar, ejemplar que no obstante denota unas características propias (y una cronología más reciente *).

En general, puede afirmarse que la mayor parte de los ejemplares decorados con pinturas geométricas en rojo y amarillo del suroeste de la Meseta, apuntan con

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

bastante claridad a los siglos VII-VI a.C. y sugieren la existencia de una red de estímulos culturales entre Andalucía y la Baja Extremadura con las tierras del interior. Con todo, se viene llamando la atención sobre la arribada de cerámicas pintadas a través de la vía de la Plata desde fechas bastante más antiguas, en concordancia con las cronologías calibradas que se conocen (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-83). La pieza de San Pelayo en Martinamor, en contextos iniciales de Soto I, se ha vinculado con las cerámicas monócromas de la ría de Huelva, en asociación con especies de retícula bruñida e incluso con estas últimas, que se datan en los siglos IX y VIII a.C. (Benet 1990: 89; Benet *et alii* 1991: 133-135).

En la revisión de la bibliografía relativa a estos conjuntos suele advertirse sin embargo una preocupación reiterada sobre el origen y filiación de estas cerámicas, cuya presencia o ausencia en los yacimientos de la Edad del Hierro ha condicionado la cronología e interpretación de éstos, y con las que, en general, parece estarse gestando un fósil-director como lo fueran las propias cerámicas decoradas de Cogotas I. Pero lo fragmentario de los hallazgos, su amplia difusión y la falta de homogeneidad dibuja un panorama mucho más complejo, cuyo foco de origen no parece ser precisamente unilineal. A falta de un estudio desde el punto de vista técnico, es difícil saber si alguno de los cuencos pintados pudo fabricarse fuera del territorio. Los paralelos no son exactos y es muy plausible que algunas piezas imiten motivos no locales, como ponen de manifiesto las cerámicas vinculadas al estilo orientalizante de Medellín. Sin embargo también hay que advertir la relevancia del substrato indígena y el papel jugado en la gestación del nuevo estilo. Algunos argumentos apoyan de forma convincente la importancia del substrato y la complejidad del proceso:

- técnicas y motivos no constituyen una aportación "ex novo". Cerámicas pintadas monócromas en rojo y desarrollando motivos geométricos se conocen en contextos del Bronce Final. Así lo avalan yacimientos Cogotas I como Sanchorreja (Maluquer 1958a: 39-40), Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980: 108) o Arenero de Soto (Martínez Navarrete y Méndez Madariaga 1983: 223), donde el gusto por lo barroco se pone de manifiesto en la presencia de incrustación en pasta roja además de la blanca que ya se había venido utilizando desde el campaniforme (Fernández-Posse 1986-87: 235). El carácter fuertemente local de las cerámicas pintadas también se ha señalado para las andaluzas, con

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

formas del Bronce Final y motivos de tipo geométrico local no orientalizante (Almagro-Gorbea 1977: 460).

- la pintura bícroma se advierte en formas de los Campos de Urnas (vasos troncocónicos y bitroncocónicos), además de otras de inspiración mediterránea (platos y recipientes de borde almendrado) y nuevamente de tradición del Bronce Final (cuencos carenados).

- la combinación en un mismo vaso de técnicas pictóricas y otras de indiscutible arraigo indígena, como las decoradas a peine, por ejemplo en La Mota y Cuéllar (Seco y Treceño 1993: 156; Barrio 1993: 189).

Este estilo geométrico se ha relacionado con la expansión de los motivos procedentes de las culturas pastoriles. Los nuevos patrones decorativos en las cerámicas que se difunden por el Mediterráneo reflejarían la llegada de telas decoradas de Centroeuropa (Sherrat 1993a), aunque también se ha sugerido la vía del comercio con Levante desde finales del segundo milenio a.C. (Ruiz-Gálvez 1995c: 149). Este proceso explicaría, en definitiva, el desarrollo de las cerámicas pintadas en la Península Ibérica e igualmente la decoración mural de las viviendas por lo menos desde los siglos X-IX a.C..

Por tanto, la posibilidad más lógica es la de ver en estas cerámicas la unión de influjos externos diversos, pero absorbidos por las comunidades indígenas y en las que se reflejan técnicas propias. Desde un punto de vista material podemos considerar a la mayoría como productos autóctonos aunque inspirados en modelos del mediodía peninsular, que habrá que relacionar con el horizonte precolonial. Probablemente este proceso arrancararía a finales de la Edad del Bronce con las pintadas monocromas del valle del Guadalquivir, Extremadura y las cerámicas de incrustación en rojo de Cogotas I. Las cerámicas pintadas del suroeste de la Meseta conocerían un nuevo y fuerte impulso a partir de inicios del Hierro, en el contexto del comercio protohistórico fenicio y tartésico de vajillas y telas suntuarias.

2.3.2. La cerámica a peine. Desde el punto de vista arqueológico Martín Valls señalaba (1986-87: 61 ss.), tratando de apreciar la personalidad de esta

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

zona, un horizonte antiguo, o "Cogotas IIa", que entroncaría con la facies Soto. Para ello tomaba en consideración una nueva especie cerámica caracterizada por sus decoraciones a peine, cuya cronología remontaba a mediados de la sexta centuria. La antigüedad de estas cerámicas en el grupo abulense-salmantino, según González-Tablas (1990: 70-74), vendría avalada por su constatación allí desde el 650 a.C. y constituirían un elemento característico de los niveles superiores de Sanchorreja, o "Sanchorreja II", al defender una cultura paralela a la de Soto de Medinilla en el SO de la Meseta. Sin embargo, una reciente y completa revisión sobre esta cerámica en el valle del Duero, llevó a Delibes y Romero (1992: 251 ss.) a confirmar su nacimiento en las comunidades del Hierro I y en contextos de la facies Soto. También es verdad que las especies a peine muestran una incidencia mucho más marcada en los territorios al sur de la cuenca, de donde proceden los conjuntos de piezas más representativos (Fig. *), definiendo en la plenitud del Hierro la llamada Cultura de Cogotas II.

Un aspecto que podemos destacar es la relación que se observa entre los vasos de Sanchorreja, el cerro de San Vicente, el poblado del Picón de la Mora, La Mota y Cuéllar, todos ellos en contextos bien datados de la primera Edad del Hierro y de transición al siguiente (González-Tablas 1989; Armendáriz 1989; Martín Valls 1986-87; Seco y Treceño 1993; Barrio 1993). Sus posibilidades formales no evitan la impresión de una cierta similaridad desde el punto de vista compositivo y un aspecto muy peculiar en su producción, que deriva esencialmente de cinco rasgos (Alvarez-Sanchis e.p. *):

- (1) la predilección por ejecutar motivos simples, bandas quebradas y onduladas en zig-zag, y series de sogueados preferentemente,
- (2) la decoración también actúa en el interior de las vasijas, estilo que nos remite a las cerámicas pintadas y de tradición del Bronce Final,
- (3) el tipo de peine empleado es casi siempre inciso, rasgo que a la postre será característico de Cogotas II,
- (4) Los esquemas decorativos, resueltos generalmente con una sola técnica y motivo, cubren amplios espacios,

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

(5) las formas son las típicas del horizonte Soto (vid. supra), sobre todo en cuencos, platos y vasos de tendencia carenada⁶¹.

Por tanto es posible advertir un estilo inicial, ca. 650/600-450/400 a.C., para este primer momento de las cerámicas a peine. Recientes intervenciones en otros yacimientos del Duero, caso de Roa, el castro del Viso en Bamba o Simancas (Sacristán de Lama 1986: 78-79; Esparza 1990b: 115; Quintana 1993: 82, fig. 12) avalan la presencia de este tipo y su evolución a lo largo de la secuencia estratigráfica en contextos Soto. Otro tanto pudo haber ocurrido con algunas de las cerámicas halladas en Yecla de Yeltes, Las Cogotas, El Castañar de Candeleda, Sieteiglesias, Gorrita, Ledesma, Las Paredejas o Villanueva de la Vera. La simplicidad de sus motivos recuerdan a los arriba citados e incluso en la mayoría contamos con galbos decorados a peine tanto al interior como al exterior de la pieza (Martín Valls 1973a: 94, fig. 9; Palol y Wattenberg 1974: 93-94, 195, figs. 16 y 68; Benet et alij 1991: fig. 5, nº 4)⁶². No obstante subsiste en la mayoría el problema de su encuadre cronológico, habida cuenta sus condiciones de hallazgo, ya sea por proceder de prospecciones o de niveles de revuelto⁶³.

La génesis de estas cerámicas se ha relacionado con las incisas de tipo Soto, aquellas que ostentan rayados muy finos, formando triángulos y en vasos de buena calidad (Martín Valls 1986-87: 65, fig. 1). Apreciación recientemente corroborada en La Mota, donde la cerámica a peine va apareciendo progresivamente en un proceso normal de evolución de las cerámicas de tipo Soto. Hacia el mundo de las cerámicas pintadas apuntan también algunos rasgos de estilo. Por ejemplo el hecho de que los vasos decorados a peine en su interior presenten una composición radial con motivos geométricos simples, como los platos y cuencos hemisféricos de Sanchorreja (Armendáriz 1989: 108-109, 124);

⁶¹ Por su riqueza formal merece destacarse el lote de Sanchorreja (González-Tablas 1989: 119-122), pero antes habrá que deslindar con nitidez el valor cuantitativo de los tipos documentados.

⁶² Las distintas necrópolis y el poblado localizado en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), donde se han realizado algunas intervenciones puntuales (González Cordero et alij 1990; Rodríguez Díaz y Enríquez 1992: 537 ss.; Celestino 1995: 81-82), han deparado abundante cerámica a peine. Entre estas destacan algunos platos con decoración interna en un contexto de los siglos V y IV a.C. (Sebastián Celestino, com. personal).

⁶³ La representación de esta cerámica en la submeseta sur es muy débil y seguramente importada; pero, por su estilo y cronología, podría también incluirse el conjunto funerario hallado en la necrópolis de Las Esperillas, en Santa Cruz de la Zarza (García Carrillo y Encinas 1990; Blasco y Barrio 1992: 292 y 301).

cuando la decoración es exterior, los temas ofrecen entonces una disposición metopada (González-Tablas 1989: 119, figs. 2 y 3). Es posible añadir dos consideraciones más. Por un lado, el dato de que algunas producciones vasculares ofrezcan la combinación de peine y pintura en un mismo recipiente, recordemos en este sentido algunos vasos de La Mota y Cuéllar a que ya hemos hecho alusión⁶⁴. La otra razón estriba en la analogía de algunos motivos, que podrían apuntar a idéntica dirección. Este proceso se observa perfectamente comparando las series de sogueados y cestería que decoran los vasos pintados de Ledesma (Benet *et alii* 1991: lám. VI), La Mota (Seco y Treceño 1993: fig. 14) o la Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 231, lám. 3), con las cerámicas de Cogotas II⁶⁵.

Los materiales, en definitiva, ilustran una simbiosis desde el punto de vista técnico e iconográfico entre las producciones incisas y las pintadas. Pero todos estos esquemas no son nuevos en la primera Edad del Hierro. Incluso sería factible que estas cerámicas entroncaran con la tradición compositiva del Bronce Pleno-Final. La decoración interior, el uso del cuenco como soporte más apreciado y que los motivos en zig-zags simples o en series paralelas ofrezcan mayor protagonismo, podría relacionarse con recipientes análogos de Cogotas I (Fernández-Posse 1986-87). Además, la dispersión de una parte de los asentamientos donde menudean estas cerámicas, coincide con los reductos donde tipos y técnicas del Bronce Final perduraron hasta imbricarse en la nueva etapa. El dato no puede concretarse más pues existe un lapso de tiempo, todavía impreciso, entre las últimas producciones de Cogotas I y el arranque del nuevo estilo. Desde este punto de vista, los vasos peinados podrían ubicarse a partir del s. VII a.C., paralelos al auge de las cerámicas bícromas y las incisas típicas del Soto, hasta su sustitución progresiva por el torno a finales de la Edad del Hierro.

2.4. La aportación orientalizante. La valoración del fenómeno

⁶⁴ Los platos decorados a peine coinciden en La Mota con la irrupción de las cerámicas a torno de tradición ibérica, habiéndose sugerido una relación desde el punto de vista formal, en un intento por parte de los grupos indígenas de emular los nuevos tipos (Seco y Treceño 1993: 160).

⁶⁵ Motivos análogos, por ejemplo las series de sogueados y zig-zags, aparecen también decorando los broches de un garfío y escotaduras laterales, como los recuperados en Sanchorreja (González-Tablas *et alii* 1991-92: 314, fig. 4, arriba y fig. 5, abajo).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

orientalizante en las tierras del interior ha ido creciendo estos últimos años hasta esbozar una situación lo suficientemente clara y a la vez compleja como para entender su impacto sobre las comunidades indígenas de estas regiones (Almagro-Gorbea 1977, 1991a y 1993a). Desde un punto de vista geográfico parece lógico pensar que la influencia del Mediodía peninsular fue evidente al sur de Gredos y con mayor incidencia en los territorios comprendidos entre el Tajo y el Guadiana, pero requiere de algunas matizaciones importantes ya que la presencia de objetos de similar categoría y funcionalidad es también evidente en los sectores serranos, contexto además avalado a partir de la existencia de importaciones de origen mediterráneo desde el Bronce Final.

Al alejarse del *hinterland* tartésico extremeño, la menor intensidad de los influjos en las regiones más alejadas explica que los elementos orientalizantes se limiten a algunas importaciones dirigidas a las élites. No obstante, parece claro que sólo objetos muy determinados por su utilidad y significado ideológico traspasaron la línea del Tajo, o bien se fabricaron imitando modelos externos. Un breve repaso a las principales aportaciones en esta zona se podría organizar en varias categorías.

2.4.1. Elementos asociados a la vestimenta, objetos de tocador y joyas. La generalización creciente de fibulas y broches indican cambios en el vestir, ya iniciados en la fase precolonial con las fibulas de codo, pero que tendieron a desarrollarse cada vez más conservando un estatus social elevado. Las fibulas de doble resorte se distribuyen en la mayoría de los castros de la región suroccidental, en contextos a partir del s. VII y VI a.C., cuyo uso probablemente se asociaba a tejidos de procedencia mediterránea. Algo semejante puede decirse para la fibula de pie levantado tipo "Bencarrón", los broches de cinturón de placa calada y también los de un garfio de Sanchorreja, El Raso o El Carpio (González-Tablas 1989: 125; González-Tablas *et alii* 1991-92: 311-316; Fernández Gómez y López 1990: 98; Pereira 1989: *). De entre todos estos objetos habría que destacar la hebilla de cinturón tartésica con representación de un grifo hallada en el primero y datada en la sexta centuria (Maluquer 1958a: 73-88) - cuya temática decorativa se ha relacionado con algunas placas y peines de marfil de Carmona y Acebuchal (Cabré 1944) - y el fragmento de otra sin decoración cuyos paralelos se han buscado en la necrópolis de Medellín (González-Tablas *et alii* 1991-92:

316). Por su probable procedencia orientalizante y su relación con las nuevas formas de vestimenta y exhibición, podrían citarse algunas cuentas de collar de vidrio polícromo halladas en Las Paredejas, el Raso y Sanchorreja (Fabián 1986-87: 283; Fernández Gómez 1986: 480; González-Tablas 1990: 14, fig. 3,Q) y un colgante en flor de loto oriundo de este último (*id.* 1990: 15 y 22).⁶⁶.

Entre los elementos de tocador de filiación mediterránea hay que resaltar el uso del perfume, tal vez de origen ritual, como evidencian los *aryballoi* de pasta vítrea hallados en Las Paredejas, El Raso y La Mota, y el alabastrón de cerámica de la tumba del Carpio (Fabián 1986-87: 283-285, fig. 5,2; Fernández Gómez 1972: 278-289 y 1986: 822-825, fig. 353,2; Seco y Treceño 1993: 137; Pereira 1989: 404). Los primeros podrían fecharse en los siglos VI y V a.C. a la vista de: (1) sus características tipológico-decorativas, bien sistematizadas por Fossing (1940), (2) sus paralelos más cercanos, como los alabastrones y *aryballoi* de Medellín y Cancho Roano (Almagro-Gorbea 1977: 279 y 470; Maluquer 1981: 277 y 340; Almagro-Gorbea *et alii* 1990: 257 y 279), y (3) las dataciones radiocarbónicas de La Mota en Medina del Campo⁶⁷. Alguna de las piezas, como la citada del Raso y dado su carácter excepcional, se ha podido amortizar en la necrópolis en un momento inmediatamente posterior, lo que permitiría interpretarlo como parte de un patrimonio familiar acumulado por herencia.

2.4.2. Elementos de banquete asociados al consumo de carne. Además de su estricta dimensión funcional, la introducción de elementos de banquete desde el Bronce Final supone la asimilación de prácticas de tipo ritual y funerario que seguramente enfatizan el rol del ganado como elemento de riqueza (Ruiz-Gálvez 1991: 288-289). En este momento estarían sobre todo representados por los asadores y calderos del Berrueco y Sanchorreja. Los recipientes de este último, muy fragmentados pero de evidente peso específico, evidencian sin embargo una

⁶⁶ Una valoración general sobre los objetos de filiación mediterránea documentados en la provincia de Avila, puede verse en el reciente trabajo de Baquedano (1996).

⁶⁷ Las dos fechas obtenidas en el sector C del yacimiento vallisoletano, en un punto superior de la estratigrafía, poseen desviaciones estándar aceptables (35 años) (Seco y Treceño 1993: 137), aunque sus intervalos de calibración son demasiado elevados (Ruiz-Gálvez 1995b: 80-81, fig. 15). La primera - GrN-17568 - se sitúa entre el 800-520 A.C., con los tramos más fiables entre la 1ª mitad del s. VIII y el 2º cuarto del s. VII/1ª mitad del VI A.C.. La otra datación - GrN-17569 - se enmarca entre el 720-380 A.C., con el tramo de la curva más aceptable a fines del s. V A.C.. Me inclino a considerar viables las fechas de los siglos VI-V A.C., cronología que está en consonancia con los materiales hallados en esta cuadrícula, entre ellos varios fragmentos de cerámica ibérica a torno, además del ungüentario en cuestión (Seco y Treceño 1993: 170).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

tipología atlántica, datándose entre los siglos VII al V a.C. (González-Tablas 1990: 18, 27). En cualquier caso, el consumo ritualizado de comida responde en última instancia a tradiciones mediterráneas (Almagro-Gorbea 1974 y 1991a) donde, además de los calderos y asadores localizados en la región, también debieron participar los ganchos para la carne (Delibes *et alii* 1992-93).

2.4.3. Elementos asociados al ritual de libación. Probablemente se trata de las piezas más relevantes por su significado cultural. El primer grupo estaría representado por los jarros de Las Fraguas, Villanueva de la Vera y Coca, y se corresponden con los llamados jarros tartésicos como los de la Aliseda o Siruela, bien datados en los siglos VII y VI a.C. (García y Bellido 1970; Blázquez 1975a: 60 ss.). Los recipientes rituales metálicos con asas de manos o "braseros", sistematizados por Cuadrado (1966), se documentan bastante bien en la región, según ponen de manifiesto los hallazgos de tipo oriental e ibérico en los alrededores del Berrueco, Sanchorreja, Villanueva de la Vera, Las Fraguas o El Carpio, pudiendo llevarse los más antiguos a la sexta centuria a.C. o tal vez a la segunda mitad del s. VII a.C. (Maluquer 1956a: 26, 102, 115; González-Tablas *et alii* 1991-92: 316 ss.; Celestino 1995: 82; Fernández Miranda y Pereira 1992: 66, 68)⁶⁸.

Jarros y aguamaniles de bronce podrían haberse utilizado en libaciones de carácter funerario. Por ejemplo las tres piezas de Las Fraguas, en Arroyo Manzanas (Las Herencias), constituídas por un jarro, un timiaterio y un posible brasero, se han identificado con un ajuar funerario (Fernández Miranda y Pereira 1992: 66). Este conjunto se ha considerado característico de los individuos más relevantes tanto del área tartésica como de su hinterland (Aubert 1984). La coherencia de las tres piezas también parece identificarse en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera) aunque las connotaciones relativas a su localización y características no están bien explicitadas (González Cordero *et alii* 1993: 251, fig. 1). Además los contextos de aparición difieren de una zona a otra, desde posibles tumbas como

⁶⁸ Los datos sobre el hallazgo de ejemplares análogos en Yecla de Yeltes (Blázquez 1968: 109, nota 1) son muy imprecisos. Los testimonios más antiguos y de cierta entidad no parecen remontarse más allá del 500 a.C., pero no se descarta una ocupación todavía anterior (Martín Valls 1973a: 95). Por otro lado, teniendo en cuenta su morfología y los contextos arqueológicos asociados, entre los siglos IV y III a.C. se han fechado los recipientes de tipo ibérico hallados en el castro del Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: 136-137), la necrópolis de la Osera (Cuadrado 1966: 35-37; Baquedano 1990: fig. 12 y 1996; Baquedano y Escorza 1995: fig. 5) y el hallado cerca del Raso (Fernández Gómez 1986: 893, fig. 473).

las citadas o las asimismo próximas del Carpio y Azután, a deposiciones rituales de significación más imprecisa en el caso de Sanchorreja, El Berrueco/Las Paredejas y los otros hallazgos de la región abulense-salmantina, la mayoría fuera de contexto. Dentro de estos conjuntos podrían añadirse el vasito de plata para libaciones de la tumba del Carpio, que se ha relacionado con las phiale mesomphaloi (Pereira 1990; Fernández Miranda y Pereira 1992: 68), el fragmento de cabecita hathórica de Sanchorreja y el asa de las Cogotas asociada a una cabeza de estilo análogo (González-Tablas 1990: 15, 23, fig. 5; Kurtz 1980), aunque desconocemos el tipo de recipiente al que debieron ir asociados, así como la pequeña figurita etrusca reclinada del Raso datada en la quinta centuria a.C. (Fernández Gómez 1986: 479-489). Ofrece un vástago y una perforación para fijarla a otra pieza, por lo que debió servir como asa o adorno de algún recipiente metálico, quizá un timiaterio. En idéntico sentido abundarían los prótomos de caballo en bronce de Las Paredejas y Sanchorreja (Fabián 1986-87: 283, fig. 5, 1; González-Tablas et alii 1991-92: 324), que se han relacionado con los aparecidos en Zalamea de la Serena (Maluquer 1981: 290, fig. 10).

Es muy significativo apreciar la concentración de evidencias funerarias en torno a la vega del Tajo, dato que abundaría en su carácter fronterizo para esta etapa⁶⁹, mientras los hallados al norte aparecen en contextos de poblados y podrían asociarse a ritos de libación domésticos. En cualquier caso, lo que si parecen reflejar todos los ejemplos citados es el énfasis de la aristocracia local.

2.4.4. Orfebrería y elementos votivos asociados al culto religioso. Repetidamente mencionados en la bibliografía son los famosos bronce votivos del cerro del Berrueco, que representan a una divinidad femenina oriental de carácter

⁶⁹ Como también se deduce en un contexto del Bronce Final y de transición al Hierro I, de la distribución septentrional de las estelas decoradas (Galán 1993: fig. 5), ejemplos de una tradición indiscutiblemente indígena aunque su interpretación siga siendo discutible. Posiblemente las estelas de las Herencias estén señalando uno de los pasos vadeables del río, lo que no excluye que su contenido tenga un carácter simbólico de tipo funerario (Id. 1993: 22 y 99). Otros testimonios arqueológicos, como los restos epigráficos tartésicos, evidencian una importante aculturación ideológica en los siglos VII-VI a.C. hasta la altura del Tajo (Almagro-Gorbea 1990: 97 y 1991: 588, 594, fig. 7; Celestino et alii 1992: fig. 3). Sin embargo, se han señalado recientemente elementos gramaticales indoeuropeos - concretamente celtas - en las inscripciones del SO. (Correa 1989 y 1992). La inscripción de Almorquí (Cáceres) podría evidenciar contactos entre las poblaciones autóctonas y grupos meseteños llegados a la zona. En todo caso, aun admitiendo este último ejemplo, los problemas de desciframiento son todavía complejos y probar que la lengua de las inscripciones del Suroeste es indoeuropea está lejos de ser logrado (de Hoz 1993: 386; Gorrochategui 1993: 414-415).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

solar⁷⁰ y de culto a la fecundidad, además de una figura de guerrero y la cabeza de un carnero también de bronce. Los primeros, tal vez anteriores a inicios del s. VI a.C., se han relacionado con la egipcia Hathor (Blanco Freijeiro 1965: 49 ss.), la Ashtart fenicia (Blázquez 1975a: 95) y la diosa Shepesh sirio-canaanita (Almagro-Gorbea 1977: 255). Sus características son una cabeza considerada por su estilo hathórica, dos pares de alas, flores de loto y un disco solar en el centro, elementos todos ellos bien conocidos dentro del orientalismo peninsular e indiscutiblemente vinculados al ámbito colonial (Almagro-Gorbea 1977: 253-255).

El carácter sacro del tesoro áureo hallado recientemente en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), cuya cronología se ha fijado entre la segunda mitad del s. VII a.C. y comienzos del VI a.C. está también fuera de toda duda (González Cordero *et alii* 1993; Celestino 1995: 74 y fig. 7). Constituido por dos placas o diademas gemelas, una placa con la representación de un grifo, varias láminas igualmente de oro y otros materiales todavía en estudio, sus motivos iconográficos se han relacionado con el ciclo astral y elementos de gran arraigo en la orfebrería oriental, con temas como los discos y crecientes lunares, prótomos con peinados hathóricos, flores de loto, palmetas y otros motivos arborescentes, cuyas técnicas - filigrana y granulado - y representación volvemos a ver en el tesoro de Aliseda o en el cercano conjunto de Serradilla (Almagro-Gorbea 1977: 220, 226).

Desde un punto de vista tecnológico, cabría hacer la distinción entre aquellos elementos claramente ajenos a la región y los realizados por un artesanado especialista que imita o reproduce objetos importados. Alguno de los recipientes rituales metálicos de tipo oriental procedentes de Sanchorreja, los aryballoi de pasta vítrea o los jarros tartésicos, por citar los objetos más evidentes y excepcionales, podrían tratarse de productos importados llegados de los talleres coloniales o mejor fabricados en el ámbito del Guadalquivir. De procedencia foránea se han señalado asimismo algunos elementos del ajuar del Carpio, como el broche de cinturón, un posible brasero o el vasito de plata entre otros (Fernández Miranda y Pereira 1992: 68). Más discutible sería la procedencia de la hebilla tartésica, la cabeza hathórica y el colgante en flor de loto de Sanchorreja o alguno de los bronce votivos del Berrueco, pues se ha demostrado la aparente

⁷⁰ Se conocen hasta la fecha cinco ejemplares procedentes todos ellos de los alrededores del cerro, aunque uno de ellos podría tratarse de una falsificación realizada a partir de los anteriores (Almagro-Gorbea 1977: 254, nota 150).

tosquedad de los rasgos de las piezas (Maluquer 1958a: 84; Almagro-Gorbea 1977: 254; González-Tablas 1990: 22-23). Si el resto se trató o no de importaciones es más difícil de determinar. Por sus características la mayor parte podría ser el exponente de una metalurgia de producción local, aunque los modelos que reproducen son indiscutiblemente meridionales.

Estos elementos deben de entenderse por su valor como objetos de prestigio, alejados de la órbita del mundo cotidiano, ya que lógicamente no estaban al alcance de toda la sociedad. En general la cronología de todos ellos resulta algo incierta, abarca toda la primera Edad del Hierro hasta conectar con las importaciones precoloniales, pero puede afirmarse que su mayor esplendor acaeció entre el 650 y el 500/450 a.C., perfectamente afín a los contextos arqueológicos de los yacimientos considerados en la región occidental, a los paralelos de las piezas halladas en Extremadura y Andalucía y al desarrollo de las cerámicas pintadas.

2.4.5. Elementos asociados a nuevas tecnologías. Existe cierto consenso en otorgar a los fenicios la difusión de la metalurgia del hierro por el Mediterráneo occidental y la Península Ibérica (Snodgrass 1980; Ruiz Zapatero 1992), pero tampoco hay que olvidar que los primeros vestigios, con toda seguridad importaciones, ya se documentan en contextos pre-fenicios (Almagro-Gorbea 1993a; vid. Ruiz-Gálvez 1995c: 137-138).

Las evidencias más antiguas que poseemos para esta primera etapa en la región suroccidental serían: el famoso lote del nivel inferior de la choza Be2 del Berrueco y una hazuela de apéndices del mismo yacimiento (Maluquer 1958b: 48, fig. 8; Morán 1924: 22, lám. XIII,B), dos pequeños cuchillos del nivel V de Sanchorreja y posiblemente otras hazuelas aunque en contextos más imprecisos (González-Tablas 1986-87: 51; González-Tablas et alii 1991-92: 326), algunos fragmentos de hierro aparecidos en el nivel de contacto entre las fases I-II y en los correspondientes a las fases III y IV de la secuencia de Ledesma (Benet et alii 1991: 130), entre ellos una hoja y un cincel de pequeñas dimensiones; finalmente, dos cuchillos que formaban parte del ajuar de la tumba de El Carpio (Fernández Miranda y Pereira 1992: 68-69, fig. 11). Los últimos se asocian a un enterramiento cuya riqueza encaja bien con la idea de una aristocracia indígena que controla uno

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

de los vados del Tajo. Su emplazamiento sería una vía más en la introducción de este metal desde el SO. hasta las tierras del interior de la Meseta en un contexto de mediados del s. VII a.C., mientras los niveles de Ledesma se han fechado en torno a la primera mitad de la misma centuria.

A una data todavía anterior, en una fecha cercana al 800 a.C. y a la vista de los contextos cerámicos asociados, podrían llevarse los dos cuchillos de Sanchorreja y el depósito del Berrueco, que serían los más antiguos del sector. Su presencia no supone a priori un dominio de la producción local, pero el hecho de que se trate de útiles conlleva cierto conocimiento de su funcionalidad y tecnología en un contexto evidente de élite social. Este sería el caso de las dos navajas de afeitar, los dos escoplos y el punzón de hierro de El Berrueco (Almagro-Gorbea 1993a: 86 ss.). El depósito podría vincularse a un jerarca del poblado. Las navajas representan elementos de tocado personal que se identifican con un patrón estético muy determinado - el cuidado de la barba - y que, como en el caso de los peines de marfil o las pinzas de depilar, constituirían un símbolo de edad y jerarquía (Goody 1982; Ruiz-Gálvez 1995c: 139). Almagro-Gorbea (1993a: 86) señala que las navajas se basan en prototipos atlánticos y mediterráneos de bronce, por lo que reflejan una primera toma de contacto con este metal, llegando a defender una cronología precolonial (s. IX a.C.) para todo el conjunto.

Otro elemento muy interesante y que enlaza con lo anterior sería la hazuela de apéndices del Berrueco. La excepcionalidad de la pieza, al tratarse de un ejemplar de hierro, fue también valorada por Almagro-Gorbea (1993a: 82-84) juntamente con las hachas del depósito de Campotéjar (Granada), que fecha en los siglos X-IX a.C. y cuyas tipologías relaciona con las piezas de bronce itálicas continentales y de Sicilia, que a su vez derivarían de prototipos del Mediterráneo oriental. De Sanchorreja se conocen cinco hachas de hierro con alerones o apéndices laterales incipientes, que también tendrían su precedente inmediato en las hachas del Bronce Final (González-Tablas *et alii* 1991-92: 309, 325-326). Su forma, de lados cóncavos, se caracteriza por un estrechamiento de la hoja o talón a la altura de los apéndices, de modo análogo a las de Campotéjar y El Berrueco. Podría tratarse de un depósito a juzgar por el número de piezas halladas, pero no es posible saber nada más sobre su contexto. La ubicación cronológica es también muy problemática; su relación con las piezas de Granada y Salamanca podría

llevarnos a fechas elevadas, por encima del s. VIII a.C.; pero del mismo conjunto proceden otros siete ejemplares de distinta morfología - planos y de filo ancho, a modo de cuñas - similares al lote que recogiera Maluquer (1958a: 70, lám. XII, B) en un estrato alto del yacimiento. Ello haría posible mantener fechas de los siglos VII y VI a.C., salvo que para los de apéndices laterales estemos ante un fenómeno de perduración de viejos ejemplares.

A partir del "modelo de disponibilidad" propuesto por Zvelebil y Rowley Conwy (1986) para la difusión de la agricultura en Europa, Ruiz Zapatero (1992: 112) planteaba recientemente un esquema análogo para la difusión de la metalurgia del hierro en el NE de Iberia, añadiendo la figura del especialista itinerante. Desde luego la adopción rápida del hierro parece estar asegurada prontamente en Sanchorreja y El Berrueco. La idea de su difusión a través de artesanos puntuales explicaría casos como los citados, con conocimiento del trabajo del metal en fechas tan tempranas⁷¹. Vistas así las cosas, lo más lógico es pensar que los primeros hierros hayan sido importados en este contexto inicial como materia prima. Ello no excluiría una fabricación in situ, dado su carácter instrumental, habiendo sustituido a piezas generalmente de bronce. Podrían ser paralelos a los más antiguos establecimientos coloniales de la Península Ibérica, cronología que no contradice al resto de los materiales asociados y que, en el caso del nivel V de Sanchorreja, explicaría su continuidad con los estratos suprayacentes. Resulta difícil sostener una fecha anterior al 850/750 a.C. para estos primeros hierros, y si se hace hay que admitir que sobre un contexto precolonial que no permite mayores precisiones. También parece bastante evidente la importancia progresiva del hierro en los niveles superiores de Sanchorreja, que podríamos llevar a partir de los siglos VII-VI a.C., a la vista de las hachas, pinzas, cuchillos y algunas puntas de lanza recogidas en el yacimiento (Maluquer 1958a: 56, 70; González-Tablas *et alii* 1991-92: 326). Conviene asimismo tener en cuenta como otros testimonios más septentrionales, ya en el Duero medio, apenas si permiten remontar la presencia del nuevo metal por encima del 600 a.C. (Romero y Jimeno 1993: 196). Entre un momento avanzado del s. VII a.C. y el s. VI a.C.

⁷¹ Ello también justificaría el hallazgo de hierros en los niveles inferiores de Soto de Medinilla y su datación con anterioridad al 650 a.C (Romero y Jimeno 1993: 196).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

cabría fijar los hallazgos de La Mota (Seco y Treceño 1993: 142)⁷², La Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 231-232), Benavente (Celis 1993: 101) o Cuéllar (Barrio 1993: 189, 195). De todo lo anterior, parece evidente que la difusión del hierro permite establecer varias fases espacio-temporales hasta el conocimiento pleno de sus procesos tecnológicos (Fig. *), fenómeno que corresponde en nuestra zona a la 2ª mitad del primer milenio a.C., en el contexto de la celtización.

Otro indicio importante es el de las primeras cerámicas a torno importadas, de origen claramente meridional. Algunos platos de borde exvasado y vasos globulares de pastas claras, con decoración pintada de color vinoso formando bandas paralelas y en ocasiones círculos concéntricos, se han recogido en los niveles de la primera Edad del Hierro de Sanchorreja, La Mota y Cuéllar - tampoco se descarta en Las Paredejas y en Villanueva de la Vera - relacionándose con modelos del horizonte ibérico antiguo a partir del s. VI y V a.C. (Maluquer 1958a: 92, lám. XII; González-Tablas 1989: 122, 125; Seco y Treceño 1993: 142, 169, fig. 7; Barrio 1993: 191-193, fig. 11; Fabián 1986-87: 283). A un contexto de mediados del s. VII a.C. podría llevarse alguna jarrita a torno lento del Carpio y otras referencias de cerámicas orientalizantes se conocen a la altura del Tajo - Talavera la Vieja, el Royo en Puente del Arzobispo (Martín Bravo 1996: 158 ss.; Jiménez Avila y González-Cordero e.p. *) - límite que marcaría probablemente una primera fase en la aparición de estos productos⁷³.

Los vestigios son pocos y han sido insuficientemente descritos y valorados, pero tienen un alcance relativamente importante que parece tener su umbral de penetración en una distancia de unos 200-250 Km. desde el valle medio del Guadiana y algo más de 350 Km. si se hacen llegar del Guadalquivir o el Sureste peninsular. A la vista de la cronología no cabe esperar su asociación a la expansión de los primeros hierros importados, pero sí a una fase inmediatamente posterior

⁷² Además del fragmento en cuestión, localizado en el nivel VII del yacimiento, conviene tener presente el hallazgo de dos cuchillos de hierro y una fibula de doble resorte en otra cuadrícula que fuera excavada unos años antes (La Mota 2/nivel II-2 de García y Urteaga 1985: 77 y 79). Seco y Treceño (1993: 169-170) advierten la escasa potencia estratigráfica del sector excavado con anterioridad así como la uniformidad de los conjuntos cerámicos, mostrándose partidarios de identificar La Mota 1 y 2 con los niveles más antiguos del poblado. La posición estratigráfica de los dos cuchillos no está suficientemente explicitada pero, aún así, no descartaría la posibilidad de llevar a una data más alta estos hierros, en pleno s. VII a.C., a la vista de las fechas calibradas que se asocian a la fundación del poblado, con los tramos más fiables en la primera mitad del s. VIII A.C. y en el s. VII A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 82).

⁷³ Platos de cerámica gris aparecen también entre la cerámica documentada junto al tesoro de Aliseda (Cáceres), con buenos paralelos en la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea 1977: 218, fig. 79; Lorrio 1988-89: 312).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(ca. 650-500 a.C.)⁷⁴ que podríamos ligar con los primeros compases de la siderurgia local, paralelamente al auge de las cerámicas pintadas bícromas y al desarrollo de los vasos a peine. Las cerámicas a torno locales se documentan en la secuencia estratigráfica de algunos yacimientos a partir sobre todo de mediados del s. IV a.C., dato que abunda en el desarrollo sin solución de continuidad de la Edad Hierro, a la vez que demuestra que el proceso de adopción de la nueva tecnología en la Meseta se hizo de manera relativamente lenta.

La distribución de los hierros más antiguos en la región y de las fíbulas de doble resorte - de origen colonial fenicio - jalona claramente hacia el interior la difusión de los otros elementos orientalizantes y coinciden significativamente en las mismas áreas. Es decir, que puede seguirse perfectamente el camino de penetración del comercio tartésico a través de la Vía de la Plata y el valle del Jerte, hasta las altas tierras de Avila y Salamanca e incluso el Duero. Al valorar el mapa de dispersión general (Fig. *), claramente se observa como la mayor densidad de hallazgos apenas traspasa la cuenca sedimentaria, observación que ya se había puesto de manifiesto con anterioridad (Martín Valls 1971b: 136-137, nota 42). El límite septentrional se localizaría entonces a la altura de Ledesma, el cerro de San Vicente en Salamanca, Sanchorreja, La Mota y Coca, cerca del Duero pero al sur del río, que parece marcar la dispersión hacia el norte de una gran parte de los objetos de raíz orientalizante.

A la vista de ello, parece que los castros occidentales que con más asiduidad mostraban durante el Bronce Final la presencia de objetos de tipología atlántica y mediterránea, aún mantienen una posición muy emblemática en la Primera Edad del Hierro, lo cual demostraría que (a) al menos una parte de las vías de comunicación por las que se desarrollaba el comercio indígena y precolonial sigue estando vigente, (b) las nuevas ideas y productos suntuarios tienen idéntica acogida en las élites del interior y (c) la estabilidad que ostentan los centros indígenas se ha desarrollado en buena medida a partir del control ejercido por las aristocracias locales sobre estas redes ganaderas y comerciales.

⁷⁴ Existen evidencias de la temprana presencia del torno en yacimientos andaluces con anterioridad a la colonización fenicia - Montoro, Purullena - por lo menos en el último tercio del II milenio a.C. y asociado a materiales tipo Cogotas I (Martín de la Cruz y Pertines 1994; vid. Ruiz-Gálvez 1995c: 137). Si, por otro lado, las cerámicas pintadas y los primeros hierros importados están llegando a la Meseta en fechas elevadas, tal vez haya que retrasar algo el conocimiento de las primeras cerámicas a torno si es que en un futuro se producen hallazgos significativos.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

3. El poblamiento de la primera Edad del Hierro en el contexto socio-político de los intercambios.

Cómo situar un fenómeno como el de estas aportaciones orientalizantes en relación con el aparentemente escaso nivel de poblamiento del suroeste de la Meseta, sobre todo si lo comparamos con la ocupación sistemática de los territorios periféricos del Duero y el Guadiana, no es tarea fácil.

- La aparente sensación de despoblamiento estaría parcialmente justificada si atendemos a las condiciones metamórficas de los suelos, menos aptos para el modelo de "colonización" agrícola. La región es más idónea para el desarrollo del ganado, de modo que la predisposición del ambiente no fomenta un cambio drástico en el equilibrio en favor del cultivo cerealista extensivo. En cualquier caso tal especialización no sería posible sin la práctica de una agricultura que proporcionara la base alimenticia para la mayor parte de la población. La abundancia de molinos es por ejemplo notoria en Sanchorreja, El Berrueco/Las Paredejas, Herguijuela de Ciudad Rodrigo o el Picón de la Mora, y seguramente sirvieron para majar gramíneas. Los análisis polínicos efectuados en el primero sugieren además un incremento muy significativo de cereal (González-Tablas 1986-87: 52), dato que ya corrobora Maluquer (1958a: 99) en los niveles superiores.

- Cabrían consideraciones de índole tecnológica; pudo así darse una dificultad en el aprovechamiento de los suelos pobres y duros de la región al no contar todavía con un instrumental de hierro suficiente y adecuado.

- En cierto modo la situación de partida era también diferente: al norte del Duero los incentivos que favorecieron la dispersión sistemática de los poblados de tipo Soto se vieron favorecidos no sólo por las ricas tierras aluvionales, sino por una organización social probablemente más compleja, que antaño ejercía su monopolio sobre los recursos minerales, los cuales todavía resultan muy atractivos a la demanda externa. Este mismo proceso de territorialización y de transformación económica favorecida por las élites se está produciendo en el hinterland extremeño de la vega del Guadiana posiblemente desde antes, aunque la expansión agrícola resulta más evidente en el contexto orientalizante (Almagro-Gorbea 1990: 98-100

y 1996a: 65 ss.; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 122-124; Rodríguez Díaz 1994: 110 ss.).

Estos datos parecen apoyar la idea de que, no obstante los cambios que se están sucediendo desde la transición Bronce/Hierro en la propiedad de la tierra como consecuencia de las nuevas tecnologías agrarias y del aumento demográfico (Ruiz-Gálvez 1992), los procesos de transformación se están gestando a diferentes ritmos. Frente a un modelo de ocupación regular del territorio, es más realista en algunos sectores al sur del Duero, como el abulense-salmantino y las tierras septentrionales de Cáceres, un modelo irregular adaptado a las condiciones del paisaje y del substrato. Ello no excluye la aceptación social de los nuevos cambios, como queda demostrado en los yacimientos estables pero dispersos del territorio.

¿Qué buscaban los comerciantes en estas regiones?

El carácter perecedero de algunos productos, el hecho probable de que las aristocracias locales comerciasen indirectamente con intermediarios o que los intercambios tuvieran lugar en determinados asentamientos indígenas, hace muy difícil valorar qué tipo de mercancías se adquirirían en la región. Se darían a priori tres productos básicos e intercambiables a través de los cuales la élite accede a nuevas formas de riqueza: ganado, metal y hombres.

Cabe razonablemente suponer que el ganado y otros productos secundarios como las pieles jugaran un rol fundamental. Desconocemos si se criaban animales específicamente para su intercambio, pues los estudios faunísticos no proporcionan datos sobre estas actividades de producción y distribución. No obstante hay que reconocer la estrategia de algunos enclaves, que probablemente conjugaban la actividad productiva con la vigilancia de las rutas de paso. La posición privilegiada que ostentan los yacimientos de Avila y Salamanca sobre los pastizales (67%) y las vías pecuarias, o el hecho de que una parte importante de sus antecesores del Bronce Final manifiesten un patrón de poblamiento análogo, abundaría todavía más en esta cuestión. Los relatos míticos que recogen las fuentes y la riqueza de sus testimonios iconográficos permite suponerles un relevante papel socio-económico en las relaciones de intercambio (Pastor 1983: 166; Almagro-Gorbea 1991a: 586). Sobre la importancia del ganado en este momento podríamos servirnos de

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

referencia los análisis faunísticos de Medellín y otros yacimientos orientalizantes que revelan un porcentaje elevado de bóvido (Almagro-Gorbea 1977: 472-474, 493; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 122-123; Morales 1977 y 1994), acorde con las pautas generales de explotación ganadera para el suroeste peninsular⁷⁵, habiéndose incluso atribuido a la influencia fenicia el incremento de cabezas y su mayor alzada (Amberger 1985). Pero esto era también común para toda la Europa Central de este momento (Jankuhn 1969: 75-79; Härke 1982: 200). (Medio Ambiente *)

No existen evidencias arqueológicas ni tampoco textuales para esta etapa, pero la abundante demanda de esclavos en el mundo mediterráneo durante los siglos VII y VI a.C. (Härke 1982: 201; Nash 1985: 53 ss.), bien impulsado por griegos y etruscos, deja abierta la vía para este importante negocio.

Aunque escasos, la región también ofrece recursos minerales, en particular hierro, estaño y oro aluvial en el cauce del Tajo (Urbina et alii 1992 y 1994). En ello harán hincapié las fuentes antiguas al referirse a los placeres del aurifer Tagus (Estrabón 3, 2-5; Plinio n.h. 33,78, 34,55). Unas cuarenta citas de autores clásicos, según Roldán Hervás (1971: 182), se refieren al oro que arrastraba el Tajo. Desde luego la disposición de los hallazgos más ricos en la zona de Talavera y Puente del Arzobispo, cerca de los pasos de Tornavacas y el Pico por los que es factible cruzar el Sistema Central, apoya tal interpretación. Un origen filoniano se ha defendido para el oro utilizado en Villanueva de la Vera, en relación con el macizo de Gredos (González Cordero et alii 1993: 258). El occidente de Salamanca, sobre todo hasta la línea del Tormes/Duero, podría favorecer la obtención de estaño, aunque el registro arqueológico es particularmente pobre. La idea del control de la vía de la Plata, que conecta con las regiones estanníferas atlánticas, parece muy razonable; desde mucho antes determinados hallazgos y tesorizaciones muestran las conexiones atlánticas con este territorio.

Seguramente es a partir de mediados del siglo VII a.C., a la vista de la cronología de los objetos y la intensificación de los contactos con el suroeste, cuando podría estimarse una producción excedentaria y también un incremento

⁷⁵ Los ovicápridos constituyen la especie doméstica dominante en una parte de los yacimientos de Andalucía Occidental, si bien más por número de restos conservados que por aporte de biomasa (Belén y Escacena 1992: 76-77).

de capturas de hombres para acceder a los productos de lujo y otros elementos básicos de primera necesidad como la sal.

3.1. Una primera reflexión: asentamientos en el territorio o estructuras territoriales. Queda abierta la cuestión de si las mercancías indígenas se trasladaban a largas distancias hasta el Bajo Guadalquivir, de modo que los establecimientos extremeños se hubieran constituido en un intermediario privilegiado entre las demandas fenicias y tartésicas y las sociedades ganaderas más septentrionales de Avila y Salamanca. A juzgar por los datos disponibles, la existencia de comunidades asociadas a centros políticos de tipo palacial en la Alta-Media Extremadura y Valle medio del Guadiana como Cancho Roano, Torrejón de Abajo o Campanario-Magacela (Almagro-Gorbea 1996a: 55 ss.; Almagro-Gorbea *et alii* 1990; Rodríguez Díaz 1994: 112 ss.), que centralizarían las producciones e importaciones y las redistribuirían en su hinterland - como también se debe interpretar Medellín (Almagro-Gorbea 1990: 96-97; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 124) - podrían corroborar esta idea. Las relaciones serían probablemente esporádicas e intermitentes en las regiones más septentrionales, pero los emplazamientos referidos dejan entrever un interés muy específico por el control de las rutas comerciales hacia la Meseta occidental, donde el espacio fronterizo del Tajo jugaría sin duda un papel relevante. Está claro que estas redes de distribución sólo eran factibles allí donde existieran centros de poder que garantizaran las vías de paso y la producción de excedentes. Desde luego la evidencia arqueológica apunta a la existencia de una jerarquización incipiente desde el Bronce Final, condición indispensable para poder afrontar nuevas fórmulas de alianza a partir de los siglos VIII y VII a.C.

Al norte del gran río nos encontramos por tanto ante unas pocas, pero muy significativas, comunidades jerarquizadas y estables. Mientras la mayoría de los asentamientos del Bronce Final en llano son abandonados (77%), muchos de los lugares de altura mantienen la ocupación dentro de un proceso sin solución de continuidad. Una ojeada a la distribución de los yacimientos parece demostrar que el problema estriba no sólo en la potencialidad demográfica del sector, sino en una reorganización del poblamiento acorde a un tráfico comercial intenso, donde el poder derivaría más del control de los intercambios que de la propiedad misma de

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

la tierra cultivable. Este interés por las vías de comunicación no prejuzga la estabilidad de cada uno de los hábitats, pero la lógica que rige en estos emplazamientos en alto se detecta ya desde Cogotas I.

Desde este punto de vista, parece razonable plantear que nos hayamos ante comunidades parcialmente inmersas en una economía de bienes de prestigio, que comercian con organizaciones políticas más complejas del hinterland tartésico extremeño, de modo relativamente análogo a los modelos formulados para las sociedades guerreras y las Jefaturas del mundo final hallstático centroeuropeo (Frankenstein y Rowlands 1978; Nash 1985; Wells 1988), trabajos que además han enfatizado el papel de las jerarquías preexistentes y el rol jugado por ellas en la construcción de las nuevas redes comerciales, en este caso con el mundo griego e itálico (Härke 1982; Brun 1987 y 1991; Pare 1991). Esto mismo es lo que propone Aubet (1990) a propósito del impacto fenicio en Tartessos y sus esferas de interacción. Sostiene la autora como las élites indígenas dominantes desempeñaron un rol de intermediarias entre los mercados coloniales y la periferia extremeña, a partir de un control socio-político y gradual del territorio. El modelo ofrecería otro nivel de interacción en los grupos aristocráticos asentados en el Valle del Guadiana (Cunliffe 1995: 16-17), proceso que se corresponde perfectamente con el ambiente orientalizante en Extremadura, ya preadaptado por los contactos mediterráneos del Bronce Final (Almagro-Gorbea 1990 y 1996a).

Considero por tanto que una dinámica comercial semejante a la conocida como centro-periferia, en un sistema jerárquico de circuitos de intercambio (*vid. Rowlands et alii* 1987; Ruiz Zapatero 1989b), favoreció en el occidente de la Península Ibérica la incorporación de otras sociedades más alejadas y marginales, cuyo nivel de interacción sería proporcionalmente inverso a la distancia recorrida. Los régulos extremeños, al igual que hicieron los fenicios respecto a las comunidades tartésicas del Guadalquivir, destinaron objetos de prestigio a los jefes locales de las tierras situadas al norte del río Tajo y su proyección hasta el Duero, asegurándose de este modo un suministro regular de materias primas (ganado, metal, hombres...) que a su vez reinvertiría en sus relaciones con los vecinos del sur.

Emergen así grupos aristocráticos protovettones en el suroeste de la Meseta,

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

probablemente asociados a territorios de control político, que se benefician de su posición geográfica y comercial. Algunos argumentos pueden resumir de forma más convincente nuestra hipótesis:

(1) La relevancia de las vías comerciales a media y larga distancia, a lo largo de las cuales se distribuyen los productos de la primera Edad del Hierro, se ve refrendada por la pervivencia de los núcleos de población hacia los altos que dominan directamente los vados de los ríos y las vías pecuarias, sucesoras de los viejos caminos de la Edad del Bronce.

Su influencia sobre el paisaje social del occidente de la Meseta se reflejaría en un incremento de las distancias entre los asentamientos jerarcas más importantes - a menudo determinados por barreras naturales como la sierra de Gredos - que oscilan con cierta regularidad entre los 50 y 75 km., completando el entramado de las vías de comunicación Norte-Sur⁷⁶. Controlan territorios de cuatro unidades geográficas básicas (valles de Amblés, Tormes, Tiétar y Tajo) con un yacimiento jerarca de relativa entidad (Sanchorreja, El Berrueco, Cerro de San Vicente/Ledesma, Cañada de Pajares, Arroyo Manzanas...) y otros posiblemente más pequeños y subsidiarios que distan de los anteriores no más de 10 ó 20 Km.. Este modelo refuerza una interpretación en términos de incipientes estructuras territoriales y difiere respecto de los poblados del Bronce Final, aunque en numerosos casos subsisten los grandes hábitats. Esta valoración debe considerarse sólo aproximada, habida cuenta de los datos disponibles, y debe tomarse más como una vía de estudio que tendrá que mejorarse en el futuro, pero expresiva ya de por sí (Fig. *). Incluso las distancias máximas (50/75 Km.) y el tamaño medio de estos territorios en torno a sus respectivos centros (20/40 Km. de diámetro), conforma un modelo relativamente análogo al de los principados centroeuropeos, con valores de 50/125 y 30/50 Km. respectivamente (Härke 1982: 196-197).

(2) El alto grado de convergencia, superior al 75%, entre estos centros dirigentes y los objetos de prestigio hallados en su interior. Lo que el registro arqueológico sugiere es más bien la circulación y el intercambio de productos específicos, destinados a una clientela muy determinada, que accede a estos

⁷⁶ La cifra es ligeramente superior a la estipulada para los grandes poblados del Guadiana, entre 20 y 30 km., estructurados en torno al eje longitudinal Este-Oeste del río (Almagro-Gorbea 1990: 98-99).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

mercados gracias a su capacidad adquisitiva y como tributo previo al establecimiento de alianzas y relaciones comerciales. La existencia de una orfebrería y toréutica orientalizante evidencia no sólo un proceso de aculturación, donde los artesanos copian los prototipos orientales, sino elementos integrados en las formas de pensamiento de las aristocracias locales, afectando incluso a las propias creencias religiosas. La diosa representada en los bronce del Berrueco (Almagro-Gorbea 1977: 254 ss.) es concluyente en este sentido. Este tipo de asimilación ideológica se manifiesta asimismo mediante la adopción, parcial o total, de nuevas prácticas funerarias (vid. infra). Es el caso de los jarros y braseros distribuidos entre el Duero y el Tajo, con los que se realizarían rituales y libaciones en honor de los individuos más relevantes.

(3) Un contexto dentro del cual los objetos de prestigio ostentan técnicas y decoraciones muy elaboradas, no constituye sólo un indicador del rango alcanzado por sus propietarios sino que también debe de indicar la alta estima en la que eran considerados ciertos especialistas. La fidelidad de algunos modelos tipológicos e iconográficos tampoco excluye la posibilidad de artesanos llegados de fuera y puestos al servicio de los régulos o jefes locales. Se ha puesto de relieve la existencia de un taller indígena en las faldas de Gredos de donde procederían las joyas de Villanueva de la Vera, a partir de las particularidades estilísticas, de los contenidos de aleación de oro, plata y cobre que estas ofrecen y de la disponibilidad de recursos metalíferos. En torno al lugar donde se produjo el hallazgo se recogieron dos toberas de arcilla, punzones y agujas diseñados para el repujado y grabado, un plato de balanza, un carrete de trefilar y un parahuso cilíndrico (González Cordero et alii 1993: 258-259), por lo que parece lógico deducir una actividad industrial de fundición⁷⁷.

La carencia de análisis metalográficos impide conocer la tecnología del bronce y del hierro desarrollada en los yacimientos, pero algunos conjuntos metalúrgicos constatan centros de producción de cierta categoría. A la vista están los hallazgos de Sanchorreja, con piezas que imitan modelos foráneos y otros muchos de carácter indiscutiblemente local (González-Tablas et alii 1991-92), además de crisoles, moldes de fundición, escoplos, punzones de hierro y otros

⁷⁷ También se ha insistido en un taller indígena para las alhajas de la Aliseda, y no de Cádiz, poniéndose de relieve algunas analogías con las piezas de Serradilla (Perea 1990: 280).

útiles de trabajo industrial (Maluquer 1958a: 55-71). Desde un punto de vista social y tecnológico, parece evidente que el control sobre la producción de riqueza es tan conveniente como el control sobre las mismas fuentes, dándose un considerable incentivo para el desarrollo de estos técnicos especialistas (Megaw 1985: 167 ss.). Que tal conocimiento hubiera sido celosamente guardado por la clase dirigente también parece una inferencia razonable (Pauli 1978: 177).

(4) Los matrimonios mixtos o intercambios de mujeres de alto rango serían uno de los medios básicos de aculturación y de posibilitar pactos y sistemas complementarios de intercambio entre territorios (Ruiz-Gálvez 1992; Wagner 1995: 116-117). Así habría que interpretar el enterramiento de El Carpio (Pereira 1989), correspondiente a una mujer de elevada posición social y extraordinario por la riqueza del ajuar y el carácter orientalizante de muchos de los objetos - una clepsidra para trasvasar líquidos, jarritas fenicias, un vasito de plata cuyo origen debe buscarse en las phiae mesomphaloi para libaciones, algún recipiente a torno..... - . Un modelo análogo podría especularse para los vestigios de Las Fraguas y Azután (Fernández Miranda y Pereira 1992: 63-66, 70), y esta sería también la interpretación de los tesoros de la Aliseda (Almagro-Gorbea 1977: 204) y de Villanueva de la Vera⁷⁸. Recientes hallazgos en esta última han deparado espacios funerarios, con la roca recortada en las laderas para ofrecer forma de túmulo artificial, imitando los túmulos funerarios tartésicos pero donde conviven materiales vinculados al ámbito inicial de Cogotas II y otros de tradición orientalizante, que se han datado sobre todo en los siglos V y IV a.C. (González Cordero et alii 1993: 260; Celestino 1995: 82; Celestino et alii e.p. y com. personal). Sería tentador vislumbrar la huella arqueológica de estos enterramientos aristocráticos en las tierras más septentrionales a finales de la primera Edad del Hierro, a la vista de la dispersión individualizada de jarros, aguamaniles de bronce y ungüentarios polícromos o aryballoi para perfumes y libaciones, reconociendo no obstante el ámbito doméstico de algunos de ellos.

(5) Varios datos sugieren que nos encontramos ante ceremonias

⁷⁸ Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera aparecieron cerca de una vivienda (S. Celestino, com. personal), lo que no excluye su carácter sacro. En cualquier caso, el conjunto funerario formado por jarro, timiaterio y brasero también parece identificarse en la zona (González Cordero et alii 1993: 251, fig. 1). Este proceso quedaría bien patente en el túmulo de la Garganta de Minchones, donde se recogió el primer jarro tartésico de Villanueva (id. 1993: 260; vid. Blázquez 1975a: 60 ss.).

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

polivalentes, muy exclusivas de las élites, que en última instancia se convertirían en garantes de las alianzas políticas e intercambios comerciales. Los recientes descubrimientos de Sanchorreja, con un área de fuego muy intenso donde aparecieron fragmentos de cerámicas decoradas, calderos, braserillos, chapas metálicas con remaches, apliques y otros restos de bronce no autorizan a relacionar el lugar con una necrópolis en sentido estricto (González-Tablas 1990), pero desde luego pudo haber sido un espacio relacionado con el ritual funerario o más específicamente con banquetes rituales de comida ligados a aristocracias guerreras, actividad que no contradice la interpretación anterior (Delibes *et alii* 1992-93: 425-426)⁷⁹. La estructura tumuliforme también hallada en la zona, construida con grandes bloques de piedra y adobes y donde se recogieron ofrendas muy seleccionadas - cerámica pintada y a peine, una fíbula de doble resorte, un asa en omega, un cuchillo y un escoplo de hierro así como fragmentos de mandíbulas de diferentes especies (González-Tablas 1990: 46-47, figs. 10-16) - abundaría en el significado ritual y emblemático del sector.

No resulta difícil imaginar que la funcionalidad de estas singulares construcciones y ceremonias subrayara connotaciones más propias de los santuarios o centros de culto, cuya fórmula más ambiciosa aunque ajena a nuestro territorio lo habrían constituido edificios públicos de corte palacial y religioso. Desde su destacada posición topográfica, debieron de presidir y sacralizar la actividad ritual y también comercial del territorio (Alvarez-Sanchís, e.p.*). Si tenemos en cuenta que en el Hierro pleno hay constancia de la existencia de santuarios y peñas labradas en la fachada atlántica (Benito y Grande 1992; Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993), y que la significación de estos ritos revela viejas tradiciones desde el Bronce Final (Almagro-Gorbea 1996b), también podría resultar factible retrotraer la cronología de alguno de ellos a este momento. El altar prerromano de Ulaca, con diferentes tipos de escalinatas que sugieren al menos dos fases temporales en su utilización, podría servirnos para este propósito,

⁷⁹ Hasta cierto punto las prácticas rituales con acompañamiento de fuego se podrían interpretar como una primera fase en la aceptación de los rituales de incineración, consolidados en el Mediodía Peninsular en este momento. Por ejemplo se ha sugerido esta posibilidad a partir de la distribución de los ajueres del Carpio, guardados aparte en el interior de una urna y en un escalón distinto a la inhumación correspondiente (Fernández Miranda y Pereira 1992: 69-70). A este respecto también nos ilustra el túmulo donde se localizó el primer jarro de Villanueva. Las referencias que hay del hallazgo indican que apareció en un nivel de tierra y cenizas reposando sobre un enlucido artificial de cantos rodados, que se han interpretado a modo de *ustrinum* (González Cordero *et alii* 1993: 260). El ritual de incineración asociado a la celtización se vería así incentivado a comienzos de la segunda Edad del Hierro y explicaría en cierto modo - independientemente de las aportaciones étnicas y los desplazamientos recibidos en la región - su rápida expansión entre las comunidades indígenas.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

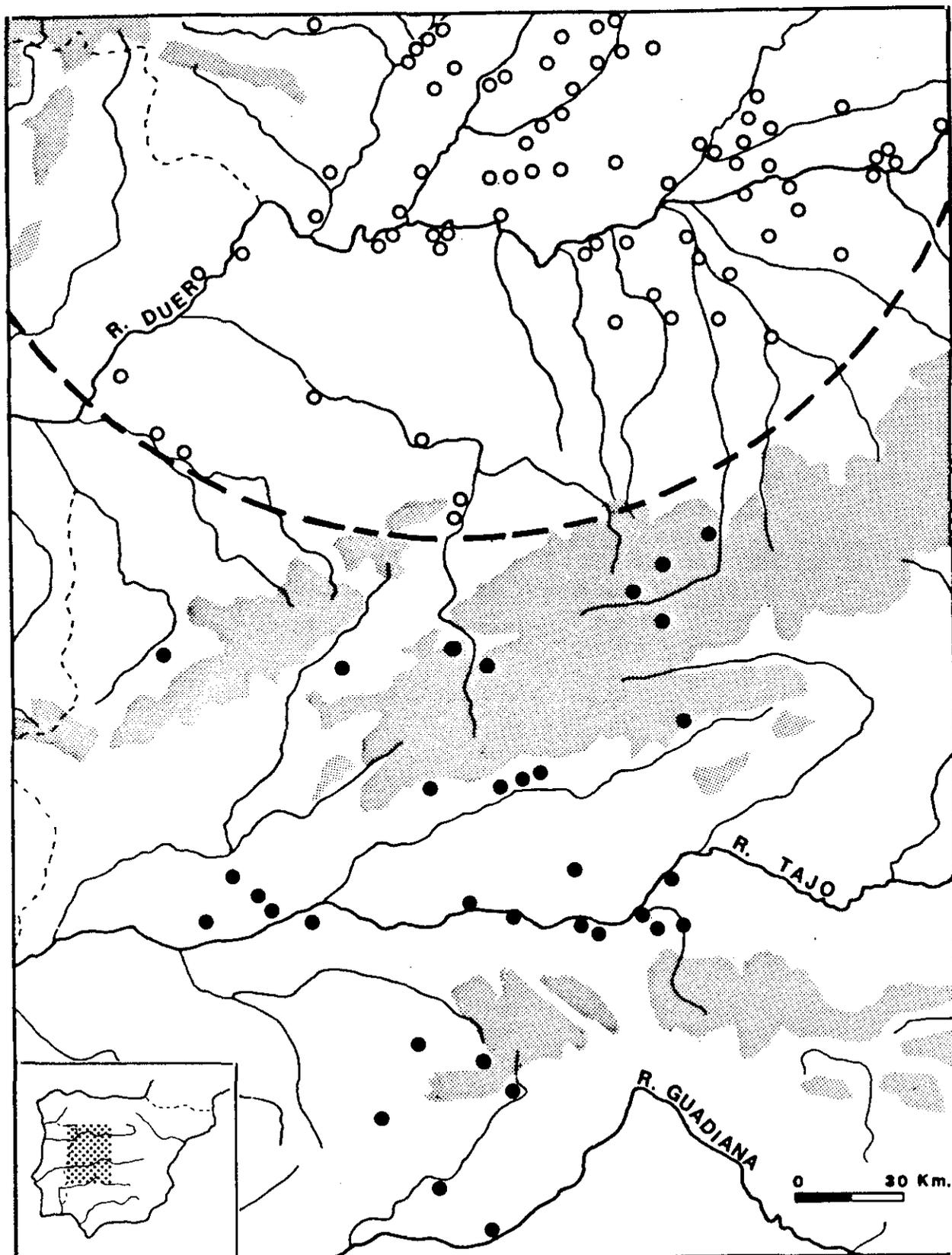
aunque he de reconocer la imprecisión cronológica que ello entraña.

Aun así, se puede decir que la adquisición de esposas, clientes, regalos y prácticas rituales con sacrificios y acompañamiento de fuego, constituyen realidades de un mismo proceso donde los individuos más privilegiados compatibilizan el mantenimiento de costumbres y símbolos de estatus propios con nuevos elementos, seguramente imitados o importados. En todos los casos reflejan mecanismos socio-políticos de contacto que fueron habituales en la Antigüedad; y todo ello arranca en una secuencia diacrónica que se alimenta de los primeros contactos precoloniales, hasta alcanzar plena madurez en los siglos VII-V a.C.. Con estos testimonios, no es descartable la existencia de estructuras de poder en el Suroeste de la Meseta, a modo de pequeños régulos locales, que emularían instituciones políticas y religiosas más complejas propias de la cultura orientalizante extremeña y tartésica.

4. A modo de conclusión. El substrato indígena en la configuración étnica de los Vettones.

Parece evidente que en la gestación de la primera Edad del Hierro intervinieron influjos externos - tartésicos, atlánticos y continentales - sobre el substrato local de Cogotas I, pero estas aportaciones no explican por sí solas las peculiares características del nuevo mundo así como sus diferentes facies regionales, que dependerán de la respuesta regional del substrato del Bronce Final y de la adecuación de los modos de vida a los nuevos estímulos (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 477 ss., 490 ss.).

Las características del territorio suroccidental de la Meseta sugieren que desde el Bronce Final la economía poseía un fuerte elemento pastoril y probablemente exportaba ganado. Los cambios socio-económicos de los siglos IX y VIII a.C. crearon las condiciones necesarias para potenciar el desarrollo de las jerarquías locales y los acontecimientos que siguieron después (ca. 700/650 a.C.) actuaron de incentivo sobre ellas. Que el fenómeno castreño de una gran parte de estos hábitas, en el sentido de su posición en cerro y no necesariamente con defensas artificiales, no sea privativo de la primera Edad del Hierro sino que ya se



○ CULTURA SOTO ● PROTOVETTON ■ Más de 1000 m.

Fig. 13. Grupos de la Primera Edad del Hierro en el Oeste de la Meseta.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

manifieste por lo menos desde el cambio de milenio, enfatiza esta idea de continuidad. A la vista de los datos queda claro que el desarrollo de la región estuvo principalmente determinado por factores indígenas de población y de economía de subsistencia.

Desde el punto de vista de la cultura material, las tierras que se extienden al suroeste del valle del Duero, llámese periferia de la cultura Soto o mundo Protovettón, presentan un bagaje no muy diferente al de las poblaciones asentadas en la cuenca. Una parte de los yacimientos parecen ser contemporáneos, o debieron serlo en algún momento, como indican sus contextos arqueológicos. Comparten un cierto grado de estabilidad en el hábitat e incluso la planta circular comienza a prodigarse en ambientes otrora considerados al margen del horizonte Soto (Romero 1992: 190). Buena parte de los materiales rescatados evidencian esa filiación, en particular las fíbulas de doble resorte y las cerámicas lisas, pintadas y a peine, bien emparentadas con sus equivalentes del valle del Duero. Una parte de los conjuntos vasculares muestran evidentes afinidades tipológicas con el grupo castreño soriano y del valle del Ebro, del que derivan en última instancia (Fig. *). González-Tablas (1986-87), que ha defendido la existencia de una cultura paralela al Soto de Medinilla en el grupo abulense-salmantino, mantiene que fue la instalación de los primeros la que sirvió de impulso al cambio entre Sanchorreja I y II. Sin embargo no pocas relaciones advierte con el mundo orientalizante, habiéndose comentado repetidamente como alguno de los elementos típicos del grupo Soto reclaman paralelos con el Mediodía peninsular (Martín Valls y Delibes 1978a; Benet *et alii* 1991: 133-134).

Por tanto, la posibilidad de reconocer una facies local más del grupo Soto al sur del Duero parece razonable, al objeto de unificar el centro y el occidente de la Meseta durante la primera Edad del Hierro (Martín Valls 1986-87: 60; Delibes y Romero 1992: 245, 255). Pero así y todo creo que pueden valorarse tendencias contrapuestas (Alvarez-Sanchís, e.p. *), cuya lectura podría resumirse en virtud de:

- ámbitos geomorfológicos distintos. Entendemos que hay que asumir una orientación económica mixta, pero con un peso más específico de la agricultura en la cuenca y de la ganadería en los rebordes montañosos, dato que a su vez pudo incidir en una determinada configuración de los espacios domésticos.

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

- una gradual y compleja transformación del substrato de Cogotas I, probablemente más arraigado en las zonas montañosas graníticas, cuando ya se daba por desaparecido en amplios sectores del valle del Duero. A ello debió contribuir sin duda la capacidad de cada región y de sus élites dirigentes de poner en práctica y con garantías de éxito las nuevas tecnologías agrarias, que habrían favorecido un cambio importante en la utilización del territorio frente a los grupos castreños, más especializados.

- la continuidad entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro parece fuera de toda duda, pero ofrece desiguales situaciones que varían de una zona a otra. La puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región habría favorecido la ocupación de nuevos territorios en la campiña y en consecuencia la aparición de establecimientos de nueva planta. Por el contrario, un porcentaje muy significativo de asentamientos protovettones conecta bien con los viejos castros del Bronce Final.

- esta dualidad inicial tiene naturalmente su correspondencia en el patrón de asentamiento y en la densidad de ocupación, más diversificado y demográficamente más abundante en las campiñas del Duero. El sector suroccidental ofrece por el contrario un poblamiento generalmente en alto, disperso y más espaciado, pero estratégicamente localizado en las principales arterias de comunicación.

- no todos los núcleos de población recibieron con la misma intensidad los estímulos exteriores, y es muy probable que su ubicación geográfica haya sido determinante. Dado que ningún rasgo peculiar lo contradice, se debe aceptar la influencia orientalizante sobre el substrato étnico de las comunidades del SO de la Meseta⁸⁰. Desde luego hay que llamar la atención en la dispersión individualizada y exclusiva de objetos suntuarios sobre el territorio donde quedará configurada la cultura vettona del Hierro pleno. Estos elementos de prestigio, la mayoría de los cuales no traspasó el ámbito del Duero, sugieren la existencia de relaciones

⁸⁰ En este sentido también habría que valorar algunos testimonios de la plena Edad del Hierro. La compartimentación que ofrecen las plantas de las viviendas del Raso y Ulaca, las estructuras tumulares de las necrópolis de la Osera y de Villanueva de la Vera, los recipientes rituales de tradición orientalizante del Raso, La Mesa de Miranda y el Picón de la Mora o algunas morfologías muy específicas de los verracos - que conectan con la escultura animalística ibérica - evidencian estímulos culturales del mediodía peninsular bien asimilados por el contexto social y económico indígena.

jerárquicas en un sistema de intercambio regional.

- el "vacío" de población que ostenta el espacio comprendido al norte de los ríos Tormes y Adaja y su proyección hasta el Duero coincide aproximadamente con la frontera entre la dispersión nuclear de los poblados de tipo Soto y el patrón de asentamiento castreño. Cabe razonablemente suponer que lo que se está gestando es un límite territorial entre dos agrupaciones socio-económicas distintas que establecerían sus áreas de control e influencia frente a presiones mutuas. La problemática atribución que reflejan Polibio, Livio, Ptolomeo y los Itinerarios, a propósito de esta misma franja territorial y de alguna de sus ciudades (Salmantica, Sentike) respecto a las entidades étnicas que habitaban la región a finales de la Edad del Hierro, abundaría en este mismo sentido.

Entendemos por tanto que hay que asumir una diferenciación zonal, marcada esencialmente por los dominios geográficos y económicos, y así poder explicar la caracterización cultural del sector, cuyos rasgos dependen de la propia evolución local y de la intensidad de las diferentes aportaciones recibidas.

Tendríamos así argumentos importantes en la discusión del proceso histórico y arqueológico del occidente de la Meseta, a favor de la hipótesis según la cual, a partir del s. VII a.C. se atisba una progresiva dualidad poblacional y socio-económica cuyos rasgos parecen relacionables con la formación de las etnias prerromanas. No se trata de plantear aquí el nacimiento de las primeras poblaciones históricas propiamente dichas, pero sí la existencia de una etnogénesis regional aún no suficientemente conocida - que arranca en las postrimerías del Bronce Final con los hábitats en altura - en la que se habrían ido gestando grupos con una evidente personalidad territorial; los primeros, en la cuenca sedimentaria donde los romanos hallarán posteriormente establecidos a los Vacceos, los segundos, en los rebordes montañosos del Sistema Central, ocupando el solar originario de los Vettones históricos.

V.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO.

Los siglos IV y III a.C. fueron un período de rápida expansión para las sociedades indígenas de la Meseta. El rasgo más importante que tuvo lugar en esta etapa fue la generalización del fenómeno castreño. A la falta de vigor de los grupos culturales preexistentes le sucede ahora un ascenso muy significativo en el número de poblados fortificados, muchos de ellos de nueva planta y más grandes que los del Hierro I, así como la diversificación del material arqueológico. Para este último dato se han tomado como punto de referencia dos novedades técnicas (Martín Valls 1986-87: 61): el desarrollo generalizado de la metalurgia del hierro, favorecido por la amortización de armas y otros objetos metálicos en las necrópolis de incineración, y la adopción masiva del torno de alfarero, con las características cerámicas de pastas anaranjadas y decoración pintada.

Estos cambios trascendentales que caracterizan el Hierro pleno no se producen de manera inmediata en nuestra región pero son los que permiten hablar de una nueva etapa, que no tiene porqué significar necesariamente una ruptura, como se infiere al menos del papel jugado por determinadas cerámicas o del discurrir estratigráfico y sin solución de continuidad de algunos yacimientos. Si la idea de continuidad es la que se deduce de las referencias y asociaciones más significativas, análogamente tendremos que preguntarnos si las modificaciones defensivas y topográficas que sufren los poblados en la nueva etapa responden a un proceso de evolución interna, si son por el contrario resultado de la vitalización de otros sectores de la Meseta, y si todo el fenómeno refleja un momento puntual en la geografía de los castros; al margen, claro está, de la arribada de nuevas

poblaciones.

Por más que se siga manteniendo artificialmente la división periódica de la Edad del Hierro, interesa estudiar el proceso a través del cual los grupos protovettones establecidos en las altas tierras de Avila-Salamanca y en el valle medio del Tajo alcanzaron a partir de la cuarta centuria una enorme pujanza desde el punto de vista demográfico y material. Desde un planteamiento teórico, el modelo de ocupación castreña supone, frente a la etapa precedente, la consolidación de aquél que definirá las características del patrón de asentamiento de los vettones durante la segunda Edad del Hierro. Hasta que no se generaliza el fenómeno castreño no empezamos a vislumbrar una estructura regional y organizada del poblamiento, que adquiere su máxima expresión en los albores de la conquista romana, momento en el que diversos territorios se articulan a partir de los oppida, entidades políticas de mayor magnitud y con capacidad decisoria.

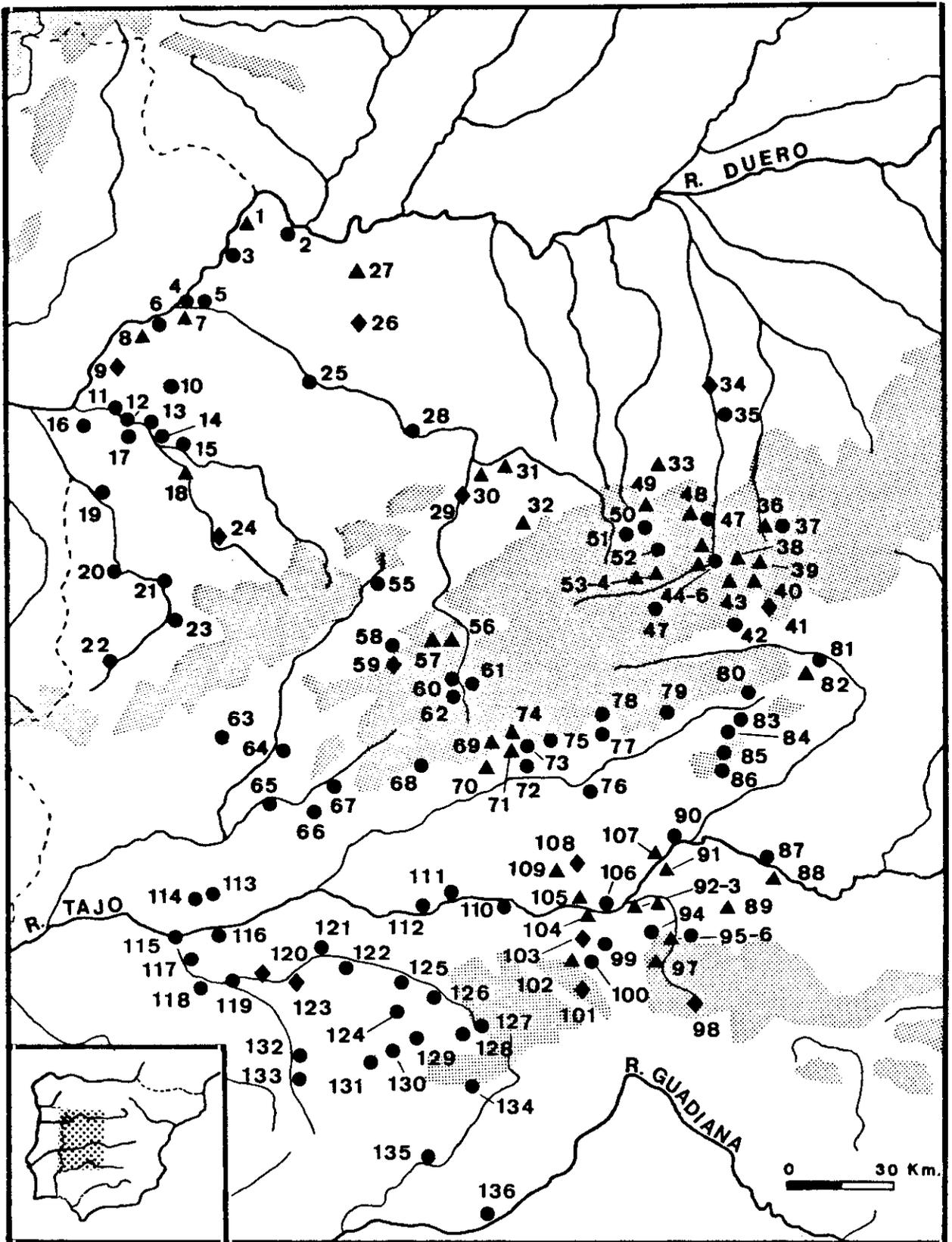
1. La ocupación del territorio en el marco general de la celtización y la evolución de los patrones de poblamiento a escala regional.

Nuestra aproximación al estudio de los hábitats no queda desprovista de problemas:

(a) las prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en el suroeste de la Meseta, cuyos resultados recogen las Cartas e Inventarios provinciales no podrían calificarse precisamente como exhaustivas, por lo que no sabremos hasta qué punto son significativos los datos extraídos⁸¹.

(b) al trabajar con un cuerpo de evidencias incompletas, debemos generalizar

⁸¹ En particular, se ha recurrido a los recientes inventarios de los Museos de Avila, Salamanca y la Diputación de Toledo, ya referidos sucintamente en alguna publicación (Alvarez-Sanchis 1990a: 215 ss.; Santonja 1991: 26-27; Fernández Gómez 1995: 113 ss., 163-164). Junto a los tradicionales trabajos de Gómez Moreno (1927, 1967 y 1983), Mélida (1924), Rodríguez Almeida (1955), Maluquer (1956a), Molinero (1958), López de Ayala-Alvarez de Toledo (1959) y Martín Valls (1986-87), así como la conocida serie de Martín Valls y Delibes (1973 a 1982) sobre el patrimonio arqueológico zamorano, otras aportaciones bibliográficas vienen a compensar la falta de información en este terreno o bien la ausencia de trabajos intensivos en determinadas comarcas. Este sería el caso de las tierras suroccidentales de Zamora, donde se conocen muy pocos yacimientos (Martín Valls 1974:75; Esparza 1990b: 102-103), el occidente provincial Toledano (Urbina et alii 1994) y el norte de Cáceres (González Cordero et alii 1990: 159-160; González Cordero y Quijada 1991: 154-155). Podemos reseñar asimismo otras aportaciones - mucho más limitadas y en ocasiones confusas - como los trabajos de Sevillano (1978) y Jiménez de Gregorio (1992).



● POBLADO FORTIFICADO ▲ HABITAT ◆ INDETERMINADO [shaded box] Más de 1000 m.

Fig. 14. Grupos Vetttones del Hierro Pleno-Final en el Suroeste de la Meseta.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

a partir de los casos mejor conocidos, centrando el análisis sobre los grandes núcleos de población y aquellos otros que han sido fruto de la excavación arqueológica: Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso, Salamanca, El Picón de la Mora, Yecla de Yeltes, Villasviejas del Tamuja, La Coraja....El resto se agruparía paradójicamente entre aquellos yacimientos fortificados de los que desconocemos sus materiales y aquellos otros que conocemos sus materiales pero prácticamente nada sobre sus estructuras o circunstancias de hallazgo. Una consecuencia evidente será la pérdida del detalle.

(c) la cronología no es tan firme como sería deseable. Los problemas más importantes estriban en la posición ambigua de algunos materiales y yacimientos en relación a la fase inmediatamente anterior al Hierro pleno, situación que por otro lado ha contribuido a enfatizar la idea de discontinuidad. Una parte de los castros fortificados tiene una amplitud de al menos cuatro siglos, frente a la inseguridad que conlleva la valoración tipológica de las cerámicas recogidas en superficie. Pese a ello, los datos que se infieren de los mapas de poblamiento se ajustan mejor a un marco de plenitud cultural, siglos III-I a.C. fundamentalmente, y no a todo el proceso.

-----~~Así y todo, creo que la dinámica del poblamiento comarcal durante la Edad del Hierro ofrece una lectura relativamente clara y unánime. Si atendemos al grado de concentración de vestigios relativos al hábitat y a las unidades geográficas más homogéneas del territorio, como se desprende de la Fig. *, se pueden apreciar varias regiones con entidad propia.~~

- En el valle de Amblés (Avila), donde hay que destacar una importante ocupación desde el Bronce Final, las condiciones naturales marcan significativos contrastes en los patrones de asentamiento. En líneas generales puede hablarse de dos zonas de distribución de yacimientos, por un lado las estribaciones de las sierras que circundan el valle y que agrupan a la mayor parte de los castros fortificados - Las Cogotas (Cardeñosa), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra), Ulaca (Solosancho), Sanchorreja, Cillán - por otro, las zonas llanas próximas a la vega - Muñogalindo, Padiernos, Ermita de Sonsoles - ocupadas preferentemente por yacimientos no amurallados y de menor entidad (Alvarez-Sanchís 1990a). Del mismo modo, aunque conocemos de manera bastante

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

precaria las líneas generales del poblamiento - faltan prospecciones sistemáticas que aborden, por ejemplo, como se estructuran los yacimientos contemporáneos de menor categoría - hacia este mismo momento diversas ocupaciones castreñas se distribuyen en las estribaciones meridionales de la sierra de Gredos, a lo largo del valle del Tiétar. El poblamiento es fundamentalmente longitudinal - castros de Escarabajosa (Sta. María del Tiétar), La Pinosa (Mijares), Berrocal (Arenas de S. Pedro), Castillejo de Chilla (Candeleda), El Raso (Candeleda)... - lo que podría hacernos suponer que se está dando un nivel de respuesta relativamente similar (Alvarez-Sanchís e.p. *).

Una parte de los yacimientos abulenses del Hierro Antiguo, con vasijas encuadrables en el mundo del Soto, como Las Zorreras (Muñana), probablemente desaparecen a finales del s. V a.C. o en el transcurso de la cuarta centuria. El esplendor de Sanchorreja se diluye en estas mismas fechas, aunque durante un tiempo pudo persistir una ocupación más esporádica. Falta la cerámica a torno estampillada (Maluquer 1958a: 96) cuyos inicios podrían situarse en el tránsito de los siglos IV-III a.C. y, dentro de las especies a peine, las decoradas con temas barrocos y otras técnicas como las acanaladuras, soles, etc, bien documentadas en los poblados y necrópolis de la región avanzada la cuarta centuria (Martín Valls 1986-87: 72 ss.; Fernández Gómez 1995: 122). Con todo, se conoce un fragmento de fíbula de torrecilla lateral procedente de las excavaciones así como algunos fragmentos de pastas rojas, tildados de "celtibéricos" y hallados en superficie (Maluquer 1958a: 51-52, 60; Martín Valls 1986-87: 61-62), por lo que no es descartable la ocupación de alguno de los sectores y recintos del castro hasta un momento indeterminado del Hierro pleno.

En otros establecimientos que serán característicos de la nueva etapa parecían advertirse indicios de ocupaciones previas, apreciación que ya reseñábamos a propósito de algunos vasos decorados y objetos metálicos oriundos de Las Cogotas y el Raso de Candeleda. En las inmediaciones de este último llamábamos asimismo la atención sobre la existencia de uno o varios núcleos poblacionales a finales de la Edad del Bronce y del Hierro I; este sería el caso de "El Castañar", que se ha vinculado con la necrópolis del Raso pero de donde también proceden abundantes molinos barquiformes y cerámica a mano con decoración peinada (Fernández Gómez y López 1990: 96-99; Fernández Gómez

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

1995: 154-155). Este contexto también es válido para el poblado y las estructuras funerarias de la Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), a escasa distancia de las cuales se ubica una necrópolis bien emparentada con sus homólogas abulenses (González Cordero *et alii* 1990 y 1993: 260; Celestino 1995: 82).

Algún otro yacimiento puede mostrar vestigios del Hierro I, pero los poblados que paulatinamente se dispersan en torno a los valles de Amblés y Tiétar a partir de la cuarta centuria a.C. son en una gran mayoría - con valores en torno al 74% y 71% respectivamente - hábitats de nueva planta. Ciertamente, es posible efectuar otra valoración de este hecho. Por lo general se documentan menos centros grandes que pequeños y, a pesar de la insuficiencia de datos, suele ser usual que los primeros ofrezcan materiales más abundantes e indicios de otras actividades ausentes en los más pequeños (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995; Alvarez-Sanchís e.p. *). Sin entrar todavía en un análisis exhaustivo, esta situación implica (a) un patrón de poblamiento mucho más complejo que las centurias precedentes, (b) una jerarquización del territorio a nivel regional y (c) la aparición de sitios especializados.

- Si ampliamos la lectura a otras áreas, observamos nuevamente este proceso de ordenación estructurado a partir de las cuencas fluviales. Así, la distribución del poblamiento en la Alta Extremadura (Rodríguez Díaz 1990: 133; Martín Bravo 1993: 347-348 y 1994) y en las tierras occidentales de Toledo queda supeditada a la trama hidrográfica generada por el Tajo y sus principales afluentes. Por ejemplo más del 70% de los poblados fortificados del occidente de Cáceres, mayoritariamente habitados a lo largo del Hierro Pleno - Castillejo de la Orden (Alcántara), La Muralla (Alcántara), Sansueña (Cáceres), El Zamarril (Portaje) - se repliegan en torno a las márgenes más accidentadas de las vegas, disminuyendo notablemente los emplazamientos en sierras en favor de meandros, espigones fluviales y en los tramos más cercanos a las desembocaduras, allí donde el relieve resulta más abrupto, los suelos degradados y las condiciones defensivas óptimas (Ongil 1986-87; Martín Bravo 1994: 281 ss. y 1996). Además hay que señalar que las aproximaciones teóricas destinadas a la evaluación de los recursos potenciales de estos castros ofrecen un entorno mucho más favorable para el aprovechamiento ganadero (Martín Bravo 1991), lo que en no pocas ocasiones hay que relacionar con un cambio en la concepción del hábitat y la consiguiente relocalización de los

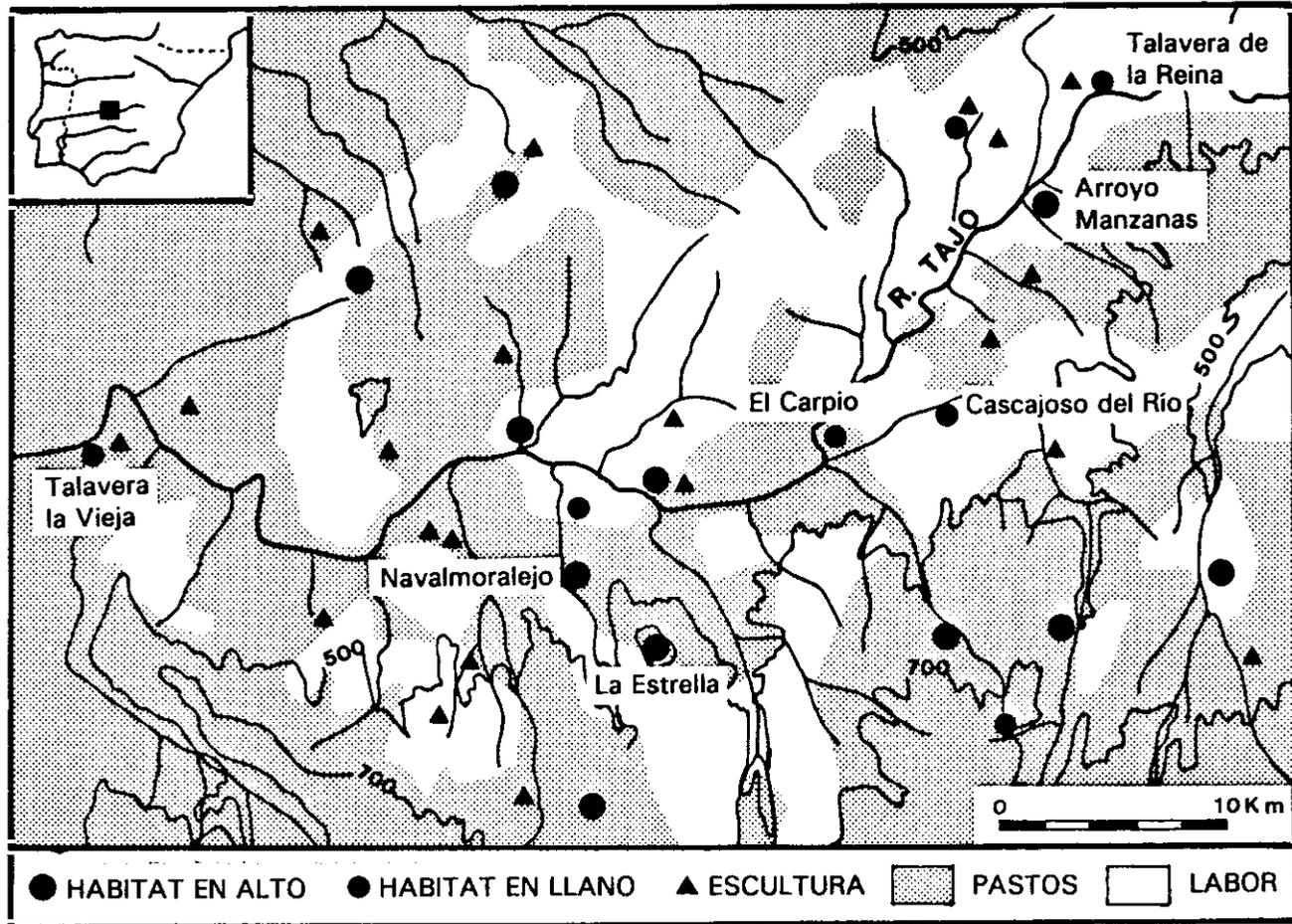


Fig. 15. Poblamiento de la segunda Edad del Hierro en la Cuenca media del Tajo.

asentamientos respecto a la etapa anterior (Rodríguez Díaz 1995a: 112).

En la cuenca media del Tajo, el horizonte del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro aparece relativamente bien documentado aunque todavía mantiene el problema irresoluble de la descontextualización para una gran parte de los hallazgos (Fernández Miranda y Pereira 1992). Algunos yacimientos ofrecen continuidad con la fase del Hierro Pleno, como es el caso de las ocupaciones de Arroyo Manzanas en Las Herencias (Moreno 1990), El Carpio (Belvís de la Jara), Calera de Fuentidueña (Azután) y Talavera la Vieja (Aguilar-Tablada 1996), siempre aquellos emplazamientos en franca relación con los vados del río. Cobra así todo su sentido la amplia secuencia de estos sectores ligados reiteradamente a los citados accesos estratégicos. Como en sus homólogos abulenses, los sitios se ubican en alto y en llano pero, paradójicamente, un número importante no se rodea de murallas y sólo excepcionalmente alcanzan un tamaño importante. Con todo, podría aceptarse que algo más del 68% de los asentamientos son de nueva planta, dato que se incrementa hasta el 80% si tomamos en consideración la totalidad del poblamiento para el norte de Extremadura, prácticamente hasta el Guadiana.

- Por último, los castros que en las cuencas del Tormes, Huebra, Yeltes, Camaces y Agueda ocupan el centro y, sobre todo, el occidente de la provincia de Salamanca - Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes), Las Merchanas (Lumbrales), Castillo de Saldeana, La Plaza (Gallegos de Argañán) ... - parecen corresponder a núcleos de cierta magnitud, aunque la concentración de la mayor parte en el Huebra/Yeltes y el Camaces resulta a priori de difícil justificación (Santonja 1991: 26-27). De ellos apenas se dispone de otra información que no sea la referida a sus extraordinarias defensas (Maluquer 1968; Martín Valls 1971b y 1973a). También algunos castros hunden sus raíces en la Edad del Bronce y en el Hierro Antiguo. En estos casos su emplazamiento aparece elocuentemente determinado por el valle del Tormes, principal arteria de comunicación, lo que estaría en consonancia con las zonas de mayor presencia humana desde el III milenio a.C. (Santonja 1991: 24).

A la vista de los datos aportados por el cerro de San Vicente y el inmediato Teso de las Catedrales, la capital salmantina no alberga dudas sobre la continuidad del poblamiento, por lo menos desde la Primera Edad del Hierro (Martín Valls *et alii*

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

1991: 149 ss.). La fechación de Ledesma también es segura desde este momento o incluso antes. Se podría afirmar que la historia de la villa enlaza con el Hierro pleno, a la vista del hallazgo de cerámicas celtibéricas y a peine, aunque proceden de un nivel de revuelto que cerraba la secuencia (Benet *et alii* 1991: 130, 136). Los materiales de la Edad del Hierro del conjunto de las Paredejas/El Berrueco (Medinilla) no proceden de excavaciones sistemáticas pero se pueden datar entre los siglos VII y III a.C.. Esta última centuria también parece estar representada en el inmediato asentamiento de los Tejares (El Tejado), probablemente en relación con el abandono paulatino del primero, hasta conectar con el cambio de era (Fabián 1986-87: 285-287). Otros yacimientos parecen mostrar ocupaciones esporádicas y pequeños hiatus desde el Bronce y a lo largo del primer milenio, como sería el caso de La Corvera, en Naval Moral de Béjar (Benet 1993: 341 y Fabián, com. personal). En cualquier caso, los asentamientos salmantinos que surgen en la nueva etapa representan aproximadamente el 78% del total.

Conviene insistir en el hecho de que la configuración del poblamiento salmantino así como su secuencia cultural ofrece una visión compleja. A diferencia de lo que ocurre en las localidades del Tormes, en las tierras más occidentales de la provincia el horizonte del Bronce Final es virtualmente desconocido si se exceptúan algunos hallazgos metálicos aislados (Fuenteliante, Peñaparda). Las evidencias son asimismo tenues para el Hierro Antiguo, aun cuando pueda pensarse en una sucesión cronológica entre el poblado y el castro del Picón de la Mora o el hecho de que algunas cerámicas a peine muy sencillas y otros vestigios puedan elevar ligeramente la datación del castro de Yecla la Vieja por encima del 500 a.C. (Martín Valls 1971b: 137, 1973a: 94-95, 1986-87: 62 ss.). También es verdad que faltan excavaciones y estratigrafías, pero los castros occidentales que genéricamente se datan en el Hierro II no parecen tener ocupaciones anteriores o por lo menos de cierta entidad. De ahí que el hecho más significativo sea que más del 83% de estos yacimientos se pueda considerar de nueva planta. Hasta qué punto la revitalización del poblamiento en este sector y en este momento recibe estímulos célticos y se relaciona con la explotación minera del territorio, es algo que queda aún por dilucidar (Salinas 1992-93: 179-180), pero lo cierto es que a partir del s. IV a.C. representan una estrategia de ocupación muy particular, con núcleos poderosamente fortificados y un significativo nivel de concentración que desentona del conjunto.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Resumiendo, la ocupación del territorio ofrece desiguales situaciones entre las comarcas abulenses, la cuenca media del Tajo y las regiones más occidentales, lo que podría sugerir que el substrato del Bronce Final/Hierro I ha podido funcionar con distinta intensidad en cada área, dependiendo de factores tales como su accesibilidad e integración en los principales circuitos de intercambio⁸². Ahora bien, existe una coincidencia sustancial entre las diversas situaciones y áreas analizadas: a partir del siglo IV a.C. parece producirse un notable incremento de población, o, al menos, de territorio ocupado. Dicha proliferación podemos cuantificarla en términos globales. De los aproximadamente 136 poblados considerados en el territorio vettón, alrededor de un centenar (74%) es de nueva planta. Estas modificaciones que se detectan en la región son también reconocibles en el sector oriental de la Meseta. Los datos correspondientes a los castros celtibéricos del Alto Duero ofrecen valores del 43% y del 73% para núcleos de nueva creación en los siglos IV-III a.C y II-I a.C. respectivamente (Jimeno y Arlegui 1995: 108-109). Este crecimiento resulta muy significativo y está en clara sintonía con la intensificación de las explotaciones agrarias.

Un aumento gradual debió darse en las tierras suroccidentales del Duero, quizás más acentuado en los dos o tres últimos siglos antes de la Era, pero aún no estamos en condiciones de discriminar cuantitativamente todo el proceso siguiendo fases cronológicas⁸³. La datación concreta de una parte de los asentamientos puede resultar prematura dada la falta de excavaciones para referenciar los materiales documentados en prospección, pero simultaneando lo conocido en áreas vecinas el diagnóstico es favorable al citado y paulatino crecimiento (San Miguel 1993: 31 ss.; Jimeno y Arlegui 1995: 105 ss.; Rodríguez Díaz 1995a). Por el contrario, la impresión que se obtiene en los territorios vacceo y astur, en

⁸² Recuérdese no obstante algunos problemas inherentes al registro arqueológico a que ya hemos hecho alusión, como el nivel de investigación - secularmente abandonado en algunas áreas - la estacionalidad de los hábitats de Cogotas I - que distorsiona de alguna manera la cuantificación del poblamiento y su contrastación con otros periodos - o las condiciones ambientales del territorio.

⁸³ Algunos amplían su solar en un momento relativamente temprano; sería el caso de Salamanca, que además del cerro de San Vicente ocupa el Teso de las Catedrales probablemente a finales del s. IV o inicios del III a.C. (Martín Valls *et alii* 1991: 153). Bajo el punto de vista arqueológico otros denotan un cambio de emplazamiento. La dinámica que transcurre en el sector del Berrueco (Cancho Enamorado/Las Paredejas/Los Tejares) es paradigmática en este sentido. Otro tanto conviene para El Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores, con el traslado del poblado abierto al nuevo emplazamiento fortificado en un contexto de transición al Hierro II. Con todo, sabemos de auténticas fundaciones a finales del s. III a.C. y en las dos centurias siguientes: El Raso de Candeleda, Avila/Obila, Talavera de la Reina/Caesarobriga, Talavera la Vieja/Augustobriga...etc.

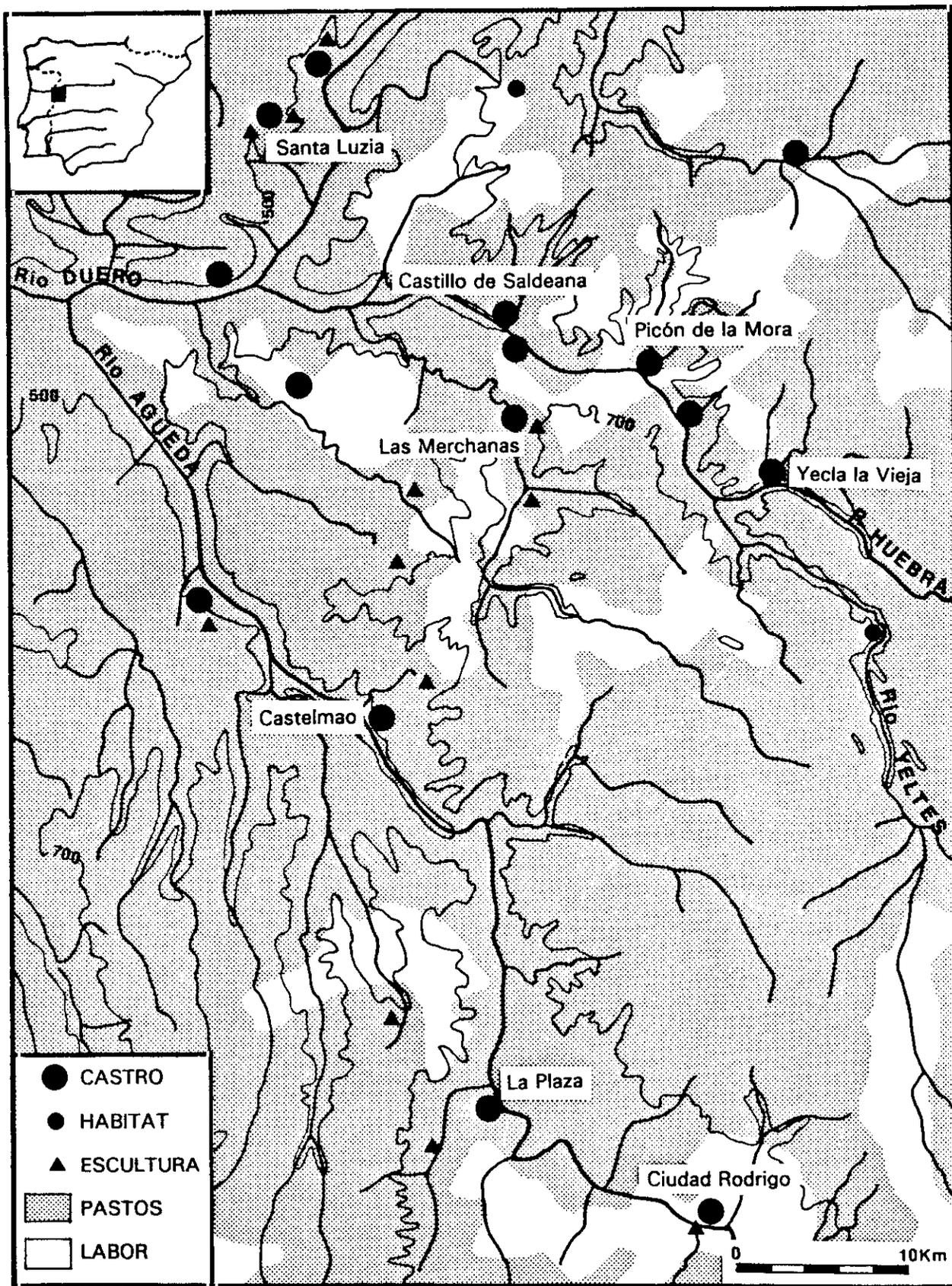


Fig. 16. Poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el occidente de la provincia de Salamanca.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

particular en el centro de la cuenca y en la mitad oriental de Zamora, es bien diferente. El porcentaje de poblados ex novo es muy inferior, enraizando la mayoría con fundaciones del horizonte Soto al tiempo que se produce una concentración humana en grandes núcleos (Esparza 1990b: 119-120; Martín Valls y Esparza 1992: 267-268, fig. 1; Sacristán de Lama et alii 1995: 358, tabla 1).

Por supuesto, tras estas evidencias subyace un problema importante: las analogías entre los sectores oriental y suroccidental de la Meseta podrían entenderse como un argumento a favor del contacto entre ambas áreas. En caso afirmativo habría que preguntarse a continuación si el crecimiento de nuestra región comportó penetraciones étnicas y cuál fue el peso de los recién llegados, si se trató de un fenómeno de aculturación que se vería favorecido por una estructura socio-ganadera afín, o bien ambas cosas.

Creo que es posible efectuar otras valoraciones a partir de este hecho:

(1) Este momento coincide con la puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región, que habrían favorecido en última instancia la ampliación del terrazgo y la ocupación de nuevos suelos, intensificación en la que sin duda tuvo mucho que ver la forja del hierro con vistas al aprovechamiento de los suelos más pobres y duros de la región. Numerosos poblados fueron ocupados durante varias centurias; que las personas pudieran subsistir más tiempo en un mismo sitio implica el dominio de las técnicas que conservan la fertilidad de la tierra, como la rotación de cultivos o la utilización de abonos (Ruiz-Gálvez 1992), presentes ya en algunos centros jerarcas de la etapa anterior.

(2) Desde el punto de vista de los patrones de asentamiento, es evidente que la etapa tuvo que representar un fuerte reajuste entre el paisaje social de los siglos VII-V a.C. y los nuevos modelos de ocupación territorial. La distribución de los poblados oscila ahora entre los cinco y los diez Km. de distancia al próximo más inmediato (Fig. *). El dato es suficientemente expresivo y difiere respecto de las teóricas estructuras territoriales del Hierro I (10/20 Km.). Algunos asentamientos jerarcas de la etapa anterior sobreviven pero la mayoría se abandonan o pierden relevancia en el territorio. Las soluciones son varias y bien detectables a escala comarcal, como más adelante tendremos ocasión de ver, pero

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

lo que el registro arqueológico sugiere es una nueva y densa red de poblamiento que está reflejando, en unos casos la emergencia, y en otros la vitalización, de comunidades con una mayor capacidad política y socio-económica.

(3) La irrupción de nuevos poblados en la Vettonia no parece acompañarse del abandono sistemático de los anteriores, dato este que obliga a prescindir de la simplista ecuación Hábitat ex novo = Discontinuidad del poblamiento; más de la mitad de los antiguos emplazamientos, en torno al 59%, ha proporcionado las típicas cerámicas a torno decoradas con pinturas. No parece que estemos ante restos circunstanciales y el hecho de que en algunos yacimientos el substrato del Hierro Antiguo sea importante reafirma con nitidez la continuidad del proceso. Pero si la nueva situación no debe valorarse como una arribada masiva de "colonos" que levantan poblados a la vez que destruyen los anteriores, tampoco es menos cierto que en muchos casos se trata de asentamientos de nueva planta; a la vista está el nutrido número de castros que pueblan el suroeste de la Meseta frente al panorama que ofrece el territorio en los siglos precedentes. Desde luego todo ello implica un crecimiento, no sólo en cuanto al número de habitantes, sino también en lo que se refiere al desenvolvimiento de las actividades económicas, más diversificado, como se infiere de los modelos de asentamiento.

(4) Otro aspecto a destacar sería la expansión del nuevo ritual de incineración asociado a necrópolis amplias y bien diferenciadas. La adopción del ritual en el área abulense y su proyección hacia Extremadura (Martín Valls 1985: 115 ss. y 1986-87: 70 ss.; Rodríguez Díaz y Enríquez 1992), la analogía que ofrecen los ajuares metálicos con los celtibéricos o las posibilidades de combinación de la panoplia, deben entenderse como una respuesta indígena a los estímulos célticos del oriente de la Meseta. Parece razonable suponer que este fenómeno esté estrechamente interrelacionado con el apartado anterior, aunque un sector importante, la franja más occidental del territorio, no ha proporcionado información funeraria para este momento. Es muy probable que los nuevos estímulos actuaran con diferente intensidad en unas regiones respecto a otras más marginales, refractarias y fuertemente enraizadas en el substrato.

Entendemos que el desarrollo de la cultura vettona tiene lugar a partir de contextos culturales anteriores, como se desprende del discurrir estratigráfico de

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

algunos yacimientos. Ahora bien, algunas diferencias son muy significativas entre los mapas del Hierro I y II: (a) el traslado o abandono de los centros de riqueza más importantes, (b) un marcado incremento en el número y tamaño de los asentamientos fortificados, (c) distintos modelos de ocupación a nivel regional y (d) evidencias claras de relaciones jerárquicas y especialización entre los sitios.

A juzgar por los datos disponibles no es del todo excluyente la idea de la arribada de nuevas gentes, cuyo impacto debió ser limitado en cuanto a volumen, como corresponde por otro lado a un territorio donde no llegaron a establecerse enclaves a costa de la absorción, expulsión o eliminación de las poblaciones autóctonas. Este marco de referencia sería factible con la idea de casos deliberados de sinecismo y fundaciones *ex novo* en territorios alejados, acorde a concepciones sociales e ideológicas de indiscutible tradición céltica (Almagro-Gorbea 1994a: 30-31). Pero frente a un "modelo demográfico" de connotación invasionista, según el cual habría que considerar el surgimiento de una parte de los castros occidentales como un auténtico fenómeno de colonización externa, es más realista un "modelo socio-económico" de alta capacidad expansiva, como el propuesto por Ruiz Zapatero (1995: 33-34) para los grupos de tradición de Campos de Urnas y que pienso puede adaptarse perfectamente al ámbito vettón y lusitano. Incluso con una ventaja añadida, al tratarse de una zona muy favorecida por el medio ambiente pastoril (Almagro-Gorbea 1991b). De alguna manera, la movilidad implícita en comunidades de fuerte componente ganadero pudo ser el mecanismo de expansión y, al mismo tiempo, de comunicación y cohesión.

El proceso de celtización y su vertebración en la secuencia arqueológica del occidente de la Meseta implicaría entonces: (a) una economía mixta, que se expresa bien en un aprovechamiento agrario diversificado y una ganadería especializada de tipo extensivo, probablemente asociada a mejoras tecnológicas como el arado, el policultivo y la explotación de la sal, (b) la transformación del sistema de propiedad, con el amurallamiento de los poblados⁸⁴ y otras fórmulas de planificación del espacio que posiblemente incluirían la parcelación de tierras y

⁸⁴ La generalización de la planta rectangular y la complejidad de otras estructuras domésticas conectaría bien con este momento. La forma arquitectónica interviene teóricamente como un exponente del desarrollo de la propiedad privada y de la especialización, que en última instancia estimularían la economía de los poblados (Vela Cossío 1995: 263-264). Funcionalmente se adapta mejor a las nuevas necesidades defensivas de los castros, facilita la compartimentación interna para el almacenaje de excedentes y favorece el incremento demográfico por su mayor capacidad de agregación (Redman 1990; Vela Cossío 1995).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

pastizales, y (c) una organización social jerarquizada de tipo gentilicio, bien evidenciada en la aparición de armamento de prestigio y de grupos de enterramientos diferenciados.

Este modelo teórico, con pequeñas e intermitentes aportaciones humanas pero de fuerte impacto socio-ideológico, resulta todavía más eficaz si atendemos al planteamiento de Almagro-Gorbea (1991b, 1992 y 1993b) sobre la posible afinidad de estos grupos con un substrato cultural anterior, considerado protocelta y conservado en el occidente de la Meseta, aunque también con indicios del mismo en el área celtibérica. Dicho substrato ha sido relacionado por el autor con determinados elementos lingüísticos indoeuropeos, como los que conservan la P inicial que habría perdurado en la lengua Lusitana⁸⁵, además de otros elementos socioculturales e ideológicos, por ejemplo los santuarios rupestres o ciertas divinidades arcaicas (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 204 ss.). Hay que admitir que la contrastación de alguno de estos aspectos está todavía severamente limitada por la escasez de datos y no permite mayores precisiones, pero esta hipótesis permitiría entender mucho mejor la rápida expansión y aceptación del modelo y el fuerte crecimiento experimentado a partir de los siglos V-IV a.C. bajo la presión del mundo celtibérico.

Desde el punto de vista arqueológico, el hallazgo de elementos de la cultura material céltica en áreas no estrictamente celtibéricas, como evidencia la dispersión de las espadas de antenas y los puñales biglobulares en las necrópolis vettonas o las fíbulas de caballito, sería un indicio más de una celtización de efecto acumulativo en estos territorios occidentales, a partir de un complejo proceso de evolución (Almagro-Gorbea 1993b: 154-158; Lorrio 1995: 82-84). Con posterioridad, al tratarse de elementos propios de sociedades celtas más evolucionadas, cabría considerar la generalización de genitivos de plural indicativos de la estirpe y la difusión del antropónimo Ambatus, tal vez relacionado con la clientela militar (Almagro-Gorbea y Lorrio 1986: 112-113, mapa 5; Almagro-Gorbea 1994a: 46). Otras referencias onomásticas de gran interés, que evidencian la emigración de gentes célticas en Vettonia y Lusitania, vendrían avaladas por la distribución de los antropónimos Celtius y Celtiber o los topónimos en -briga

⁸⁵ Sobre la problemática que rodea a la oclusiva labial sorda /p/ y sus posibilidades de interpretación, véase de Hoz (1993: 380 ss.).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(Almagro-Gorbea y Lorrio 1986: mapas 2-3; Albertos 1983 y 1990; de Hoz 1993: 366 ss.) así como una teonimia característica de las regiones occidentales, del tipo Bandue, Navia, Reve o Coso-, que demostrarían su celtización religiosa (Untermann 1985; García Fernández-Albalat 1990).

Por qué una transformación de estas características tuvo lugar a partir de mediados del primer milenio es un tema abierto a la discusión. Desde luego la cuestión básica para entender el devenir de las sociedades prerromanas radica en la interrelación e interacción de factores indígenas y externos. Queda claro que una compleja secuencia de acontecimientos entre el 550 y el 450 a.C. inaugura un drástico cambio en las relaciones entre la Europa Céltica y el Mediterráneo, el más importante de los cuales fue la expansión griega a costa de las talasocracias púnica y etrusca (Nash 1985: 55 ss.; Cunliffe 1988: 33-35). Las primeras víctimas de estos enfrentamientos fueron las poblaciones del interior por su dependencia con estas redes comerciales. Las antiguas jefaturas hallstáticas habrían perdido así su tradicional función de mediadoras entre el mercado mediterráneo y las sociedades guerreras celtas de su hinterland, siendo éstas últimas las grandes beneficiadas por su capacidad de expansión.

En un intento de adecuar este fenómeno al contexto peninsular, se ha llegado a plantear la posibilidad de que la desaparición de Tartessos tuviera consecuencias negativas para el oeste de la Meseta, al afectar a las redes comerciales de intercambio que discurrían por la vía de la Plata (Burillo 1987: 84 y 1989-90: 95 ss., 110-111; Romero y Jimeno 1993: 200). La ausencia de importaciones orientalizantes explicaría de alguna manera el colapso económico y comercial de las estructuras territoriales y de los centros jerarcas del Guadiana y su proyección hasta el norte del Tajo. Los cambios en la estructura de las relaciones políticas y económicas entre estas poblaciones y el Mediodía peninsular sirvió para trastocar los patrones de contacto establecidos, el más importante de los cuales sería el abandono de un comercio especializado a larga distancia que había vinculado de alguna manera a fenicios y tartésicos con el territorio extremeño y las poblaciones ganaderas más septentrionales. Los poblados de altura sólo prolongarían su existencia en los casos más relevantes desde el punto de vista estratégico, a la vez que poblaciones ganaderas comenzarían a proyectarse hacia el sur en este momento (Rodríguez Díaz 1994: 118-119),

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

emancipadas de su tradicional dependencia y sin duda beneficiadas del "vacío" de poder en los antiguos territorios. Con todo, la interpretación es demasiado sencilla y otros factores de índole económica y demográfica también debieron tener lugar. Por ejemplo, el concepto de "crisis" en el caso andaluz ha merecido una reconsideración a la luz de otros posibles modelos (Cunliffe 1995: 19-20), y estoy completamente de acuerdo con Kurtz (1995: 36-37), refiriéndose no obstante a la crisis de los principados hallstáticos, en el problema de sobrevalorar el papel del comercio a costa de otras causas internas gestadas en la propia sociedad, como por ejemplo las que se derivan del anquilosamiento de las estructuras de poder.

El modo más simple de explicar el nuevo patrón de ocupación sería suponer que estamos asistiendo a una profunda reorganización del concepto de propiedad de la tierra (Cunliffe 1990: 335). Bajo el punto de vista arqueológico la evidencia más importante en el occidente de la Meseta estriba en el contraste entre los pocos asentamientos estables con anterioridad al 500/400 a.C. y el nuevo paisaje social. Si ello responde a un rápido incremento de población, previamente habría exigido una reorientación en el uso de la tierra y de sus excedentes. La relevancia de esta etapa se vería asimismo refrendada con los distintos recintos fortificados que se suceden en el espacio y en el tiempo, cerrando espacios que pudieron haber estado en uso desde fases precedentes y abarcando núcleos de gran magnitud, todo lo cual habría exigido un considerable esfuerzo comunitario, organizado bajo las directrices de alguna forma de autoridad. Esta necesidad de definir nuevos espacios y territorios, acentuada por una población en aumento, podría entenderse como el paso de un sistema donde el poder se alimenta de la adquisición, intercambio y disfrute de objetos de prestigio, a otro donde el "prestigio" descansa en el control de la tierra y en su capacidad productiva.

La lectura que podría perfilarse entonces para el ámbito de Cogotas II es que cada valle contaría con una unidad de poblamiento, con personalidad específica y más compleja que la etapa precedente (Alvarez-Sanchís, e.p.*). Sin embargo se trata de una ocupación sistemática muy selectiva, toda vez que las grandes comarcas agrarias como el Campo Arañuelo, la penillanura Trujillano-Cacereña, las tierras sedimentarias del sur y este de Salamanca y el norte de la provincia de Avila están escasamente habitadas. ¿ Existió realmente este contraste o no pasa de ser un hecho coyuntural agravado por el nivel de la investigación ?. Las facilidades de

explotación agrícola que ofrecen estos territorios podrían haber influido en el arrasamiento de pequeñas estructuras de la Edad del Hierro, pero el fenómeno es demasiado general como para considerarlo producto de la casualidad.

Triunfa, en definitiva, el modelo castreño que mejor se adapta a los movimientos trasterminantes del ganado. No se renuncia a explotar las pequeñas vegas en consonancia con las necesidades agrícolas de los poblados, además de la huerta para la subsistencia familiar. Hasta cierto punto se podría afirmar que existe un interés por ocupar o controlar estos suelos productivos, pero queda claro que las grandes extensiones agrícolas no se aprovechan, en clara contraposición al modelo vacceo, concentrado y en los terrenos más fértiles. En nuestro caso podríamos defender una economía diversificada con un fuerte componente ganadero, que en última instancia habría favorecido y necesitado de la ocupación de nuevos pastos y por tanto de nuevos territorios. En esta intensificación debió influir el aumento de las demandas suscitadas por las crecientes redes de intercambio entre las comunidades de la Meseta. La necesidad de controlar y almacenar los excedentes desembocará entonces en la vitalización paulatina de determinados núcleos en las principales vías de comunicación, tanto en las márgenes de las sierras como en las cuencas fluviales. Y es muy probable que paralelamente a este proceso haya que explicar la aparición de otros centros menores más subordinados - las pequeñas aldeas del llano - que explotarán los territorios agrícolas para beneficio de los primeros.

2. La Arquitectura de los Castros.

La configuración topográfica de los castros vettones habitualmente pone de manifiesto cuatro tipos fundamentales de emplazamiento, bien planteados por Martín Valls (1971a) y recogidos posteriormente por Esparza (1987: 238) para los castros del NO de Zamora: (1) en espigón fluvial, (2) en cerro o acrópolis, (3) en meandro y (4) en ladera. Los sitios elegidos suelen ser puntos elevados y de difícil acceso, en cerros generalmente erizados de rocas graníticas, bien significados en el paisaje y junto a excelentes vías de comunicación. En unos casos aparecen asentamientos abiertos y en llano, bien conectados con la vega, pero sin duda la mayoría (80%) busca estos emplazamientos defensivos; y, aunque no se puede

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

afirmar rotundamente, una gran parte pudo haber contado con murallas en un momento determinado de su existencia, como avala el hecho de que más del 67% de los casos ahora documentados se fortifiquen.

Según la orografía de cada lugar, indistintamente concurren en un mismo yacimiento rasgos de uno, dos o más tipos, por lo que una caracterización precisa resulta inviable. Otras veces el núcleo de población se extiende habitando dos tesos contiguos - Salamanca, Virgen del Castillo (Pereña) - rasgo que difícilmente puede paralelizarse con alguno de los descritos.

Con todo, el emplazamiento en espigón fluvial es común a más de la mitad de los castros conocidos del suroeste de la Meseta. Son buenos ejemplos de ello La Mesa de Miranda, el Picón de la Mora, Yecla la Vieja, La Plaza en Gallegos de Argañán o La Coraja en Aldeacentenera. Ofrecen en general un cerro amesetado y escarpado, ubicado en la confluencia de dos o tres cauces. La proximidad a las corrientes fluviales y las facilidades naturales de la defensa también conviene a los poblados en acrópolis y en meandro, cuya accesibilidad viene determinada por la pendiente y el recorrido del río principal; así lo vemos en Saldañuela (Bermellar), Las Cogotas, El Raso o Castelmao (San Felices de los Gallegos). En ocasiones, la cresta destaca sobre una cadena montañosa - Sanchorreja, Ulaca, Villasviejas en Casas del Castañar - lo que les confiere un dominio prácticamente global del entorno y de los ríos que fluyen por sus inmediaciones. No parece existir un patrón rígido en la organización de los distintos recintos defensivos, por lo abrupto de la orografía, pero, frente a la variabilidad de los tipos citados, los poblados en ladera ofrecen un sólo núcleo de hábitat bien definido y una cota de visibilidad más reducida. La representación es escasa y una parte se concentra significativamente a lo largo del Tiétar: La Pinosa (Gavilanes-Mijares), El Moro (Higuera de las Dueñas), cerro de la Fuente Blanca (Mombeltrán)... etc.

La altitud absoluta es variable dada la extensión y los rasgos físicos del territorio; desde las altas tierras de Avila, Salamanca y Cáceres se desciende a las vegas del Tajo y el Duero. Una gran parte de las estaciones se hallan comprendidas entre los 700 y los 1100 ms. s.n.m., habiendo un grupo claramente destacado - el abulense - muchas de cuyas cumbres se reparten entre los 1000 y los 1500 ms. Su altura desde la base fácilmente puede alcanzar los 40 ms. y superar los 200

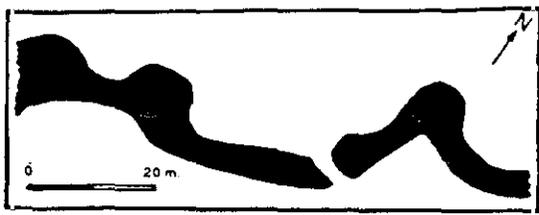
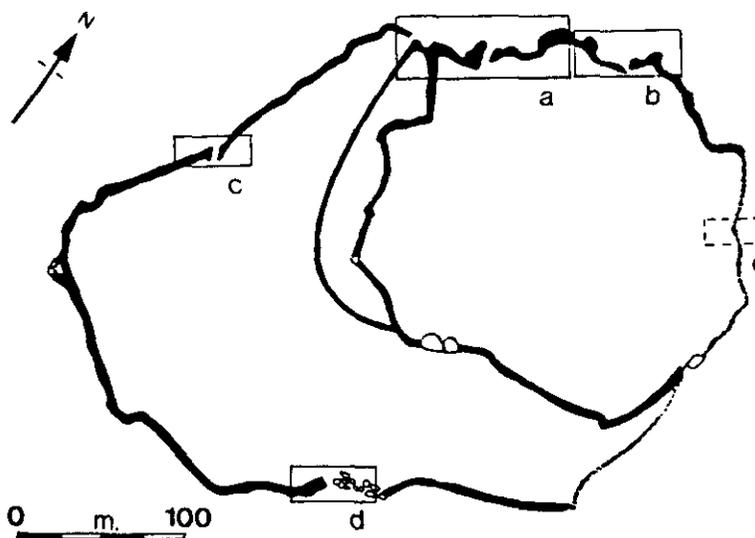
JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

ms. Este dato es mucho más elocuente, sobre todo si se trata de señalar el fenómeno de encastillamiento de los poblados, pero su valor sigue siendo relativo habida cuenta de que la orografía de cada comarca resulta determinante.

Si los yacimientos manifiestan pautas muy sostenidas en cuanto al emplazamiento, no ocurre así en sus dimensiones (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 213). A juzgar por la extensión que abarcan los restos arqueológicos y los sucesivos recintos que a veces los delimitan, una primera impresión podría inducirnos a señalar un aumento de tamaño respecto a las fases precedentes. A falta de una cartografía detallada podemos señalar al menos la existencia de tres clases de asentamiento: (1) inferiores a una Ha. - pequeños castros y poblados abiertos, bien distribuidos en las vegas del Adaja y el Tajo - (2) entre una y 10 Ha. y (3) grandes castros/oppida mayores de 10 Ha. Tal observación nos daría pie para especular sobre la funcionalidad y jerarquización del poblamiento como ya se reflejó en el estudio del hábitat del valle de Amblés (Alvarez-Sanchís 1990a: 216 ss. y 1994: 408 ss.). De alguna manera, paralelamente al proceso de concentración del poder se ha podido producir la subordinación de unos núcleos respecto a otros, pero la diversidad de los modelos de ocupación a nivel comarcal imposibilita una lectura unánime (vid. supra).

2.1. Estructuras defensivas. Esta preocupación por la defensa natural se completa con obras artificiales de fortificación. La existencia de grandes afloramientos de granito en ocasiones hace innecesario el amurallamiento completo y entonces éste se limita a rellenar los espacios libres entre los canchales.

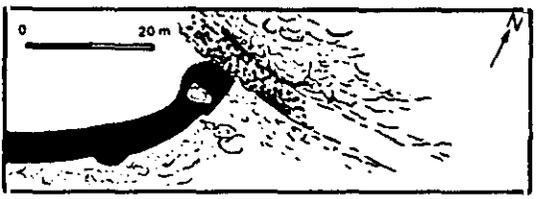
La técnica constructiva de las murallas es relativamente uniforme en la mayor parte de los castros vettones: dos paramentos, externo e interno, de mampostería en seco muy bien ajustado, con un relleno de piedras, losetas y cantos de igual o menor tamaño dispuestas ordenadamente en capas horizontales y trabadas unas a otras (Maluquer 1956a: 28; Martín Valls 1971b: 127 ss. y 1973a: 83; González-Tablas et alii 1986: 117 ss.; Alvarez-Sanchís 1993a; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 214-217). Ocasionalmente este esquema básico se enriquece al documentarse un refuerzo interno que evita el desmoronamiento de la muralla si a consecuencia de un ataque desaparece el primer paramento. En Las Cogotas su construcción es mediante un sistema de doble muro adosado al



(b)

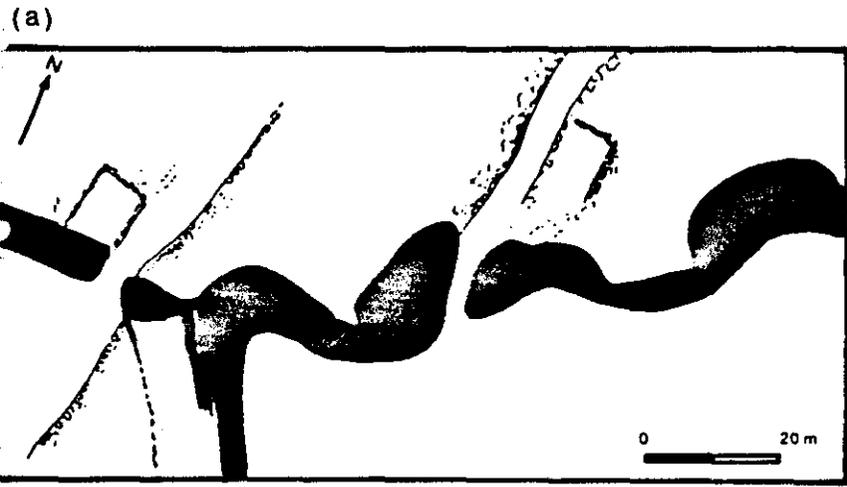


(c)



(d)

Las Cogotas



(a)

Fig. 17. Planta del castro de Las Cogotas y detalle de las puertas.



exterior; hacia el interior se levantaba otro paramento de similares características (Cabré 1930: 30). En los dos primeros recintos de la Mesa de Miranda se documentan tres paramentos (Cabré *et alii* 1950: 23-28) y esto mismo se da también en ciertos sectores de los castros salmantinos de Yecla y Bermellar (Martín Valls 1985: 110 y 1986-87: 68). En el Raso de Candeleda las torres y no la muralla parecen estar construídas de modo análogo (Fernández Gómez 1986: 506). Realmente la interesante técnica de los paramentos múltiples podría extrapolarse a otros castros de la región; a primera vista los núcleos salamantinos y sobre todo abulenses recurren a soluciones más complejas que los poblados del Tajo y la Alta Extremadura, pero al no disponer de ningún otro corte no podemos precisar nada más.

La muralla se construye sin cimentación alguna, directamente sobre el suelo de la roca natural, alcanzando una anchura de 4 a 8 m. por término medio⁸⁶. Su grosor puede ser superior en la base, dependiendo del grado de inclinación de los paramentos externos. Este rasgo, el paramento en marcado talud, es muy característico en los castros de la zona occidental y meridional: los vemos en tierras de Zamora (Fariza), Salamanca (Picón de la Mora, La Plaza, Las Merchanas, Yecla la Vieja, Castelmao) y Cáceres (La Coraja, Santiago del Campo, Villasviejas del Tamuja), y desde luego difiere de los abulenses. En algún sitio el paramento se puede presentar extraplomado debido a un desplazamiento de la muralla y la escasa trabazón de los materiales empleados, pero es indudable que su vinculación geográfica, mayormente en los salmantinos, confiere una gran personalidad al sector.

No es fácil calcular la altura original de las murallas, podemos citar los casi cuatro metros conservados en El Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), los cinco de la llamada "puerta-torre" de La Coraja (Aldeacentenera) o los seis del Castillo de Gema (Yecla de Yeltes). Probablemente estos testimonios nos den una idea de su magnitud media. A veces es muy posible que el remate de las murallas, especialmente en las zonas de entradas, estuviera

⁸⁶ En todo caso la potencia de la fortificación no es uniforme, pues si en determinados sectores de Las Cogotas o Yecla la Vieja alcanza magnitudes por encima de los 11 y 14 metros respectivamente, en otros el espesor apenas alcanza los 2,5 ó 3 m. Tampoco hay que descartar la realización de ciertas modificaciones en la roca para mejorar el asiento de la muralla o alguna otra variante; por ejemplo en Las Cogotas la mampostería descansaba sobre una o dos hiladas de adobe (Cabré 1930: 37).

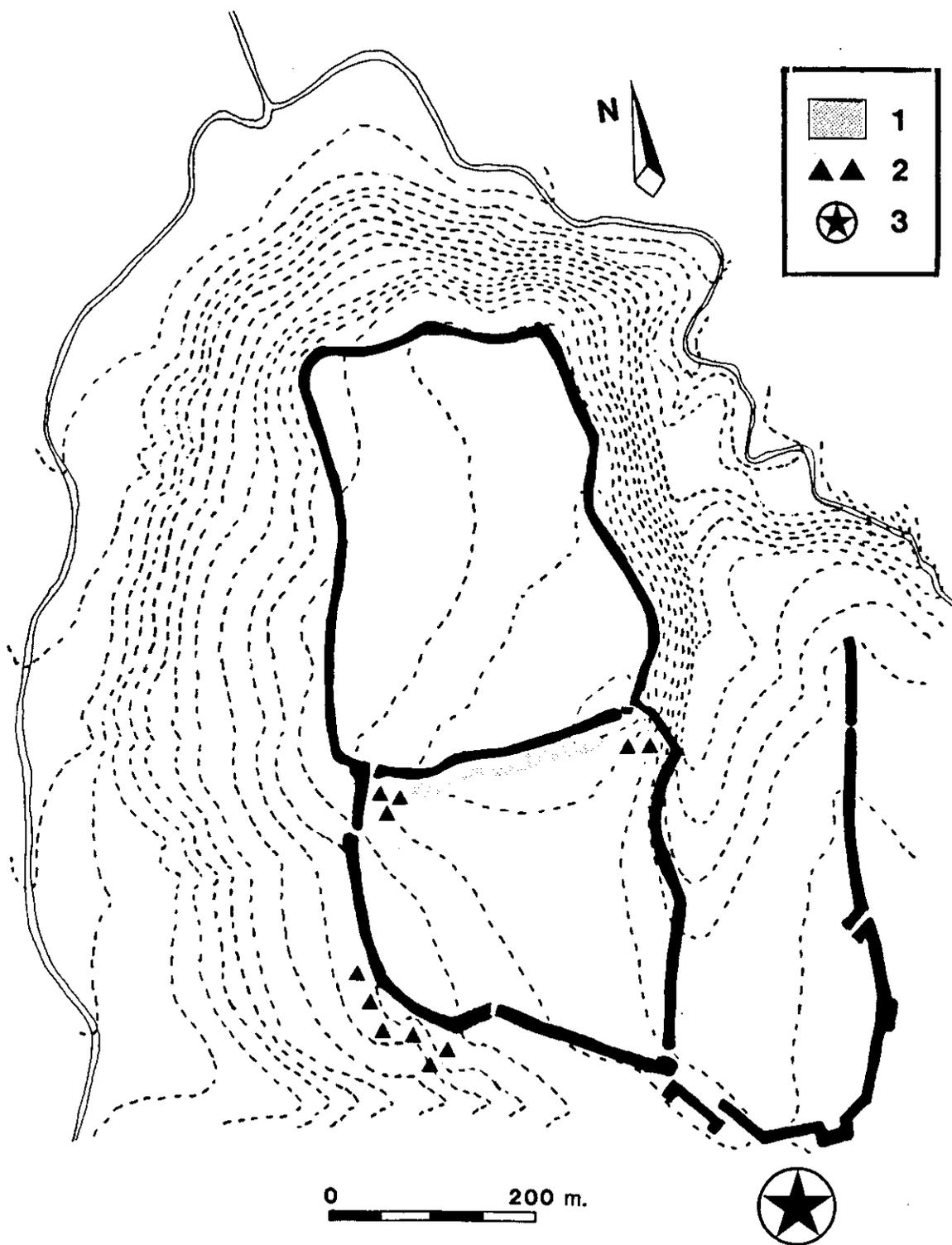


Fig. 18. Planta del castro de La Mesa de Miranda, Chamartín de de la Sierra. Foso (1), Piedras hincadas (2) y necrópolis (3).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

realizado en madera, con una empalizada o postes entrelazados con ramas y palos. Así es como debe entenderse el episodio del incendio de la muralla de Pallantia en el año 74 a.C. tras el asedio a la ciudad de Pompeyo (Apiano B.C. 1,112). No existe ninguna prueba fehaciente de que haya existido ningún tipo de muralla céltica en Iberia durante la Edad del Hierro (Moret 1991: 19) y la referencia de la ciudad indígena nos parece que puede justificar un remate de estas características, aunque ciertamente tampoco se podría descartar que el remate hubiera estado construido con adobes.

El trazado ondulado de las murallas está bien adaptado a la morfología del terreno y a veces se acompaña de imponentes bastiones y macizos salientes curvilíneos - siempre engrosamientos y no elementos anexos - sobre todo en las inmediaciones de las puertas principales de acceso o en la misma entrada. Los vemos en Las Cogotas, Las Merchanas, Yecla, Bermellar, La Coraja.... Estos sistemas defensivos aprovechan al máximo los tiros cruzados, al tiempo que actúan como refuerzo arquitectónico y dan estabilidad a toda la fortificación. Sólo a finales de la Edad del Hierro algunos castros añaden nuevas fórmulas constructivas, con torres de planta cuadrada y una cierta regularización en la talla de sillares.

Las puertas vettonas presentan una organización relativamente homogénea. El esquema habitual ofrece dos tipos bien reconocibles: (a) en embudo y (b) en esviaje. El primero es el más repetido y se formaliza mediante la abertura que ofrecen los dos lienzos de la muralla al incurvarse hacia el interior formando un callejón en forma de embudo más o menos pronunciado. La estructura es sencilla a primera vista y usual en la mayoría de los castros pero admite diversas variantes. Por ejemplo en el Picón de la Mora los lienzos se engrosan hacia afuera y el paramento externo se incurva hacia adentro (Martín Valls 1971b: 128). Otras veces los extremos de la muralla quedan rematados por uno o dos bastiones proyectados hacia el exterior para permitir su defensa frontal, formando también un pequeño callejón en embudo; así acontece en los primeros recintos de La Mesa y Las Cogotas, en el Raso y en La Coraja (Cabré 1930: 34, fig. 3; Cabré et alii 1950: 23; Fernández Gómez 1986: 508; Redondo et alii 1991: 272-274).

En varios castros salmantinos - Pereña, La Plaza (Gallegos de Argañán),

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Castelmao (San Felices de los Gallegos)...- en el tercer recinto de la Mesa de Miranda y, probablemente también en Ulaca⁸⁷, los tramos de muralla se sobreponen. Tenemos por tanto una típica puerta en esviaje, consistente en que los dos lienzos adoptan en la entrada una posición paralela dejando un espacio libre entre ambos para pasar. Cuando hay incurvación pero el esquema en embudo resulta muy pronunciado, adoptando los lienzos un recorrido paralelo de varios metros, entonces el dispositivo también se convierte en ligero esviaje. La puerta principal de Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes), "doblándose la muralla en forma aquillada para dominar todo el trayecto de entrada" (Maluquer 1956a: 127 y fig. 34) es muy ilustrativa en este sentido. Conjeturalmente puede pensarse en una simbiosis de ambas técnicas aunque es muy difícil precisar su sucesión en el tiempo. Como hemos de ver, las estructuras defensivas en sí no ofrecen indicios cronológicos fijos y han de encuadrarse en el período en el que estuvieron habitados los castros, a lo largo de la segunda Edad del Hierro. Lo que no obsta para que la organización en esviaje, más compleja frente al simple engrosamiento en embudo, pudiera corresponder a un momento relativamente tardío.

En ocasiones la muralla está precedida por uno o varios fosos de anchura variable. Pero la presencia en nuestros castros de dicho artilugio defensivo es bastante minoritario, tal vez por hacerlo innecesario los escarpes naturales de los ríos que discurren en su entorno⁸⁸. Más comunes son los campos de piedras

⁸⁷ Merecen una particular atención las puertas septentrionales de Ulaca, en los sectores oriental y occidental del yacimiento abulense, aunque hay referencias a otros accesos para el resto del trazado (Lantier y Breuil 1930: 211 ss.; Alvarez-Sanchís 1993a: 272 ss.). La primera, la más importante a juzgar por su situación y tamaño, ofrece una entrada en esviaje similar a la que ofrece el tercer recinto del oppidum de La Mesa de Miranda, aunque no tan ciclópea. No obstante la descripción es muy problemática, debido al estado de destrucción en que ésta se halla. En la esquina oeste los amontonamientos de piedra son notables por lo que no hay que descartar la existencia de un bastión o torreón defensivo adosado a la muralla. La puerta noroccidental es todavía más compleja de interpretar. Ofrece un pasillo o acceso, quizás sólo se trate de un pequeño vano actual, precedido a su vez por el mismo lienzo defensivo principal, que en esta ocasión discurre en paralelo al anterior, a la vez que delimita un pequeño espacio que debió hacer las veces de recinto secundario. Cabría así la posibilidad de considerar una entrada en esviaje aunque la anchura del pasillo que dista entre ambas murallas es considerablemente elevada (40 m.). Pero también es verdad que con la documentación que hoy disponemos no se puede precisar nada más.

⁸⁸ Los vemos en El Raso - con fosos consecutivos que se unen en los extremos y uno mayor, de 14 m. de anchura, rodeando todo el perímetro (Fernández Gómez 1986: 512-516 y 1995: 166) - al sur del primer recinto de La Mesa (Cabré et alii 1950: 32), en los salmantinos del Picón de la Mora y Gallegos de Argañán (Martín Valls 1971b: 129-130; Inv. Arqu. provincial) y, finalmente, en algunos castros extremeños, bien evidenciados en Villasviejas (Botija), La Coraja de Aldeacentenera y El Pardal, en Trujillo (Hernández Hernández et alii 1989: 19 y fig. 3; Redondo et alii 1991: 273-274; Redondo y Esteban Ortega 1992-93: fig. 2).

hincadas, que repetidamente llegan hasta la base de los muros⁸⁹. Al no dejar ningún espacio libre entre ellos y las murallas, creo, como otros autores (Moret 1991: 12), que estas barreras no tenían como finalidad el impedir o dificultar los ataques de la caballería. Sólo pueden tener sentido para entorpecer la arribada en tromba de atacantes a pie, y lógicamente se sitúan en los sectores de más fácil acceso. Tal sistema defensivo se extiende desde el núcleo soriano (Romero 1991a: 210-218, 328 ss.) hasta las regiones más occidentales de la Meseta y, desde ahí, a los asentamientos castreños de Tras-os-Montes y el NO., especialmente en el territorio astur (Esparza 1987: 241, 358-361). Casi un tercio de los castros fortificados de Avila-Salamanca conoce este artificio defensivo⁹⁰, pudiéndose advertir dos focos en la Vettonia: el abulense del valle de Amblés y los salmantinos del Yeltes/Huebra y Agueda. Todos ellos ofrecen características más o menos comunes aunque se da el hecho de que esta técnica resulta predominante en los castros más occidentales, por encima del 85%. Parecen detectarse al otro lado de Gredos (El Raso) aunque el fenómeno es más esporádico, siendo prácticamente desconocido en los castros vettones más meridionales.

2.2. Estructuras domésticas. Sabido es que el rasgo más llamativo en la región del Duero fue la imposición definitiva de la planta rectangular a comienzos de la segunda Edad del Hierro, aunque pudo persistir o darse la situación inversa (Romero 1992: 200 ss.)⁹¹. Así lo avala el sector II del castro soriano del Zarranzano (Romero 1991a: 142-161 y 222-224) o la detección en tierras vacceas de estructuras de habitación circulares en convivencia con las rectangulares, bien patente en Montealegre de Campos y Melgar de Abajo (Heredero 1993; Cuadrado y San Miguel 1993), aunque el emplazamiento diferencial que ofrece el primero no

⁸⁹ Como señala Esparza (1980: 81-82), el sistema defensivo de los castros de Avila-Salamanca ofrece un esquema más sencillo - piedras hincadas y muralla - frente a la acumulación de defensas en los castros de Zamora y el norte de Portugal, con la muy frecuente incorporación de fosos, lo que pudiera tener alguna significación cultural.

⁹⁰ Centrándonos en el territorio específicamente estudiado aquí, en Avila tenemos Las Cogotas, la Mesa de Miranda y tal vez El Raso (Cabré 1930: 36, Cabré *et alii* 1950: 32-33; Fernández Gómez 1986: 516; Alvarez-Sanchis 1993a: 266-272). En Salamanca tal modalidad defensiva se documenta en Las Merchanas, El Picón de la Mora, Yecla la Vieja, Bermellar, Gallegos de Argañán, Pereña, Saldeana y Castelmalo (Maluquer 1968: 106; Martín Valls 1971b: 130 y 1985: 110-111; Inv. Arqu. Provincial).

⁹¹ Sobre las viviendas circulares atribuidas a la segunda Edad del Hierro, cabría pensar en criterios funcionales además de la relevancia del substrato; se ha sugerido la posibilidad de que algunas no fueran recintos estrictamente familiares, considerando el tamaño y otros argumentos de índole estructural (Romero 1992: 203-204 y 208).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

deja de plantear algunos interrogantes.

En el borde suroccidental de la región, los espacios domésticos parecen responder a una tradición constructiva anterior. En este sentido cobra gran interés el yacimiento de Sanchorreja, donde se exhumaron estructuras pétreas cuadradas o rectangulares, algunas adosadas al paramento interno de la muralla, en un sitio que apenas conoció la celtiberización (Maluquer 1958a: 27 ss., 51-52). Este sería también el caso de los poblados superpuestos de La Mota y Cuéllar (García y Urteaga 1985: 128-130; Seco y Treceño 1993: 139; Barrio 1993: 184 ss.), con viviendas cuadrangulares de adobe o cimientos de sillarejo, relativamente complejas y compartimentadas, desde fines del s. VII a.C. y a partir de la sexta centuria respectivamente. De alguna manera, todas estas evidencias llevarían a considerar una relación genética con la arquitectura doméstica de Cogotas II⁹², aunque todavía habrá que deslindar posibles diferencias geográficas y cronológicas que subyacen en el nuevo modelo. Recuérdese por ejemplo la vivienda circular del cerro de San Vicente (Benet *et alii* 1991: 133 y 135), en un contexto típico del Soto de Medinilla, frente a la planta rectangular con paredes de adobe, hogar central y las típicas cerámicas celtibéricas que ahora ofrece la capital salmantina (Martín Valls *et alii* 1991: 155-156).

Se conocen viviendas en Las Cogotas, El Raso, Ulaca, La Coraja, Botija, Arroyo Manzanas, Salamanca y, de forma un tanto imprecisa, en La Mesa de Miranda, en los castros del Yeltes/Huebra y en el valle del Tiétar. Sólo unas pocas han sido excavadas o prospectadas y aún así la documentación, salvo veladas excepciones, no es tan elocuente como sería de desear. Como en sus homólogas de la primera Edad del Hierro, seguirán manifestando cierta diversidad desde el punto de vista de los materiales empleados, en relación con las características locales: si en las tierras sedimentarias se sigue utilizando el adobe, forzoso es hablar de petrificación en los ecosistemas ganaderos, aunque lo más habitual son las fórmulas mixtas: básicamente se trata de zócalos de granito o pizarra de altura variable y 60/80 cm. de grosor, junto al empleo de adobe o tapial para el

⁹² De la misma manera Esparza (1990b: 104), al referirse a la planta rectangular con esquinas redondeadas descubierta en Lubián, en un contexto uniforme del s. III a.C., destacaba su parecido con una de las viviendas de la Mota en Medina del Campo, correspondiente a un horizonte del Hierro Antiguo.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

recrecimiento de las paredes⁹³. Bloques de barro con improntas de maderos cilíndricos hallados en los poblados abulenses (Fernández Gómez 1986: 490-491; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220) sugieren por otro lado que las cubiertas estarían construidas con troncos de árbol recubiertos de barro y paja.

Las hay de tipo sencillo y un único departamento, con disposición nuclear alrededor de una estancia que haría las veces de hogar, o espaciadas en varias habitaciones, generalmente entre dos y cuatro. Se disponen, bien adosadas con muros medianiles comunes, lo que implica una construcción conjunta y organizada, bien aisladas buscando la adaptación entre los canchales de granito. Este último modelo parece no obstante anterior en el tiempo, perceptible tanto en las casas circulares del grupo Soto como en algunas de traza rectangular antigua, caso de Sanchorreja. En una fase urbanística ulterior, con el castro como sistema de organización cerrado, la casa rectangular se hace más habitual. De hecho, parece relativamente probado que estos cambios implican una profunda transformación de la vida doméstica y social de la comunidad (Ruiz Zapatero *et alii* 1986; Almagro-Gorbea 1994a: 24-26; Vela Cossío 1995: 263-264). Su capacidad de agregación, su estructuración interna - que favorece el añadido de nuevas habitaciones o áreas funcionales - y su mejor adaptación a las fortificaciones, permiten dilucidar un patrón arquitectónico suficientemente homogéneo en el Hierro pleno.

Así, las excavaciones arqueológicas realizadas en Las Cogotas (Cabré 1930: 37-39), la Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: 22 y fig. 4) y Villasviejas del Tamuja en Botija (Ongil 1991), dejaron al descubierto grupos de viviendas adosadas al paramento interno de la muralla, rasgo característico que también recuerda a las celtibéricas del oriente de la Meseta y del Valle del Ebro. El caso se repite en Sanchorreja (Maluquer 1958a: 32), lo que debe responder a una tradición secular anterior. Ello permite optimizar el espacio interno y adecuarlo a las necesidades "urbanas". Las puertas parecen estar orientadas hacia un espacio central en los castros más pequeños, que se convertirá en calle longitudinal en los más organizados, ya de tipo *oppida* en las postrimerías de la conquista (Almagro-

⁹³ No hay que descartar otras diferencias, incluso a nivel microlocacional, condicionadas por la altura y el clima. Los escasos restos de tapial y barro recogidos en las inmediaciones de las casas de Ulaca y el elevado volumen de los derrumbes de granito, delataría la posibilidad de paredes de piedra hasta conectar prácticamente con la cubierta, de entramado de madera, piorno y paja, lógico por otro lado si valoramos la arquitectura tradicional que hasta hace poco se levantaba en los poblados de la sierra de Gredos.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Gorbea 1994a: 24). Sin embargo, en el Raso de Candeleda no existen casas adosadas a la muralla y es probable que una de las calles rodeara el poblado por el interior de la fortificación (Fernández Gómez 1995: 168). La aparición de sólo tres estructuras anexas a las defensas de Ulaca⁹⁴ y cerca de los accesos, se convierte en el mejor argumento a favor de la excepcionalidad de este mismo rasgo, lo que podría interpretarse como un proceso final en la organización urbana de los grandes asentamientos, que harán prevalecer las redes "públicas" de comunicación interior frente a otras estrategias de carácter nuclear o familiar.

En el equipamiento doméstico destacamos algunos elementos como los molinos, mayoritariamente circulares, cuyo carácter familiar queda constatado con el hallazgo sistemático de uno o dos juegos en cada una de las casas de Las Cogotas (Cabré 1930: 38 y 85); las pesas de telar, reunidas a veces en un espacio determinado que delata su actividad textil (*Id.* 1930: 82-84; Fernández Gómez 1986: 474, 492) y, raramente, moldes de fundición y deshechos de forja (Esteban Ortega 1993: 63), que ponen de manifiesto una actividad metalúrgica a pequeña escala. Pero sobre todo son las cerámicas, cuyo catálogo de formas y decoraciones resultan las típicas del Hierro II, la representación más habitual.

La cerámica encontrada en el interior de las viviendas de Las Cogotas demostraría que el prototipo de planta rectangular y alargada se mantuvo prácticamente desde su fundación, una vez que se alza la muralla, hasta el abandono del castro en las postrimerías de la conquista romana. El dato parece firme si tenemos en cuenta el hallazgo, en las casas tercera y cuarta de la acrópolis según la numeración de Cabré (1930: 60, 65-66, 70, 75), de vasos a mano decorados con incrustaciones de bronce, a peine, estampillados y cerámica pintada a torno celtibérica. No obstante, es importante señalar que aunque el suelo ocupado por las casas fuera el mismo, la compartimentación interna y las

⁹⁴ Desde 1994 venimos desarrollando con el Dr. G. Ruiz Zapatero y un equipo de la Universidad Complutense prospecciones arqueológicas en el conocido castro abulense. Sólo en el recinto intramuros se han documentado en torno a 225/250 estructuras, que pueden llegar a los tres centenares contabilizando las casas que se distribuyen en los peñascales del sector noreste, a escasos metros de las defensas. No se excluye la posibilidad de otras construcciones de piedra inéditas y enterradas, pero el afloramiento de grandes superficies de granito, el elevado grado de erosión que ofrece el suelo y la escasez de aportes sedimentarios hacen muy verosímil que los restos de estructuras visibles correspondan a las estructuras realmente existentes. Estos datos podrían dar pie a hablar de una ciudad prerromana fosilizada, abriendo sugestivas vías de estudio sobre demografía y organización urbana.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

reedificaciones debieron ser una constante en el tiempo⁹⁵. Los sondeos realizados en algunos puntos del segundo recinto también depararon restos de viviendas de traza análoga pero más pequeñas y con equipos domésticos más pobres, que podrían fecharse de forma un tanto imprecisa hacia los siglos III-II a.C. En Botija y la Coraja los materiales más antiguos se datan a partir de la cuarta centuria a.C. (Hernández Hernández *et alii* 1989: 136; Esteban Ortega 1993: 70); pero la ubicación cronológica de buena parte de las cerámicas recogidas en las viviendas guarda una relación mucho más estrecha con los siglos III-I a.C. (Ongil 1991).

La superficie ocupada oscila por término medio entre 50 y 150 m², aunque en datos absolutos las dimensiones avanzan en los dos sentidos. Repasemos los más importantes: entre 50/110 m² en el Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 486), 52/100 m² en la Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: 22-23), 45/210 m² en Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220 y fig. 5)⁹⁶ y 50/250 m² en Ulaca. Dimensiones más reducidas ostentan los castros extremeños de Botija y La Coraja, entre 20 y 60 m² (Hernández Hernández *et alii* 1989: 109; Ongil 1991; Esteban Ortega 1993: 61-64 y fig. 2), aunque hay que reconocer que no está muy clara su integración en la organización urbana del lugar. Uno de los modelos más frecuentemente extendidos en los castros es la planta de 50/80 m², que podemos relacionar con una familia nuclear. Las más grandes pueden entenderse como argumento a favor de la existencia de viviendas contiguas que comparten los mismos muros, pero no es menos cierto el hecho de que otras responden a una funcionalidad distinta, ya sea como cercados de ganado, talleres o construcciones de finalidad política y sacra (Alvarez-Sanchís 1993a: 274-278; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220-222). Su aparición guarda una estrecha relación con los poblados más grandes, cuando no más modernos. La escasez de viviendas excavadas y la heterogeneidad de los materiales descubiertos imponen comprobaciones más rotundas, pero podría postularse una correlación, lógica en todos los sentidos, entre el tamaño de los poblados, su ubicación cronológica y la morfología de las viviendas.

⁹⁵ Algunos de los vasos decorados y objetos metálicos de aire antiguo hallados en las viviendas del Hierro II, podrían apoyar una fecha entrada en la sexta centuria, por lo que no descartaría una trama arquitectónica previa y relativamente análoga a la de Sanchorreja.

⁹⁶ De la descripción de las casas junto a la muralla del primer recinto cabe deducir que tenían grandes dimensiones, las mayores de 30 m. de largo por 7 m. de ancho, con superficies de hasta más de 200 m², aunque por la acumulación de adobes es posible que algunas tuvieran divisiones internas (Cabré 1930: 37).

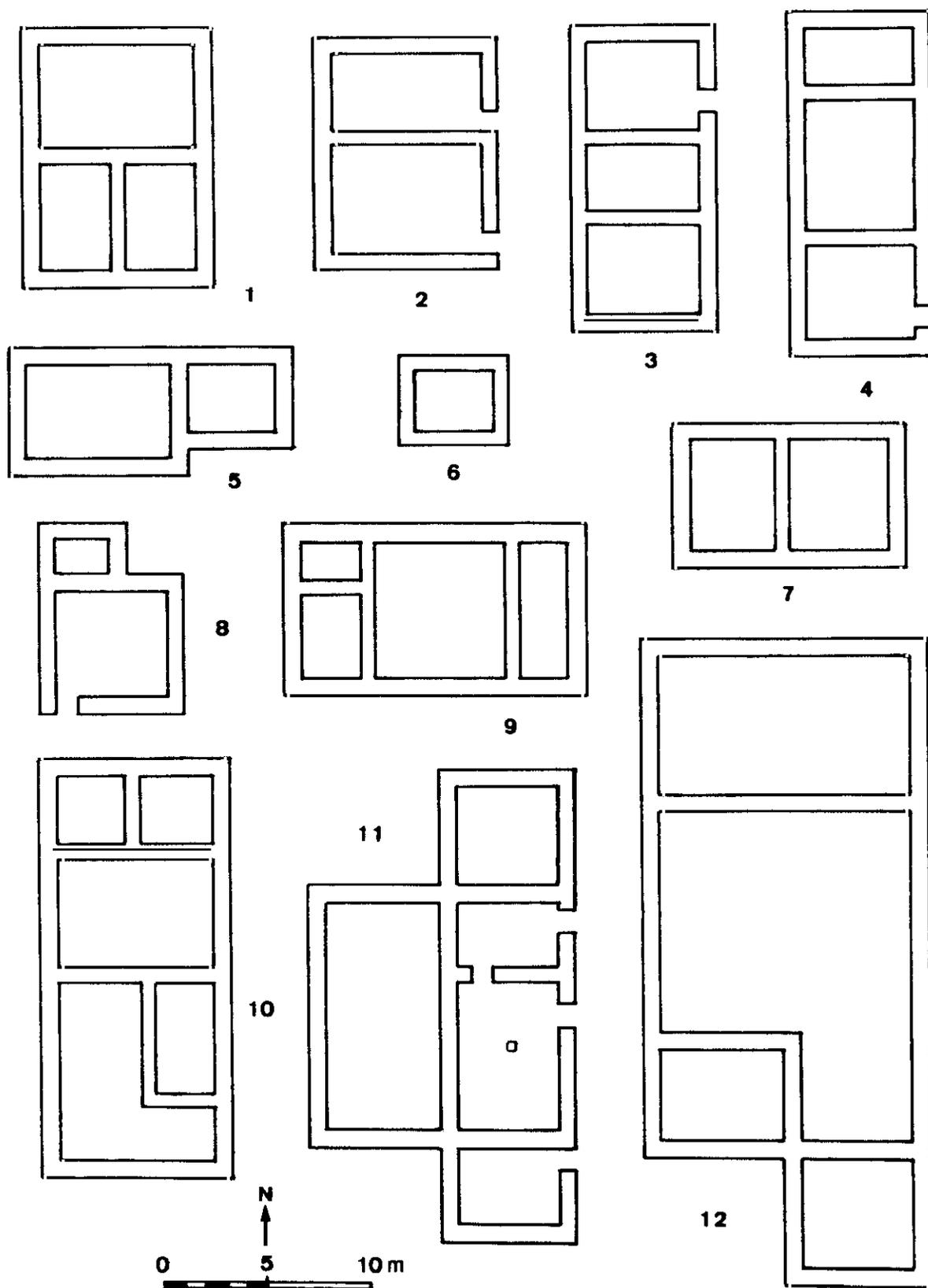


Fig. 19. Croquis de las plantas del castro de Ulaca, Solosancho (Avila).

Parece por tanto lógico que en un momento más avanzado de la Edad del Hierro se produjeran ciertas modificaciones en la arquitectura doméstica (Martín Valls y Esparza 1992: 275), algunas seguramente como consecuencia de la influencia romana. Los modelos iniciales subsisten, siguiendo la tradición constructiva, pero la tipología se diversifica extraordinariamente. Los ejemplos más patentes los tenemos en Ulaca y el Raso de Candeleda, donde se vislumbran (a) grandes complejos de varias habitaciones cuadradas y rectangulares con muros medianeros, cuya compartimentación guarda también espacios modulares⁹⁷, (b) aparejos ciclópeos con muros de doble paramento que pueden llegar a 1 m. de anchura, relleno el interior con material menudo, (c) unas dimensiones excepcionalmente grandes en algunas estructuras, alcanzando los 400 e incluso 700 m² en Ulaca, y (d) una distribución más ordenada de las viviendas, en torno a calles o avenidas principales además de otras secundarias.

La mayoría de las casas se compartimentan en tres o cuatro estancias. La primera y más importante ocupa aproximadamente el 50% del espacio total y a ella se accede directamente desde la puerta exterior. A continuación se suceden las otras habitaciones que pueden aparecer contiguas a la primera (Fernández Gómez 1986: 49 ss.), lo más común, o bien dispuestas ordenadamente en torno a un eje longitudinal. Las primeras podrían reflejar el influjo de las viviendas turdetanas y de tradición orientalizante (Almagro-Gorbea 1994a: 34; Alvarez-Sanchís, e.p.) - con analogías muy significativas en la planta de Cancho Roano (Almagro Gorbea *et alii* 1990) - que en parte se explica por el enclave geográfico de estos poblados, en los pasos estratégicos que comunican la Meseta con Extremadura.

No obstante, queda pendiente la condición de las más grandes de Ulaca, ya que por falta de excavaciones no sabemos si siguen modelos foráneos, si son asignables a una barriada específica de casas, talleres y grandes residencias de la élite, o, simplemente, el resultado de sucesivas anexiones en el tiempo. Los materiales hallados son de imposible aprovechamiento cronológico y funcional,

⁹⁷ La prolongación de los muros hacia el exterior permite aventurar la idea de que algunas casas ofreciesen una especie de porche o zaguán. Tampoco hay que descartar el hecho de que se tratase de pequeños corrales para tener recogidos a los animales domésticos, como se ha interpretado en el Raso, aunque en ellos no se documentó ningún resto de animal (Fernández Gómez 1986: 487). Otras veces, caso de Ulaca, las viviendas aparecen talladas parcialmente sobre un gran canchal de granito, que ha sido rebajado haciendo las veces de muro o suelo, hasta ofrecer un aspecto "rupestre" o semihipogeo. Algunas casas conservan un pilar central o pie derecho para sostener las vigas de la techumbre.

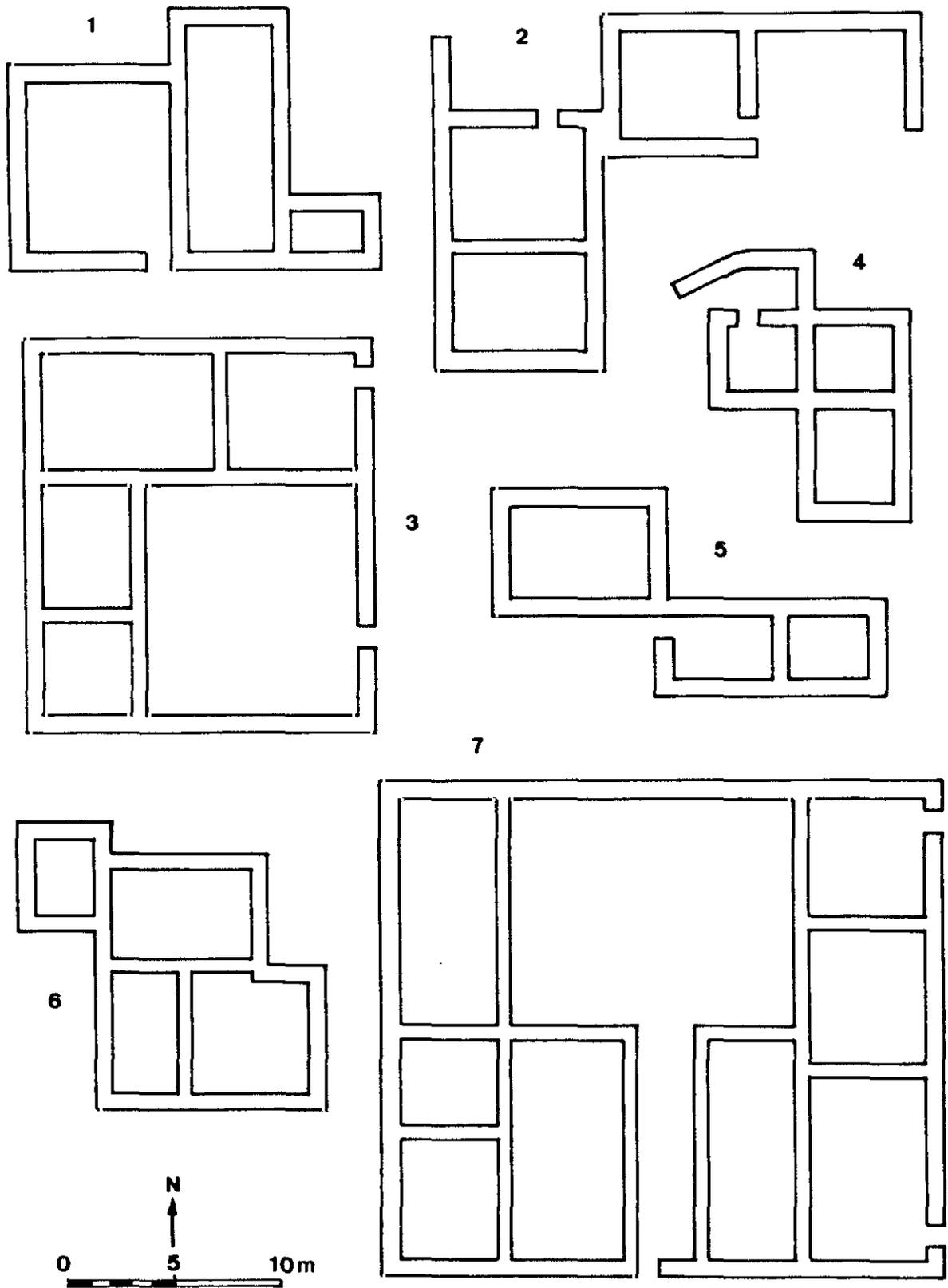


Fig. 20. Croquis de plantas de estructura compleja del castro de Ulaca, Solosancho (Avila).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

pero en unas pocas construcciones resulta muy llamativa la magnitud de la planta, las proporciones modulares de las estancias internas y el empleo de grandes sillares en los zócalos, datos que a primera vista encajan bien con modelos netamente romanos o itálicos - con buenos paralelos en las ciudades del valle del Ebro (Burillo et alii 1995: 261) - y que en última instancia demostrarían la implantación de un modelo socio-económico muy específico en los siglos II-I a.C.

Un estudio más exhaustivo de la trama urbana y su contextualización desde el punto de vista arqueológico, demandaría una información que no podemos abordar con la calidad de argumentos necesaria. En cualquier caso, como rasgos de la arquitectura doméstica que caracteriza a estas zonas occidentales, podemos resumir lo siguiente:

(1) El desarrollo sin solución de continuidad de las ocupaciones referidas y la convivencia de estructuras de plantas diferentes en contextos tanto de la primera como de la segunda Edad del Hierro, por más que no siempre resulte fácil precisar el significado de alguna de ellas, confirma la evolución natural del substrato indígena.

(2) Es muy difícil señalar en qué momento el prototipo de organización del espacio doméstico adquiere verdadera carta de naturaleza, pero es casi seguro que su desarrollo se viese interesado por las reformas urbanísticas que trajo consigo el amurallamiento de algunos castros, sobre todo a partir de la cuarta centuria a.C.

(3) La vivienda protohistórica ofrece a primera vista cierta diversidad que no es posible atribuir a un momento preciso en el tiempo. Con todo, se intuye una evolución paulatina en los tipos hasta las más grandes y complejas. Existe también un progreso técnico en el trabajo de la piedra y el adobe, con zócalos más anchos y resistentes que responden a viviendas con capacidad más importante.

(4) La diversidad de plantas podría sugerir la exteriorización de diferencias sociales, pero también funcionalidades distintas y ajenas al ámbito de la vivienda, como parece evidente en los oppida de finales de la Edad del Hierro.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

2.3. Las defensas vettonas y el problema de su datación. Cuestión importante sería establecer el momento inicial del amurallamiento de estos poblados, cuya arquitectura se ha valorado repetidas veces como un indicador cronológico. No en vano, la multitud de trabajos destinados a desentrañar la fechación de las defensas constituye la mejor referencia para comprender la importancia y la dificultad que todo ello entraña (Martín Valls 1985: 109 ss. y 1986-87: 65-68; Esparza 1987: 356 ss.; Moret 1991). El parentesco entre las poblaciones de la segunda Edad del Hierro del valle del Duero, manifestado en determinados tipos cerámicos, llevó asimismo a sospechar sobre determinadas similitudes constructivas, al partirse de la base de un amurallamiento de carácter general extensible a toda la Meseta. Se pensaba en una corriente de este a oeste para explicar su adopción (Martín Valls 1985: 111 y 1986-87: 68). Por ejemplo Harbison (1968: 147) propugnó esta vía al estudiar el sistema de las piedras hincadas. Pero la emergencia de los castros del noroeste de Zamora en el s. VI a.C., hasta alcanzar prácticamente a los sorianos, vino a complicar en parte la situación (Esparza 1990b: 103; Romero 1991a: 333-334, 363-364; Romero y Jimeno 1993: 205).

Los acontecimientos que se suceden durante el desarrollo de la segunda fase del castro de Sanchorreja, han sido también el punto tradicional de partida para la seriación cultural del SO de la Meseta. A mediados del primer milenio a.C. el yacimiento aludido se rodeaba de una muralla en piedra. Existía sobre el particular una cierta unanimidad entre los autores, no exenta de escepticismo ante la escasez de datos, de vincular este fenómeno y esta cronología a todo el ámbito occidental y suponer, de este modo, un proceso de cambios generales entre el 500 y el 400 a.C. que culminaba con el amurallamiento de una gran parte de los castros vettones conocidos. Martín Valls (1985: 109 y 1986-87: 68 ss.), a partir de las analogías que ya advirtiera Maluquer (1958a: 22), señalaba como las características de su muralla encontraba rasgos afines en los despoblados abulenses de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (los dos primeros recintos) así como en los salmantinos de Yecla la Vieja, Las Merchanas, Castillo de Saldeana, Bermellar y La Plaza.

Al hilo de estos argumentos, la fortificación de los poblados pudo tener lugar en un marco temporal relativamente breve y bajo circunstancias similares. Sin

embargo, dicho esquema, en lo que a la incorporación de estos sistemas defensivos a inicios de la nueva etapa se refiere, dista francamente de estar resuelto:

(a) buena parte de los poblados ocupa emplazamientos elevados, de fácil defensa - en espigón, meandro o acrópolis - que probablemente en la fase inicial de ocupación no haría necesaria su fortificación,

(b) la parcialidad y el sesgo de las excavaciones, que sólo excepcionalmente consiguen abordar la estratigrafía de las defensas, con lo que la definición cronológica resulta extremadamente compleja y arriesgada,

(c) la estructura y organización de los poblados vettones, que no siempre, y no necesariamente, es posible correlacionar con las necrópolis. Su evolución hasta los grandes oppida en vísperas de la conquista romana parece paulatina, por lo que tampoco puede soslayarse la construcción de nuevas defensas en el transcurrir de la etapa,

(d) el papel que el substrato anterior puede haber jugado en el proceso de cambio. Se advierte en las murallas, obras de flanqueo, fosos y otros mecanismos defensivos elementos evolucionados a partir de las tradiciones indígenas del Bronce Final de la Meseta y del sur peninsular (Moret 1991). Debe quedar claro que el amurallamiento de los poblados es consustancial con su propia condición de permanencia, independientemente del grado de conflictividad de la época.

La tradicional adscripción de las murallas y otros sistemas defensivos a orígenes célticos o centroeuropeos han sido matizados en estos últimos años (Moret 1991). Es verdad que la procedencia transpirenaica de las piedras hincadas parece reforzarse con los recientes hallazgos del poblado leridano de Els Vilars, en el Bajo Segre, que vendrían a confirmar su penetración desde el sureste francés (Garcés y Junyent, 1989; Garcés et alii, 1991)⁹⁸, pero no es menos cierto el

⁹⁸ Piedras hincadas asociadas a una muralla y torreones. El conjunto se inscribe en un ambiente de Campos de Urnas del Hierro, datándose en la segunda mitad del s. VII a.C. Esta cronología, más elevada que las comúnmente admitidas para los grupos de la Meseta, así como su localización geográfica, vendría además a confirmar la filiación centroeuropea de las piedras hincadas como ya pusiera de manifiesto Harbison (1968), a partir de las estacadas de madera del Hallstatt C, para este característico sistema defensivo.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

hecho de que se trata de la única técnica defensiva que se difunde en la mitad septentrional de la Península Ibérica⁹⁹ y queda ausente en la geografía no indoeuropea del territorio (Moret 1991: 11 y 41).

Una parte de los castros de Avila y Salamanca ofrece paramentos internos - Las Cogotas, La Mesa, Yecla, Bermellar (Martín Valls 1985: 109-110 y 1986-87: 68) - reforzamiento que no se encuentra en Sanchorreja, muralla que también acusa una mayor tosquedad. Del mismo modo, Martín Valls señala como los castros salmantinos presentan una técnica más depurada y una mayor riqueza en la organización de las entradas, por lo general en esviaje, indicios que podrían considerarse de una relativa modernidad frente a la técnica en embudo. Al menos ese parece ser también el dispositivo más apreciado en los grandes *oppida* abulenses a partir de finales de la tercera centuria a.C.. La cronología del último recinto de la Mesa de Miranda o las murallas de Ulaca, construídas en ciertas zonas con grandes piedras cuando no aparejo ciclópeo, algunas con alturas superiores a un metro y colocadas a veces de canto, confiere ciertas posibilidades. Por el contrario, las puertas en Sanchorreja son meras interrupciones de la muralla - sin descartar la existencia de brechas practicadas en tiempos históricos (Maluquer 1958a: 24) - y a veces se aprovechan los canchales para la constitución de alguna de ellas.

Otro indicio interesante es el que ofrecen los cuerpos salientes de las murallas, en particular los bastiones o refuerzos de planta curva de Las Cogotas, La Mesa, Las Merchanas o Yecla La Vieja. No hay elementos de datación segura pero es un rasgo característico para una parte de los yacimientos del oeste de la Meseta durante el Hierro II¹⁰⁰. Este hecho es interesante como rasgo individualizador del grupo, máxime si valoramos además el dato negativo de su inexistencia en Sanchorreja. Maluquer creyó reconocer una de estas estructuras en el recinto de la acrópolis (1958a: 25), pero es prácticamente seguro que se trata de un afloramiento rocoso (González-Tablas *et alii* 1986: 120 ss.). La propia lectura estratigráfica del nivel superior del yacimiento, o Sanchorreja II, ligeramente

⁹⁹ Además de algunos castros célticos de la Baja Extremadura y el sur de Portugal (Berrocal 1992: 190-191 y 1995: 33).

¹⁰⁰ No obstante su origen, como también la técnica de los paramentos múltiples, hay que buscarlo en un momento anterior (Moret 1991: 33-34, 38-39).

envejecida por su excavador (González-Tablas 1990: 73), aconseja elevar la cronología de la muralla a la sexta centuria frente a la tradicional fecha del 500-400 a.C. (Maluquer 1958a: 34 y 96). Su relación con los castros citados resulta así más difusa y sugiere, por contra, un proceso sincrónico al de las poblaciones amuralladas del Hierro Antiguo en el occidente de Zamora y el Alto Duero (Esparza 1990b; Romero 1991a).

Bajo el punto de vista arqueológico, el primer hecho a destacar es que no existe ninguna prueba fehaciente de que la mayor parte de las murallas vettonas se hayan erigido a comienzos de la nueva etapa. Es verdad que algunos vestigios sugieren fechas de ocupación tempranas, sobre todo considerando la abundancia de molinos barquiformes en el Picón de la Mora frente a los circulares que son más escasos (Martín Valls 1971b: 137), las cerámicas peinadas con decoración sencilla del castro de Yecla la Vieja (Martín Valls 1973a: 94) o determinados vasos y objetos metálicos de raigambre antigua hallados en la acrópolis de Las Cogotas (Martín Valls 1986-87: 62-64 y Kurtz 1980), a los que nos hemos referido en más de una ocasión¹⁰¹. De todas formas, en los castros más occidentales y meridionales las excavaciones no han dado resultados muy positivos en este sentido. La muralla de Yecla no se asentaba sobre ningún estrato arqueológico, aunque los sillares caídos del paramento interno descansaban sobre estratos que proporcionaron cerámica a torno celtibérica y otros a mano con decoración peinada (Martín Valls 1973a: 95). Por otra parte, el corte que se efectuó en el lienzo septentrional de las Merchanas sólo dio restos cerámicos revueltos (Maluquer 1956a: 84).

Los materiales más antiguos de las necrópolis de Botija y La Coraja no son anteriores a la cuarta centuria (Hernández Hernández 1991: 266; Esteban Ortega 1993: 82), fechación que teóricamente podría convenir al hábitat amurallado. En el primero, los distintos cortes efectuados en la muralla y el torreón-bastión depararon materiales revueltos a mano y a torno con pintura, además de cerámica

¹⁰¹ Alguno de los recintos de Sanchorreja podría llevarse hipotéticamente a un momento avanzado en la cronología del yacimiento, en consonancia con el hallazgo de materiales del Hierro II en superficie. Las tradicionales intervenciones arqueológicas del castro abulense se refieren sobre todo a la parte más elevada y al primer recinto (Maluquer 1958a: 27 ss.), que debió ser el núcleo originario de las comunidades del Bronce y de la primera Edad del Hierro. Cabría así plantear la posibilidad de una ampliación del yacimiento en un momento posterior, acorde a la erección de otros castros en la región. No obstante la cuestión es delicada y las intervenciones más recientes (González-Tablas 1990) tampoco han explicitado el desarrollo en cuestión.

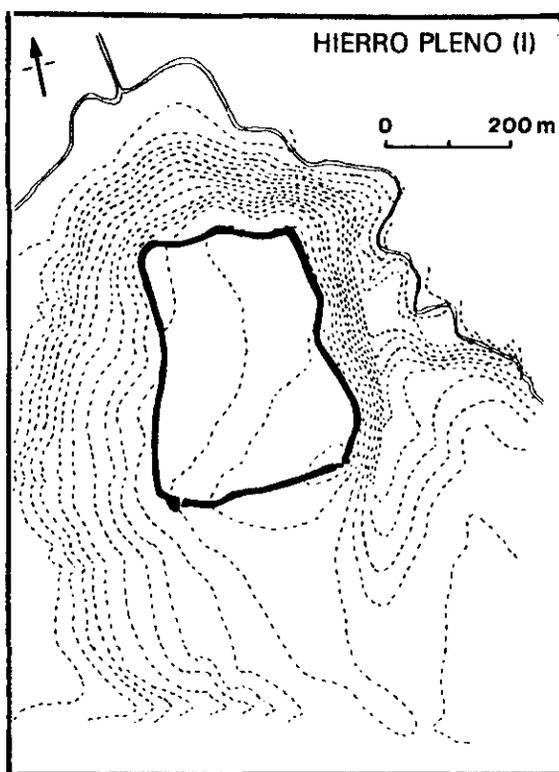
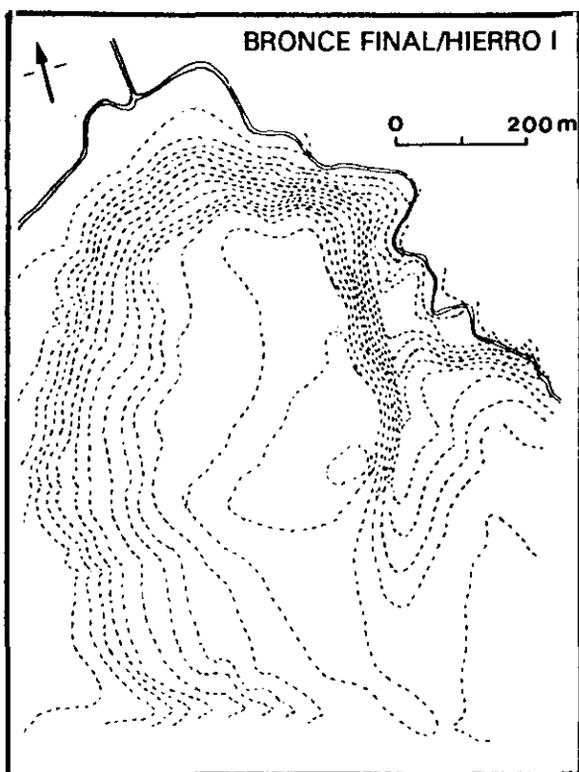
LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ática, campaniense y algunos fragmentos de ánfora romana. El hallazgo de cerámicas de barniz rojo ibero-turdetano en uno de los sondeos practicados junto al torreón podrían justificar la datación inicial referida para las defensas (Hernández Hernández *et alii* 1989: 47 ss. y fig. 27), pero su relación con los otros cortes no queda suficientemente explicitada. Los materiales del castro de La Coraja también se datan entre los siglos IV-II a.C., aunque las excavaciones no afectaron a las defensas (Redondo *et alii* 1991: 275).

En cualquier caso, en la relación de los castros de Avila-Salamanca con los extremeños al sur del Tajo pueden verse algunas tendencias contrapuestas: si la ubicación de estos últimos guarda cierta relación con el ámbito de la Meseta desde el punto de vista cronológico; en cambio, el estudio de los objetos tipológicamente asignables al siglo IV e inicios del III a.C. se encuadra mejor en el ámbito ibérico - muy bien atestiguado en la primera necrópolis de Botija (Hernández Hernández y Galán 1996) - lo que introduce importantes matices frente a la dinámica de la Meseta y la Alta Extremadura (Rodríguez Díaz y Enríquez 1992: 537-541). La necrópolis del Castillejo de la Orden (Alcántara) podría ser un buen punto de referencia en este mismo contexto. Ubicada muy cerca del Tajo, en ella concurren *cerámicas autóctonas, una ausencia muy destacada de la pintada de tipo ibérico y una panoplia guerrera - espadas de frontón y antenas - con buenos paralelos en sus homólogas abulenses* (Esteban Ortega *et alii* 1988: 93-96). En consecuencia, cabe razonablemente sospechar que, al menos en el transcurso de la cuarta centuria y a comienzos de la siguiente, la cuenca del Tajo todavía sigue marcando el límite a la dispersión de elementos de filiación meseteña. Esta cronología encaja perfectamente con la que se puede postular a partir del análisis y distribución de otros elementos de la cultura material, como delata la cerámica con decoración a peine.

Al norte del gran río, en el territorio que podemos considerar nuclear de Cogotas II, el marco cronológico de algunos centros emblemáticos ofrece una lectura más amplia.

Las actuaciones arqueológicas en La Mesa de Miranda se limitaron a la recogida de materiales en superficie, así como la limpieza de las inmediaciones de las murallas y algunas estructuras de viviendas (Molinero 1933; Cabré *et alii* 1950:



LA MESA DE MIRANDA

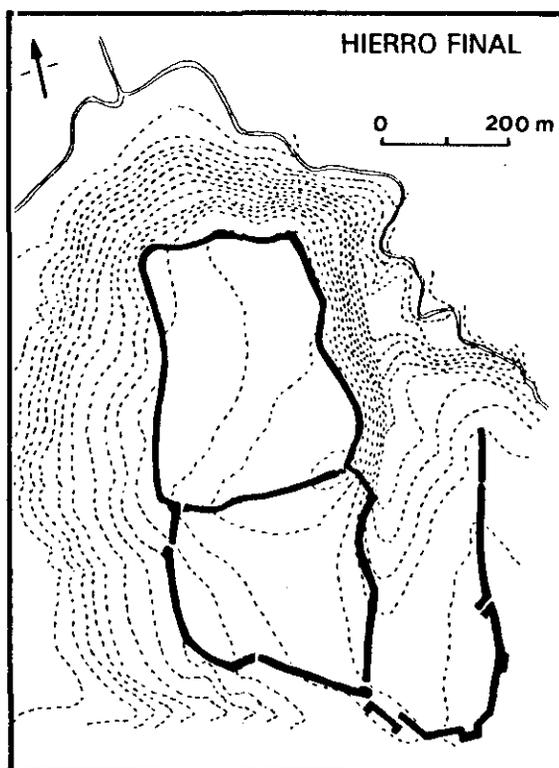
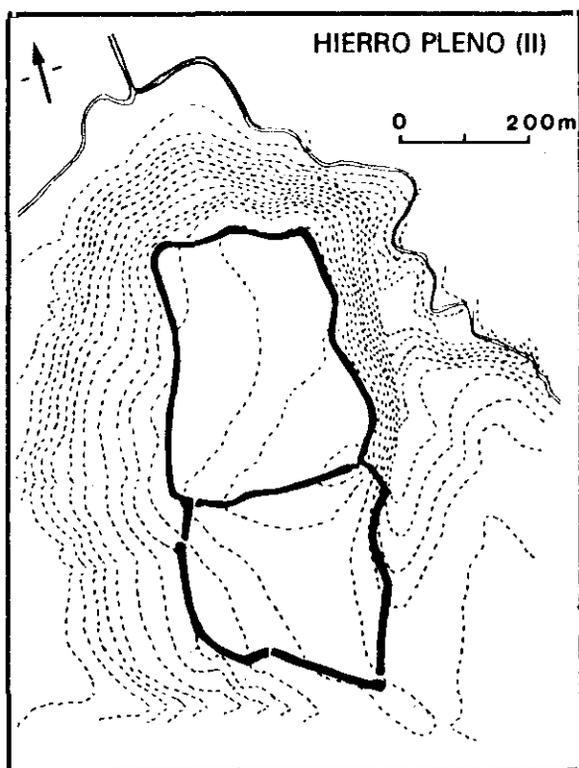


Fig. 21. Desarrollo de las murallas del castro de La Mesa de Miranda, Chamartín de la Sierra (Avila), y fases de ocupación.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

9-39). El primer recinto ofrece foso y piedras hincadas delante de las entradas (Cabré et alii 1950: 15-17; Alvarez-Sanchís 1993a: 269-272). Es el mayor del castro - casi 12 Has. - y queda separado del segundo mediante una muralla transversal con dos entradas flanqueadas por bastiones. Este consta a su vez de una puerta en el extremo suroriental, protegido por otras dos torres, accediendo al tercer recinto. Aquí, el muro meridional o "cuerpo de guardia" ve reforzados sus extremos con torres de planta cuadrangular y aparejo ciclópeo, bien dispuestas para la defensa de la entrada principal. En correspondencia con los ajuares más antiguos del cementerio el primer lienzo podría llevarse razonablemente a partir de la cuarta centuria. El último invade un sector de la necrópolis y ha sido datado en un momento posterior, en relación con las campañas romanas de la 1ª mitad del siglo II a.C., bien la campaña de Postumio del 179 a.C., bien durante las guerras celtibérico-lusitanas a comedios del mismo (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82).

El castro de Las Cogotas se organiza en torno a dos grandes recintos amurallados con tres entradas cada uno, más compleja y elaborada la principal del recinto superior. Cerámicas pintadas a torno, fíbulas tardías con esquema de la Tène y alguna otra de caballito localizadas en los distintos sondeos realizados junto a la muralla del segundo recinto, permiten apuntar una cronología entre los siglos III-II a.C. Pero todavía es factible precisar algo más; el nivel de fundación de la muralla del segundo recinto se corresponde bien con el nivel constructivo del alfar (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221). No puede ponerse en duda la analogía de los recipientes hallados en este último, todos a torno e inequívocamente celtibéricos, con la etapa clásica de estas cerámicas (Sacristán de Lama 1986: 160 ss.), pudiéndose observar los típicos vasos de borde vuelto y en cabeza de pato con decoración pintada. Podría entonces postularse una fecha hacia el tránsito de los siglos III-II a.C. o comienzos del siglo II a.C. para la construcción del segundo recinto, aunque es claro que no hay ningún elemento romano.

La existencia de un nivel de basurero que se encuentra debajo de la muralla - también con abundancia de cerámicas a torno - demuestra que con anterioridad a su erección ya había un foco de actividad en la zona. Ello nos lleva a proponer que en la secuencia de ocupación de Las Cogotas pudo haber un primer momento

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

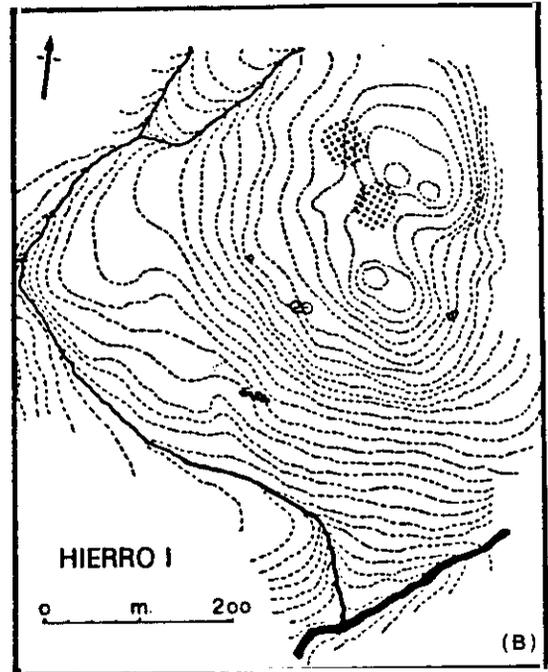
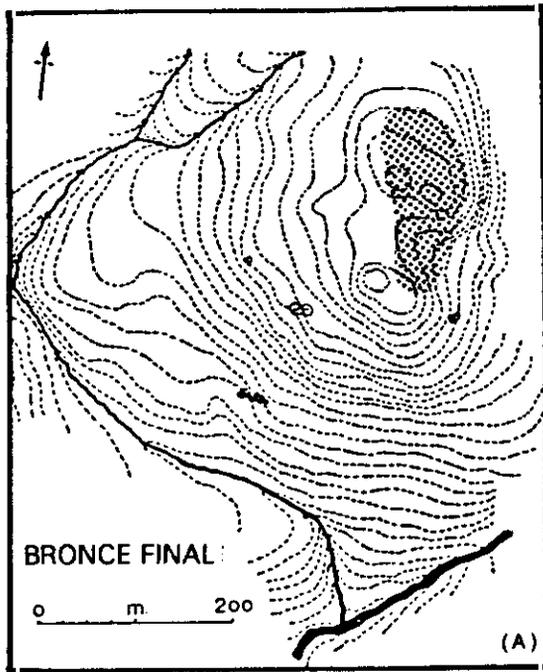
(s. IV a.C.) sólo con el recinto superior amurallado y actividades secundarias en la explanada situada al SO. y un segundo momento (s. III-II a.C.) en el que se decide amurallar este sector. Cabría pensar en otras diferencias de matiz¹⁰² y en la relación del primero con la necrópolis del castro; en cualquier caso, el aparejo constructivo no parece presentar diferencias y el lapso de tiempo transcurrido entre una y otra construcción pudo también ser breve (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221). Finalmente, la estructura de torreones y el cuerpo de guardia de La Mesa de Miranda podría darnos una data antequem, hacia el 175/150 a.C., para las defensas de Las Cogotas, con todo lo problemático que ello fuese¹⁰³. La relevancia de este contexto se ve además refrendada con la que ostentan otros centros en este momento; el bagaje material que proporciona el segundo recinto de Las Cogotas y la cronología aproximada de la muralla encuentra claros paralelos en la documentación histórica y arqueológica que se infiere del Teso de las Catedrales, en la capital salmantina, donde las recientes excavaciones permitieron documentar la base de un posible recinto murado sobre el que apoya un nivel datado entre los siglos III y II a.C. (Martín Valls *et alii* 1991: 155).

Una fechación de finales de la Edad del Hierro podríamos pensar igualmente para las murallas de Ulaca (Alvarez-Sanchís 1993a: 272-279), a juzgar por la cerámica a torno y pintada recogida en las prospecciones hasta ahora efectuadas y los escasos fragmentos a mano¹⁰⁴. El recinto principal del oppidum abarca una

¹⁰² El trazado ondulado afecta por igual a todas las murallas del castro, pero podrían considerarse algunas diferencias desde un punto de vista tipológico entre ambos sectores; así, y mientras en el perímetro amurallado que rodea la acrópolis abundan los bastiones a modo de engrosamientos o salientes curvilíneos, flanqueando las dos entradas principales pues sabido es que la situada en la pendiente Este estaba demolida por completo, en el segundo recinto dos de las entradas carecen a priori de salientes. En la entrada sur del último sector, uno de los lados está flanqueado por una original torre cuya planta acusa por el exterior dos caras rectas con dobles paramentos y por el interior un semicírculo (Cabré 1930: 35). En contra de los argumentos expuestos estaría el gran recodo que aparece al occidente de los bastiones de la entrada principal - pues sirve a su vez para flanquear la entrada alta del segundo recinto (*id.* 1930: 31) - la existencia de un pequeño saliente a escasos 70 m. de la entrada norte del mismo y otro que, describiendo un semicírculo, se emplaza no lejos del acceso sur.

¹⁰³ Tampoco hay que perder de vista el trazo rectilíneo y parcialmente anguloso que incorpora la cara exterior del bastión o torre de la entrada sur de Las Cogotas. Presenta ciertas concomitancias con la torre F del oppidum de La Mesa, que defiende el ángulo sureste del segundo recinto y a su vez sirve de baluarte para flanquear la puerta del tercero; es de planta semicircular aunque la orientación de los ejes se dispone al contrario que en Las Cogotas. La parte que mira hacia el interior describe una línea sensiblemente recta mientras que la parte convexa se ve reforzada por una plataforma que pudo ser adosada simultánea o posteriormente (Cabré *et alii* 1950: 28). Por tanto el trazado de Las Cogotas, a sabiendas de los pocos vestigios conservados y sin descartar posibles reconstrucciones (Cabré 1930: 36), permitiría plantear su relativa modernidad.

¹⁰⁴ Los materiales recogidos confirman lo ya conocido en anteriores publicaciones (Lantier y Breuil 1930; Posac 1953; Gutiérrez Palacios 1955): restos de escasa significación tipológica, con predominio de formas abiertas y a torno, en tipos que se ajustan plenamente a las cerámicas de fines de la Edad del Hierro. Entre las decoradas, destacamos las especies



LAS COGOTAS

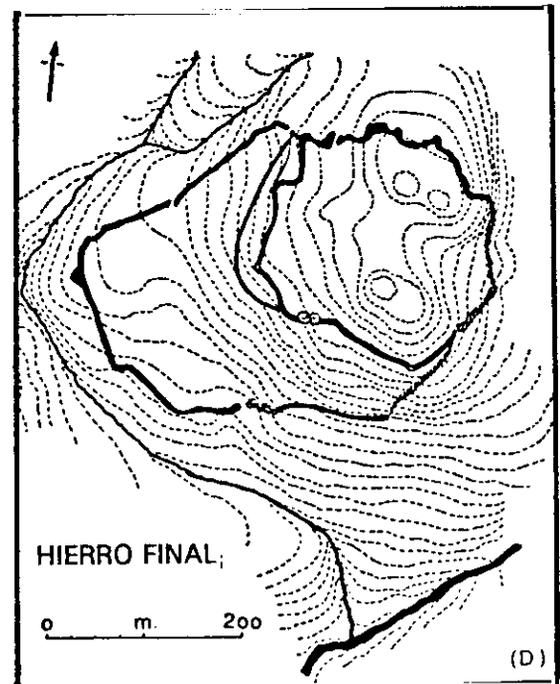
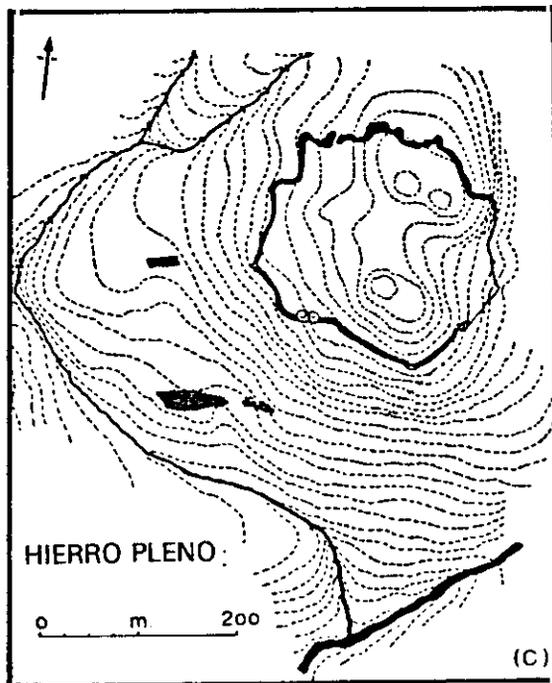


Fig. 21. Fases de ocupación del castro de Las Cogotas, Cardeñosa (Avila).

pintadas celtibéricas y algunos fragmentos estampillados. Por su rareza, merecen ser citadas algunas cerámicas policromas tardías, bien paralelizables a las numantinas (A. Jimeno, com. personal). De la zona también proceden algunos restos metálicos y dos cuentas de pasta vítrea azul, una de ellas oculada. Capítulo aparte serían las tres diademas de oro procedentes de la provincia de Avila, al parecer de los alrededores de Ulaca, conservadas en una colección particular (Fernández Gómez 1989: 88-89 y 1995: 181-182). Decoradas mediante técnica de repujado, ofrecen roleos vegetales y un águila con las alas explayadas en posición frontal sobre una hoja de acanto. Su autor sugiere una procedencia helenística, fechable en la primera mitad de la tercera centuria a.C., que habría que relacionar con las placas de plata con decoración zoomorfa de la necrópolis de La Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: Lám. LIV; Baquedano 1996).

extensión de gran magnitud, superior a las 60 Has., en correspondencia con la vitalización alcanzada por otras poblaciones vettonas y vacceas en un contexto que no debió ser anterior a la tercera centuria. Datos más precisos si se quiere alberga El Raso de Candeleda, cuyas defensas se fechan a finales del siglo III a.C. ó comienzos del segundo, así como las viviendas excavadas (Fernández Gómez 1986: 517). Alcanza las 20 Has. y sucede en el tiempo al hábitat no fortificado de El Castañar, que sí se ha relacionado con la conocida necrópolis de incineración (Fernández Gómez 1995: 154-155; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96-99). El oppidum abulense conserva en la actualidad restos de una docena de torres de planta cuadrada, rectangular y trapezoidal (Fernández Gómez, 1986: 503 s.). Por último, los importantes núcleos astures de Santiago y Labradas, en Villalcampo y Arrabalde respectivamente (Gómez Moreno 1927: 37-38; Esparza 1987: 37, 136, 375-376), son otros puntos de referencia a propósito del amurallamiento tardío - siglos II-I a.C. - para una parte de estos centros, el primero con torres de planta cuadrangular dispuestas regularmente y aparejo ciclópeo.

Cabe suponer que la Coraja, con una impresionante puerta-torre junto al tramo accesible del poblado (Redondo et alii 1991: 273) o el castro de Botija, con torres-bastiones en los dos recintos (Hernández Hernández 1989: 18-19 y fig. 3), correspondan a versiones de modelos ibéricos que podríamos datar de forma un tanto imprecisa a comienzos del siglo IV a.C.. Con todo, probablemente estas novedades sólo se incorporan en la orla occidental y septentrional de la Meseta en un momento más avanzado de la Edad del Hierro, a finales del siglo III o inicios del II a.C, e incluso no descartaría una ruta meridional a través de Extremadura para explicar su origen¹⁰⁵. Los vemos en el Raso de Candeleda, con los baluartes conocidos como "El Castillejo" y "El Castillo" (Fernández Gómez 1986: 509-512), en el cuerpo de guardia del último recinto de la Mesa de Miranda (Cabré et alii 1950: 27-32) o en las torres del castro zamorano de Santiago en Villalcampo (Esparza 1987: 376), rasgos que ya preludian las fortificaciones del momento de

¹⁰⁵ Posibilidad que ya fue sugerida por Esparza para el tercer recinto de La Mesa de Miranda (Esparza 1982: 399). Por otro lado, el innegable parentesco entre las plantas de algunas casas de el Raso y Ulaca con las viviendas de élite turdetanas o de tradición orientalizante (Almagro-Gorbea 1994a: 34; Alvarez-Sanchis, e.p.), invita a sospechar que también afectó a la arquitectura doméstica.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

la conquista (Martín Valls 1985: 129)¹⁰⁶.

Por su vinculación geográfica, podría argüirse una relación temporal entre las piedras hincadas de los castros zamoranos y portugueses y el importante núcleo abulense-salmantino. Sin embargo, la fechación de las vettonas es más moderna. Para los castros de Yecla la Vieja y el Picón de la Mora se sugiere una ocupación inicial en torno a la quinta centuria (Martín Valls 1971b y 1973a), mas la datación precisa de las murallas y las piedras hincadas sigue todavía pendiente. En La Mesa de Miranda no hay piedras hincadas ante la muralla del tercer recinto, que nos daría un terminus antequem para los bloques aristados del yacimiento. Podría obtenerse una confirmación análoga para las barreras de Las Cogotas cuya cronología es, en suma, la de los propios recintos. Contamos además con el dato negativo de su ausencia en Ulaca; sin embargo, en el Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 516) tendríamos una datación todavía más reciente, que podría llevarse a los dos últimos siglos antes de la era. En algunos castros del NO. de Zamora también podemos rastrear estos vestigios defensivos a finales de la Edad del Hierro; así se desprende del campo de piedras hincadas y doble foso de Lubián o de las defensas de Labradas en Arrabalde (Esparza 1987: 360-361 y 1990b: 104, 111).

A la vista de estos datos, las defensas de los castros vettones parecen bien datables a partir de la cuarta y tercera centuria a.C., pero el propio desarrollo de estas comunidades hará surgir en fechas más tardías nuevos asentamientos amurallados y nuevas reedificaciones. Los sistemas constructivos se irán haciendo más complejos, ilustrando la asimilación progresiva de la poliorcética helenística, aunque su vehículo de transmisión puede haber sido púnico, ibérico y romano (Moret 1991: 35 ss. y 42; Martín Valls y Esparza 1992: 269; Almagro-Gorbea 1994a: 34; Berrocal 1995: 32-34). Paramentos de trazado rectilíneo, tendencia a la planta angulosa reforzada con torreones y una cierta regularización en las hiladas y talla de grandes sillares serán sus rasgos más característicos, bien evidenciados en la Mesa de Miranda, Ulaca y el Raso.

¹⁰⁶ En la puerta septentrional de Las Merchanas se erige un bastión circular fuera de la muralla aunque inmediato a ésta para proteger la puerta, pero es casi seguro que se trata de una adición posterior, de época altoimperial tardía (Maluquer 1968: 106-108 y 1956a: 28-29).

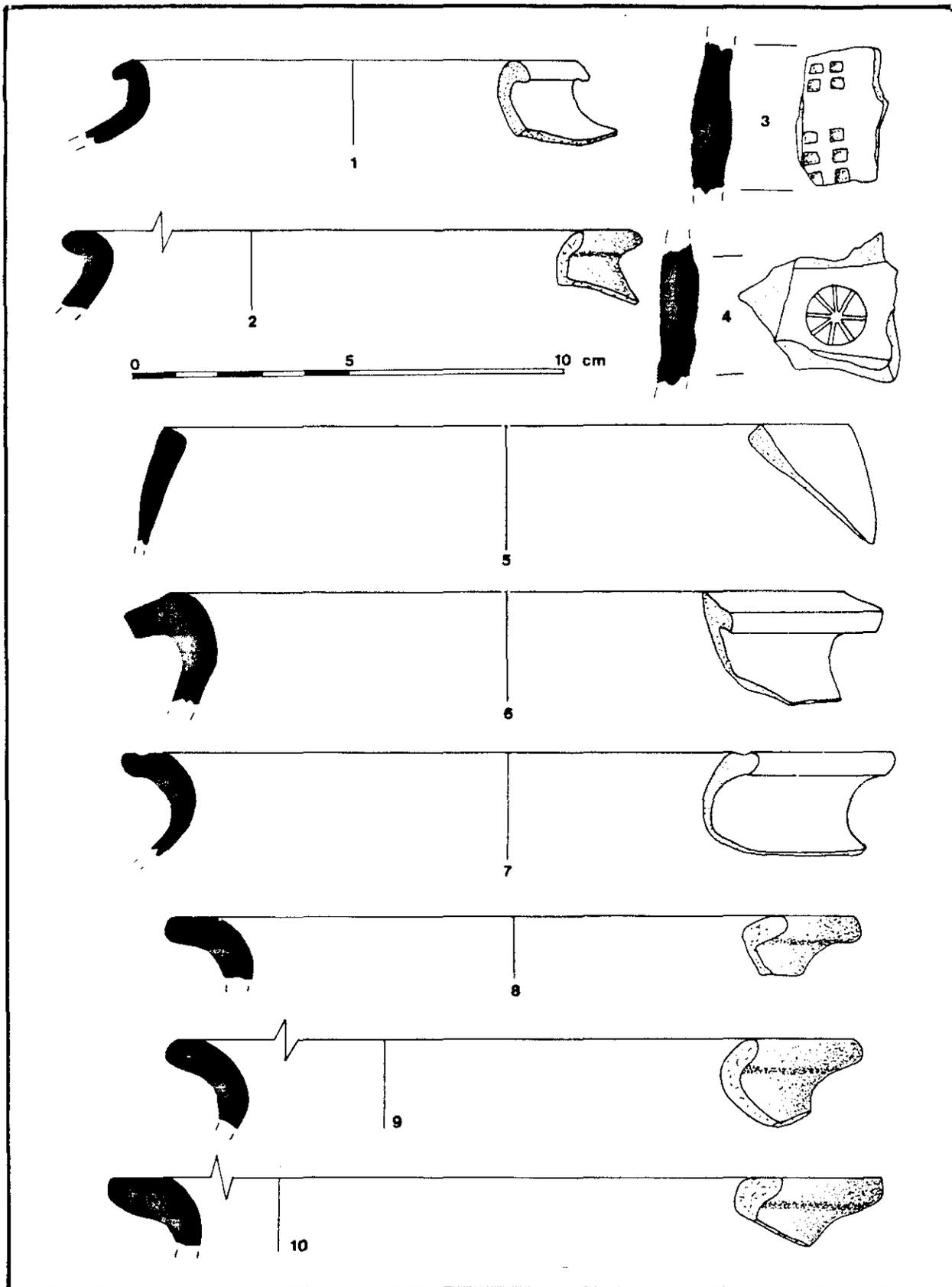


Fig. 22. Cerámicas a torno y a mano (2, 8-10) del castro de Ulaca.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Creo, en consecuencia, que no puede hablarse de una etapa breve y homogénea en la arquitectura defensiva de los castros vettones a comienzos de la segunda Edad del Hierro. Con todo, aun aceptando la posibilidad de una cronología escalonada, existe una correspondencia esencial entre las grandes obras de fortificación y la plenitud material de las sociedades indígenas de la Meseta. Como plantearé más adelante, todo este proceso es mejor conocido desde los siglos III-II a.C., cuando los datos que proporcionan la arqueología y las fuentes escritas, al socaire de la expedición cartaginesa o de las guerras que ocasiona la presencia romana en la zona, permiten entrever la existencia de importantes centros fortificados.

3. Notas sobre la cerámica de Cogotas II.

3.1. La cerámica a peine. Entre el material cerámico propiamente dicho, destacan en primer lugar los vasos a mano con decoración a peine, cuya cronología apoyaba una fecha bien entrada en el Hierro Antiguo, a la vista de otras asociaciones cerámicas y también metálicas.

Al filo de la mitad del primer milenio a.C. el catálogo de formas y decoraciones sigue siendo el habitual, con técnicas mayoritariamente incisas que abarcan amplias superficies y una cierta predilección por los temas sogueados y en zig-zag. Así lo atestiguan el conjunto funerario 44-45 de la necrópolis carpetana de las Esperillas (García Carrillo y Encinas 1990; Blasco y Barrio 1992: 292-293 y 301), la tumba 65 del Raso de Candaleda, que se ha fechado en la 2ª mitad del s. V a.C. (Fernández Gómez 1986: 545 y 872-873) y algunos platos y urnas con decoración análoga del poblado y la necrópolis de Villanueva de la Vera¹⁰⁷, donde se habían realizado algunas intervenciones puntuales (Cordero *et alii* 1990; Celestino 1995: 82). Otro punto de referencia nos lo proporciona un cuenco de perfil ovoide con varios frisos de trenzados localizado en el nivel más profundo del cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama), datado a finales del s. V a.C o comienzos del siguiente gracias al hallazgo de un trocito de cerámica ática del primer cuarto del s. IV a.C. en el estrato inmediatamente superior (Blasco y Alonso

¹⁰⁷ Las informaciones más recientes sobre este yacimiento nos han sido amablemente facilitadas por S. Celestino, director de las excavaciones.

1985: 45, 81, 134 y fig. 61).

Con todo, la plenitud de estas cerámicas en el marco suroccidental de la Meseta se corresponde sin duda a los siglos IV y III a.C., como ya propusiera Martín Valls (1971a, 1973a: 93-94 y 1986-87: 74) hace algunos años y confirman plenamente los ajuares de las necrópolis vettonas. En primer lugar, cabe señalar la comparecencia del peine en tumbas con espadas de antenas atrofiadas tipo Aguilar de Anguita, Alcáçer-do-Sal y Arcóbriga. Así, la tumba 63 del Raso, que podría ubicarse fácilmente en el tránsito de los siglos V-IV, y tal vez algo después los conjuntos 185 y 200 de la zona VI de La Osera (Fernández Gómez 1986: 718-724; Cabré *et alii* 1950: 110-113, láms XXXVIII y XLI). De este mismo cementerio podría citarse la tumba 55 (*id.* 1950: 91), con un puñal de tipo Monte Bernorio que salió muy destrozado. La tipología de la mayoría de estas piezas en el ámbito abulense encaja bien con la plenitud del s. III a.C. (Sanz Mínguez 1990a: 185), aunque no es descartable una fechación más elevada en virtud de otras asociaciones (Martín Valls 1986-87: 74; Martín Valls y Esparza 1992: 262)¹⁰⁸. En cuanto a las fíbulas, las que se relacionan con los vasos a peine corresponden básicamente al esquema de La Tène I y anulares hispánicas. Las primeras las encontramos en las sepulturas 361 y 904 de Las Cogotas (Cabré 1932: 64 y 101); respecto a las anulares, podríamos citar las tumbas 436 y 466 de La Osera (Cabré *et alii* 1950: 142-143 y 148) y, nuevamente en las Cogotas, los conjuntos 861 y 956 (Cabré 1932: 98 y 104).

Otro tanto cabría decir del escaso material importado asociado a estas cerámicas, pudiéndose citar los dos pequeños platos de barniz negro de la sepultura I de La Osera (zona I, túmulo D), adscribible a la forma 21 de Lamboglia y fechados en el segundo cuarto del s. IV a.C. (Cabré y Morán 1990: 78 y 80; Baquedano 1996: 78-79, cuadro V), asociados además a una espada de antenas y unas pinzas caladas de tipo Cigarralejo entre otros elementos. Por otro lado, tendríamos el platito campaniense de la tumba 338 de la zona VI de La Osera (Cabré *et alii* 1950: 128-129), bien datado por Martín Valls (1986-87: 73) en el s.

¹⁰⁸ Como se infiere de la sepultura 201 en la zona II de la Osera, donde apareció una vaina con cuatro discos en la contera y decorada con nielados de plata, acompañada entre otros objetos de un casco con cimera de bronce y una espada de la Tène I (Cabré y Cabré 1933b: 39-43; Baquedano 1990: 280). Tipológicamente esta última apuntaría a fechas elevadas, ya en el s. IV a.C., sin descartar su perduración a inicios del siguiente (Martín Valls 1986-87: 74). En esta misma dirección conviene señalar la tumba 28 de Padilla de Duero, con espada de tipo Miraveche y puñal de tipo Monte Bernorio, datada a finales del s. IV a.C. (Sanz Mínguez 1993: 380-382).

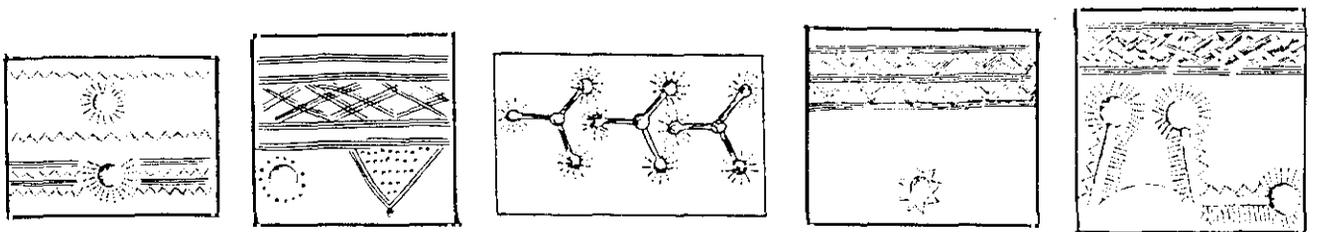
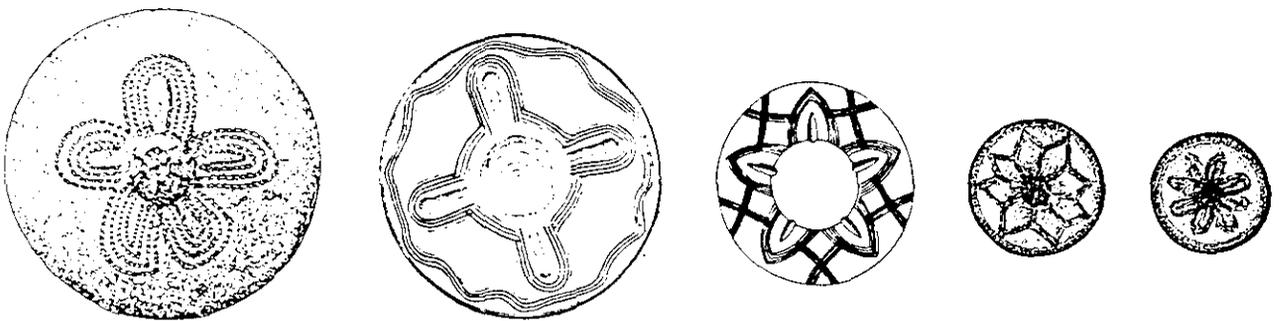
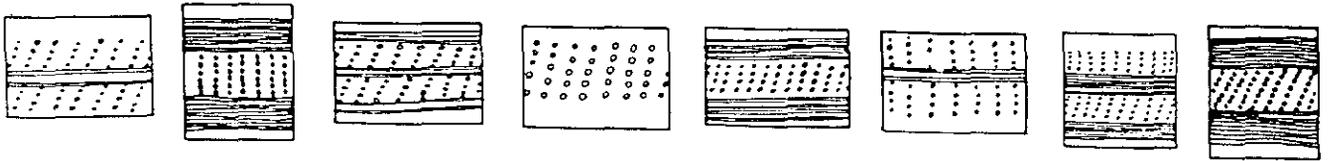
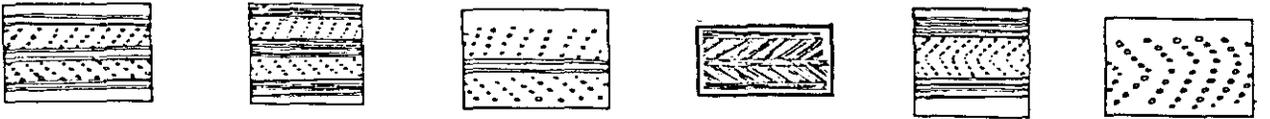
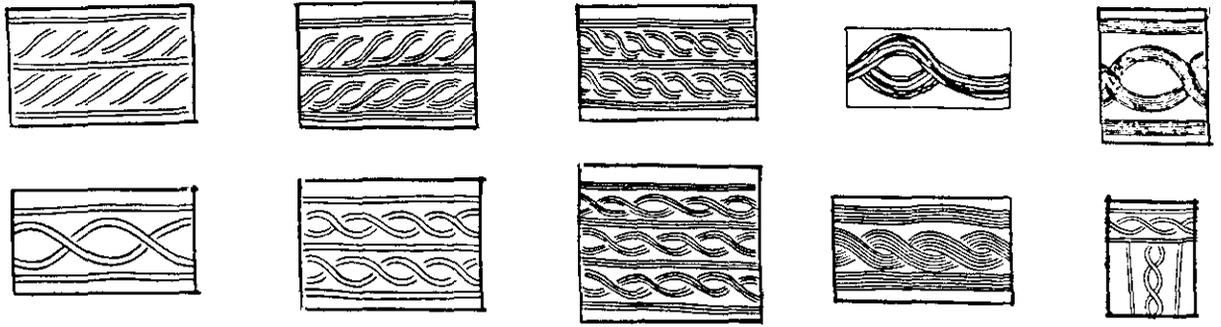


Fig. 23. Representación de motivos de las cerámicas a peine de distintos yacimientos de la Meseta.

III a.C. siguiendo la tipología de Morel (1981: 213, forma 25, tipo 2733c). Tampoco descartaría una data análoga para la tumba 14 de la necrópolis, aunque en este caso las referencias sobre la cerámica campaniense son bastante imprecisas (*id.* 1950: 84). Más discutible, al tratarse de una tumba violada, sería el fragmento de cerámica de barniz rojo recogido en la sepultura 15 del Raso (Fernández Gómez 1986: 584-585, 829). Su excavador sugiere una asociación similar en la sepultura 455 de la Osera, donde el cuenco a peine apareció además con una fíbula de arco de puente romboidal (Cabré *et alii* 1950: 145), que vendría muy bien a la cronología.

Una parte muy considerable de esta cerámica delata su contemporaneidad con el torno de factura indígena, datable desde la 2ª mitad del s. IV a.C., hasta ser finalmente suplantada por las pintadas de estilo celtibérico. La sepultura 30 del Raso, que incluye un puñal de empuñadura de frontón entre otras asociaciones metálicas y cerámica estampada (Fernández Gómez 1986: 618-624 y 874), podría llevarse a finales de esa centuria. En el siglo III a.C. se puede reconocer una producción más amplia como lo manifiestan las tumbas 142 y 263 de la Osera. Aquí, los vasos a peine conviven junto a copas y urnas con decoración estampillada, y forman parte también de ajuares en los que aparecen los típicos recipientes acampanados con pie desarrollado (Cabré *et alii* 1950: 105, 120, láms. XCVIII,1 y CI,8).

En definitiva, soslayando los problemas cronológicos que conllevan los objetos metálicos y también los importados, a causa de su perdurabilidad, parece evidente que la mayor parte de las producciones peinadas en estos cementerios podrían ubicarse a lo largo de la cuarta y tercera centuria a.C. No obstante, algunos vasos decorados del Raso de Candeleda podrían apoyar una fecha más antigua, a mediados del milenio, basados en la presencia exclusiva de cerámica a mano en uno de los sectores de la necrópolis. Otro dato interesante, como el ungüentario de la tumba 32, concede ciertas posibilidades de fechación en la quinta centuria (Fernández Gómez 1986: 873).

Este mismo proceso, de copiosa bibliografía y que sería prolijo enumerar, debió ser general en todos los castros vettones de la cuenca suroccidental (Fig. *), incluyendo otros igualmente emblemáticos como Salmantica (Martín Valls *et alii*

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

1991: 153), Bletisama (Benet *et alii* 1991: 130), Las Paredejas (Fabián 1986-87: 281), Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: fig. 3), Yecla de Yeltes (Martín Valls 1973a: 89 y fig. 9) o Villanueva de la Vera (González Cordero *et alii* 1990: 136, 140-142). En cambio, algo muy diferente podría postularse para los poblados al sur del Tajo, donde esta cerámica cuenta con bien escasa representación.

El hallazgo más meridional, uno de los pocos testimonios conocidos a este lado del río, lo constituye una urna de perfil en S y pie realizado con decoración incisa en zig-zag procedente de la necrópolis de La Coraja, en Aldeacentenera (Esteban Ortega 1993: 74, nota 29 y fig. 12,a). Su excepcionalidad, en un conjunto formado por más de 70 enterramientos, podría entenderse como argumento en favor de un producto foráneo llegado desde la Meseta occidental. No pueden descartarse otros vestigios pero, a tenor de esta distribución, debería sospecharse que la cerámica a peine delata la pujanza del grupo Cogotas II en un marco geográfico y temporal bastante preciso.

La situación, naturalmente, es más compleja en la Meseta Norte. Tales cerámicas cubren la práctica totalidad del valle del Duero y el Sistema Central (Fig. *), desde el castro astur de Labradas, al oeste del Esla (Esparza 1987: 341), hasta la necrópolis celtibérica de Luzaga (Díaz 1976: fig. 20, nº 12). Una gran parte de las piezas conocidas proceden de excavaciones antiguas o hallazgos casuales y desconocemos, por tanto, el contexto preciso en el que fueron halladas. Con todo, otras son susceptibles de datación, pudiendo afirmarse que los materiales obtenidos en unos y otros yacimientos apuntan con bastante claridad a estos primeros tiempos. En la Mota y Cuéllar evolucionan sin solución de continuidad desde los niveles del Soto y conviven con las primeras cerámicas a torno importadas. Pero sobre todo resulta muy llamativo el incremento que se detecta en los estratos más recientes, que podrían llevarse a inicios del s. IV y s. III a.C. respectivamente (Seco y Treceño 1993: 142-143 y 159; Barrio 1993: 197-207), como ocurre también con la necrópolis de las Erijuelas, junto al poblado segoviano (Barrio 1988: 406 ss.). Tampoco faltan en Rauda y Cauca, acompañadas de otras cerámicas a mano y las pintadas de tipo celtibérico, en los niveles correspondientes a las ciudades vacceas (Sacristán de Lama 1986: 78-79, láms. XI-XII; Romero *et alii* 1993: 256 ss., figs. 6 y 11).

De igual modo, disponemos de la información que aportan algunos conjuntos

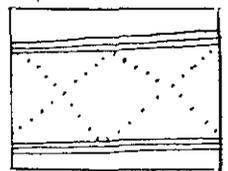
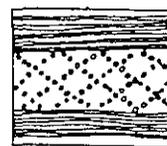
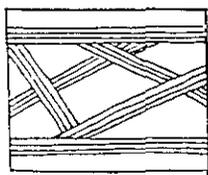
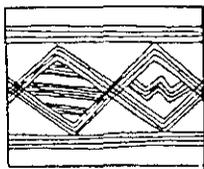
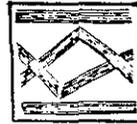
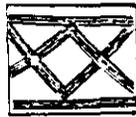
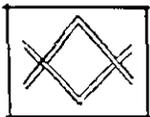
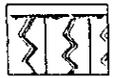
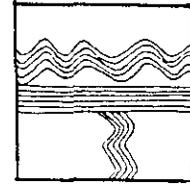
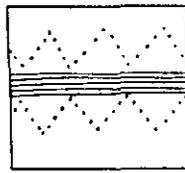
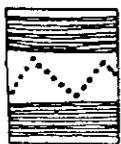
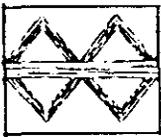
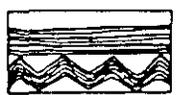
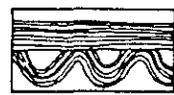
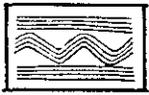
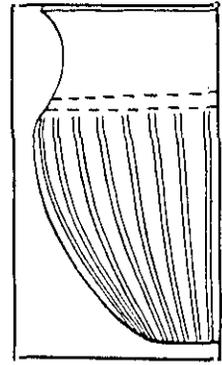
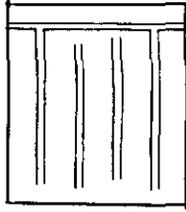


Fig. 24. Representación de motivos de las cerámicas a peine de distintos yacimientos de la Meseta.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

cerrados. La urna cineraria a peine de la tumba 28 de la necrópolis vaccea de Padilla de Duero, asociada a cerámica a torno, puñal de tipo Monte Bernorio, espada tipo Miraveche y umbo de escudo con cruceta, proporciona otro buen punto de referencia fechable a finales del s. IV a.C (Sanz Mínguez 1993: 379-386) y equiparable al nivel II del inmediato poblado de las Quintanas, que también deparó cerámicas con decoración análoga (Gómez y Sanz Mínguez 1993: 367 ss. y fig. 7). Las urnas de las sepulturas 13 y 40 de La Mercadera, esta última con dos puntas de lanza, un cuchillo de hoja curva y una anilla de hierro, coincidirían con el máximo desarrollo del cementerio a lo largo de la cuarta centuria, o bien a su momento final, ya de inicios del s. III a.C. (Lorrio 1990: 48). Fechas en consonancia con éstas proceden asimismo de otras necrópolis celtibéricas; en un enterramiento de la Revilla de Calatañazor (Ortego 1983: 576, lám. I), la cerámica en cuestión convive con un broche de cinturón cuadrangular de tipo Miraveche y un puñal de frontón como asociaciones más significativas. La tumba 29 de Ucero brinda asimismo un interesante ajuar con cerámica a torno, un broche de cinturón cuadrangular y una fíbula anular de plata con cabujón, datándose el conjunto ca. 350-250 a.C. (García Soto y Castillo 1990). Y algo parecido podemos señalar en el Alto Duero para la necrópolis soriana de Carratiermes - tumbas 129, 175, 226...- donde la comparecencia de cerámicas celtibéricas junto a las decoradas a peine es habitual en esos siglos (Altares y Misiego 1992: 550-551). Los elementos metálicos relacionados son más escasos pero cuando los hay, fíbulas anulares y de La Tène I-II fundamentalmente, sugieren una data análoga.

Quiérese decir con estos ejemplos, que desde la cuarta centuria a.C. estas cerámicas se están proyectando en el sector centro-oriental de la Meseta, beneficiándose a un mismo tiempo de las cronologías sugeridas por las necrópolis vettonas más ricas. Si estos cambios justifican hablar de una etapa de madurez y expansión para la cerámica a peine, desde el punto de vista del estilo merecen señalarse otras novedades respecto al Hierro Antiguo (Alvarez-Sanchís, e.p. *):

(a) una composición singularizada en la variedad y barroquismo de las decoraciones (Martín Valls 1985: 119). Entre los motivos básicos destacan por su preeminencia los temas de cestería, sogueados, series onduladas y quebradas en zig-zag, espigados, festones, aspas, semicírculos y bandas fundamentalmente, que

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

pueden aparecer simples o combinados¹⁰⁹,

(b) técnicas distintas asociadas al peine - oquedades, gallones, estampillados, acanaladuras, protuberancias - que, otras veces, son exclusivas en la decoración de los recipientes (Hernández Hernández 1981: 317; Martín Valls 1985: 119 y 1986-87: 72),

(c) la distribución de los motivos sobre el vaso se produce por lo general en la zona media-alta del galbo, acaparando el 50% o menos de la superficie externa y reservando la parte inferior para las decoraciones radiales, o cuando las técnicas asociadas implican una composición más amplia,

(d) se incorpora el peine impreso o puntillado, predominantemente inciso hasta la fecha, aunque lo normal es recurrir a la fórmula mixta¹¹⁰.

(e) desaparece, o se rarifica, la decoración en el interior de los vasos. El fenómeno respondería en parte a la escasez de platos y otros pequeños soportes de casquete esférico y labio exvasado, secularmente asociados a la técnica en cuestión durante la primera Edad del Hierro.

(f) su asimilación a cuencos hemisféricos y troncocónicos con borde recto o entrante sigue siendo lo más habitual, entre el 60-70% de la producción conocida, pero se diversifican bastante más el resto de los tipos: urnas de perfil en S con distintas variantes, vasos ovoides, globulares, copas y recipientes de

¹⁰⁹ El uso de matrices con diferente número de púas en la ejecución de los motivos, generalmente entre 2 y 10, ha servido de argumento en favor de una lectura cronológica, pero con planteamientos opuestos y resultados escasamente satisfactorios (Blasco y Alonso 1985: 81; Fernández Gómez 1986: 842 y 844). Las dificultades que existen para la fijación temporal de los distintos peines se pondrían de manifiesto si tenemos en cuenta su convivencia en tumbas coetáneas, bien perceptible en los cementerios de las Cogotas, la Osera y el Raso (Cabré 1932: láms. XXII y XXXVII; Cabré *et alii* 1950: láms. LXXXVI y LXXXVII; Fernández Gómez 1986: 838-839 y 843). Lo más habitual es ejecutar el motivo con peines de cuatro a seis púas. No faltan diseños con matrices distintas y en ambos sentidos, más minoritarios si cabe, pero que probablemente debamos atribuir a gustos locales.

¹¹⁰ Este proceso evolutivo y diferencial de ambas técnicas queda claro en las estratigrafías de Cuéllar y La Mota (Barrio 1993; Seco y Treceño 1993); la impresión sólo se insinúa en los niveles más modernos, ya de transición al Hierro II.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

cuello cilíndrico con borde abierto¹¹¹.

Su estudio y dispersión ha merecido distintas visiones de síntesis (Hernández Hernández 1981; Martín Valls 1985 y 1986-87; Barrio 1988: 367-376; García Soto y De la Rosa 1990 y 1992). No obstante, debe ponerse de manifiesto que la mayor parte de los testimonios de las cartas de distribución corresponden a yacimientos con una muestra muy escasa, por lo que debemos ser prudentes a la hora de deducir la expansión de un grupo, sin valorar su incidencia en términos cuantitativos. Un aspecto desde el que puede abordarse el estudio de estas cerámicas es el estilístico. Por ejemplo, usando criterios numéricos existe la posibilidad de abarcar diferentes niveles de análisis que discriminen (a) las técnicas, (b) los motivos, (c) las formas asociadas y (d) el contexto de hallazgo (poblado/necrópolis). Las cerámicas a peine no sólo nos hablan del artesano que las fabrica y decora; potencialmente constituyen un código de información sobre la identidad del grupo - social, sexual y territorial - al que pertenece. Hodder (1982a: 42-43) destaca que cuando los recipientes se utilizan para señalar la adscripción a un grupo determinado, estos deben ser visualmente diferentes a los ostentados por otros grupos. Y esa misma vía recogía hace poco Ruiz-Gálvez (1990: 346) como medio de delimitar, en un marco más amplio, las fronteras o límites entre las distintas poblaciones de la Meseta.

Teniendo esto en mente me gustaría señalar, como ya se ha sugerido en alguna ocasión (Barrio 1988: 368; Sanz Mínguez e.p.*), la posibilidad de establecer dos áreas geográficas a nivel general, aquella que desde el punto de vista de la ejecución incluye casi siempre el peine mixto o impreso y un segundo grupo que conforma motivos preferentemente incisos (Fig. *). Mientras el primero se extiende a lo largo del valle medio del Duero - Coca, Cuéllar, Padilla, Olivares de Duero, Roa, Tiermes - el último nos remite al sector suroccidental de la cuenca - La Mesa de Miranda, Las Cogotas, Sanchorreja, La Mota, El Raso de Candeleda,

¹¹¹ Recuérdese en este sentido la tipificación general realizada por Hernández Hernández (1981: 318-322, figs. 3-4) y García-Soto y De la Rosa (1992: 351-353, fig. 5), con buenas correspondencias en las necrópolis de la Osera - tipos I a VI (Cabré *et alii* 1950: 167, fig. 14) - y El Raso de Candeleda - formas 1, 2 y 7 de urnas, 4 y 9 de vasos de ofrendas (Fernández Gómez 1986: 809-815, figs. 465-466) -. Ahora bien, también resulta muy llamativa la fidelidad de algunos conjuntos desde el punto de vista formal con sus precedentes del Hierro antiguo (Maluquer 1958a: 48-50, fig. 15; González-Tablas 1989: 119-122), como avalan las formas cuenquiformes y los vasos de suave carena. Paradójicamente, en la necrópolis del Raso se han obtenido muy pocos hallazgos relacionables con la primera, en su variante hemisférica (Fernández Gómez 1986: 815-816).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Salamanca, Villanueva de la Vera -. De alguna manera, en la sistematización de estos grupos se atisban distintas regiones estilísticas vinculadas a los pueblos prerromanos, y los mencionados en último lugar constituyen una fuente de primer orden a la hora de ilustrar los límites y la extensión de la etnia que nos ocupa (Alvarez-Sanchís, e.p.*). Incluso, la posibilidad de reconocer distintos motivos a nivel comarcal y microlocacional, valorando por ejemplo aquellos que son específicos o dominantes en ciertos poblados y necrópolis vettonas, son niveles de análisis que apoyan y enriquecen de distinta manera esta línea argumental, pero que consideraré más adelante desde el punto de vista sociológico.

Otra cuestión importante sería establecer el momento final de la vida de estas cerámicas. En la actualidad no es factible dar fechas concretas sobre los últimos vasos a peine, pero parece claro que apenas rebasaron el siglo II a.C., coincidiendo muy posiblemente con el auge de la cerámica celtibérica, en la época que Sacristán (1986: 131 ss.) llamara etapa "plena" o "clásica" para el grueso de las producciones a torno.

Por lo que a las tierras vettonas se refiere, resulta muy significativo su ausencia en el poblado fortificado del Raso de Candeleda, bien datado a partir de fines del s. III a.C. o inicios del II a.C. (Fernández Gómez 1986), así como en el sector del alfar ubicado en el segundo recinto de Las Cogotas, que puede llevarse sin problemas a partir de esas fechas. Estos datos, aunque sean negativos, tienen gran interés porque demuestran que las especies a peine son anteriores a la fase final de los grandes oppida abulenses. Los cenizales del yacimiento citado en último lugar sí han ~~deparado estas cerámicas, en cuantía no demasiado elevada;~~ pero su cronología no parece traspasar en cualquier caso la segunda centuria a.C.. Más imprecisos son los datos de Ulaca y La Mesa de Miranda, que también pueden servirnos como punto de referencia. El primero ha proporcionado escasísimos fragmentos, y el dato parece firme dada la intensidad de las prospecciones superficiales realizadas. Por otra parte, Martín Valls destaca que cuando se amplía el último recinto de La Mesa, fosilizando una parte de la necrópolis con las características cerámicas, esta zona debía de estar en desuso. Por tanto, la fecha de la construcción de la muralla, seguramente en la primera mitad del s. II a.C., daría una data ante quem para las peinadas (Martín Valls 1986-87: 73; vid. Cabré et alii 1950: 200).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Algo parecido podemos señalar para los yacimientos de la cuenca del Duero. De las tumbas con urnas cinerarias a peine hasta ahora conocidas en la necrópolis de Padilla de Duero, la más moderna, sepultura 32, permite algunas consideraciones tipo-cronológicas al poder relacionarse con las restantes piezas que la acompañan - puñal de tipo Monte Bernorio con pomo naviforme muy desarrollado y su correspondiente tahalí, botella a torno y cajita excisa celtibéricas, vasos troncocónicos a mano.... - pudiéndose datar entre un momento avanzado del s. III a.C. y la primera mitad del s. II a.C. (Romero y Sanz Mínguez 1992: 461-463; Sanz Mínguez tesis**). La tumba 242 de Carratiermes, con un puñal biglobular, y la 185, con una urna bitroncocónica y cuello exvasado a torno que se ha llevado a los siglos II-I a.C., marcarían el final de estas producciones (Altares y Misiego 1992: 552), ya ausentes en la última fase de la necrópolis de Ucero (García-Soto 1988: 89-91). En los niveles superiores de la estratigrafía de El Soto de Medinilla establecida por Wattenberg, ya no existe cerámica a peine; sólo un vaso con esta decoración apareció en el nivel II (Wattenberg 1959: 178 y 206). El límite moderno vendría también apoyado por la escasez de estas cerámicas en los cenizales de la Colegiata de Castrojeriz, fechadas sobre todo en el s. II a.C y de transición al siguiente (Abásolo *et alii* 1983: 292 ss. y 311), siendo más abundantes en el castro, pero con una cronología de fines del IV a.C. y siglo III a.C. (Abásolo y Ruiz Vélez 1978: 267-272).

En definitiva, cabe concluir señalando que las cerámicas con decoración a peine parecen propias fundamentalmente del territorio vettón, vacceo y celtibérico, documentándose también en otros puntos más alejados y esporádicos. La proporción de estas cerámicas difiere de una zona a otra aunque debe reseñarse el peso que las producciones incisas vienen desempeñando al sur del Duero desde los niveles de la primera Edad del Hierro. La técnica impresa o mixta (inciso-impresa) cuenta con más escasa representación en estos primeros tiempos y su madurez correspondería ya a un estadio avanzado, siendo sincrónica de la fase de Cogotas II en sentido estricto. Queda todavía pendiente la caracterización de estas cerámicas en algunos yacimientos, dado que no sabemos si son productos de la alfarería local o importaciones, pero podría postularse una fecha en torno al siglo IV a.C. para su paulatina incorporación en los sectores más septentrionales y orientales de la cuenca del Duero, hasta el área celtibérica, coincidiendo con su esplendor en tierras vettonas. Finalmente, no parece aventurado proponer una

cronología en torno a la primera mitad del s. II a.C. para el ocaso de estas cerámicas, aunque en puntos más esporádicos del centro y oriente de la Meseta algunas piezas hayan podido perdurar hasta fechas más avanzadas. Tal vez fuera posible pensar en una dirección de oeste a este para explicar la desaparición de estos vasos; sin embargo las diferencias cronológicas son escasas y un proceso más o menos sincrónico también resultaría factible.

3.2. La cerámica a torno. La elasticidad de las cronologías deducidas para las cerámicas a mano, a partir de consideraciones estilísticas o tipológicas, repercute en la datación del Hierro Pleno; en cierto modo la cultura material de la primera Edad del Hierro parece mantenerse hasta que, progresivamente, se constata la introducción de los vasos a torno. Sin embargo, debe quedar claro que la existencia de estas cerámicas no implica en primera instancia indicios de la influencia del ámbito celtibérico. Al sur del Duero conocemos importaciones de cerámica ibérica desde fechas relativamente tempranas; se trata en general de platos de labio exvasado o engrosado y recipientes de tendencia globular, en pastas anaranjadas o de barniz rojo, que a menudo se pintan con tonos vinosos formando bandas y círculos concéntricos. En más de una ocasión se ha citado su presencia en La Mota y Cuéllar en contextos datados en los siglos VI-V a.C. (Seco y Treceño 1993: 142, 169, fig. 7; Barrio 1993: 191-193, fig. 11 y 15). El nivel superior de Sanchorreja proporciona también determinadas asociaciones metálicas junto a cerámicas a torno, que podrían llevarse a esas fechas (González-Tablas 1989: 125 y 1990: 17 ss., 63-66).

En los siglos V y IV a.C. se pueden reconocer algunas cerámicas grises, pero es difícil saber cuándo empezaron a fabricarse localmente en el interior¹¹². Maluquer (1958a: lám. XII,A) publica un plato de estas características en Sanchorreja, mientras en la tumba 417 de La Osera se recoge un plato gris, asociado a una espada de antenas tipo Aguilar de Anguita, que podría llevarse a la primera mitad de la cuarta centuria (Martín Valls 1986-87: 74). En La Mota sólo se constatan en el último nivel de ocupación, a finales del s. V o inicios del IV a.C.

¹¹² Proliferan en el ámbito andaluz desde la séptima centuria a partir de influencias fenicio-púnicas (Aranegui 1975, Roos 1982). En el área extremeña las producciones grises de Medellín constatan, desde el punto de vista tecnológico, el empleo de hornos de cocción evolucionados seguramente a partir del último tercio del s. VII a.C. (Almagro-Gorbea 1977: 463-467; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112; Lorrio 1988-89: 307-311).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

(Seco y Treceño 1993: 143, 167-168). Dado el volumen de piezas a torno halladas en el yacimiento vallisoletano, entre las que se incluyen vasos de pastas anaranjadas, sus excavadores no descartan una producción de factura local. A un momento próximo cabe vincular el nivel III del poblado de Cuéllar, donde junto a las típicas cerámicas de importación y en un contexto que englobaría la práctica totalidad del s. IV a.C., se documenta otro conjunto de vasos a torno sin pintar que, según Barrio (1993: 197-201), podrían representar la incipiente cerámica celtibérica.

También ofrecen importantes datos cronológicos algunos yacimientos del borde más meridional y occidental de la región. En la necrópolis del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres), las urnas cinerarias están realizadas a torno y asociadas a ellas se documentan varios fragmentos de kylix griego en las tumbas 1 y 7 de la Zona A - imitaciones según sus excavadores - por lo que parece factible una fechación temprana en la cuarta centuria a.C. o incluso finales del s. V a.C. (Esteban Ortega *et alii* 1988: 74-75, figs. 3 y 15; *vid.* Martín Bravo 1993: 353). Otro dato parecido nos lo proporciona el castro de Villasviejas en Botija, con un fragmento de kylix de figuras rojas en contextos donde empieza a generalizarse la cerámica a torno (Hernández Hernández *et alii* 1989: 136), como pone igualmente de manifiesto la necrópolis más antigua del poblado (Hernández Hernández 1991).

Con todo, la cronología inicial para la introducción del torno en las altas tierras al norte del Tajo sigue siendo controvertida. Hay que admitir que la contrastación de algunas fechas está severamente limitada por la falta de análisis de pastas, con el objeto de distinguir las producciones foráneas de las que no lo son, y la escasez de objetos metálicos asociados. Tal vez haya que retrasar a esas fechas de comienzos del s. IV a.C. las primeras cerámicas de factura local si se producen nuevos hallazgos significativos, pero también es cierto que el registro arqueológico podría estar indicando un incremento significativo de las importaciones ibéricas, previo a la adopción de la nueva técnica por parte de los artesanos locales. Mientras tanto, sigue teniendo vigencia en el plano teórico una fecha entre el segundo y el tercer cuarto del siglo IV a.C., gracias a la cronología aportada por las tres copas griegas de barniz negro de la necrópolis del Raso de Candeleda - tumbas 5 y 29 - formando conjuntos cerrados con vasos indígenas a torno, de perfil globular u ovoide, que ya acusan un relativo dominio de la técnica

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(Fernández Gómez 1972: 275-278 y 1986: 555-561, 613-617). En las necrópolis de Las Cogotas y la Osera, bien es verdad que al otro lado de la Sierra de Gredos, ciertos vasos lisos y análogos a los anteriores podrían llevarse a esos tiempos¹¹³.

Se trata, en cualquier caso, de vasos sin decoración pintada que no cabe explicar por influencia celtibérica sino más bien por relaciones con el mundo turdetano, seguramente por las mismas vías comerciales que antaño transportaron los objetos orientalizantes a los grupos protovettones de Avila y Salamanca. Como todo proceso innovador, conllevaría una aceptación social y una aceptación por parte de los especialistas, máxime cuando, hasta ese momento, la producción alfarera seguiría siendo doméstica y a nivel familiar. Así lo avala el hallazgo de matrices de estampillas, punzones y otros utensilios propios de alfareros en el interior de varias de las viviendas de Las Cogotas (Cabré 1930: 66-67, lám. LVI). Lo que ha dado en denominarse una producción industrializada y excedentaria sólo surgiría en los siglos II-I a.C., a juzgar por los datos proporcionados en los distintos alfares meseteños (Sacristán de Lama 1986: 155-156; Escudero y Sanz Mínguez 1993: 486-491; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 220-222).

A finales del s. IV o inicios del III a.C. se puede reconocer ya una producción más amplia. En este contexto, un primer grupo lo formarían las especies estampilladas, con motivos geométricos y ornitomorfos muy estilizados a base de círculos, cuadrículados, aspas, tetralobulados y sobre todo series de EEE, MMM y SSS. La incorporación de esta novedad decorativa vendría a remitirnos a ciertas estampaciones del grupo Soto (Esparza 1990b: 117; Delibes y Romero 1992: 251-255), aunque su mayor desarrollo se produce en el Hierro Pleno coincidiendo con la "barroquización" de las peinadas (Martín Valls 1986-87: 69, 72-73). Se aplican en cerámicas a mano (Cabré 1930: 59, lám. XLVIII y 1932: lám. XXXVII) pero sobre todo a torno hasta alternar finalmente con la decoración pintada (Id. 1930: 64-67, láms. XLIX, LXI y 1932: lám. XLV; Cabré *et alii* 1950: 169, lám. XCVI;

¹¹³ Estas mismas fechas se corresponden en general con las primeras cerámicas celtibéricas en el Alto Jalón y Alto Tajo, de pastas claras y decoradas con pinturas (Martín Valls 1985: 120, 125 y 1986-87: 791, llegadas a través del valle del Ebro. Para el Ebro medio, a partir de los datos disponibles del Bajo Aragón y Levante, Burillo (1980: 327) se decantaba por la segunda mitad del s. IV a.C y comienzos del s. III a.C. Para el interior de la Meseta se ha propuesto una datación ligeramente más moderna, ca. 300 a.C.. (Sacristán de Lama 1986: 124). Aún así, las comunidades vacceas acreditan intensas relaciones desde la cuarta centuria hacia el sur y oriente del territorio, por lo que el espacio de tiempo transcurrido hasta la arribada de la nueva tecnología debió ser mínimo. De seguir a Sanz Mínguez (1993: 386), por paralelos tipológicos y asociaciones significativas en algunos ajuares, la introducción del torno en Padilla de Duero es relativamente segura en la segunda mitad del s. IV a.C..

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Fernández Gómez 1986: 851-854). Aunque más escasas, también llaman la atención determinados vasos a torno con decoraciones a peine, enraizadas por tanto en la tradición indígena de las elaboradas a mano. Podemos mencionar alguna cerámica del castro de Las Cogotas (Cabré 1930: lám. XXXI,6), las tumbas 41 y 73 de La Osera, bien es verdad que con referencias contradictorias (Cabré et alii 1950: 89, 93, láms. LXXXIV,7 y XCVI,7) o las que se recogieron en prospección en el yacimiento vallisoletano de Sieteiglesias, cerca de Matapozuelos (Bellido y Cruz 1993: 271).

En el Raso la cerámica estampillada aparece con los productos más modernos de la necrópolis. Sería el caso de la sepultura 30, que presenta además un ajuar de guerrero con puñal de frontón, en sustitución de las antiguas espadas de antenas, ninguna de las cuales se asociaba a cerámicas a torno. Con todo, la mayoría de los recipientes que se conservan no tienen decoración. La 36 ofrece una urna bitroncocónica con asa de cesta, asociada a una fíbula anular, que se podría situar a mediados de la tercera centuria a.C. y por tanto en la fase final del cementerio (Fernández Gómez 1986: 874-875). Vasos torneados con asa sobre la boca, cuyos antecedentes ibéricos son bastante evidentes, también se conocen algunos en La Osera (Cabré et alii 1950: 170, lám. XCVII) y Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LVIII) perdurando hasta finales de la Edad del Hierro. En ambas necrópolis una parte considerable de las asociaciones metálicas que acompañan al torno lo integran puñales de tipo Monte Bernorio - algunas de cuyas variantes apuntan bastante bien al s. III a.C. (Sanz Mínguez 1990a: 185) - además de otros con empuñadura de frontón y dobleglobular que evidencian su relativa modernidad.

En un principio la novedad radica no tanto en la morfología de los vasos como en los nuevos procesos de cocción, que permiten producciones de pastas rojas y claras gracias a su producción oxidante. Se trata de recipientes de cuerpo globular, ovoide o perfil acampanado y borde vuelto, con el labio redondeado o ligeramente apuntado, que desarrollan su diámetro máximo hacia la mitad de la pieza o por debajo de ella. Su base puede ser cóncava con umbo central, evolucionando en algunos casos hacia el pie alto y realzado. La tipología de las urnas de La Osera se reduce básicamente a seis tipos con sus variantes¹¹⁴,

¹¹⁴ Cuencos, platos, globulares, de cuello cilíndrico o perfil pseudoestrangulado, acampanadas y bitroncocónicas fundamentalmente.

enraizados algunos en las modeladas a mano (Cabré et alii 1950: 166 ss., figs. 14-15), pudiéndose observar que las formas III y IV - globulares y de cuello cilíndrico - acaparan más del 65% de la producción a torno destinada a este sector del cementerio. Si exceptuamos los platos, los pequeños vasos de ofrendas y alguna de las escasas cerámicas grises del Raso, la tipología de las urnas a torno se reduce a ocho tipos (Fernández Gómez 1986: 817-818)¹¹⁵, dos de los cuales - urnas globulares y recipientes de perfil bitroncocónico - acaparan más del 70%. Otro tanto cabría decir de Las Cogotas; soslayando los problemas que plantea la clasificación de sus urnas, se advierte una predilección por las formas ovoides y globulares de tamaño medio y cuello cilíndrico (Cabré 1932: 22, láms. LVIII-LIX), con tipologías muy similares a las de La Osera, sobre todo la forma IV. En definitiva, los productos salidos de estos alfares vettones que se destinan a los cementerios entre comedios de la cuarta centuria y finales del siglo III-II a.C., ofrecen una tipología bastante limitada, de formas simples, análoga a la que manifiestan otros asentamientos vacceos del Duero medio (Martín Valls y Esparza 1992: 261; Romero et alii 1993: 238 ss., figs. 7, 10, 12).

3.3. La cerámica pintada. También desde este momento se reconocen en algunos yacimientos de la cuenca los primeros vasos pintados de estilo celtibérico. Las pinturas monocromas desarrollan frisos de semicírculos concéntricos, rombos y líneas serpentiformes en la parte superior del cuerpo. Al último tercio del s. IV a.C. podría remontarse la copa de la tumba 28 de Padilla (Sanz Mínguez 1993: 385-386, fig. 3), beneficiándose de las cronologías sugeridas por los restantes elementos del ajuar (vid. supra), pero con los motivos ejecutados todavía con relativa torpeza. Un ligero avance cronológico podría postularse para los poblados vacceos más meridionales. Ciertas cerámicas del estrato IV de Cuéllar, con motivos muy simples, no son anteriores al s. III a.C. (Barrio 1993: 203, fig. 17), y un significativo elenco de vasos decorados se localiza igualmente en los niveles vacceos de Cauca, datados en torno al comedio de la misma centuria (Romero et alii 1993: 257-260).

Sincrónicamente a este proceso, en tierras extremeñas al sur del Tajo los

¹¹⁵ Acampanadas, globulares, bitroncocónicas, jarras, esféricas, troncocónicas, copas y ovoides.

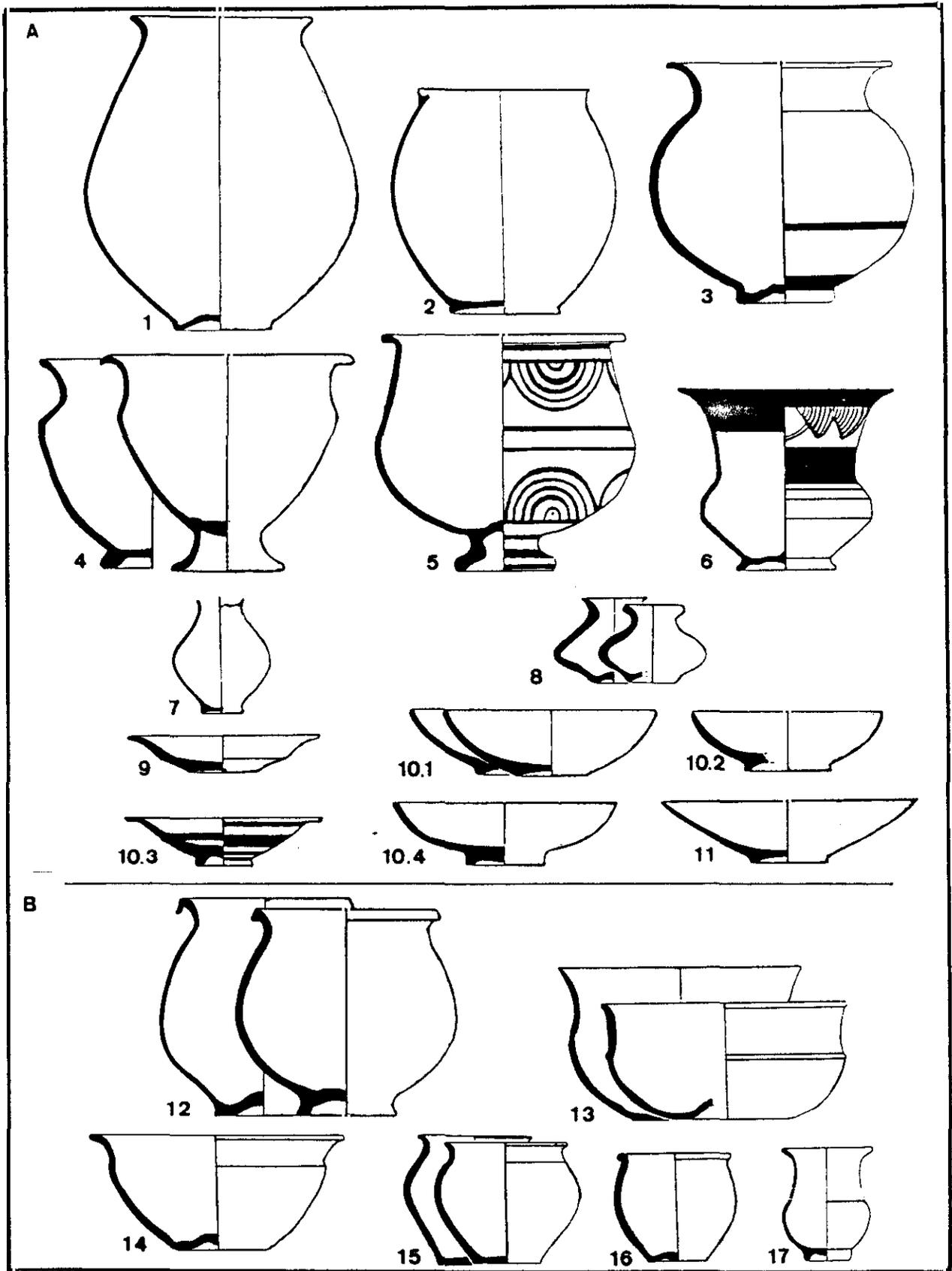


Fig. 25. Cerámicas del Hierro Pleno-Final de la Alta Extremadura (Martín Bravo 1996).

datos que proporcionan las cerámicas pintadas en tonos rojos - a veces combinan con blanco/negro - y los motivos de bandas, filetes, círculos y dientes de lobo, permiten entrever un referente cultural indiscutible en el mundo ibero-turdetano (Cabello 1991-92; Rodríguez Díaz 1995b: 96-97). A título de ejemplo podríamos referirnos a los datos que proporciona la necrópolis del Mercadillo, en Botija, fechada en el siglo IV e inicios del III a.C. (Hernández Hernández 1991; Hernández Hernández y Galán 1996). Ofrece un conjunto de urnas globulares de gran tamaño, decoradas con frecuencia en toda la superficie, cuyos paralelos más próximos ha relacionado su excavadora con las cerámicas andaluzas (Pereira 1988: forma 6, 918-939). Algo parecido parece ocurrir en el castro de La Coraja, en Aldeacentenera, a tenor de las cerámicas halladas en el interior del recinto, aunque extraña su escasa proporción en la necrópolis (Esteban Ortega 1993: 69, 75, nota 31, fig. 10 y 15; Civantos 1993: 283-286, figs. 1-2). Incluso, el repertorio formal y decorativo del yacimiento - kálathos, platos de barniz rojo o los conocidos fragmentos con decoración figurada (vid. infra) - señala relaciones con Andalucía oriental y Levante (Rivero 1974; Cabello 1991-92).

Por el contrario, si nos atenemos a los datos proporcionados por las necrópolis vettonas del área abulense, la situación no es tan esclarecedora. En el Raso no existe la pintada de estilo celtibérico, mientras en la zona VI de la Osera sólo se recogieron siete urnas pintadas, una de ellas - tumba 223 - decorada por excepción con semicírculos rojos (Cabré et alij 1950: 116, 169, lám. CII). Con respecto a Las Cogotas los hallazgos también son escasos - calicata 1, tumbas 1131, 1142, 1149, 1166 (a mano) - y representan nuevamente segmentos de círculo o líneas paralelas a modo de volutas (Cabré 1932: 21, lám. LIII), motivos elementales cuyos antecedentes se pueden buscar en la cerámica ibérica. Los ajuares que acompañan a estas primeras cerámicas no son nada expresivos pero cabe suponer su correspondencia con la última fase de estos cementerios, justo cuando en otros sectores de la cuenca del Duero se empieza a entrever el auge y la expansión del nuevo estilo. Con todo, en este momento todavía es muy difícil deslindar lo que es realmente indígena de sus modelos ibéricos o celtibéricos. A la vista de los datos y de su ubicación geográfica, está claro que la cerámica pintada se fue extendiendo paulatinamente de este a oeste y de sur a norte - de modo análogo a la arribada del torno - lo que implicaría un ligero desfase cronológico para los poblados del Sistema Central.

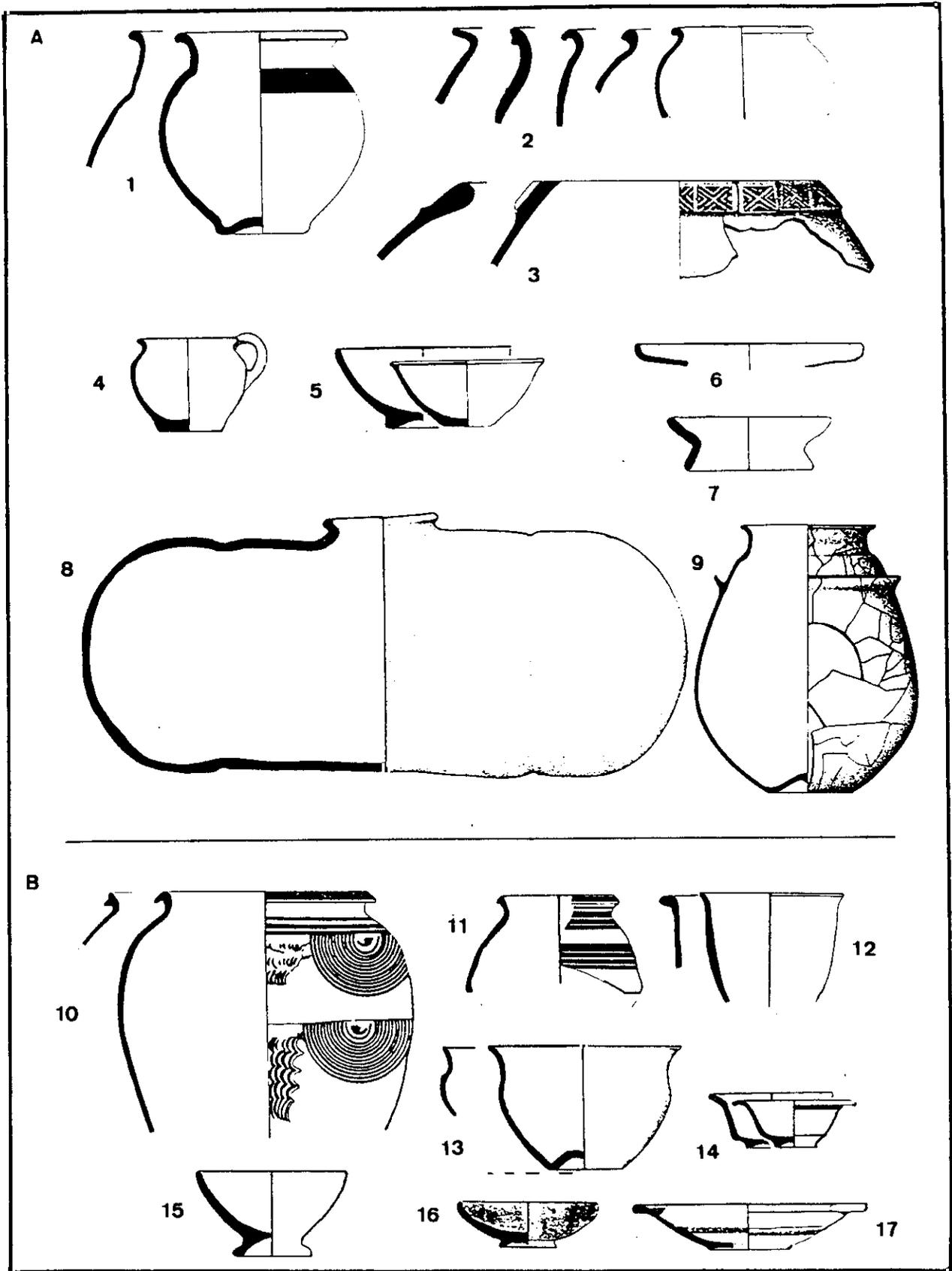


Fig. 26. Cerámicas del Hierro Pleno-Final de la Alta Extremadura (Martín Bravo 1996).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Es muy difícil señalar en qué momento preciso el suroeste de la Meseta o, dicho de otra manera, la cultura de Cogotas II en sentido estricto, se vio inmerso en las redes de producción y distribución de las típicas cerámicas pintadas de estilo celtibérico. Pero, mientras no dispongamos de otros vestigios análogos a los aludidos, hemos de llevar al tránsito de los siglos III-II a.C y, sobre todo, a las dos últimas centurias antes de la Era, el grueso de esta cerámica, cuyo variado repertorio de formas y decoraciones es bien manifiesto en los contextos domésticos de los poblados.

La industria cerámica del alfar de Las Cogotas - toda ella elaborada a torno - y los materiales recuperados en los cenizales del mismo recinto, evidencian una rica colección de cerámicas de borde vuelto y labio engrosado en forma de "palo de golf", vasos de borde vuelto "en cabeza de pato", copas, cuencos, botellas, recipientes globulares de tamaño mediano/grande, algún embudo.., ampliamente documentados en los yacimientos vacceos y celtibéricos de la etapa clásica, con buenos paralelos en el caso de Rauda (Sacristán de Lama 1986: 160 ss.). Si están pintados predominan las bandas, líneas onduladas, meandros, motivos de cestería y los característicos semicírculos y segmentos de círculos concéntricos. Corroboran este mismo encuadre ciertos elementos de modelado secundario como las molduras, baquetones y calados. Por lo menos en una parte de los casos la pintura se aplicaba antes de la cocción, como evidencian determinados vasos pasados de horno con restos de pintura. De las viviendas de la acrópolis proceden igualmente ciertas formas y decoraciones asignables a este momento (Cabré 1930: 73-75, láms. LXI-LXIII). Algunas ausencias significativas en el alfar, en particular los motivos pictóricos barroquizantes y los pies desarrollados, propias de producciones más tardías y tardoceltibéricas, aconsejan no rebasar el límite de inicios del siglo I a.C.. No obstante, llama la atención la presencia de algunos fragmentos de coloración blancuzca u ocre, tonalidad que sería frecuente en los productos de cronología posterior. La valoración de estos datos sigue siendo provisional - aún no se ha concluido su estudio - aunque es claro que no hay ningún elemento romano (Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Alonso y Benito-López 1992; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995).

Las intervenciones de urgencia realizadas en los diversos solares de Salmantica sólo permiten resultados parciales pero, sin duda, el bagage material

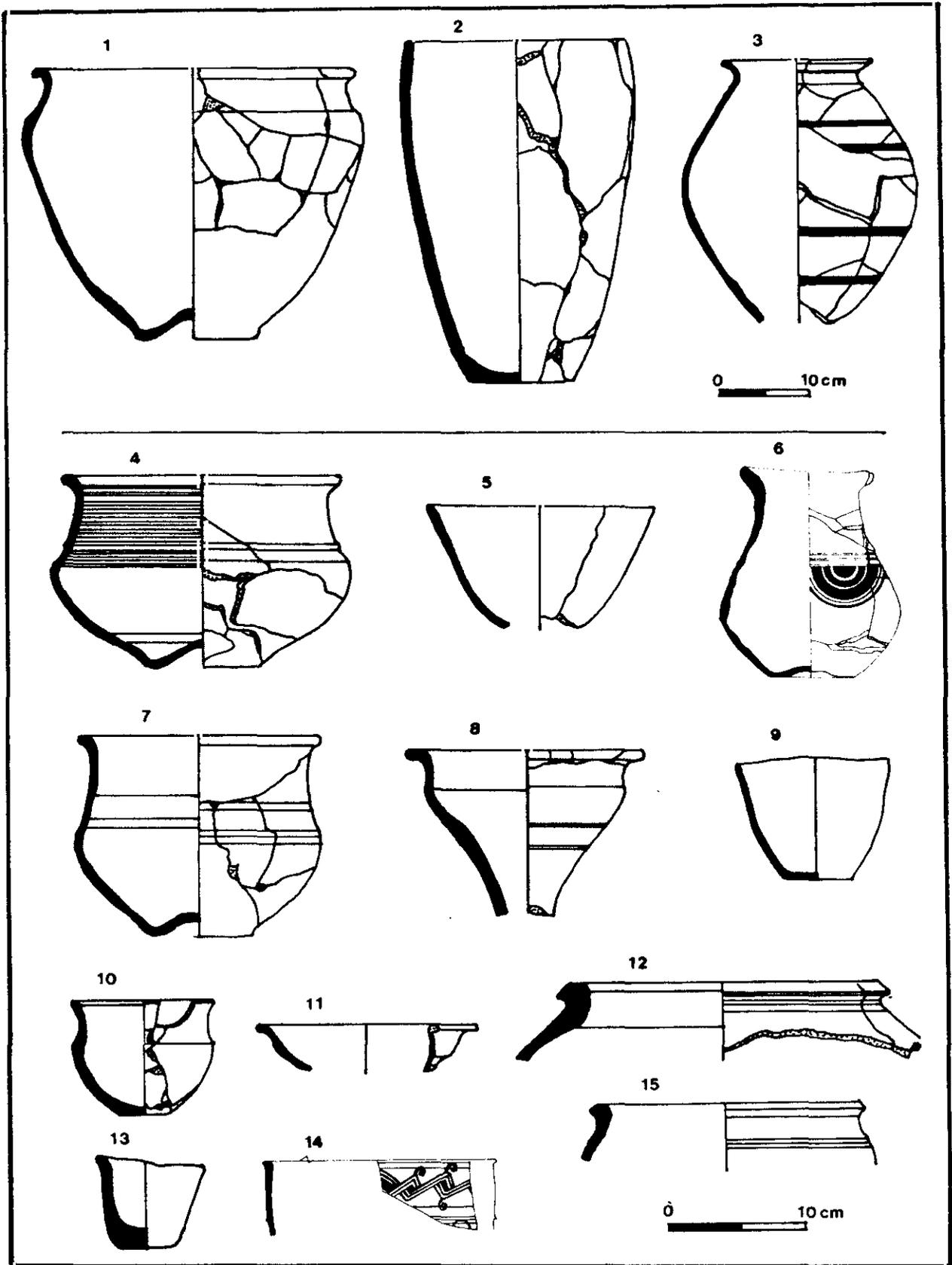


Fig. 27. Cerámicas a torno del Alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

obtenido está en consonancia con este marco cultural y cronológico. Predominan los vasos de borde vuelto y en cabeza de pato análogos al yacimiento abulense, muchos de ellos con decoración pintada monocroma de semicírculos concéntricos o de bandas sobre el labio, cuello u hombro (Martín Valls *et alii* 1991: 157, figs. 5-7). Y estos mismos tipos se emparentan bien con los encontrados en los castros occidentales, caso de Las Merchanas, Yecla la Vieja, La Plaza en Gallegos de Argañán o Pereña (Maluquer 1956a: 86; Martín Valls 1973a: 89 ss., fig. 9; Inventario Arqueológico Provincial). Por tanto, parece que a partir del s. II a.C. el ambiente material se fue haciendo cada vez más homogéneo en toda la cuenca del Duero, prolongándose hasta las estribaciones del Sistema Central. La utilización de la pintura negra frente a los tonos vinosos típicos del sur, la distribución de la decoración en la mitad superior de los recipientes, el uso frecuente de resaltes y surcos para enmarcar los temas y una clara predilección por los motivos geométricos, entre los que no se excluye algún préstamo vinculado a las cerámicas a peine, como los temas de cestería, resumen la estética del momento y su prolongación hasta época augustea (Sacristán de Lama 1986: 183-184; Martín Valls y Esparza 1992: 261). A pesar de la uniformidad que estas cerámicas ofrecen, es fácil advertir la existencia de áreas estilísticas en la alfarería del valle del Duero - herederas en última instancia de las agrupaciones geográficas del peine - merced a las posibilidades que ofrece la pintura y la variada gama de formas. Se ha llamado por ejemplo la atención sobre la predilección por las botellas y los frisos de rombos en el centro de la cuenca, frente a las jarras y los semicírculos colgados en el oriente de la Meseta (Romero 1991b: 89). Al otro lado de Gredos, la pintada de raigambre celtibérica se diluye muy significativamente - no existe en el poblado del Raso - hasta enlazar, allende el Tajo, con la tradición decorativa local de bandas y tonos rojos ibero-turdetanos, que es más propia de los castros extremeños (Hernández Hernández 1989: 121 ss.; Martín Bravo 1993: 353, nota 9).

Bajo el punto de vista formal y decorativo, se ha señalado con frecuencia la singularidad que aportan los conjuntos celtibéricos conforme se va haciendo efectiva la dominación romana (Sacristán de Lama 1986: 221 ss.; Martín Valls y Esparza 1992: 273-274). Se entrevé además la existencia de nuevos talleres o escuelas artísticas, con sus consiguientes implicaciones en los circuitos comerciales de distribución e intercambio; es el caso de las producciones policromas numantinas (Romero 1976), las representaciones de gallináceas del

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ámbito vacceo (Wattenberg, 1959: 190-191 y 1963: 36; vid. Sacristán de lama 1986: 193) o la cerámica de estilo cluniense (Palol 1982: 144-147). El contexto arqueológico de los poblados vettones entre los siglos I a.C. y I d.C. no ha sido suficientemente precisado. Tal hecho es común a la mayoría de los castros abulenses y del valle medio del Tajo, pues sabemos que su abandono se produjo en estas fechas (Alvarez-Sanchís 1993a y e.p.*). Por el contrario, varias de las entidades de población de la segunda Edad del Hierro en tierras de Salamanca sí tienen su continuidad en este momento, aunque los materiales que se recogen en buena parte de ellos son escasos, en contraste con los vestigios de baja romanidad (Martín Valls 1971b: 138-139; Santonja 1991: 27-29). Con todo, ciertas cerámicas tardías de raigambre celtibérica denotan la vitalidad de estos grupos serranos y permiten una relativa acotación respecto a las producciones de la etapa más "clásica", en consonancia con lo que acontece en otros yacimientos de la cuenca. Su transformación, en lo que comúnmente se conoce como cerámica tardoceltibérica, se produce sin solución de continuidad, pudiéndose ya hablar de este estilo a mediados del s. I a.C.

Corroboran este encuadre la incorporación de la figura humana y zoomorfa en el repertorio iconográfico. La conocida serie de caballos con jinete que decoran dos de los vasos procedentes de la acrópolis de Las Cogotas (Cabré 1930: 72-73, lám. LXI), junto a otros motivos como las franjas de líneas verticales, los triángulos formando una especie de cruz de Malta y los semicírculos, corresponderían sin duda a la última época de la vida del castro. No obstante, el mayor problema que plantea es establecer su cronología. Sabemos que los motivos figurados se relacionan grosso modo con el estilo tardoceltibérico. Sin embargo, estas series ya se inscriben desde el final de la etapa "clásica", como avalan determinados hallazgos de Roa y Soto de Medinilla, alguno de cuyos motivos se ha relacionado con la serie de Las Cogotas (Sacristán de Lama 1986: 193). La excepcionalidad de los hallazgos abulenses, la ausencia de este nuevo estilo pictórico entre los vasos recogidos del alfar y la escasez de vestigios romanos, abundaría en este mismo sentido. Podría así tomarse una fecha ante quem a comienzos del siglo I a.C. para estas cerámicas; no es posible precisar nada más, pero sería perfectamente admisible con la idea de situar el abandono del castro en época sertoriana, que es cuando parece organizarse un nuevo modelo de poblamiento en

el valle de Amblés, al amparo de la ciudad de Avila/Obila (Alvarez-Sanchis e.p. *)¹¹⁶. Otras producciones sí son, por el contrario, explícitas del celtiberismo tardío. Tal hecho es común a varios centros vettones de romanización temprana, como ponen de manifiesto los vasos policromos con las conocidas "series de patos" de Ciudad Rodrigo, Avila y Salamanca, cuyo origen se ha vinculado a las cerámicas policromas numantinas, estilo que perdurará después en las cerámicas pintadas de tradición indígena asociadas a la sigillata (Martín Valls 1976: 374-377, 383-384, nota 31; Martín Valls *et alii* 1991: 161, fig. 10). El contexto arqueológico de estos vasos policromos se sitúa con certeza a partir de la segunda mitad del s. I a.C., habiendo perdurado en los primeros años del Imperio¹¹⁷.

En conclusión, y por lo que a las cerámicas a torno de Cogotas II se refiere, parece evidente que se puede hablar de una primera arribada de elementos de procedencia ibérica, previa a la generalización de la nueva tecnología, sobre las que irradiarían finalmente estímulos llegados del área celtibérica. Mientras, los sectores más meridionales se nutrirían, por razones obvias, del ámbito turdetano. El proceso de adopción del torno en tierras vettonas pudo pasar por varias fases tecnológicas y a la vez temporales:

- (600/550 - 400/350 a.C.). Imitación a mano de las cerámicas ibéricas de importación. Bien evidenciado en platos de casquete esférico, formas con pie de

¹¹⁶ Como dato significativo, hay que añadir el hallazgo de dos fragmentos con decoración pintada figurativa en el castro de La Coraja (Aldeacentenera), únicos vestigios conocidos en el ámbito extremeño (Rivero 1974; Cabello 1991-92: 106, fig. 7). Uno de ellos representa un animal, probablemente un perro, cuyo paradero se desconoce. El otro ejemplar ofrece la silueta rellena a color de un jinete a caballo, con escudo y falcata al cinto. Desde el punto de vista formal y estilístico, Cabello (1991-92: 113, fig. 9) ha relacionado este motivo con las cerámicas levantinas de San Miguel de Liria (Ballester *et alii* 1954, estilo I). La similitud del modelo iconográfico y la excepcionalidad del hallazgo avalan, según la autora, un origen importado para la pieza en cuestión. Este panorama figurativo podría finalmente completarse con la serie de figuras humanas impresas, en actitud procesional o danzante, de una de las cerámicas del poblado de Pajares, en Villanueva de la Vera (González Cordero *et alii* 1990: 141-142, nota 11, fot. 15). El tema es también recurrente en otros hallazgos de Andalucía oriental y Levante, que apuntan nuevamente a estas relaciones. La cronología de estas interesantes piezas podría llevarse a un momento avanzado de la Edad del Hierro, tal vez en los siglos III-II a.C., pero no es posible precisar nada más. En cualquier caso, los ejemplares citados se alejan de la forma habitual, muy esquemática, que este tipo de decoraciones figurativas ofrece en los vasos de la Meseta.

¹¹⁷ Algunas cerámicas pintadas de Ulaca, en Solosancho, cabrían igualmente en este marco cronológico del s. I a.C. o el cambio de Era. Se trata de unos pocos fragmentos con motivos de arcos enmarcados por líneas horizontales y franjas de líneas paralelas verticales (Posac Mon 1953: fig. 31, 1), tema muy característico del tardoceltiberismo aunque también se encuentra en algunas producciones anteriores (Sacristán de Lama 1986: 244). Recientes prospecciones que hemos llevado a cabo en el *oppidum* abulense han deparado además el hallazgo de uno o dos fragmentos, muy pequeños y de escaso aprovechamiento tipológico, pero que podrían relacionarse con las policromas del foco numantino (sugerencia amablemente facilitada por el Prof. A. Jimeno), remitiéndonos de nuevo a fechas tardías. Del castro de Yecla de Yeltes se conoce asimismo cerámica policroma indígena, que se ha datado en la segunda mitad del s. I a.C., con posibles perduraciones a comienzos del Imperio (Martín Valls 1979: 499-500).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

copa y motivos decorativos, por ejemplo la disposición radial y metopada de las incisas a peine de estirpe "antigua".

- (400/350 - 250/200 a.C.). Empleo del torno para fabricar tipos enraizados en la tradición indígena: cuencos, recipientes de tendencia globular y ovoide. Técnicamente acusan limitaciones formales y decorativas - estampillados, líneas de peine a torno - habitual en las necrópolis de incineración abulenses.

- (250/200 - 100/50 a.C.). Imposición del nuevo estilo cerámico. Supone este momento la primera diversificación bien definida bajo el punto de vista formal y decorativo, claramente asociada a las pintadas de estilo celtibérico. Este cambio también parece comprobarse en el ocaso paulatino de las decoradas a peine.

- (100/50 - siglos I-II d.C.). Se producen en la Meseta escuelas y tendencias diversas con clara vinculación a la etapa anterior y también con las producciones romanas. El registro arqueológico de época altoimperial en Avila y Salamanca ostenta ciertas cerámicas pintadas de tradición celtibérica que denotan la vitalidad de los grupos indígenas.

La introducción del torno de alfarero tuvo un umbral de penetración relativamente rápido hasta el Guadiana, como evidencian las cerámicas grises del área orientalizante; sin embargo, más allá de este límite la aceptación de la nueva tecnología se hizo de manera mucho más lenta, de modo que sólo a finales del s. V o inicios del IV a.C., coincidiendo con las primeras importaciones griegas, empezaron a reemplazar a las elaboradas a mano en las comarcas extremeñas del Tajo. Seguidamente, y en un lapso de tiempo que debió ser breve, alcanzaron las poblaciones del Sistema Central, aunque es muy probable que a esta altura su impulso se viese asimismo beneficiado por la influencia céltica del centro y oriente de la Meseta, asociada al ritual de cremación.

Está claro que esta innovación tecnológica, paralela al auge que conocen los castros vettones en las actividades de forja de armas y herramientas, comenzó a distorsionar de manera muy importante la sociedad indígena y el papel de los especialistas: economía excedentaria, estratificación social, centros de producción

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

y redistribución, nuevo estatus del artesano, grado de dedicación (parcial, completo), etc. Sin embargo, es interesante observar que la introducción del torno de alfarero fue posterior en el tiempo al desarrollo de la siderurgia local, cuando teóricamente el proceso de adopción pudo haber sido paralelo por lo menos desde la sexta centuria, máxime además si tenemos en cuenta la cronología de las primeras cerámicas de importación conocidas en los yacimientos protovettones (vid. supra). En el caso del NE. de Iberia, Ruiz Zapatero (1992: 113-116) llegó a demostrar de manera muy convincente la existencia de diferentes ritmos en el proceso de adopción del torno, más bajo en las tierras del interior y desde luego inferior a la difusión de la metalurgia del hierro, argumentando un modelo doméstico de producción que no encontraría demasiados alicientes desde el punto de vista productivo en la nueva tecnología cerámica. Desde luego en las regiones suroccidentales de la Meseta las posibilidades objetivas para la adopción del torno también eran idénticas a las del hierro, pues se trataba de las mismas poblaciones, de las mismas vías naturales de penetración y de los mismos focos de origen. Sin embargo, los índices de expansión fueron diferentes y el metal resultó ser un elemento más atractivo; incluso, en las necrópolis vettonas los ajuares de guerrero incluyen todavía importaciones cerámicas en la tercera centuria a.C.

Valorando la distancia (150/200 Km.) y el tiempo transcurrido (ca. 250 años), la expansión teórica de la tecnología del torno desde el Guadiana hasta alcanzar los valles del Tiétar y Amblés resulta de unos 0,6/0,8 Km. por año, o 15/20 Km. por generación (25 años) respectivamente. La escasez de datos para la difusión de la metalurgia del hierro y la posible existencia de especialistas itinerantes con conocimiento de la tecnología en fechas muy tempranas y en yacimientos concretos (Sanchorreja, Berrueco), dificultan más los cálculos. Aún así, la velocidad de expansión duplicaría con creces a la del torno: si admitimos un lapso de tiempo no superior al centenar de años para el conocimiento de los procesos tecnológicos en tierras abulenses - a partir de su difusión desde los poblados orientalizantes del área extremeña - el índice de expansión sería de unos 38/50 Km. por generación.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Las primeras cerámicas a torno de fabricación local pudieron estar vinculadas a funciones concretas de la economía y del ritual de estas poblaciones. Se configuran de hecho como un pequeño grupo de formas globulares y proporciones medias que tendrían su justificación en el conservadurismo de estos grupos, pues no existía la necesidad de una producción extensa y estandarizada. También es verdad que una parte muy significativa de los vestigios que conocemos procede de las necrópolis, por lo que nuestra información está parcialmente sesgada. Aún así, sólo en un momento avanzado del siglo III a.C. las nuevas formas de cocción cerámica tendieron a reemplazar a las fabricadas a mano de forma masiva y con todos sus elementos tecnológicos plenamente desarrollados. En esta fase su empleo exigió una especialización que debió ser exclusiva. Este aspecto es sobre todo revelador en (a) el descenso paulatino de las producciones a peine, (b) en la diversidad formal de las piezas a torno y (c) en la existencia de talleres perfectamente identificables. Y si la implantación masiva del nuevo modelo fue rápida a partir de este momento, eso quiere decir que los factores determinantes de su adopción tuvieron lugar en un contexto social y económico muy específico, que requería de una producción bien surtida para una demanda cada vez más amplia y exigente. Estamos, en definitiva, en el umbral de las grandes transformaciones urbanas de finales de la Edad del Hierro.

4. Los Oppida.

La emergencia de grandes centros fortificados en la Europa Templada a comienzos del siglo II a.C., ha sido tradicionalmente considerada como la primera aparición de ciudades en estas regiones del continente (Cunliffe y Rowley 1976; Collis 1984; Wells 1984; Audouze y Buchsenschutz 1989; Cunliffe 1994). Teóricamente el concepto de oppidum (Buchsenschutz 1988) debería construirse a partir de las referencias de Julio César en su Guerra de las Galias (58-50 a.C.) sobre los centros de habitación galos (Kornemann 1942). Sin embargo, las referencias de César no resultan demasiado claras (Noché 1973), hay que tener en cuenta que debieron existir motivaciones políticas por parte del autor que distorsionan su discurso (Buchsenschutz y Ralston 1986) y por último debemos reconocer que a veces resulta difícil identificar en el registro arqueológico el concepto teórico de oppidum (Ralston 1992). A estos problemas habría que sumar

además las características etnoculturales de cada región, que no siempre se corresponden con la magnitud de estos asentamientos (Almagro-Gorbea 1994a; Almagro-Gorbea y Dávila 1995) y el sesgo de las excavaciones, que raras veces consiguen exponer una superficie importante de los sitios.

En cuanto a las funciones de los oppida dentro de las sociedades de La Tène Final, se ha supuesto que fueron centros de organización política (Crumley 1974; Nash 1976), centros industriales con ocupación especializada (Henderson 1991; Haselgrove 1995) y centros comerciales (Alexander 1972; Frey 1984; Wells 1984). Siempre se ha asumido que estos asentamientos tenían unos rasgos comunes y uniformes. Pero como muy bien ha señalado Woolf (1993), los oppida no constituyen una categoría analítica útil ya que difieren en tamaño, forma, función y cronología. Y comenzar su estudio enfatizando el carácter urbano es una manera errónea de aproximarse al tema. La discusión sobre los orígenes del urbanismo no puede hacerse desde unas categorías generales y universales, con patrones uniformes en los que los casos empíricos encajan o no (Hill 1995). De hecho, la organización interna de los oppida puede decirnos mucho más sobre los tipos de sociedad de finales de la Edad del Hierro que sobre si estaban o no urbanizados (Woolf 1993: 229; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Por ejemplo, es sintomático que muchos de los trabajos recientes más importantes aborden el estudio de su organización y estructura social (Arnold 1991; Hedeager 1992; Bietti Sestieri 1992; Daubigney 1993).

Esta aproximación parece mucho más productiva, y no resulta exagerado afirmar que el desarrollo de modelos útiles para el estudio de la organización social de las diferentes comunidades europeas es el gran reto de la arqueología de la Edad del Hierro (Wells 1990: 452).

4.1. La documentación histórica y arqueológica. El desarrollo de los oppida vettones coincide con la entrada de la Meseta en el registro histórico, en un contexto de inestabilidad general inducido por la presencia en la región de los ejércitos púnicos y romanos. Murallas de nuevo cuño y aparejo ciclópeo (La Mesa de Miranda, Villalcampo), un incremento muy significativo del espacio ocupado (Ulaca, Las Cogotas, Salamanca) y centros fortificados ex novo (El Raso de

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Candeleda), corresponden a este momento de inseguridad y son un buen exponente de los cambios que tienen lugar en los dos últimos siglos antes de la era, ejemplos todos ellos esgrimidos para este postrer momento de la cultura indígena (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82; Esparza 1987: 375 ss.; Martín Valls y Esparza 1992; Moret 1991; Alvarez-Sanchís 1993a).

Las implicaciones teóricas que todo esto conlleva son que una parte de los asentamientos, o de las reformas llevadas a cabo en los mismos, fueron establecidos por razones defensivas en un momento concreto en el tiempo y que una parte de la población dispersa que residía en la región desde antes se trasladó al interior de las defensas. Sin embargo, hay que tener presente también que:

(a) pocos yacimientos identificados como oppida han sido objeto de excavación sistemática y la mayoría se ha estudiado desde el punto de vista de sus defensas más que de su organización interna. Púnicos y romanos potenciaron las necesidades defensivas pero éste es uno más de los rasgos a considerar en la valoración de estos centros. Este momento coincide con un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, en el sentido de que sólo unos pocos sufren importantes transformaciones que revelan complejas formas de organización territorial.

(b) la erección de defensas no implica necesariamente acontecimientos bélicos de gran magnitud. Si excluimos la errónea noticia de Cornelio Nepote (Hamilcar 4,2) sobre la muerte de Amílcar (Roldán Hervás 1968-69: 93) y la mención de Salmantica a raíz de las campañas de Aníbal, el primer testimonio de los vettones se refiere a los años 193-192 a.C. a propósito de las incursiones de M. Fulvio contra los carpetanos (Liv. 35,7,6 y 35,22,5). Desde ese momento y hasta las guerras celtibérico-lusitanas del 154-133 a.C., casi cuarenta años después, las fuentes no mencionan ningún otro contacto¹¹⁸. Sin descartar que las provincias de Avila y Salamanca se viesen afectadas, la acción romana se limitó en esta primera fase a un reconocimiento general de la zona (Wattenberg 1959:

¹¹⁸ Episodios puntuales, como la campaña de L. Postumio en el 179 a.C. contra los vacceos a través de territorio lusitano pudieron incidir en las defensas de los castros (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82). Tampoco hay que excluir la pérdida de información escrita sobre esos años, Livio principalmente (De Francisco 1989: 62), circunstancia que podría condicionar la visión de relativa calma que se tiene de este período.

32-33)¹¹⁹.

(c) las fuentes literarias griegas y romanas mencionan la existencia de grandes centros a comienzos del siglo II a.C. Cabría así partir de una data antequem para su construcción (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991: 36-37; Almagro-Gorbea 1995a: 188 ss.), pudiendo encontrar sus antecedentes en la organización del territorio con anterioridad a la conquista.

(d) debido a su importancia social y económica, sabemos que algunos poblados del interior estaban ocupados desde varias centurias atrás. No siempre concurren en un mismo emplazamiento buenas condiciones para la defensa - de admitir por ejemplo una funcionalidad estratégico-militar - y fáciles condiciones de accesibilidad (Collis 1984), y, en estos casos, las evidencias más antiguas documentadas en el interior de las viviendas o en los ajuares de las necrópolis tampoco implica necesariamente una cronología similar para las murallas.

Todo esto implica que entre los castros a comienzos de la II Edad del Hierro y los oppida contemporáneos de la conquista romana tuvieron lugar cambios fundamentales en el seno de las comunidades indígenas, tal vez el paso de un nivel de organización tribal a otro más amplio de connotaciones étnicas, lo que en última instancia explicaría su difusión a escala supraregional. Para que estas modificaciones se llevaran a buen término era necesaria una infraestructura demográfica y económica importante; desde el momento en que el nivel de desarrollo podía sostener un sector de población no dedicado en exclusividad a la producción de alimentos, podría invertirse más energía humana en operaciones destinadas a concentrar hombres y recursos para alzar o modificar, en poco tiempo, estos imponentes núcleos. La cuestión no es baladí; en el occidente de la Meseta contamos con yacimientos cuyas referencias, arqueológicas y literarias, dan cuenta de su magnitud con anterioridad a romanos y cartagineses.

De la toma de Salmantica por Aníbal en el año 220 a.C. hablan cuatro autores: Polibio, Tito Livio, Plutarco y Polieno (Bejarano 1955: 89 ss.), de cuyos

¹¹⁹ En parecidos términos, también se han postulado en diversas ocasiones para el origen de los oppida europeos conflictos militares con Romanos, Germanos, Cimbrios y Teutones; Collis (1984: 74-77), sin embargo, señala que la amenaza romana cuenta con escasos indicios en el centro de la Galia, una de las zonas posiblemente más vulnerables, y advierte como Bibracte y Vesontio ya eran grandes ciudades cuando César llegó en el 58 a.C..

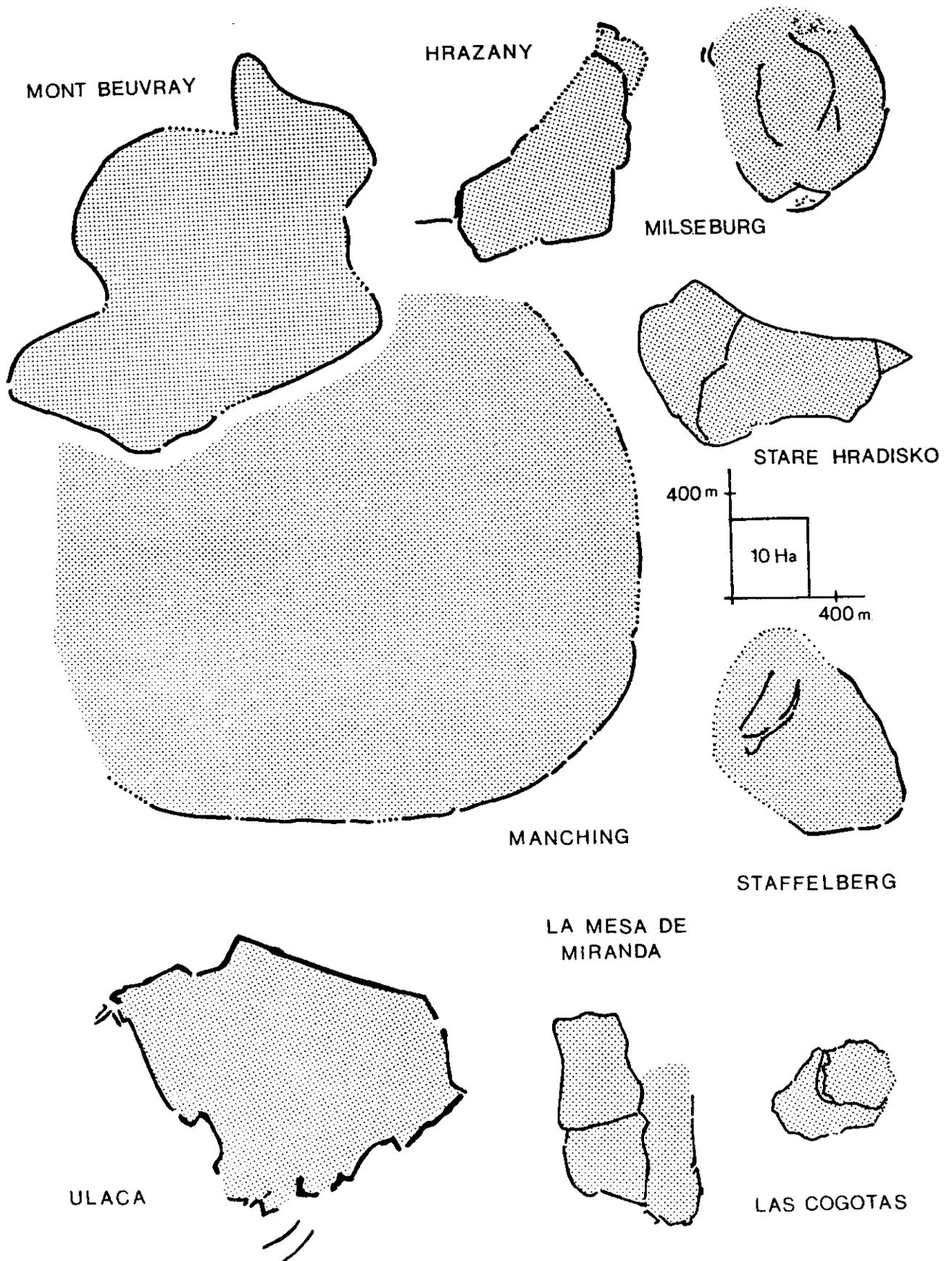


Fig. 28. Plantas de los grandes oppida europeos comparados con los oppida abulenses del Valle de Amblés.

testimonios literarios merecen destacarse tres hechos, (1) la definición que se hace de este núcleo como "ciudad grande" o "ciudad grande de Iberia" (Polieno, 7,48; Plutarco, mul. uirt.)¹²⁰, (2) los acontecimientos que se describen durante su conquista, en particular la mención de Plutarco a propósito de una posible zona extramuros o barrio apartado del centro principal, con lo que hay que suponer un emplazamiento relativamente extenso y diferenciado, y (3) la cita de Livio (21,5) cuando señala que la ciudad fue tomada por asalto, de donde se ha deducido la presencia de un conjunto fortificado, hecho parcialmente constatado si tenemos en cuenta que en el Teso de las Catedrales se halló la base de un posible recinto murado, con grandes bloques de granito en seco, sobre el que apoya un nivel celtibérico fechado en los siglos III-II a.C. (Martín Valls et alii 1991: 155). El dato lleva a proponer como terminus ante quem para esta defensa la expedición del general cartaginés (Martín Valls y Esparza 1992: 268)¹²¹.

Si en la tercera centuria el núcleo salmantino presenta un tamaño apreciable - en torno a las 20 Has. - es casi seguro que por estas fechas el oppidum vacceo de Arbucale, al sur del Duero pero limítrofe con los vettones, también esté plenamente afianzado en la zona. Su emplazamiento parece corresponderse seguramente con el cerro de El Viso¹²², dos kilómetros al este de la localidad zamorana de Bamba, término municipal de Madridanos (Martín Valls 1973b: 403-405; Martín Valls y Delibes 1980: 126-128; Martín Valls y Esparza 1992: 268). Vestigios de índole celtibérica ocupan buena parte de su solar, aunque la

¹²⁰ No excluye Bejarano (1955: 116) la posibilidad de que éste fuera un dato que constaba en fuente cartaginesa, de donde derivan en última instancia las que manejó Plutarco en su texto -con todo, la noticia más detallada que tenemos sobre Salamanca en la antigüedad -, pudiéndose pensar que su fuente originaria se basara en Filino de Agrigento, quien representa la tendencia más favorable a Aníbal. Así, el dato de la importancia de Salamanca contribuiría a ensalzar la figura del cartaginés. Tampoco hay que descartar, en ocasiones, que las fuentes latinas concedan el título de ciudad a poblados de escasa importancia, y así sobredimensionar el valor de su conquista (González-Cobos 1989: 95). De hecho, la administración romana llegó también a considerar ciudades a comunidades que todavía no habían desarrollado semejante rango (Salinas 1982a: 37).

¹²¹ Es más, el hallazgo de cerámica a peine y acanalada en la base de una potente secuencia estratigráfica de la excavación realizada en el Teso de las Catedrales, podría evidenciar una ocupación temprana del lugar (Martín Valls et alii 1991: 153 ss.) a partir del primitivo asentamiento del Cerro de San Vicente. Esta misma asociación se documenta, con una sintaxis decorativa similar y junto a una fibula anular y cerámica a torno, en la tumba 59 de la necrópolis del Raso de Candeleda, datada en el tránsito de los siglos IV-III a.C. (Fernández Gómez 1986: 681-685 y 874-875).

¹²² En cuyas inmediaciones se sitúa el importante núcleo romano de El Alba, identificado con la mansión de Albocola o Albocella, heredera del núcleo indígena (Martín Valls y Delibes 1980: 126-127 y 1982: 64-65), frente a las teorías que defendían la conveniencia de situarla en Toro (Wattenberg 1959: 68-69; González-Cobos 1989: 99). Tal fue también durante un tiempo la postura de Martín Valls y Delibes (1977: 306-39 y 1978b: 341-344) apoyándose para su identificación en vestigios de la Edad del Hierro. A título ilustrativo, merece también señalarse como Arbucale llegó a ser identificada en alguna ocasión, basándose en el significado etimológico de la palabra, con el castro de La Mesa de Miranda (Campos 1949a y 1949b; o. cit. en Cabré et alii 1950: 10 ss., nota 2; vid. Molinero 1958: 22-23).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ocupación inicial del teso parece remontarse algo más atrás¹²³. Según se deduce de las fuentes (Bejarano 1955: 98-100, 116) Arbucale era aún mayor que Salmantica en el momento de la expedición anibálica; sus habitantes son referidos como oppidani (Livio 21,5) y se habla expresamente de la populosidad de la ciudad como una de las causas que hizo difícil su conquista (Polibio 3,14,1).

Los dos primeros recintos de la Mesa de Miranda - 19 de las 30 Has. que abarca el asentamiento - fueron interpretados como zonas residenciales, pero la mayor parte de los vestigios se circunscriben al primero o acrópoli principal (Moliner 1933: 425-426; Cabré et alii 1950: 15-17)¹²⁴. En el tercer recinto se atisba la carencia casi absoluta de cimentaciones de edificios; la abundancia de pastos y el hallazgo de una escultura de verraco no sería excluyente con la idea de cercados para el ganado (Moliner 1933: 427). Estos datos evidencian una teórica diferenciación desde el punto de vista espacial e implicaría que el asentamiento no era sólo una aglomeración de casas o establos, sino que estaba dividido en áreas específicas. Si atendemos a los materiales de la necrópolis, con cerámicas análogas a las recogidas en el interior del castro (Cabré et alii 1950: 22), se podría afirmar que los dos primeros recintos ya estaban en uso con anterioridad a las primeras campañas romanas. Desde luego coetáneos a los acontecimientos que se suceden por esta época en Salmantica, abarcando el oppidum una superficie con pocos paralelos conocidos en la Meseta.

Otro tanto puede decirse para el yacimiento abulense de Las Cogotas (14,5 Has.), con doble cinturón amurallado, donde recientes excavaciones en la zona SO. del segundo recinto¹²⁵ permitieron documentar una superficie con diversas áreas especializadas de interés colectivo fechables en los siglos III y II a.C.: un gran

¹²³ En una de las catas practicadas en el yacimiento, se documentó un bolsón ceniciento con materiales de tipo Soto y cerámica a peine, de donde también procede una muestra de C-14 que data el conjunto en el 500 a.C. (Esparza 1990b: 113-115). No obstante, la antigüedad de los materiales ya se había detectado con anterioridad (Martín Valls 1973b: 403; Martín Valls y Delibes 1982: 65).

¹²⁴ Se delimitaron tres viviendas, de dimensiones distintas, aunque el interior apenas se excavó (Cabré et alii 1950: 22-23). También se alude a una posible casa junto a la torre E del segundo recinto (1950: 27).

¹²⁵ La construcción de una presa, cuyo estribo izquierdo y aliviadero se apoyan en la zona inferior de la ladera este del castro, determinó que una parte del yacimiento, cerca del 30% del segundo recinto amurallado conocido como "encerradero de ganado", quedaría afectado por las aguas del embalse. En 1986, casi seis décadas después de los trabajos llevados a cabo por Cabré (1930), se reanudaron las excavaciones arqueológicas en la zona que iba a quedar anegada por las aguas (Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Alonso Hernández y Benito-López 1992; Alvarez-Sanchís 1993a; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995).

basurero, un pavimento de piedra en conexión con la muralla y un taller de cerámica. Pequeños sondeos efectuados junto al camino que atraviesa el recinto probaron la existencia de estructuras de habitación. La importancia económica de este sector y el potencial peligro que debió suponer la presencia cartaginesa o las primeras campañas romanas a comienzos de la segunda centuria, tendría su consecuencia más inmediata en la erección de este nuevo recinto murado que, no obstante, encerraría una superficie posiblemente en uso en el oppidum desde años atrás (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: *).

Finalmente, podrían considerarse los indicios de jerarquización que ofrecen las fuentes clásicas para otros centros (Salinas 1986: 86-87; Almagro-Gorbea y Lorrio 1991). En el primer testimonio de contacto con los vettones (193-192 a.C.), la ciudad carpetana de Toletum aparece citada como oppidum y como parva urbs (Livio, 35,7 y 35,22). Destacable es asimismo la referencia del 182 a.C. al oppidum de Urbicua, a la urbs de Contrebia Carbica un año más tarde, o a la potens civitas de Ergavica en el 179 a.C. (Livio 40,16; 40,33 y 40,50). Casi tres décadas después, la ciudad lusitana de Oaxthraça aparece citada como polis (Apiano 10,58). Cuanto antecede se observa de modo análogo en otros enclaves de la Meseta, que en última instancia acaban convirtiéndose en Cauca, Pallantia, Intercatia, Septimanca, Numantia, Termes, o Uxama, a los que tradicionalmente se ha considerado siempre como ciudades. En relación con la construcción y ampliación de algunos hábitas se han llegado a valorar fenómenos de sinecismo (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991: 37; *vid.* Frey 1984: 26), bien evidenciados en las fuentes a propósito de ciudades celtibéricas como Complega y Segeda (Apiano Iber., 42-44; Diodoro 31,39). No es una casualidad que los romanos en sus campañas militares seleccionen estos importantes núcleos en función de su alto valor estratégico (Martín Valls y Esparza 1992: 267)¹²⁶.

Al hilo de estos argumentos, queda clara la existencia de comunidades que ya eran grandes centros cuando arribaron a la zona los grupos citados. Este planteamiento enlaza bastante bien con la sugerencia inicial de D. Clarke (1972),

¹²⁶ Otro hecho de singular interés es la orden dictada por Catón en el 195 a.C., dirigida a los indígenas para que derriben sus murallas (Knapp 1977: 46 ss.). El valor de este dato descansa no sólo en el hecho de que se refiera expresamente a todas las civitates vencidas (Frontino 1,1,1), sino a la importancia que concede a sus defensas. Lo que no es óbice para que desde el s. II a.C se reparen, amplíen o construyan nuevos recintos. Los pactos firmados con Sempronio Graco (180-179 a.C) comprometiéndose los indígenas a no construir nuevas murallas es muy significativo. Si es necesario dictar una orden para que no se levanten murallas, es porque se están levantando (Fernández Gómez 1986: 518-519).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

seguida y desarrollada en varios trabajos por B. Cunliffe (1976, 1984, 1994), respecto al hecho de vincular los oppida con el alto nivel alcanzado en las sociedades de la Tène final, representando un paso más en la jerarquía del asentamiento a partir de los castros fortificados¹²⁷. Desde luego la explicación del fenómeno no obedece a una singularidad (Collis 1984: 65 ss.). Cabe sospechar que la presión interna y los conflictos entre grupos, un conflicto que probablemente tenga mucho que ver con la formación de etnias y estados tribales en la segunda Edad del Hierro, esté detrás de este acontecimiento, suceso que a la postre se vería acentuado con la presión militar de los Bárquidas y la conquista romana, responsable en última instancia de su disolución.

En las sociedades de La Tène, la información existente sobre el conflicto entre los Eduos y otras etnias por el control de las rutas de comercio del Ródano, la presión poblacional que indujo a los Helvecios a emigrar o los frecuentes enfrentamientos intertribales que César menciona en su campaña de las Galias, parecen explicaciones más factibles en lugar de simplificar el fenómeno de los oppida a partir de la amenaza externa (Collis 1984: 74-77). También en la Meseta las fuentes históricas distinguen diversas etnias y es factible extraer algunos datos. La diferente designación de Salmantica, vaccea durante la campaña anibálica del 220 a.C. (Polibio 3,14; Livio 21,5) y vettona con posterioridad (Ptolomeo 2,5,7), contrariedades explicables al tratarse de una ciudad fronteriza (Bejarano 1955: 116-119; Roldán Hervás 1968-69: 89), podría valorarse en un marco de enfrentamientos interétnicos. No hay que olvidar, sin embargo, los riesgos que se derivan del hecho de utilizar fuentes cronológica y conceptualmente tan distintas (Sánchez Moreno 1995b: 486-487). Un fenómeno en cierta manera análogo se registra en Sentice, al sur de Salamanca según el Itinerario de Antonino (434,3) pero referida como vaccea por Ptolomeo (2,6,49), y en Capara (Cáparra), citada como vettona y también lusitana por Ptolomeo (2,5,6-7). Desde luego los límites entre etnias debieron oscilar, aunque a veces se intenta salvar esta dificultad suponiendo, hecho por otro lado no infrecuente, la existencia de dos ciudades homónimas (Roldán Hervás 1968-69: 92-93; Sayas y López Melero 1991: 76) o bien dos asentamientos próximos, uno de los cuales habría sido fundado a partir de otro más antiguo de origen prerromano (Cerrillo 1994: 150).

¹²⁷ Una postura más crítica, valorando la emergencia de estos centros como un fenómeno excluyente respecto al modelo de ocupación anterior, en Collis (1984: 66-69, 185-188).

Es posible incluso detectar un fenómeno parecido en los poblados del Alto Duero atribuidos a pelendones y arévacos, dualidad acuñada en la disparidad geográfica y económica de los territorios ocupados, con líneas de castillos fronterizos en vigilancia sobre tierra sometida (Jimeno y Morales 1993: 148-150). La expansión de los grupos arévacos a costa del territorio castreño atribuido a los segundos también podría ser coherente con esta idea (Lorrio 1995: 490-494). Más importante, en cualquier caso, sería valorar en este contexto la presión de los populi celtibéricos hacia las etnias vecinas y sobre todo hacia occidente, afín a su substrato y estructura socio-económica (Almagro-Gorbea 1993b: 158).

Resulta evidente que estos yacimientos han proporcionado pruebas de su ingente actividad, pero, como es lógico, en un proceso llevado a veces sin solución de continuidad resulta difícil advertir el proceso formativo y discriminar, a partir de los restos hallados, qué parte de las actividades se adscriben al yacimiento desde sus comienzos y cuáles pertenecen a la fase final. No obstante, si tomamos como paralelos los oppida europeos, los restos de cultura material demuestran que las manufacturas se harían a una escala nunca alcanzada con anterioridad (Collis 1984; Wells 1988; Woolf 1993). Ahora bien, la definición de urbanismo en estos contextos prehistóricos resulta extremadamente compleja (Jacobsen 1984-85; Cunliffe 1985; Hill 1995). Muchas veces el carácter urbano se ha destacado buscando en estos oppida elementos del mundo urbano mediterráneo - trazado regular, barrios diferenciados, construcciones monumentales, templos, foros públicos - pero no se ha tenido en cuenta la posibilidad de que existiera, como en el Mediterráneo, un concepto ideológico de "ciudad". En tal sentido, la propuesta reciente de Almagro-Gorbea sobre el caso de Mont Beuvray merece una seria consideración (Almagro-Gorbea y Grand-Aymerich 1991: 206 ss. y 210 ss.; Almagro-Gorbea 1994a: 30) y abre una perspectiva inédita para la interpretación del poblamiento céltico en Europa.

En este apartado me centraré en dos de los rasgos más significativos de estos centros: la configuración interna de los poblados y el patrón de poblamiento regional. Y trataré de demostrar:

(1) que algunos asentamientos vettones ofrecen en este momento una organización socio-económica específica, con una diferenciación de actividades por

zonas y muy probablemente también por clase social. Esa misma organización jerarquizada del espacio tiene su correspondencia en el análisis sociológico de los enterramientos de sus habitantes, aspecto sobre el que incidiremos posteriormente.

(2) que puede rastrearse un sistema de poblamiento regional jerarquizado, con una presumible diferenciación funcional y especialización entre los sitios. Con todo, hay que subrayar las limitaciones de la investigación arqueológica, especialmente en lo que refiere a los pequeños hábitats abiertos en llano.

Ambos aspectos apuntan hacia un modelo de organización "urbana" desde la perspectiva del mundo céltico en los siglos previos al cambio de Era (ca. 250/200 - 50 a.C.). El modelo se origina como resultado interno de los procesos económicos, sociales y políticos. Es un fenómeno completamente nuevo en la Prehistoria reciente de la región y rompe con las formas de vida tradicionales de las sociedades agrarias y pastoriles del último milenio antes de Cristo.

4.2. La organización interna. Si el trazado de las murallas sigue una perfecta adaptación a la topografía, al mismo tiempo debemos aceptar que existió un cierto margen de elección, una intencionalidad concreta en su construcción. Los distintos recintos expresan una necesidad clara: la de dividir zonas dentro del asentamiento. Y este razonamiento resulta válido tanto si el conjunto amurallado fue construido de una sola vez como si lo fue en dos o más etapas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Por tanto, la arquitectura defensiva de los oppida establece, en principio, una compartimentación del espacio doméstico. A partir de aquí se pueden establecer otras áreas de actividad. Veámoslas detenidamente.

4.2.1. Residencias domésticas diferenciadas. Se detectan dos niveles en la organización interna de los poblados, (1) aquél que viene impuesto por la topografía del terreno y (2) aquél que viene impuesto por la morfología de las viviendas.

La organización doméstica estuvo condicionada por el desnivel y los afloramientos de granito. Eso descarta superficies apreciables que en cualquier caso era preciso incluir dentro para adaptar las murallas a las curvas de nivel y no

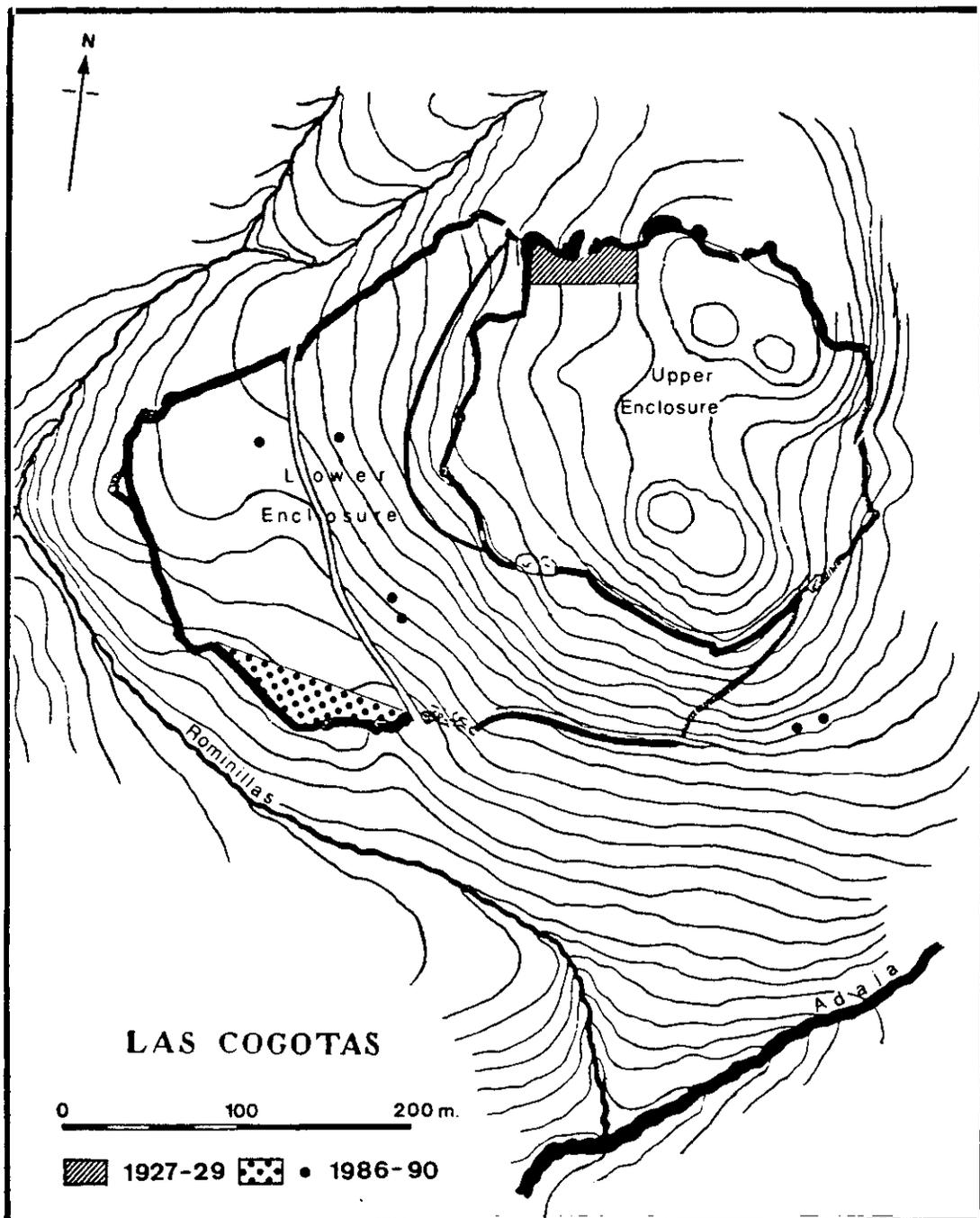
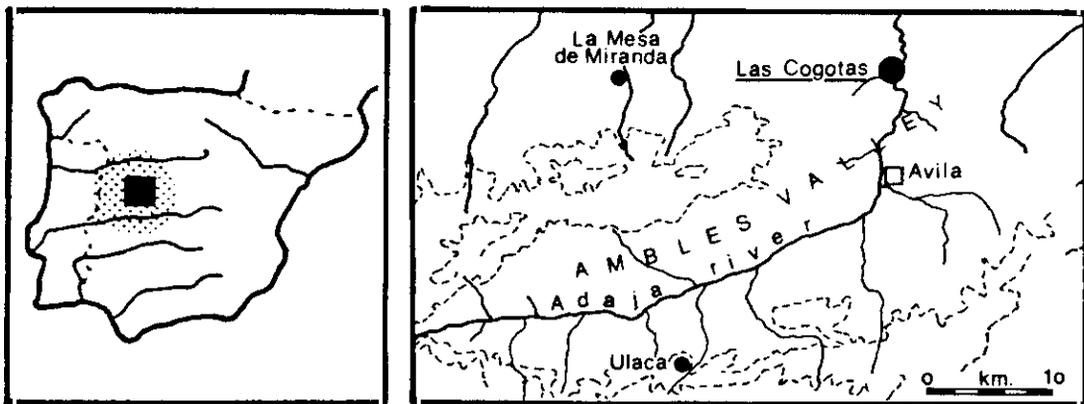


Fig. 29. Localización del castro de Las Cogotas y plan de las excavaciones realizadas, (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995).

cruzarlas de forma violenta. En Las Cogotas no hay un plan ordenado de manzanas de casas, ni propiamente calles (Cabré 1930: 37). Las primeras se agrupan irregularmente junto a la muralla o buscando protección entre grandes bloques de rocas; no obstante, las casas localizadas junto al camino del recinto sur del poblado son de menor tamaño que las de la acrópolis¹²⁸ y ofrecen equipos domésticos más pobres (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 218). Esa misma impresión parece advertirse en el Picón de la Mora, con un muro que cerca el lado oriental de la acrópolis (Martín Valls 1971b: 130, fig. 2) y sobre todo en los dos recintos que jerarquizan el poblado de La Coraja, en Aldeacentenera. El menor se encuentra en el lugar más protegido y elevado, probable residencia de la élite como comprueban sus excavadores al contrastar los referentes arqueológicos y el tamaño de estas viviendas con los hallados en el resto del hábitat (Redondo *et alii* 1991: 277-278; Esteban Ortega 1993: 61-62).

Los bancales nos ilustran sobre importantes modificaciones en el hábitat. En algunos puntos del primer recinto de Las Cogotas los caminos interiores se rellenaron de tierra y delimitaron con grandes piedras hincadas. El croquis de Cabré (1930: lám. II) de estos viales dibuja los accesos desde las entradas, acomodándose a la topografía más suave. En Yecla la Vieja la mayor parte de la superficie que encierra el recinto es útil para el caserío, lo que le confiere ciertas posibilidades urbanas (Martín Valls 1973a: 82). Dos posibles calles organizan el poblado de norte a sur, un tanto enmascaradas por las cercas de las parcelas modernas. La calle que recorre el recinto del Raso por el exterior está definida nuevamente por piedras alineadas para abancalar el terreno (Fernández Gómez 1986: 498-499), pero la trama "urbana" del poblado es en general bastante más compleja, con una serie de arterias principales que lo cruzan en diferentes sentidos, donde confluyen otras calles más pequeñas. En Ulaca faltan excavaciones extensas pero se vislumbra perfectamente la organización de algunas plantas y calles, con las casas dispuestas regularmente a ambos lados (Alvarez-Sanchís 1993a: 274). Otras veces estas vías se adaptan a los canchos de granito; la anchura es suficiente para la longitud de los ejes de los carros que circularon por el lugar, cuyas huellas son perceptibles en varios tramos del recorrido.

¹²⁸ Desgraciadamente Cabré no situó en el plano las viviendas que excavó salvo las diez casas adosadas a la muralla junto a la puerta principal de la acrópoli. Pero las referencias de su Memoria (1930: 20, 37-38, 82-84) permiten hablar de al menos ocho casas más, repartidas por el resto del primer recinto. A ello habría que añadir las casas de fuera de las murallas y las localizadas en el recinto sur.

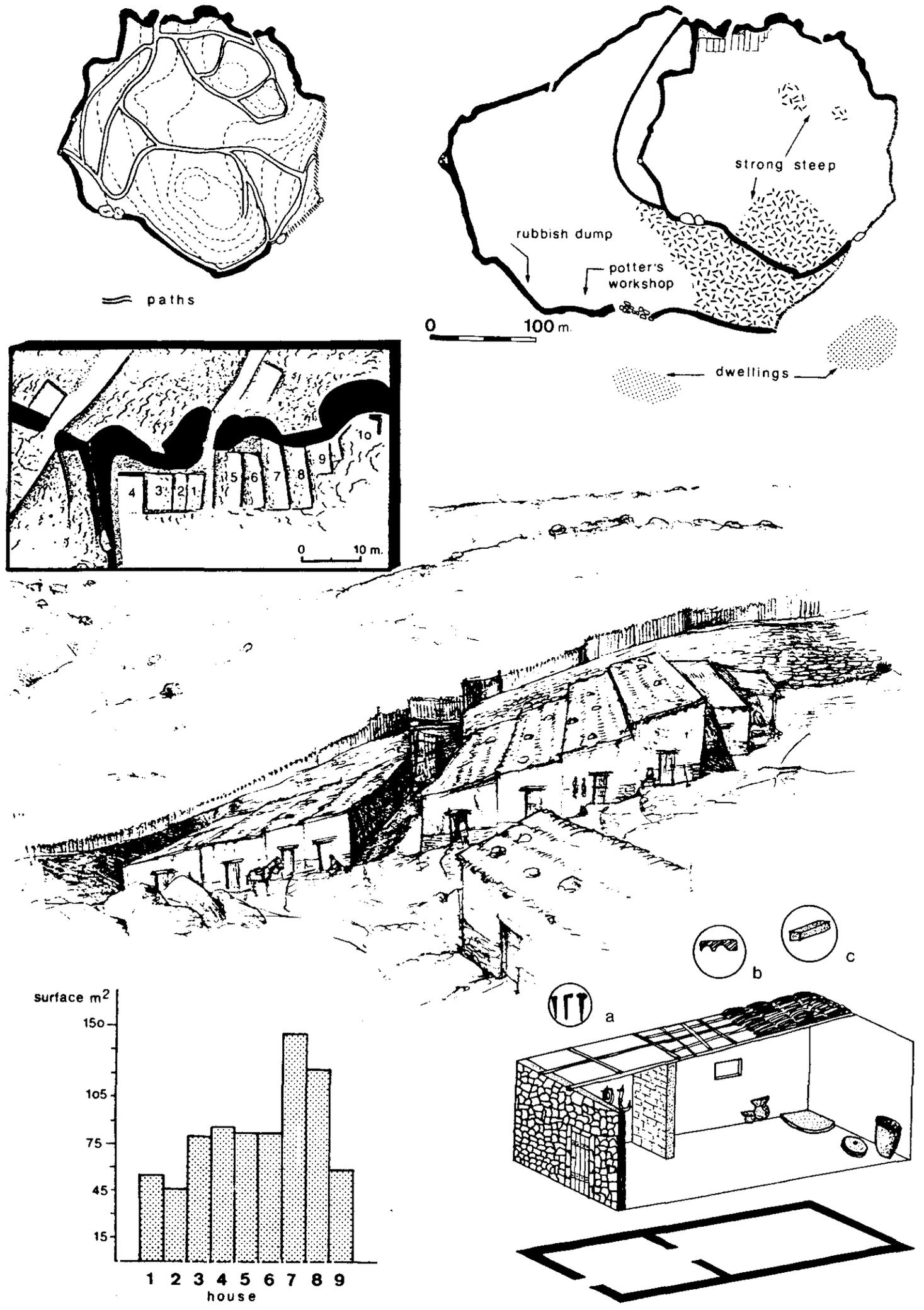


Fig. 30. Estructura interna del oppidum de Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Alvarez Sanchís, 1995).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Las dos vaguadas que cruzan de este a oeste el conocido oppidum abulense articulan la distribución de las viviendas y otras estructuras monumentales, su orientación y su intervisibilidad. El cuadrante noroccidental es el más elevado, abierto al valle de Amblés y con el hábitat distribuido entre el santuario y la puerta Este. Hemos reconocido cerca de 225/250 estructuras en todo el sector intramuros, repartidas en distintos puntos de la ciudad: complejos de habitaciones cuadrangulares en el sector norte, construcciones de aparejo ciclópeo (200/500 m² de extensión) alternando con espacios vacíos en la vaguada sur (*vid. infra*), modestas viviendas dispersas por todo el poblado, focos marginales, etc. A la vista de estos datos, la concepción del espacio doméstico podría constituir la exteriorización de diferencias sociales, como evidencian Las Cogotas y La Coraja. Sin embargo, la variedad de plantas y tamaños sugiere también que puedan existir funcionalidades diferentes, no estrictamente de habitación, aunque eso sólo podrá elucidarse por excavación. Algo similar se empieza a entrever en el Raso de Candeleda. La distribución de las viviendas varía de un núcleo excavado a otro del poblado, habiéndose sugerido para algunos recintos atípicos - uno de ellos en un altozano - un uso de carácter público (Fernández Gómez 1986: 496 y 501).

Un último aspecto a considerar es la existencia de núcleos de casas fuera de las murallas. En Ulaca el hábitat debió extenderse por todo el sector NE - más de una veintena de viviendas - aunque los materiales de superficie se confiesan pobres y escasos. En Las Cogotas, Cabré (1930: 38-39 y 1932: 11-12) indica que excavó algunas casas extramuros, cerca de la entrada principal y al este y sur del castro. Lamentablemente no proporciona ni su situación exacta ni los ajuares domésticos, que no debieron ser tan ricos como los de la acrópolis (*id.* 1930: 20). También en los castros salmantinos de Las Merchanas (Lumbrales) y Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), en el toledano de Cabeza del Oso (Real de San Vicente) así como en los extremeños de Castillo de Boxe (Almaraz) y tal vez Villasviejas del Tamuja (Botija), se conocen materiales y estructuras procedentes de prospecciones y sondeos extramuros, aunque no podamos establecer con claridad su sistema organizativo (Maluquer 1968: 115; Martín Valls 1971b: 131; Rodríguez Almeida 1955: 271; Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 170 y 174; Hernández Hernández *et alii* 1989: 69).

La existencia de casas extramuros en estos poblados permite suponer que

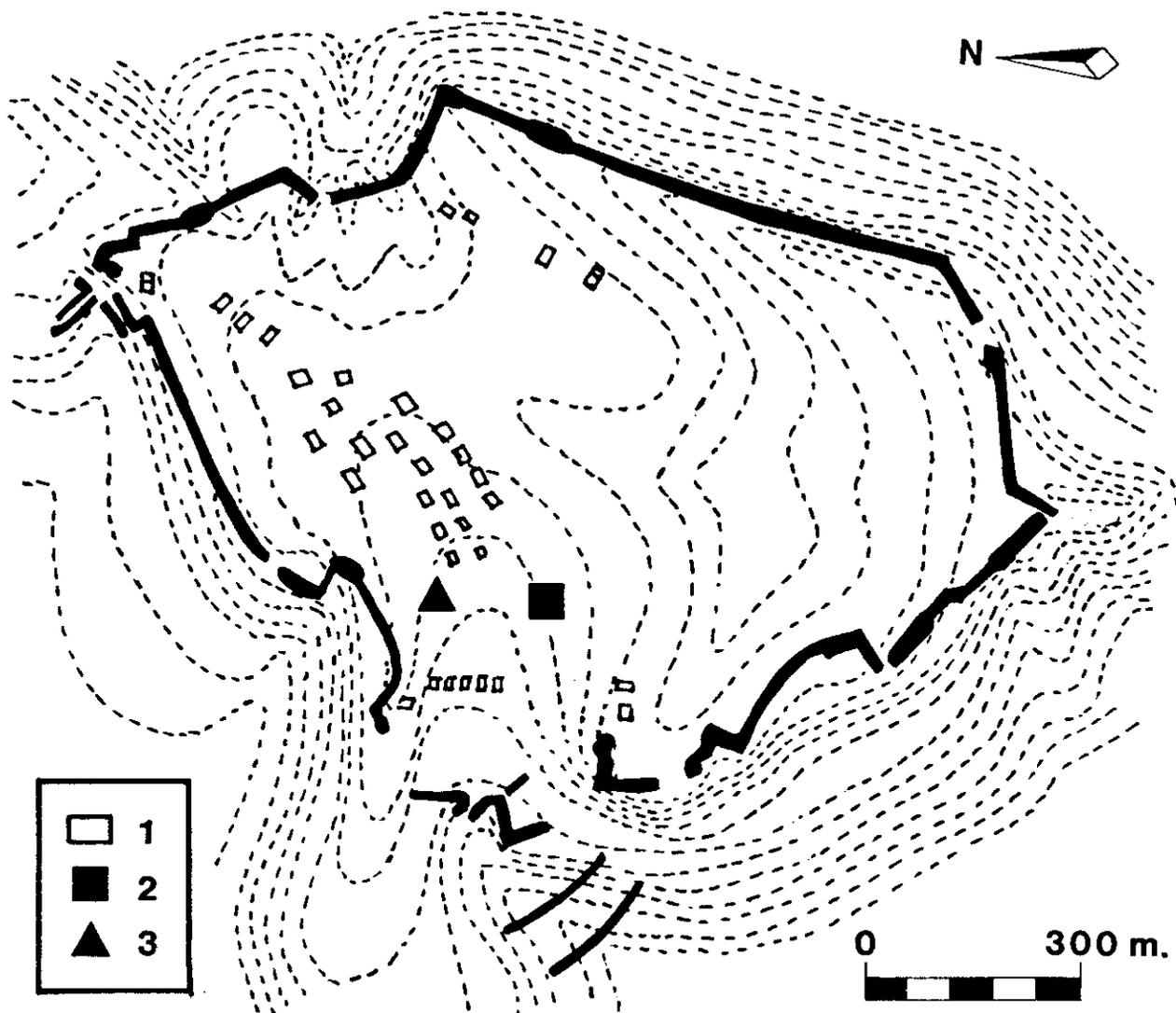


Fig. 31. Planta del oppidum de Ulaca (Solosancho, Avila).

1. viviendas; 2. Sauna; 3. Santuario.

el recinto amurallado no indica una situación de peligro e inestabilidad permanente. Puede ser factible pensar en un incremento demográfico o, mejor, que algunos recintos se erigiesen con posterioridad a dichos barrios (Martín Valls 1971b: 131). En los momentos de conflicto la población podría refugiarse dentro del poblado, ya que existiría espacio libre suficiente. La misma situación encontramos en otros oppida de la región, como el caso de Salmantica, donde sabemos que en la toma de Aníbal la ciudad tenía un arrabal o barrio apartado del centro principal (Plutarco mul. uirt.). De la cita de Plutarco se podría inferir una extensión considerable para la ciudad y la existencia de una acrópoli o conjunto fortificado principal con sus respectivas viviendas, como también parece advertirse en la documentación arqueológica (Martín Valls et alii 1991: 155).

En consecuencia, parece evidente que la existencia de barrios y sectores sociales de distinta significación descansa en criterios topográficos y tipológicos, al margen, claro está, de que tales argumentos no sean sino trasunto de una compleja ordenación jerárquica e ideológica de los oppida.

4.2.2. Areas Cultuales. Existen claros indicios de ceremonias y lugares de culto al aire libre (Marco 1986 y 1993a), distinguiéndose también en el interior de algunos poblados. Estos últimos suelen emplazarse en un sector privilegiado del asentamiento, vinculados a la acrópolis o a una calle central.

Estructuras monumentales de carácter urbano se han documentado en las poblaciones célticas de la Meseta y del SO.. Como tal, se han considerado por ejemplo los cimientos de una construcción y unos rebajes en la roca, a modo de escalones, localizados en la parte más elevada del cerro donde se asienta la ciudad arévaca de Tiermes (Argente 1990: 60)¹²⁹. Por otro lado se podría mencionar el emblemático altar prerromano del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), en plena Beturia Céltica, con ofrendas de diverso tipo relacionadas con actividades de carácter colectivo, en la zona más alta del poblado y abierta a la calle principal (Berrocal-Rangel 1994). Otros santuarios rupestres constituídos por peñas, pilas y escaleras talladas se advierten en el interior de varios despoblados vettones de

¹²⁹ Junto a la entrada del poblado se conoce un edificio formado por una gradería labrada en la roca (Argente 1990: 31), de difícil interpretación, pero asociado a una cueva en cuyo fondo se localizaron cuernas de bóvido y otros restos que podrían relacionarse a prácticas sacrificiales (Lorrio 1995: 509).

Zamora y Salamanca, como en San Mamede (Villardiegua de la Ribera), de cuya existencia diera cuenta en su día Gómez Moreno (1927: 27; *vid.* Benito *et alii* 1987), y en un promontorio rocoso del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires), desde el que se divisa el río Tormes, habiéndose sugerido también en el Teso de la Virgen del Castillo, no lejos de Pereña (Benito y Grande 1992: 73 ss). Su examen en estos casos ha de hacerse con prudencia, algunas rocas no tienen tal carácter y el contexto arqueológico resulta en ocasiones demasiado escueto, pero otros indicios sí parecen indiscutibles.

El santuario más conocido del área vettona asociado a un poblado prerromano es el de Ulaca, en Solosancho. Contaríamos en el *oppidum* abulense con la evidencia de un área sacra o *nemeton* en el sector noroccidental de la ciudad, relativamente apartada de las concentraciones de casas. Formarían parte de ésta las estructuras monumentales labradas en piedra del "altar de sacrificios" y la sauna ritual. El primero ofrece una estancia rectangular tallada en la roca (16 x 8 m.), asociada a una gran peña, en la que una doble escalera conduce a una plataforma con varias cavidades comunicadas entre sí (Martín Valls 1985: 116-117; Alvarez-Sanchís 1993a: 275, fig. 8). Existen además otras estructuras de compartimentación compleja, adyacentes al santuario en su lado oeste, cuya funcionalidad podría ser subsidiaria de la anterior. La sacralidad del monumento es posible establecerla a partir de una serie de paralelos, el más conocido de los cuales es el santuario portugués de Panoias, asociado a inscripciones latinas que refieren sacrificios ceremoniales (Silva 1986: 300-302; Blázquez 1991: 39).

A 160 m. de distancia en línea recta se emplaza el monumento conocido como la "Fragua" (Gomez Moreno 1983: 20). Se trata de una construcción semihipogea de planta rectangular y 6,4 m. de longitud, dividida en tres habitaciones a modo de antecámara, cámara y horno. Tradicionalmente valorada como un horno metalúrgico, venimos proponiendo su uso termal, en relación con baños iniciáticos, a partir de los paralelos documentados en las saunas o "pedras formosas" de la Cultura Castreña del NO. (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; Alvarez-Sanchís 1993a: 275, figs. 8-10; Almagro-Gorbea 1994b). Estructuras de función semejante (Fig. *) se conocen en la protohistoria europea de ámbito atlántico, nórdico y céltico, así como en el mundo grecorromano (Barfield y Hodder 1987). Su asociación al agua, al vapor y al fuego en lugares

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

hipogeos, así como un conocido texto de Estrabón (3,3,6) alusivo al desarrollo de estas actividades entre las poblaciones del Duero, podrían relacionarlo con ritos de iniciación de cofradías de guerreros, acorde al substrato ideológico y cultural del mundo lusitano-galaico (García Fernández-Albalat 1990; Almagro-Gorbea 1992). El reciente hallazgo de un recinto murado de 32 x 24 m., anexo a la sauna y con su correspondiente acceso, avala todavía más la monumentalidad de la estructura.

Otra obra destaca por su interés, conocida como "la Iglesia" (Lantier y Breuil 1930: 212-213; Posac 1953: 66; Gómez Moreno 1983: 20). Se trata de un edificio de gran aparejo y planta subrectangular (14 x 10 m.), delimitado por un recinto murado (70 x 48 m.) con doble paramento de grandes piedras y asociado a otras dos estancias. Podría haber servido de atalaya defensiva dada su posición estratégica, al controlar desde la vaguada sur de la ciudad una gran extensión del área habitada, pero la ausencia de excavación impide una interpretación más precisa, habiéndose sugerido también un uso público (Lantier y Breuil 1930: 213). En las proximidades se localizan otras construcciones ciclópeas y a escasos metros del lugar, siguiendo la pendiente, una gran fuente. Este último dato puede ser interesante en relación a la organización del espacio y al posible uso de agua lustral en los ritos de tradición céltica (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991: 218-225). Quedaría así abierta la posibilidad de que existiera una divinidad de las aguas relacionada con la población del oppidum. Este mismo carácter podría servir para valorar (1) el edificio monumental, en uno de los puntos centrales de la ciudad, (2) la sauna, a escasos 250 m. al NE., y (3) el altar rupestre. Este último tampoco es excluyente, dada su posición, con la idea del culto solar, ya que uno y otro aparecen íntimamente ligados en la religión céltica (Green 1986: 70). En todo caso, esta arquitectura pública monumental de los siglos II y I a.C. es muy interesante pues haría referencia a un ámbito sacro-político bien definido topográficamente, relacionado con los fundamentos ideológicos de la ciudad¹³⁰, concepción que por otro lado ha forjado la interpretación de los santuarios conocidos en los oppida galos y centroeuropeos (Schubert 1983; Brunaux 1988: *; Almagro-Gorbea y

¹³⁰ En relación con esta problemática hay que destacar el reciente hallazgo, durante las campañas de prospección que venimos efectuando, de una cavidad o cueva bajo el oppidum, en las estribaciones de la ladera norte y casi en la vertical del sector citado. Todavía en fase de estudio, cabría especular con una divinidad de función ctónica vinculada al emplazamiento y por tanto acorde con la estructura "urbana" y religiosa de la ciudad. La coincidencia de todos estos elementos, que designan una misma área, podría relacionarse con el concepto de Mundus. Para una valoración general de la cosmología celta y sus paralelos clásicos, a la luz del hallazgo del estanque monumental de Bibracte, véase el lúcido trabajo de Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich (1991: 222 ss.).

Gran-Aymerich 1991: 190-229).

4.2.3. Cercados de ganado. La estabulación del ganado, que podría estar relegada a una clase servil (Blázquez 1978: 105), se ha relacionado, además de su protección, con el aumento del comercio de animales vivos, las pieles, los cueros y otros productos análogos (Wells 1988: 157). Identificados tradicionalmente en los castros de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Cabré 1930: 20 y 39; Cabré *et alii* 1950: 17), se han sugerido también para Sanchorreja, Ulaca, El Picón de la Mora, Botija y El Raso de Candeleda (Maluquer 1958a: 25; Molinero 1958: 31; Martín Valls 1971b: 130-131; Hernández Hernández *et alii* 1989: 135; Fernández Gómez 1986: 40, 501-502)¹³¹. Los nuevos datos procedentes de las excavaciones de Las Cogotas no invalidan la hipótesis del recinto fortificado como encerradero de ganado, pero en conjunto la organización de estos espacios debió ser mucho más compleja de lo hasta ahora supuesto (Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Diversos sondeos en el interior del yacimiento abulense pusieron sin embargo de manifiesto la existencia de áreas no edificadas. Estos sectores conllevan un encarecimiento de los costes, al aumentar el perímetro de los recintos amurallados, lo que implica una planificación previa que justifique semejante inversión (San Miguel 1993). Una posibilidad no excluyente sería entonces la del cercado para el ganado, sobre todo en sociedades de fuerte componente pastoral como la vettona, función que por otro lado también se ha querido relacionar a partir del hallazgo de esculturas de verracos en el interior de estos recintos (Cabré 1930: 40; Molinero 1933: 427; Cabré *et alii* 1950: 17, 33-34).

La identificación de cercos de madera sigue estando muy condicionada por las características generales de nuestra región, pero las evidencias arqueológicas sobre su existencia en la Europa templada son contundentes (Härke 1982: 200). Otra alternativa serían los cercados de piedra. Recuérdese en este sentido que la zona septentrional del castro del Raso, la más protegida pues se localiza entre las murallas y la Sierra, ofrece dos grandes recintos delimitados por varios muros que su excavador ha sugerido encerraderos (Fernández Gómez 1986: 40). Común en

¹³¹ Las condiciones topográficas del *oppidum* de Salamanca, dos cerros separados por una vaguada, podría evidenciar el uso de esta última como encerradero de ganado, evitando así la necesidad de construir un cercado o recinto destinado a ese fin (Maluquer 1951: 72 y 1956a: 97), atribución que vendría refrendada por la cercana presencia del famoso toro de piedra (Martín Valls *et alii* 1991: 153-155).

las casas del Raso es tener también una especie de corral delante de las viviendas, cercado por piedras alineadas, que pudo servir para tener recogido el ganado menor (*id.* 1986: 487). En Las Cogotas, en la esquina interna de la entrada alta del segundo recinto, arranca un cerco de grandes lajas protegiendo la parte occidental del perímetro amurallado (Cabré 1930: 32) cuyo uso pudo estar supeditado a la guarda colectiva de los animales. Esta hipótesis permitiría comprender mejor (1) sus dimensiones reducidas, aunque razonables para la función encomendada, (2) la topografía ligeramente accidentada del lugar, poco apropiada para las viviendas pero suficiente para albergar cómodamente a las reses, y (3) la fácil defensa del sector¹³².

4.2.4. Basureros y Cenizales. Son extensas áreas formadas por acumulaciones de tierra repletas de huesos, escorias, adobes y cerámicas. Se disponen casi siempre en áreas adyacentes a los poblados o en las inmediaciones de los mismos, y a pesar de la potencia que presentan, las acumulaciones ofrecen una deposición relativamente rápida en el tiempo (Sacristán 1986: 149-151)¹³³. Su existencia en asentamientos vettones y vacceos a partir de los siglos III-II a.C., bien evidenciados en Las Cogotas, Ulaca, Salamanca, Las Merchanas, Toro, Simancas, Cuéllar, Castrojeriz, Roa, Soto de Medinilla o Padilla, los convierte sin lugar a dudas en un rasgo diferencial del poblamiento de tipo *oppidum* en la Cuenca del Duero (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220-222; Posac 1953: 67; Martín Valls *et alii* 1991: 143; Maluquer 1968: 114-116; Martín Valls y Delibes 1977: 309; Wattenberg 1978; Barrio 1986-87: 169; Abásolo *et alii* 1983; Sacristán 1986: 149-154; Escudero 1988; San Miguel 1993: 38).

Existe una relación entre el nivel de desarrollo alcanzado por las comunidades indígenas y estos espacios de uso público, pero falta aún por concretar la naturaleza y el significado del citado vínculo. Las evidencias

¹³² El único punto viable para acceder a su interior se encuentra situado junto a la entrada alta y muy cerca de las principales defensas del castro. El control de los animales resulta así más fácil para los pobladores, evitando posibles pérdidas o robos; en efecto, cualquier otra alternativa estaría obligada a superar un perímetro doble, el de uno de los recintos y el que forma el propio cercado de piedra, con las dificultades que ello conlleva. También hemos creído detectar cercados en áreas extramuros del poblado, de alguna manera equivalentes a los "pastoral enclosures" británicos (Cunliffe 1974).

¹³³ Lo que no excluye la presencia anacrónica de otros elementos. El sondeo de uno de los basureros del segundo recinto murado de Las Cogotas permitió delimitar una estratigrafía de casi tres metros. A falta de un estudio definitivo de los materiales, la impresión que se obtiene es que éstos se encuentran mezclados, aunque abundan sobre todo los materiales celtibéricos de la etapa plena e inmediatamente anteriores a la romanización.

arqueológicas permiten plantear al menos dos posibles explicaciones:

(1) Un depósito destinado al vertido de materiales procedentes de obras de derribo y desescombros. Justificaría tanto la acumulación de adobes y cascotes de algunos cenizales vacceos como la eventual mezcla de materiales, al afectar a los niveles inferiores de las viviendas (Sacristán 1986: 151; Sacristán *et alii* 1995: 349-350). La abundancia de materiales que se plasma en los vertederos parecen testimoniar una actividad que va más allá de las reparaciones puntuales de las viviendas. Se podría hablar de reformas urbanísticas más ambiciosas, que en última instancia reflejan la adaptación de los oppida a la concentración de la población que opera en estos tiempos (San Miguel 1993: 39). Un examen detenido de los poblados meseteños permite, sin embargo, observar que más allá de las labores industriales existen otros rasgos diferenciales, siendo muy diversas las circunstancias que han podido intervenir en su formación.

En algunos yacimientos de la cuenca - Simancas, Soto de Medinilla - se detectan materiales celtibéricos en áreas muy bien definidas e inmediatas al núcleo principal, pero no hay constancia de restos de estructuras (San Miguel 1993: 40). El segundo recinto de Las Cogotas, asociado a un gran basurero, tampoco parece que estuviera destinado en gran parte a albergar casas. Las más cercanas se localizan al norte del camino pavimentado que atraviesa el recinto, donde sí se obtuvieron evidencias suficientes de viviendas escalonadas (Cabré 1930: 38; Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51-53). La distancia a los vertidos es demasiado amplia para el traslado teórico de escombros, material que tampoco es el predominante. Parece, por tanto, que algunos depósitos no sirvieron para desechar restos de construcción, o al menos no sólo para eso.

(2) Desechos producidos por el establecimiento temporal de ferias o mercados, al estilo de las ferias medievales (Duby 1968), que concentrarían en las inmediaciones a hombres y mujeres con sus ganados y otros productos. La posibilidad de estos contactos, emplazados razonablemente en la periferia de los grandes centros, serían un acicate más a la hora de producir excedentes alimenticios e industriales con vistas al intercambio. A partir de las excavaciones del oppidum de Manching, Wells (1988: 152-153) defiende que semejantes reuniones contribuirían a esparcir restos de comida y otros detritus, incluyendo

cerámica rota y huesos de animales. "Toda la gente en la feria come, bebe y duerme en sus barracas y tiendas; y las mencionadas barracas están entremezcladas con las tabernas, lecherías, casas de bebidas, casas de comidas, cocinas, etc., todo ello también en tiendas; y tantos carniceros y descuartizadores de todo el territorio circundante vienen....". La descripción de Daniel Defoe acerca de la feria de Sturbridge, en Inglaterra, en 1723, señalando la población flotante que acudía de los alrededores o las tiendas que se levantaban durante el tiempo que duraba el mercado, reflejaría la importancia social y económica del acontecimiento (Wells 1988: 152).

La gran acumulación de huesos documentados en uno de los cenizales de Las Cogotas podría apuntar en este sentido (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 222), máxime si se tiene en cuenta la localización topográfica de estos depósitos, en una de las zonas llanas y protegidas del yacimiento. En algunos de los sondeos anexos localizamos hogares y acuñaientos de postes que sugieren estructuras ligeras y no de larga y continuada ocupación que apoyarían esta idea. Los vertederos extremeños también muestran una amplia documentación osteológica (Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 171), mientras en La Mesa de Miranda, en su tercer recinto, apenas existen vestigios de hábitat en superficie (Cabré *et alii* 1950: 17). Desde luego la economía fundamentalmente ganadera de la región no hace descabellada la posibilidad de mercados de ganado o reuniones de la población de la comarca para transacciones y esparcimiento¹³⁴. Incluso, la documentación medieval puede ser otro buen punto de referencia. Las ferias de ganado y mercados medievales de Avila y el valle de Amblés se remontan al siglo XI, versión actual de una tradición que ha podido desarrollarse desde fines de la Edad del Hierro en las zonas más densamente habitadas¹³⁵. También Wells

¹³⁴ Las excavaciones en el circo romano de Toletum, sito en un espacio natural considerable, han corroborado que el lugar estaba previamente ocupado con una funcionalidad distinta, tal vez un mercado en las afueras del núcleo carpetano y junto a la vía romana. Sánchez Palencia y Sáinz Pascual señalan el interés de este dato, a la vista de los nexos que se establecen entre el origen de los juegos en el mundo clásico y los mercados junto a ciudades (cit. en Plácido *et alii* 1992: 268), lo que nos reafirma en el uso lúdico y a la vez público que pudieron desempeñar en parte estos arrabales.

¹³⁵ El comercio interior en Castilla durante la Edad Media estuvo desperdigado en diversos centros, excepto en los breves períodos de sus ferias anuales (Klein 1979: 58). Martín Carramolino (1872: 240-241) sitúa en el año 1093 la existencia en Avila de dos mercados semanales. Idéntica fecha refiere Larruga (1792: 10-11) mencionando además dos ferias anuales en Junio y Septiembre. Los mercados abulenses siguieron localizándose, varios siglos después de los acontecimientos que aquí tratamos, en el valle de Amblés. Buena prueba de ello es que estos mercados no se extendieron a los núcleos rurales del norte hasta bien entrado el siglo XII (VV.AA. 1985: 21). Desde el siglo XIV eran conocidas por su gran notoriedad las ferias ganaderas de Avila, Salamanca, Toledo y Toro (Sánchez Belda 1983: 17), la primera a extramuros de la ciudad (Moreno Núñez 1992: 196). Sobre las ferias de Castilla, véase también el excelente trabajo de Ladero (1982).

(1988: 153), siguiendo a Krämer (1958: 197), valora la supervivencia hasta nuestros días de una feria y un mercado de ganado anual a 3 Km. del oppidum de Manching, cuyo desarrollo podría remontarse a la época de este último.

4.2.5. Areas de actividad industrial. Se encuentran representados en nuestros oppida un amplio muestrario de herramientas de hierro de muy diversa tipología (Cabré 1930: 98-103, láms. LXXIV-LXXIX; Fernández Gómez 1986: 454 ss.; Fernández Gómez y López 1990: figs. 10-11; Hernández Hernández et alii 1986-87 y 1989: 131, figs. 62-63)¹³⁶, donde algunas piezas recaban nuestra atención: hachas, azuelas, picos, cinceles, gubias, formones, sierras, hoces, legonas, agujas, tranchetes, clavos, pinzas, punzones, martillos, barrenas....., elementos que avalan la consolidación de actividades especializadas en general. Incluyen instrumental de herreros, carpinteros, leñadores, alfareros, agricultores, canteros, del trabajo de la piel y de las fibras textiles. Si está fuera de toda duda una mayor eficacia en la producción artesanal, es más que probable que ésta se llevara a cabo en sectores específicos de los poblados.

En el equipamiento interior de las viviendas las piedras de molino y las pesas de telar delatarían una actividad doméstica complementaria (Cabré 1930: 38, 83-85; Fernández Gómez 1986: 474)¹³⁷. No se han documentado silos excavados en el suelo, lo que puede explicarse por las características graníticas de los castros (Fernández Gómez 1986: 492). El almacenaje pudo realizarse en grandes vasijas de provisiones pero tampoco descartaría idéntica función para algunas estructuras de piedra no compartimentadas. La variedad de instrumental especializado sugiere por otro lado el desarrollo de talleres para la forja del hierro, aunque hay que reconocer que prácticamente no sabemos nada sobre su situación en los oppida así como las funcionalidades de los diversos tipos¹³⁸. La documentación

¹³⁶ Análogamente, para las poblaciones celtibéricas, véase Taracena (1929: 35-36, 48, figs. 23 y 26), Manrique (1980) y Barril (1992).

¹³⁷ Abundantes restos de trigo carbonizado se descubrieron en el interior de las viviendas de Las Cogotas y también en las afueras (Cabré 1930: 98-99).

¹³⁸ Maluquer (1968: 110 ss., fig. 3) refiere el hallazgo de una vivienda en el castro de Las Merchanas (Lumbrales), a escasos metros de la muralla, con una especie de horno de planta ultrasemicircular pero de difícil interpretación y con materiales poco concluyentes. Moldes de fundición y desechos de forja se conocen en una de las viviendas de La Coraja, en una estancia interpretada como herrería (Esteban Ortega 1993: 63), aunque la ubicación de esta estructura "doméstica" y otras anexas en el asentamiento no está bien explicitada. Asimismo, una importante actividad metalúrgica se viene detectando en otros castros extremeños, El Pardal, en Trujillo, Castillo de Boxe, en Almaraz, y Sansueña, en Arroyo de la Luz

arqueológica sí nos muestra en cambio la existencia de otras actividades:

- La uniformidad que presenta la cerámica induce a suponer que era fabricada por unos artesanos especializados y no individualmente, hecho bien corroborado en los **alfares industriales**. En los últimos años se han documentado diversos talleres - Roa, Coca, Padilla de Duero, Las Cogotas - que permiten suponer una actividad común en los centros de población a finales de la Edad del Hierro (Sacristán 1986: 155-156; Blanco García 1992; Escudero y Sanz Mínguez 1993; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). La pauta general consiste en ubicar este sector artesanal en las márgenes o bien fuera del asentamiento (Sacristán *et alii* 1995: 350).

El alfar de Las Cogotas incluye un extenso complejo de dependencias y hornos de cerámica que ocupan más de 300 m², junto a la muralla del segundo recinto. Los hornos son de tipo sencillo de una sólo cámara y anexo al taller existe una gran dependencia que debió servir de almacén de productos acabados y como secadero de adobes. Lo que aquí nos interesa resaltar es que el taller de alfarería rebasa el ámbito de la producción doméstica y por sus dimensiones y la complejidad que implica su mantenimiento y su funcionamiento bien puede considerarse una actividad industrial a tiempo completo. Actividad que debió requerir especialistas, una producción estandarizada y muy probablemente una distribución de los productos cerámicos fuera del poblado¹³⁹. La estratigrafía obtenida (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221-222) también es importante porque aunque el nivel de fundación de la muralla corresponde al nivel constructivo del alfar, la existencia de un cenital que se encuentra debajo de la muralla demuestra que con anterioridad al emplazamiento del taller cerámico y de las defensas ya se estaban desarrollando actividades colectivas en esa zona, a extramuros de la acrópoli¹⁴⁰. Lo interesante es comprobar la toma de decisión

(Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 172).

¹³⁹ La existencia de este complejo ayuda a entender el camino enlosado que atraviesa el recinto, que permitiría la circulación de carros para la distribución de los productos cerámicos. Por otra parte, tenemos en curso un minucioso estudio del grado de estandarización de las cerámicas así como el análisis de pastas cerámicas del alfar y de otros hábitats del entorno.

¹⁴⁰ Si esta clase de observaciones se repitiese regularmente, tendríamos un punto de referencia a la hora de valorar teóricos espacios de uso colectivo (alfares, basureros, mercados, talleres) en áreas extramuros de otros yacimientos análogos de la región, pero poco expresivos en materiales de superficie. Podrían considerarse por ejemplo algunos castros salmantinos y extremeños, como el Teso del Castillo, en Pereña (Inv. Arqu. Prov. de Salamanca), ocupando dos cerros aunque sólo uno

para establecer una serie de actividades especializadas e incluirlas en el recinto murado. Una intencionalidad de organizar una zonación dentro del asentamiento.

- El **secadero de adobes** anexo al alfar ofrecía un conjunto de piezas dispuestas regularmente en el suelo y confeccionadas todas a caja (40 x 20 x 10 cm.). De la mención de este dato se deduce no sólo la especificidad del sector, sino también la posible existencia de un módulo teórico que razonablemente pudo aplicarse en la arquitectura de los oppida. El dato parece firme si tenemos en cuenta que una de las viviendas exhumadas en el Teso de las Catedrales, en la capital salmantina, conservaba una pared de adobes cocidos de dimensiones estandarizadas, en torno a 42 x 12 x 10 cm. (Martín Valls *et alii* 1991: 155). Las medidas también son uniformes en otras piezas documentadas en los poblados de la Cuenca del Duero y del Tajo. Repasemos los más importantes: 47 x 25 x 7 cm. muestran los adobes de la construcción circular de Fuente el Saz del Jarama (Blasco y Alonso 1986-87: 162), 45 x 35 x 14 cm. en La Coraja (Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 168), 40/45 x 12 x 7 cm. tienen algunas viviendas de Roa (Sacristán de Lama 1986: 147), 47 x 20 x 8 cm. en Coca (Blanco García 1992: 37) y 47 x 20 x 10 cm. en Padilla de Duero (Gómez y Sanz Mínguez 1993: 340). Incluso, estas medidas reclaman otros paralelos en la zona más oriental de la Meseta, por ejemplo en Langa de Duero, con 46 x 27 x 10 cm. (Taracena 1929: 34 y 36) y en la estructura de adobes de la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Epila), con un módulo estable de 40 x 20 x 18 cm. (Pérez Casas 1990: 117).

Todas las longitudes de las piezas responden a una unidad de medida que oscila entre los 40 y 47 cm.. Un referente cercano sería el codo galo, cuyo valor se ha calculado en ca. 44,52 cm. (Nowotny 1931: 273; Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 1991: 186-187). Ahora bien, esta equivalencia no resuelve el problema del origen de la unidad meseteña, que además no es exacta. Sí es posible precisar algo más. Un rasgo interesante lo constituye el hallazgo de adobes de 40 x 25 x 20 cm. en el nivel de ocupación más antiguo de La Mota, cuya fechación podría llevarse al siglo VII a.C. (Seco y Treceño 1993: 139) o bien a la octava centuria en cronología calibrada (Ruiz-Gálvez 1995b: 82). También parece que en los niveles inferiores de Soto de Medinilla se utilizaron adobes de tamaños similares al empleado en el yacimiento matritense de Fuente el Saz, de 47 cm. de longitud

amurallado.

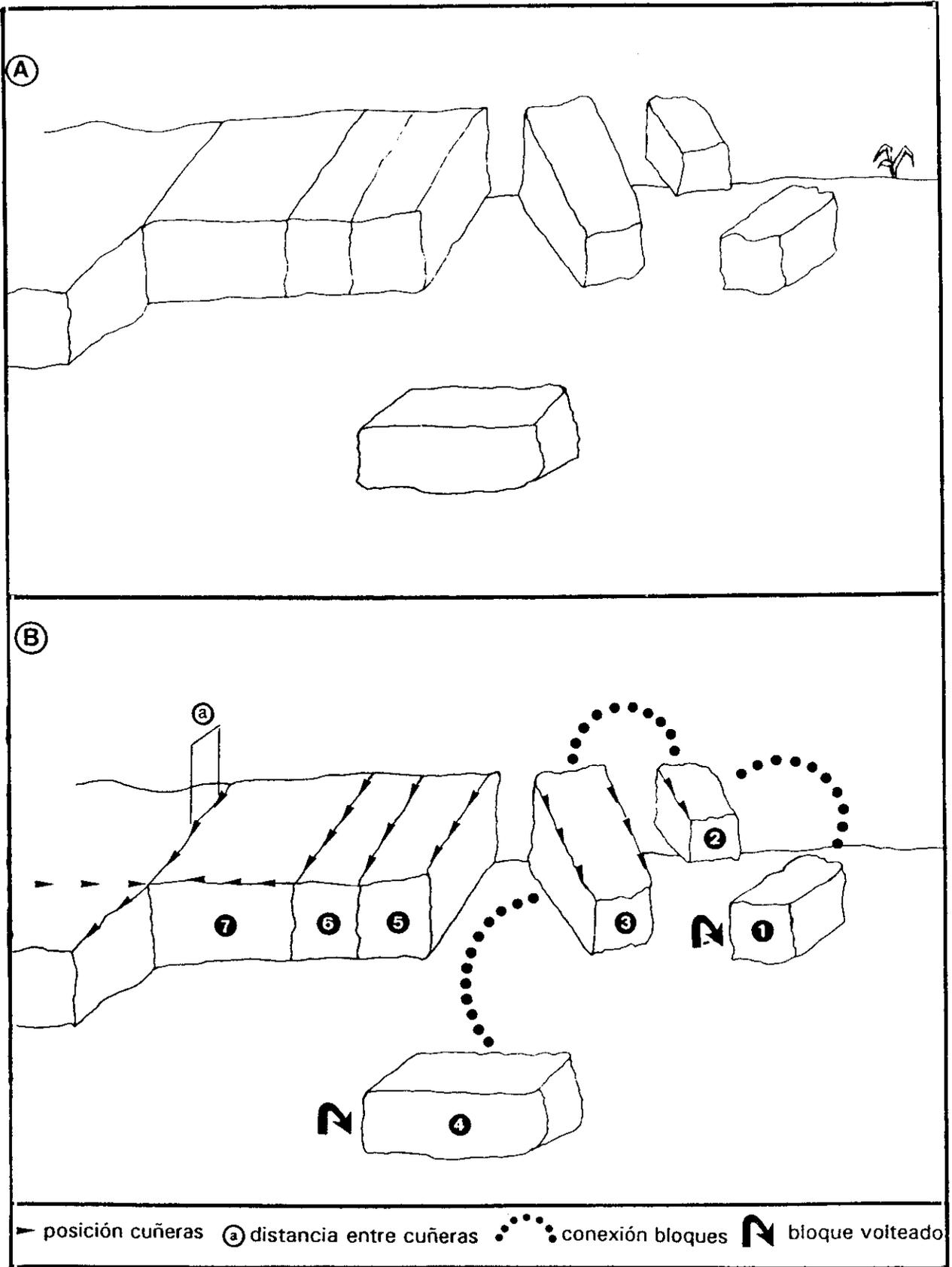


Fig. 32. Croquis de una de las canteras de Ulaca

(Blasco y Alonso 1986-87: 162). Tendría así más sentido relacionar esta medida con el codo de 45,6 cm. usado en el monumento orientalizante de Pozo Moro (Almagro-Gorbea 1983: 225, n. 296), que correspondería a su vez al codo sirio-fenicio de 44,7 cm. (Büsing 1982: f.1) y que, en última instancia, demostraría su introducción en el occidente mediterráneo en relación a la colonización fenicia (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991: 190). Las dimensiones no son estrictamente las mismas, pero esta documentación podría considerarse válida para sugerir la introducción de un módulo teórico en tierras del interior desde el ámbito orientalizante, que apenas si mostraría diferencias con las que se aplicaron siglos más tarde en las propias viviendas de los oppida.

- En Ulaca poseemos seguras evidencias de la existencia de **canteras**, localizadas en el sector Oeste y en la esquina SO. del recinto principal. Las planchas de granito se aprovecharon siguiendo las vetas naturales, rompiendo con cuñas bloques de dimensiones más o menos regulares que seguidamente eran troceados en otros más pequeños. Se han podido documentar diferentes fases del trabajo (Fig. *): (a) los bloques sólo esbozados mediante los agujeros para trabajar con las cuñas en su extracción, (b) los bloques grandes todavía sin trocear y (c) los bloques terminados y no transportados. El tamaño de los bloques resultantes oscila entre los 60 y 120 cms. de longitud, dependiendo de la fase de elaboración. Los agujeros iniciales son visibles y definen líneas de cortado a intervalos de 28 y 36 cms. El acabado final que ostentan algunos bloques lleva desde luego a sugerir que todo el proceso de trabajo tenía lugar "in situ", para ser luego posteriormente trasladados.

La cantera del sector Oeste parece relacionada con la obtención de material constructivo para las viviendas y de hecho las dimensiones de los bloques se asemejan a las casas más próximas. La cantera del extremo SO del poblado, la más monumental, está relacionada con la elaboración de grandes sillares para la construcción del recinto fortificado, como avalan las medidas de los bloques respectivos y su proximidad a la muralla. La magnitud de los trabajos de cantería y la organización de especialistas a tiempo completo que la obra exige, así como la existencia de medidas modulares o la posibilidad de reconstruir íntegramente el proceso de trabajo en un futuro estudio de Arqueología Cognitiva (Renfrew y

Zubrow 1994), confieren a este hallazgo un extraordinario interés¹⁴¹.

En resumen, creo que no existe un urbanismo regular en sentido estricto, pero sí es factible abordar su lectura desde una "lógica espacial". Del análisis de la distribución interna de algunos oppida vettones a finales de la Edad del Hierro se puede deducir una clara diferenciación por zonas en virtud de criterios topográficos, funcionales y jerárquicos. La correlación de los distintos sectores resulta impensable sin una infraestructura material y humana cualificada, en la que tendrían cabida aristócratas, sacerdotes y artesanos. Este modelo de ocupación marca un significativo contraste con los siglos precedentes y sugiere que algunos cerros fortificados cumplían importantes funciones de servicio para las comunidades de los alrededores, además de facilitar refugio y almacenamiento. Tentativamente, proponemos las siguientes funciones:

- (1) Barrios aristocráticos. Residencia de las casas de la élite en los sitios más altos y fortificados, la acrópoli, fácilmente accesibles y con óptima visibilidad.
- (2) Barrios residenciales. Ubicación de artesanos, agricultores y ganaderos en el resto de viviendas, y también fuera de las murallas, generalmente con equipos domésticos más pobres.
- (3) Barrios extramuros.
- (4) Areas de encerramiento de ganado.
- (5) Areas de servicios colectivos. Apartados del núcleo principal de viviendas o bien en los recintos limítrofes de la ciudad: alfares, talleres metalúrgicos, vertederos, canteras, etc.
- (6) Lugares de mercado y esparcimiento.

¹⁴¹ Aún así, los trabajos relacionados con la extracción y labra de la piedra también se intuyen en pequeños roquedos graníticos anexos a determinadas casas, por lo que junto a la actividad artesana organizada y a gran escala de los sectores aludidos, hay que sumar actividades de menor índole y constreñidas al ámbito estrictamente doméstico.

(7) Lugares de culto. Que probablemente estarían constreñidos a la acrópoli de los oppida más importantes del territorio.

4.3. El patrón de asentamiento regional. El creciente proceso de centralización del poder produciría la subordinación de unos núcleos respecto a otros, dando la impresión de que los oppida se hubieran gestado a partir de unos cuantos núcleos especialmente seleccionados. Desde luego algunos parecen ocupar el centro de una red diferenciada de poblados. Que existan diferencias entre los diversos centros lleva a crear territorialidades de orden superior, cuya amplitud se aproximaría al concepto de "Lugar central". Ante la falta de prospecciones intensivas vamos a referirnos brevemente a unas áreas específicas donde la información es de relativa calidad. Estas áreas son el Valle de Amblés, el occidente de la provincia de Salamanca y el Valle medio del Tajo.

4.3.1. El Valle de Amblés. Formado por el curso alto del río Adaja en la provincia de Avila, dibuja un gran triángulo de unos 900 Km² de extensión, con los lados mayores limitados por la Sierra de Avila, La Serrota y la Sierra de la Paramera. El lado menor sería la apertura del valle, escasos km. al norte de la capital.

Como ya hemos comentado en alguna ocasión, los castros de la serranía se complementan con los pequeños establecimientos de fondo de valle, en torno al río, conocidos a partir de la Carta Arqueológica provincial por simples recogidas de materiales en superficie (Alvarez-Sanchís 1990a: 216 ss.). El Inventario se refiere en particular a la localización de cerámicas mayoritariamente a torno, rasgo que conviene con su ubicación temporal a finales de la Edad del Hierro. No sólo la ausencia de una defensa o recinto, sino también el tamaño, distingue a los asentamientos abiertos de los cerros fortificados contemporáneos. Ahora bien, es evidente que ignoramos la naturaleza exacta de los primeros; como en muchas otras áreas el interés se ha ceñido a los sitios grandes - los oppida - por resultar más rentables en términos de investigación arqueológica. El viejo paradigma de la "arqueología de sitio" ha impedido aproximaciones a los patrones de poblamiento en marcos regionales (Crumley 1974) o "microregiones" (Kuna 1993). En cualquier caso, una aproximación a su diferencia con los centros mayores considerados

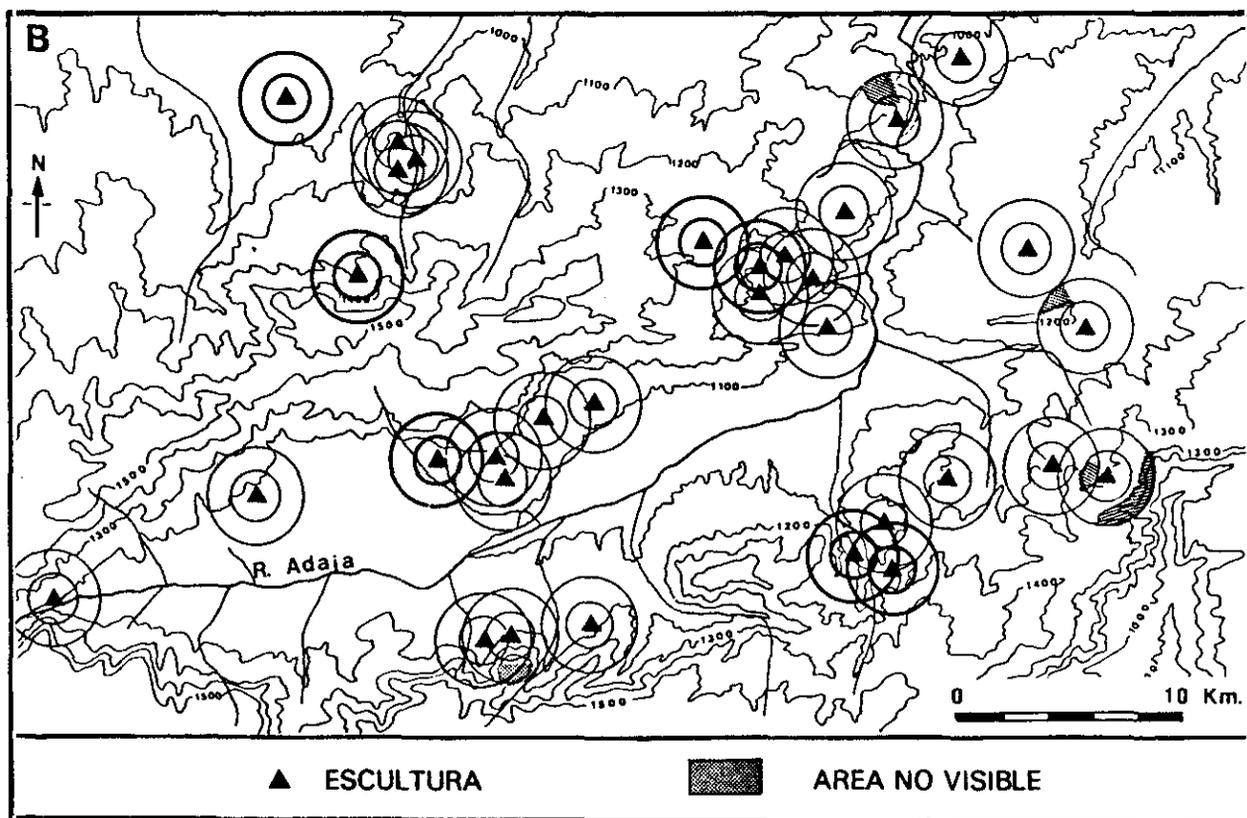
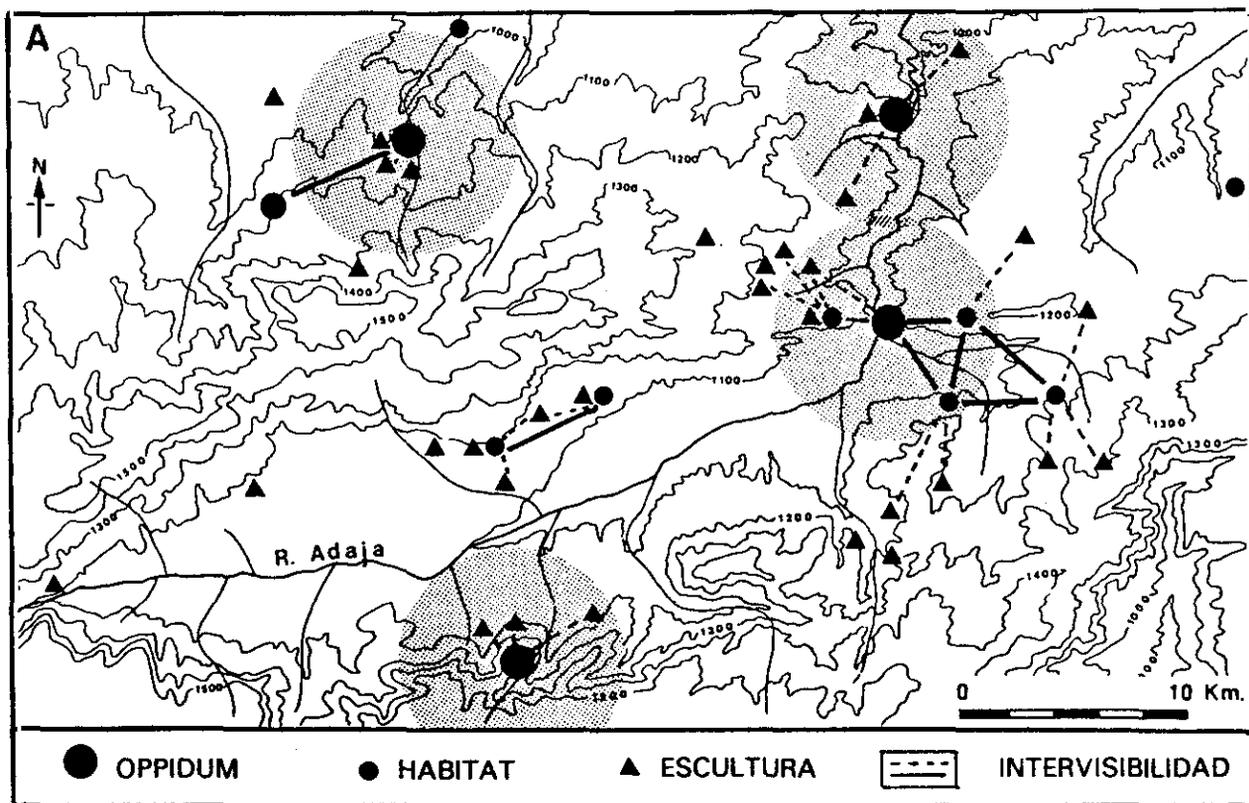


Fig. 33. Poblamiento del Valle de Amblés en el Hierro Final.

puede establecerse a partir de tres tipos de evidencia:

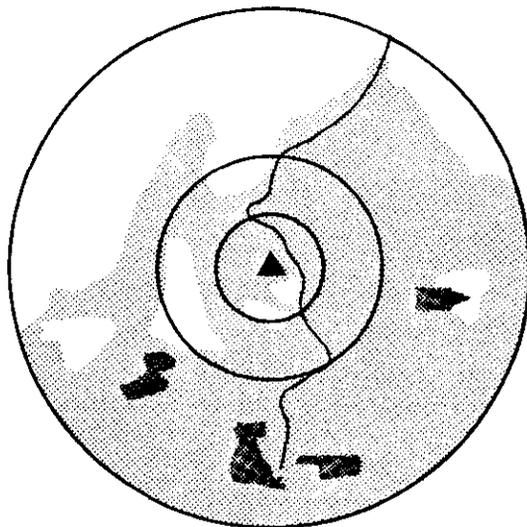
(1) las distancias medias y las comunicaciones ópticas entre los poblados, que sugieren diferencias en el patrón de asentamiento (Fig. *). Las primeras son relativamente rápidas en los establecimientos del llano, en torno a los 5000 m.. Otro tanto sugiere la intervisibilidad, acentuada por las condiciones topográficas de la vega. Tal hecho es poco común en los oppida, con distancias siempre mayores a la media y un interés por el control conjunto del territorio en lugar de mantener estrechas relaciones ópticas con otros emplazamientos.

(2) el análisis del territorio de explotación (Site Catchment Analysis), que en los sitios pequeños revela una fuerte orientación agrícola, entre el 60-80% en un radio de 2 Km., pues se emplazan en el fondo del valle con ricos suelos aluviales o cerca del límite de las dehesas (Alvarez-Sanchís 1990a: 218-220). Los territorios de explotación de los oppida revelan por el contrario una orientación ganadera (Fig. *)¹⁴², si se atiende además a la calidad de sus suelos y a los aún densos mantos de encinas. En Las Cogotas el pastizal es casi absoluto en el anillo inmediato (1000 m.)¹⁴³ y en La Mesa de Miranda se aproxima al 80%. La posición dominante de Ulaca respecto al valle, con las altas cumbres a su espalda, determina una relativa proporción de suelo arable, que a pesar de todo no rebasa el 26%. Y eso, sólo considerando el área periférica de captación.

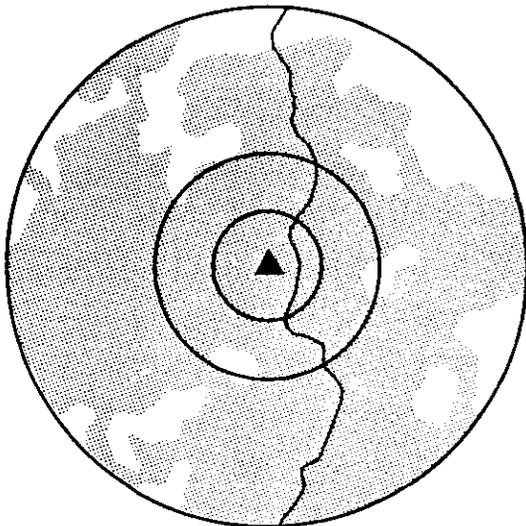
(3) las funciones de los oppida y los pequeños asentamientos (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 229-230). Los primeros se individualizan porque: (1) desarrollaron una variedad de actividades industriales, en una escala que podría calificarse de "concentración y especialización artesanal", bien documentado en el alfar de Las Cogotas y la cantera de Ulaca, (2) estuvieron implicados en redes de intercambio y comercio suprarregionales, como evidencian las decoraciones cerámicas o las armas de las necrópolis, (3) estuvieron fuertemente fortificados y

¹⁴² Adoptamos un módulo concéntrico de 5 Km./1 hora para los poblados fortificados y otro más pequeño, de 2 Km., para las aldeas del llano. En los primeros, dada la similitud de aprovechamientos que ostentan los territorios de explotación, no parece exagerado asumir un modelo radial de estas características. En los yacimientos abiertos, teniendo en cuenta la horizontalidad del terreno, no parecen apreciarse distorsiones topográficas importantes (Alvarez-Sanchís 1990a: 218).

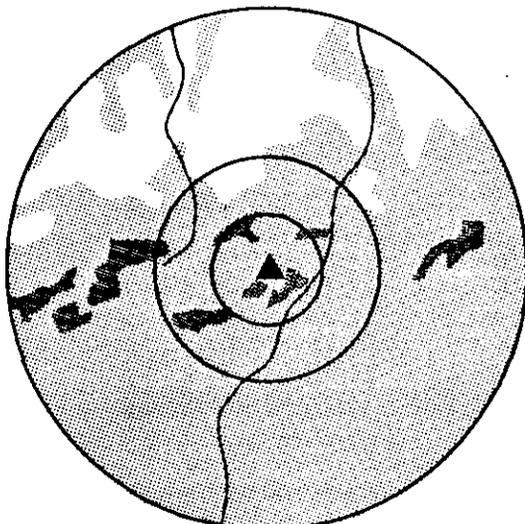
¹⁴³ Un trabajo más exhaustivo sobre el área de captación de este yacimiento, discriminando los usos potenciales del suelo en Arable, Pastizal, Bosque y Matorral, y valorando la distorsión topográfica, puede consultarse en Alonso (1995).



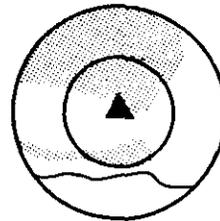
LA MESA DE MIRANDA



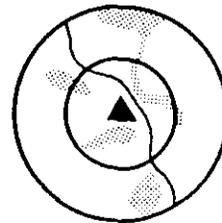
LAS COGOTAS



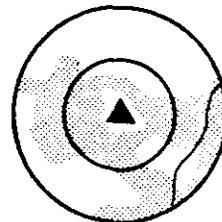
ULACA



MUÑO GALINDO



PADIERNOS



ERMITA DE SONSOLES

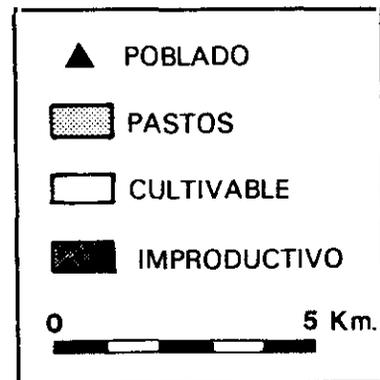


Fig. 34. Caracterización económica de los territorios de explotación.

Castros y poblados abiertos del valle de Amblés.

(4) construyeron - en el caso de Ulaca - estructuras monumentales de función cultural. Estos rasgos contrastan con las deducciones que permiten los pequeños asentamientos del llano, básicamente dedicados a las tareas agrícolas, con una producción limitada de artesanías, sin evidencias de contactos a larga distancia y sin estructuras defensivas y religiosas. El despegue de alguno de estos sitios podría relacionarse con la explotación y distribución de la sal. Algunos topónimos cercanos a la vega, como Salobral y Salobralejo, podrían evidenciar la existencia de manantiales de aguas salinosas¹⁴⁴. Cubren zonas bajas del valle sometidas a fenómenos endorreicos en las que se han ido acumulando sales de calcio y sodio. No obstante, todas estas consideraciones deben tomarse con la debida reserva en espera de nuevos trabajos de prospección sistemática.

Un último aspecto a considerar en el patrón de poblamiento comarcal son las esculturas zoomorfas en piedra, los característicos "verracos". Hasta ahora se pensaba que podían tener un valor mágico de protección de los ganados (Cabré 1930: 40) o ser monumentos funerarios porque se conocen algunas piezas con inscripciones latinas de ese carácter (López Monteagudo 1989: 125-138) y otras que han formado parte de un tipo especial de enterramiento (Martín Valls y Pérez Herrero 1976). En una revisión reciente proponíamos una explicación distinta pero a la vez complementaria, que pienso se ajusta mejor a las evidencias y tiene sentido dentro del modelo de poblamiento regional (Alvarez-Sanchis 1990a y 1994).

El tema es suficientemente rico y complejo como para merecer que le hayamos reservado un apartado independiente (cap.*). De momento, ya nos parece interesante constatar que una parte considerable de estas esculturas carece de un contexto arqueológico preciso, más de un 70% se localiza a 2000/4000 m. de distancia de los poblados y el 90% en suelos metamórficos de aprovechamiento ganadero. Por eso hemos pensado que la inversión de trabajo que supone la labra de estas piezas tendría más sentido si con ello se establecían hitos en el paisaje para señalar recursos específicos: los pastos de invierno. Esta propuesta de los verracos como delimitadores de áreas de propiedad o usufructo de recursos se

¹⁴⁴ Entre los Bienes de propiedad municipal que tenía la Hacienda del Consejo de Avila para atender los servicios de su competencia, se encuentra el impuesto de la sal, como se desprende del ejercicio económico del año 1490 (Moreno 1992: 179-180).

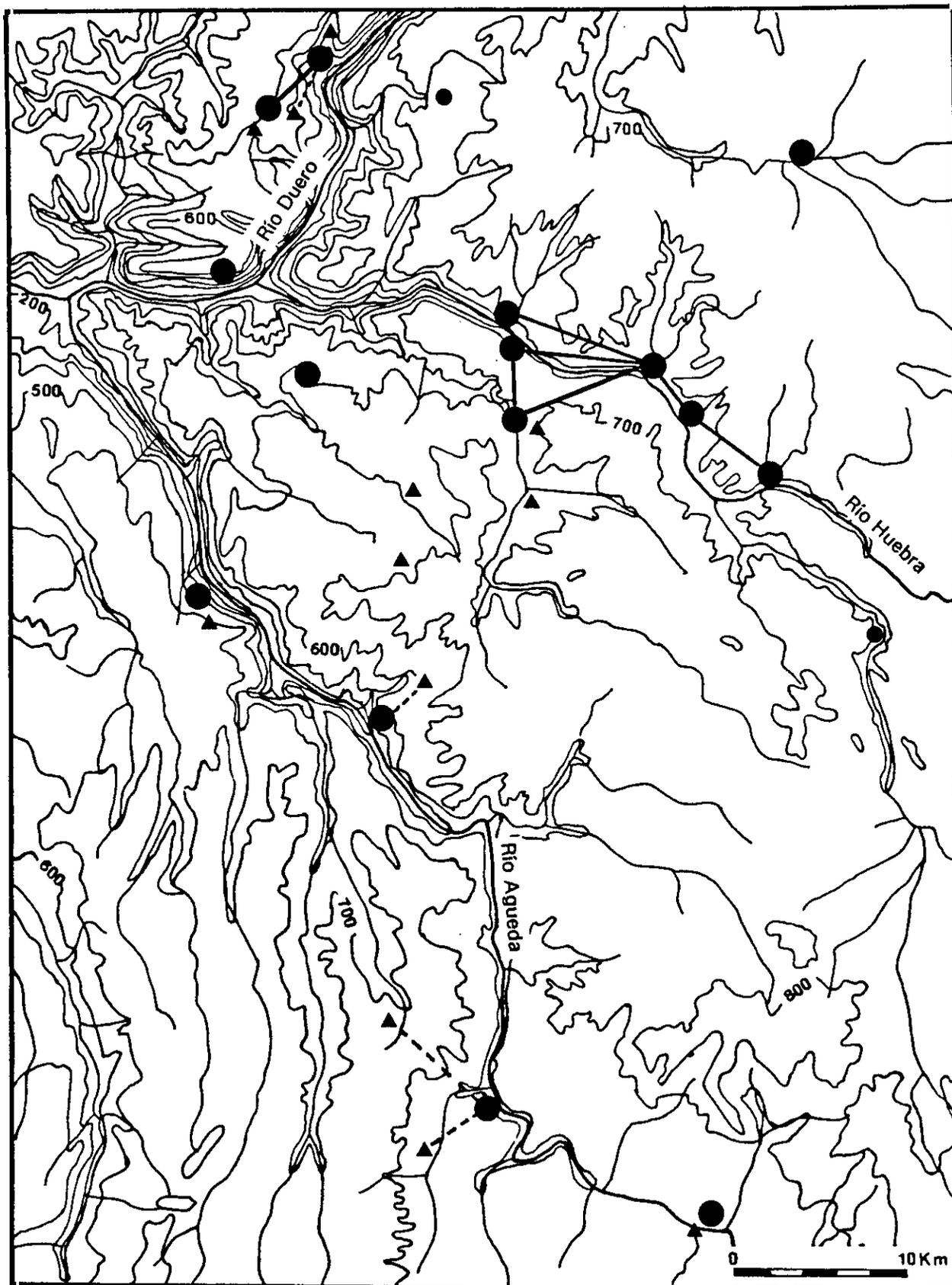


Fig. 35. Comunicaciones ópticas en los castros del occidente de la provincia de Salamanca.

corresponde muy bien con la sociedad de clásica estructura piramidal que vemos en las necrópolis de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Martín Vallis 1985: 122-123 y 1986-87: 75-78; Castro 1986; Kurtz 1987; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 222-232), con una aristocracia que probablemente basaba su riqueza en la posesión de cabezas de ganado mayor.

Esta interpretación refuerza asimismo el patrón de poblamiento jerarquizado del Valle. Las esculturas, cerca de los principales núcleos de población y junto de los límites teóricos ofrecidos por los polígonos Thiessen (Fig. *), sugieren un control directo del territorio y los pastos ejercido desde los oppida - posiblemente también Avila/Obila en fechas más avanzadas (vid. infra) - aunque desconocemos el grado de dependencia y el papel que desempeñaron los pequeños hábitats del valle. Dentro de este dispositivo se podría defender un rango jerárquico de primer orden en Ulaca, teniendo en cuenta su tamaño - más de 60 Has. - y el santuario rupestre, cuya función cultural debió ser exclusiva en la comarca¹⁴⁵.

4.3.2. El occidente de Salamanca. Una muy particular configuración puede intuirse en los castros que jalonan de norte a sur el reborde occidental salmantino, entre la confluencia del Tormes/Duero y el río Agueda.

Existe, en primer lugar, una parte considerable con superficies inferiores a las 10 Has.. El dato difiere poco de los castros zamoranos y en general del NO., donde los más numerosos miden entre 1 y 6 Has. (Esparza 1987: 239-240). Tal observación supone un fuerte contraste con los oppida abulenses del Amblés además de otros grandes núcleos distribuidos esporádicamente en puntos estratégicos de los valles del Tormes (Salamanca, Ledesma), Tiétar (El Raso, Cuesta de las Viñas, Cabeza del Oso) y Jerte (Villasviejas, en Casas del Castañar). Las cifras de estos últimos son variables - 15-60 Has. - y en ocasiones desmesuradas, pero su tamaño los acerca más a los poblados vacceos y carpetanos que a sus congéneres atlánticos (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212-

¹⁴⁵ Su nombre antiguo, si es que alguna vez apareció reflejado en las fuentes, todavía no es posible identificar. Tal vez sea razonable suponer, dada su magnitud, que corresponda a alguna de las ciudades de la lista de Ptolomeo (2,5,7). Una posibilidad sería Okelon, topónimo de la ciudad que Roldán Hervás (1968-69: 90) sitúa en la zona de Béjar, habiéndose sugerido también para este núcleo el hábitat del cerro del Berrueco (Fabián 1986-87: 286). Más factible sería relacionar Ulaca con Deobriga, en el corazón del territorio vetón y con ello el reconocimiento de su importancia como núcleo fortificado y religioso, siendo objeto de la atención de Ptolomeo. De todos modos, se trata de lugares vettones hasta el momento desconocidos.

213).

Martín Valls (1971b: 129 y 1974-75: 283-286), citando algunos vestigios como las rampas de acceso en el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), las casas de planta circular del castro de Saldeana o la cabeza exenta de uno de los cuadrúpedos del poblado de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera, valoraba las influencias del área cultural de los castros portugueses y del Noroeste sobre los territorios occidentales de Zamora y Salamanca. Desde un planteamiento general, se podría afirmar que los núcleos de población más allegados al ámbito atlántico - Lusitanos, Astures, Galaicos - ofrecen superficies pequeñas prácticamente hasta la romanización (Almagro-Gorbea 1994a: 37), rasgo que conviene a los castros vettones más occidentales, faltos también de vestigios funerarios. Esta atribución se vería nuevamente refrendada en los poblados de ribero del Tajo y el Almonte, al occidente de Cáceres, en zonas aisladas y pastoriles (Martín Bravo 1996: *)¹⁴⁶.

El modelo de ocupación vendría configurado, en segundo lugar, por el asiento de sus habitantes en núcleos poderosamente fortificados, junto a las vegas de los ríos (Maluquer 1956a: 27-28 y 1968; Martín Valls 1971a-b y 1973a), faltando de manera casi general los pequeños establecimientos de tipo aldea¹⁴⁷. Los territorios de explotación ponen inmediatamente de relieve como los poblados están orientados hacia el aprovechamiento fácil de recursos ganaderos (Fig. *); los suelos agrícolas escasean, con apenas un tercio de la superficie ocupada en el último anillo. La dispersión de los verracos aparece nuevamente asociada a un paisaje granítico de pastizales y encinares (89%). El número de estos emplazamientos conocidos en la comarca es mas bien escaso pero, como ocurre con sus homólogos abulenses, la mayoría (85%) se distribuye en la periferia de los poblados, en distancias inferiores a los 4000 m..

¹⁴⁶ Similar conclusión parece extraerse del registro arqueológico referido a los hábitats más meridionales de la Hispania Céltica, en la Baja Extremadura (Rodríguez Díaz 1989: 173) y en particular de la Beturia Céltica, e incluso se ha llegado a valorar una organización más similar como la que se infiere de las regiones montañosas del NO, frente a las que se deducen del poblamiento vettón (Berrocal-Rangel 1992: 283).

¹⁴⁷ Como hábitats no amurallados de la Edad del Hierro en la comarca podrían servirnos Las Cercas (Villavieja de Yeltes) y el Teso del Dinero (Cereza de Peñahorcada), aunque los materiales a los que se refiere el Inventario Arqueológico provincial no son nada elocuentes. Con todo, existe un hábitat rural bastante impreciso y repartido por la provincia, conocido en trabajos de prospección y que se viene asociando sobre todo a un contexto romanizado, sin excluir en algunos casos una datación anterior (Salinas 1992-93: 179).

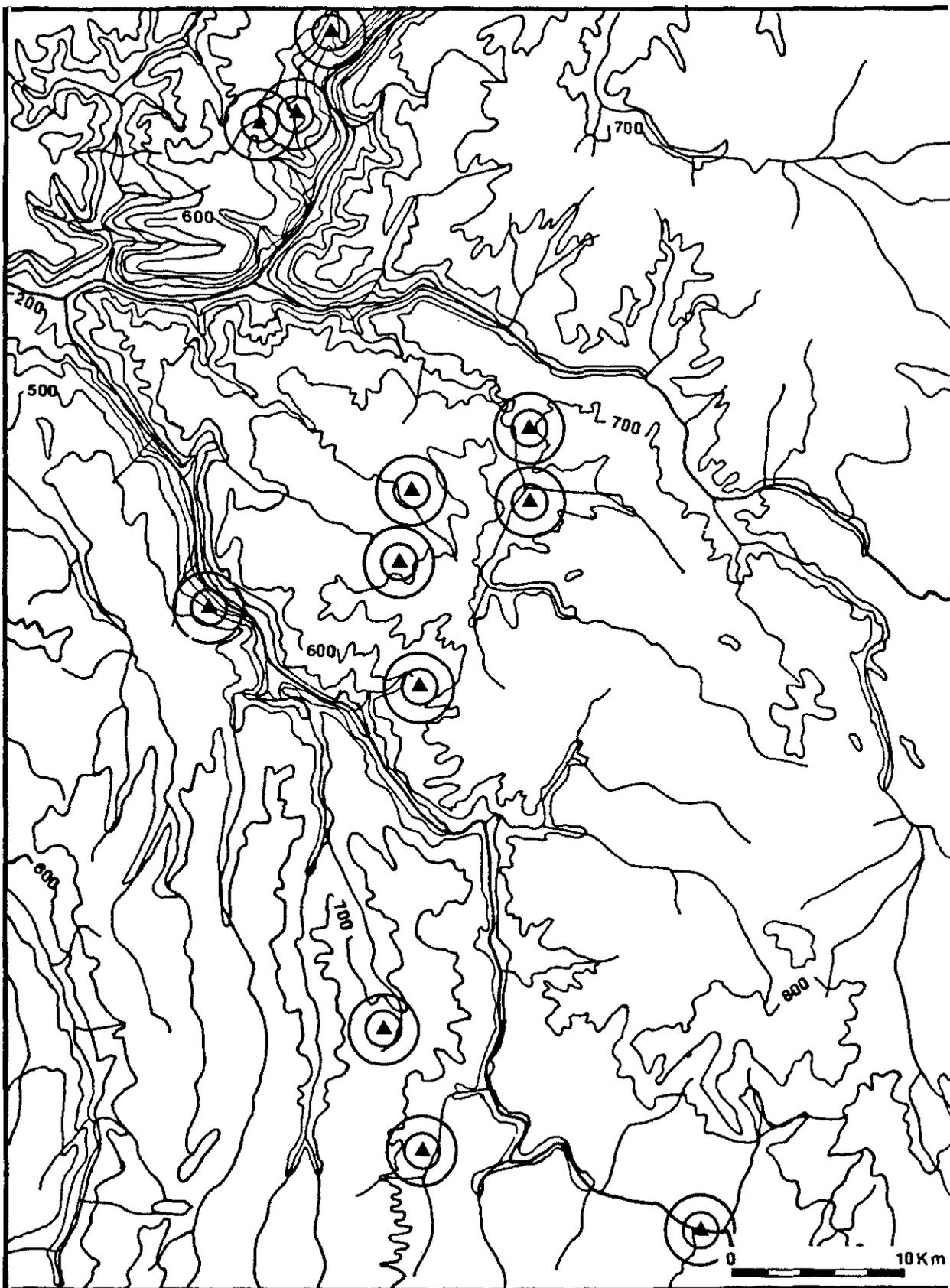


Fig. 36. Distribución de los verracos en el occidente de la provincia de Salamanca.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Bajo el punto de vista del poblamiento este esquema no encuentra una explicación inmediata. Hay que suponer que cada núcleo urbano funcionaba como una unidad autónoma que explotaba el territorio circundante (Salinas 1992-93: 180); y ello, por encima de su adscripción étnica y política. De acuerdo con tal suposición estarían los castros que se distribuyen regularmente en las márgenes del Duero y el Agueda - limítrofes con astures y lusitanos - con distancias medias en torno a los 10 Km. respecto al vecino más próximo: Castelo dos Mouros, San Andrés, Castelmao, La Plaza en Gallegos de Argañán, Ciudad Rodrigo.... Sin embargo, este modelo no es extensible a toda la comarca. Por un lado se advierte un emplazamiento muy seleccionado, quedando despobladas vastas áreas de la región. Por otro, debe reseñarse la significativa concentración de castros con potentes defensas en el cuadrante noroccidental, entre los ríos Yeltes y Camaces (Santonja 1991: 27): en un área inferior a los 280 Km² se distribuyen El Picón de la Mora, El Castillo de Saldañuela, Los Castillos de Gema, Saldeana, Las Merchanas y Yecla la Vieja, con distancias medias entre vecinos siempre inferiores a los 5000 m., es decir, cruzando sus teóricas áreas de captación. La intervisibilidad es importante y la intensidad de ocupación da lugar a un control estratégico muy completo de las vías de comunicación. Sin embargo apenas se dispone de otros datos, fuera de lo concerniente a las características de sus defensas.

Estas aglomeraciones urbanas, sin centros menores suministradores, deben llevar aparejado un modo muy específico de explotación del territorio. Por ejemplo, la abundancia de minerales útiles (oro/estaño/cobre) en formas aluviales diseminadas y los filones de hierro y estaño que aún se explotan dan fe de su importancia en la región (Maluquer 1956a: 7 y 23; Gómez Moreno 1967: 9). La consulta al Mapa Metalogenético¹⁴⁸ advierte de importantes afloramientos en Barruecopardo, Encinasola de los Comendadores y Villares de Yeltes, muy cerca del curso del Huebra donde se localizan nuestros castros, y otros focos más al sur, en Villar del Ciervo y Gallegos de Argañán (Fig. *). La complejidad del hábitat apenas se entrevé con la información disponible, pero la relevancia de esta misma zona se ve refrendada con la continuidad de algunos centros (Las Merchanas, Yecla, Saldeana) durante el Alto Imperio y la Baja romanidad, en un

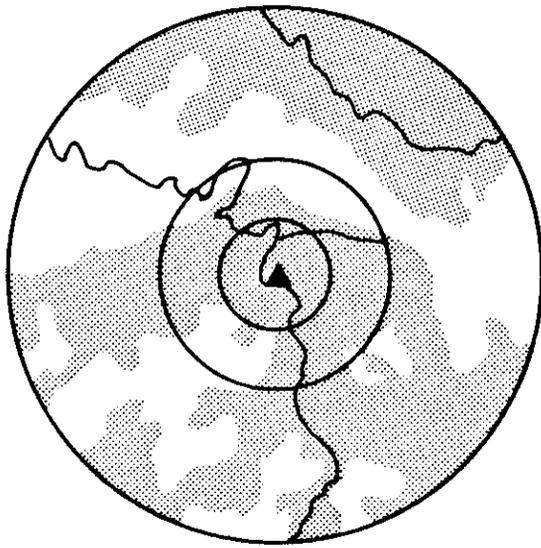
¹⁴⁸ Mapa Metalogenético de España, E. 1:200.000, hoja 36 (Vitigudino). Instituto Tecnológico Geominero de España (IGME), 1975 (1ª edición).

territorio que también se caracteriza por su nutrida epigrafía (Navascués 1963 y 1966; Martín Valls 1979 y 1982). En tal sentido, Maluquer (1956a: 86-87 y 1968: 108 ss., 119) llegó a sugerir destacamentos militares romanos en el castro de las Merchanas para controlar la producción de estaño. El hallazgo de un edificio de grandes proporciones con varias esculturas y un ara en su interior abonaría a su juicio tal probabilidad, llegando a suponer la existencia de un culto oficial en relación con el destacamento.

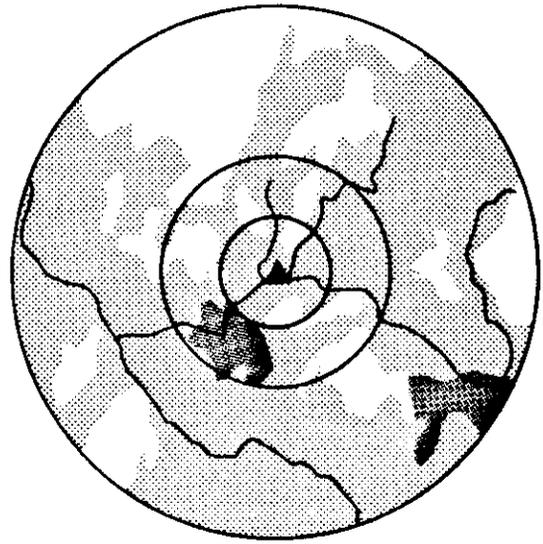
La trascendencia de estos datos no puede asumirse sin ciertas reservas para la etapa prerromana, dado que no hay evidencias arqueológicas seguras de su explotación. Con todo, la hipótesis de vincular el desarrollo de estos núcleos a una actividad especializada inmersa en el monopolio y distribución de los recursos mineros nos parece muy sugestiva (Salinas 1992-93: 179-180). Su ubicación, en la divisoria entre el Duero y el viejo camino tartésico de la Vía de la Plata, contribuiría a explicar la pujanza de estos núcleos en las redes de intercambio¹⁴⁹.

En la lectura del patrón de poblamiento hay, con todo, un aspecto chocante. Desconocemos en qué medida el desarrollo de estos centros especializados afectó al hábitat rural circundante, dándose además la circunstancia de que las esculturas de verracos también escasean en sus áreas de captación. Hasta qué punto estos rasgos nos ilustran sobre la especificidad de los recursos utilizados no es fácil de explicar. Una posibilidad sería que algunos centros maximizaran preocupaciones estratégico-defensivas frente a las necesidades de producción para el sustento. Tal vez los más pequeños en el ranking, como el castro del Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: 130-131), cuya muralla abarca poco más de 1 Ha. y una superficie útil para el caserío bastante menor, podrían considerarse en este sentido, frente a otros castros vecinos como Yecla o las Merchanas que se aproximan a las 5 Has.. Lo escaso de la documentación impide contestar definitivamente a estas cuestiones, pero estos datos convienen muy bien con el modelo concentrado de ocupación y los presuntos focos de actividad minera.

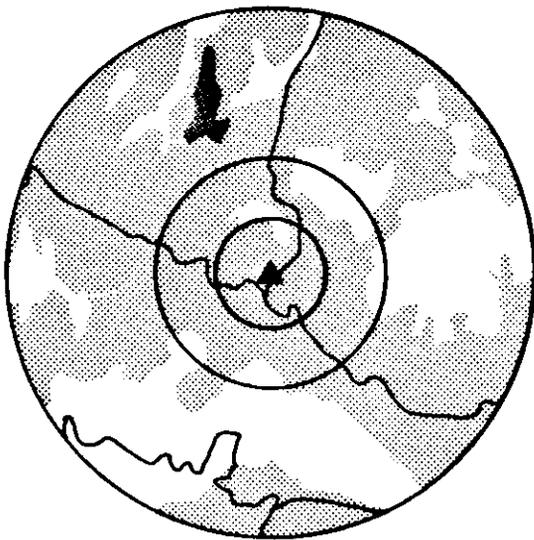
¹⁴⁹ La interpretación anterior podría valorarse a la luz de otro dato, como es la carestía de mineral en otras áreas de la provincia y también de la región Vettona. No obstante, pequeños veneros que salpican la región seguramente explican la espléndida metalurgia de este momento. Los *oppida* del Amblés podrían relacionarse con los afloramientos ferruginosos de Sierra Merina y Arroyo de la Higuera (Martín Valls y Esparza 1992: 262), en el Raso de Candeleda no se descartan afloramientos locales (Fernández Gómez 1986: 18-20) y las minas de las vertientes norte y occidental de los Montes de Toledo abastecerían esa parte de la Cuenca del Tajo (Urbina *et alii* 1992 y 1994).



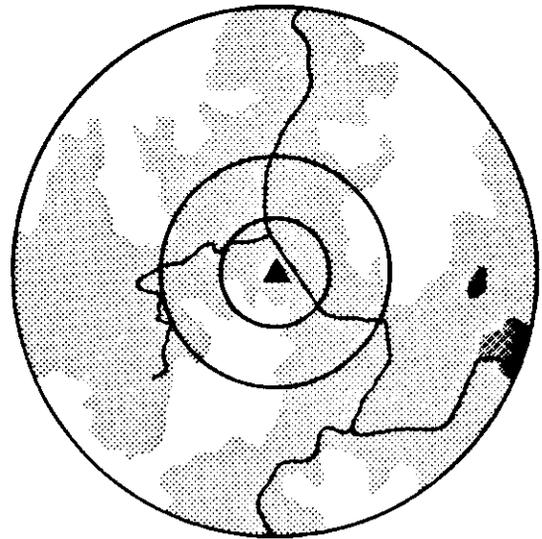
LAS MERCHANAS



YECLA LA VIEJA



EL CASTILLO DE SALDEANA



LA PLAZA

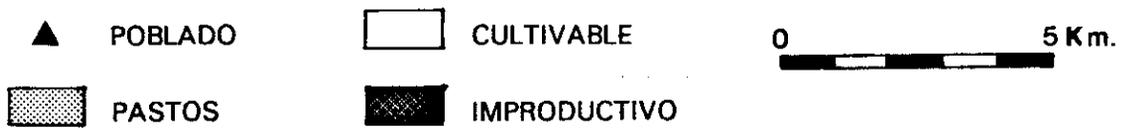


Fig. 37. Caracterización económica de los territorios de explotación.
Castros del occidente de Salamanca.

4.3.3. El valle medio del Tajo. La zona de estudio propiamente dicha comprende un triángulo teórico cuyos vértices corresponden a Talavera la Vieja - hoy anegada por el embalse de Valdecañas (Cáceres) - Talavera de la Reina (Toledo) y las estribaciones más septentrionales de la Sierra de Altamira y los Montes de Toledo. La geografía de la Edad del Hierro plasmada en el Inventario provincial, además de otras aportaciones recientes y noticias aisladas (Moreno 1990; Jiménez de Gregorio 1992; Urbina *et alii* 1994) no puede calificarse como exhaustiva, y apenas podemos sino barruntar la caracterización tipológica y cultural de los poblados. El mapa confeccionado (Fig. *) es sólo un punto de referencia inicial pero, aún así, caben algunas consideraciones.

(1) Puede decirse que el hábitat responde a dos tipos de emplazamiento: en unos casos la población se instala preferentemente sobre las alturas inmediatas a la vega del Tajo y el Géballo. Se trata de pequeñas elevaciones fácilmente identificables - Arroyo Manzanas (Las Herencias) - que en algunas ocasiones pueden proporcionar restos de murallas, como los castros de La Estrella (Estrella de la Jara) y Castrejón (Retamoso). En otros, encontramos pequeños establecimientos en zonas más llanas o de fondo de valle - Calera de Fuentidueña (Azután), Cascajoso del Río (Belvís de la Jara)... - no demasiado alejados de aquellos. Una parte importante del hábitat se circunscribe en la margen izquierda del río, tanto en la zona alta como hacia la vega. La intensidad de la ocupación, con una distribución de los asentamientos que rara vez exceden los seis kilómetros de distancia al próximo más inmediato, da lugar a un patrón de asentamiento bastante regular; las visibilidades se circunscriben sobre todo a la vega y al vado de Azután, término que concentra una parte importante del hábitat.....

La abundancia de tierras de cultivo es uno de los factores más positivos en la localización de estos asentamientos, aunque se pueden establecer pequeños matices en los territorios de explotación (Fig. *). Por ejemplo, en un radio de 2 Km. los yacimientos en cerro revelan una orientación agropecuaria más diversificada. Este patrón contrasta con los establecimientos en llano y más próximos al río, que teóricamente pueden haber jugado un papel dependiente y especializado respecto a los sitios elevados. Explotan los fértiles suelos aluviales, que acaparan entre el 80 y el 90% de la superficie ocupada.

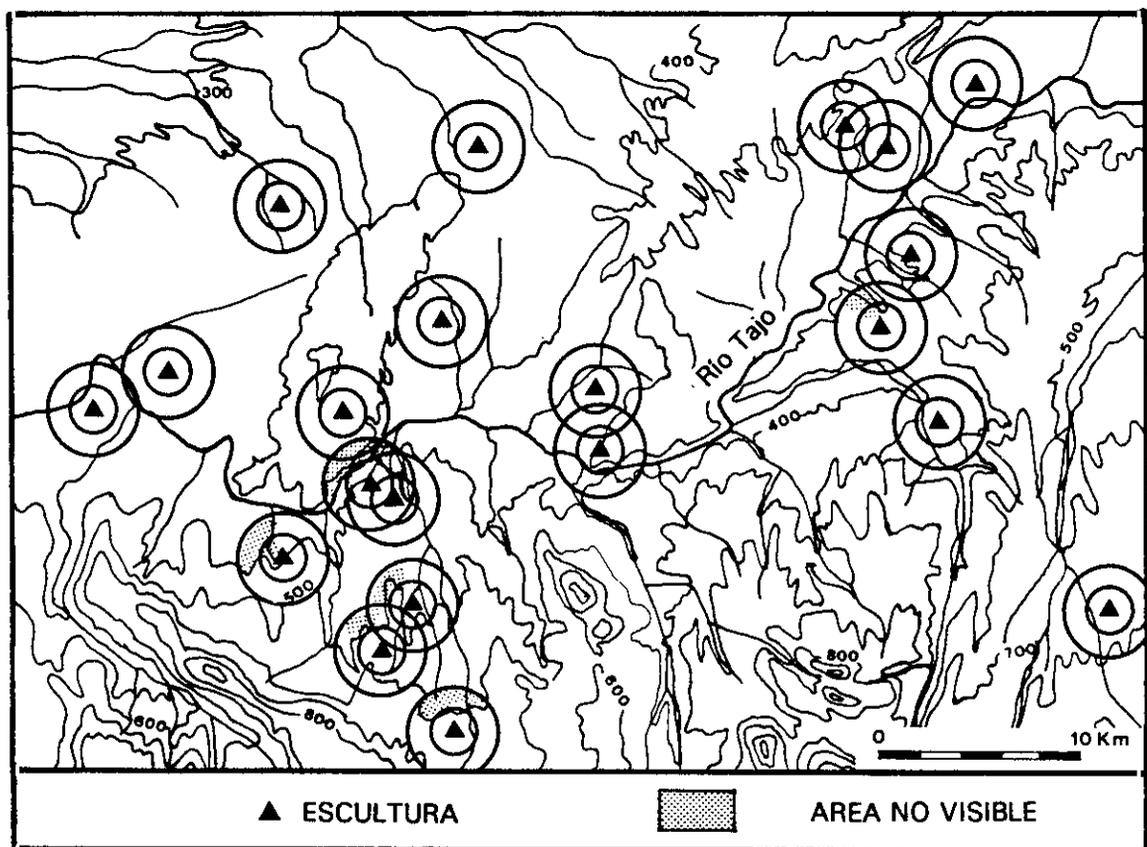
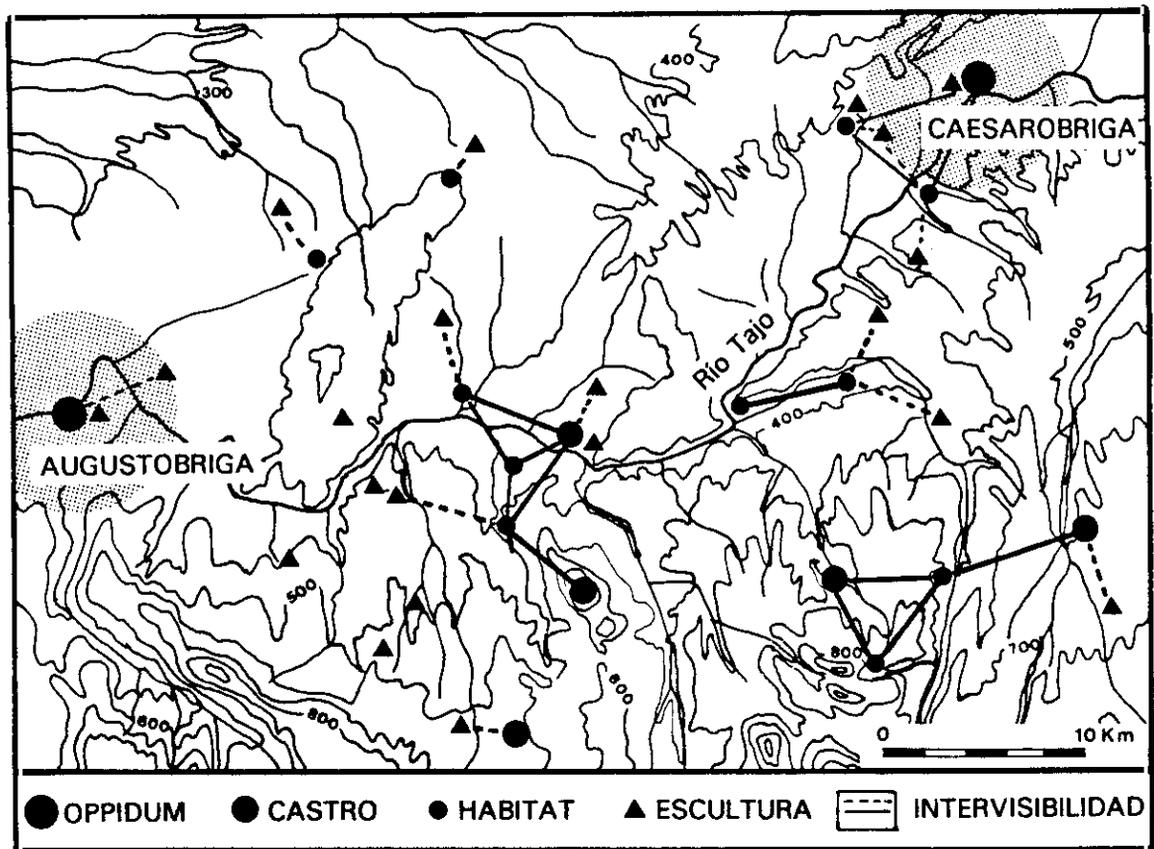


Fig. 38. Poblamiento y comunicaciones ópticas en la cenca media del Tajo a finales de la Edad del Hierro.

(2) La ubicación de los verracos en el paisaje del valle también parece responder a una ocupación planificada del territorio. Algo más del 60% de los emplazamientos conocidos se distribuye en áreas próximas pero no inmediatas a los poblados - entre 2000 y 5000 m. de distancia por término medio - aunque suele existir una buena intervisibilidad entre los asentamientos y las áreas de pastos. Un 72% se distribuye en explotaciones de dehesa, rasgo que contrasta significativamente con el modelo "agrícola" de los poblados. Además se da el hecho de que las agrupaciones más importantes se concentran en la mitad occidental de la cuenca, entre las estribaciones de la Sierra de Altamira y el Tajo, en zona de dehesas. El lugar elegido para su erección señalaría por tanto la importancia de estas tierras de pastos, fácilmente controlables desde las comunidades campesinas, lo que de algún modo indica que los terrenos de éstos no estaban disociados de aquellos.

(3) Otro nivel de análisis vendría determinado por los dos grandes núcleos urbanos del territorio. A la vista de la documentación lingüística y epigráfica parece razonable suponer que Augustobriga (Talavera la Vieja) y Caesarobriga (Talavera de la Reina) fuesen resultado del proceso romanizador de la comarca, cuyos núcleos urbanos tendrían su origen en los siglos I a.C. y I d.C. respectivamente (Salas 1985: 59; Mangas y Carrobles 1992: 111). Es muy probable que ambas ciudades estuvieran amuralladas en origen, como avala el sufijo céltico en -brig, topónimo prerromano característico que continuó en uso hasta época imperial (Almagro-Gorbea 1994a: 30) y del que se dan otros casos (Deobriga, Mirobriga) entre los propios vettones. Carecemos de pruebas seguras respecto del papel que pudieron haber desempeñado estos centros en el Hierro pleno, aunque algunos argumentos podrían orientarse en dicho sentido: sería el caso de las conocidas esculturas de verracos, de gran tamaño, procedentes de los alrededores (Hermosilla y Sandoval 1796; López Monteagudo 1989: 87-88, 104; Alvarez-Sanchis 1993b: 160-161, lám. 2), o los contactos seculares que la comarca talaverana ha venido manteniendo desde el Bronce Final y la primera Edad del Hierro (Fernández-Miranda y Pereira 1992; Martín Bravo 1996; Jiménez Avila y González Cordero, e.p.). Existe además una mención en Plinio (4,118) que las refiere como ciudades estipendiarias de la provincia (Lusitania) a comienzos del Imperio. Por tanto no hay que descartar que fueran núcleos prerromanos de cierta entidad, pues Roma solía conceder este derecho a ciudades indígenas

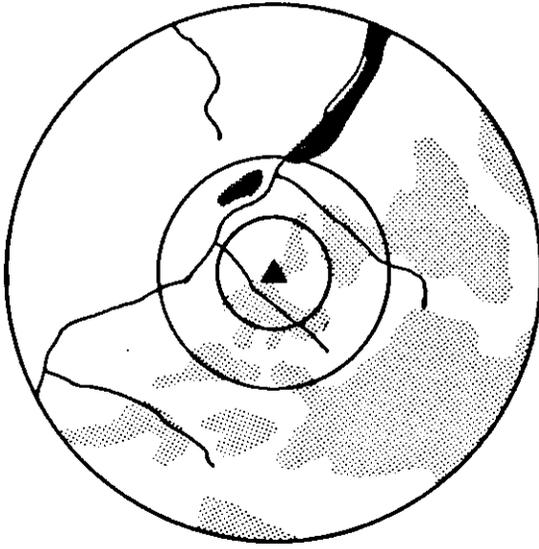
preexistentes (Salas 1985: 59; Aguilar-Tablada 1996 y 1997: 45-46).

En cualquier caso, la fundación de ambos oppida en el llano se explicaría por: (a) su privilegiada posición en los circuitos de intercambio al controlar los vados del río Tajo¹⁵⁰, en la vía de comunicación que unía Emerita Augusta con la carpetana Toletum accediendo así a las ciudades del interior, (b) las posibilidades agrícolas del entorno, fundamentalmente hortícolas en la llanura aluvial, cuya comercialización implicaría una demanda rápida en zonas no demasiado alejadas al tratarse de productos en su mayor parte perecederos (Mangas y Carrobles 1992: 111) y (c) la riqueza metalúrgica de la vertiente norte y occidental de los Montes de Toledo, sobre todo oro, cobre, estaño e hierro (Urbina et alii 1992 y 1994), que a la larga debieron servir como medio de enriquecimiento de las oligarquías locales, facilitando su acceso a la ciudadanía latina y también romana (Mangas y Carrobles 1992: 108).

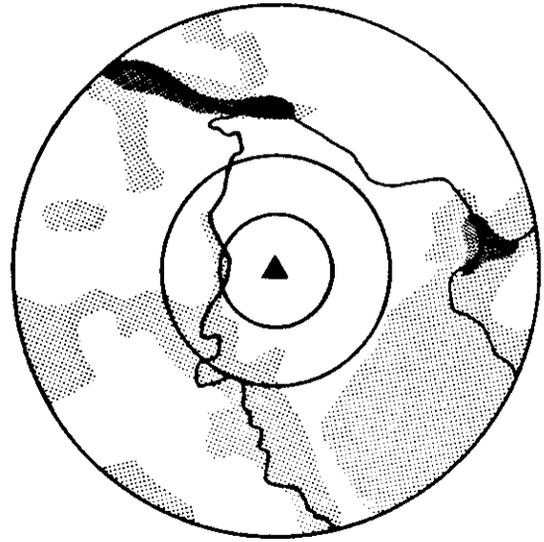
La lógica interna de los hechos parece demostrar que la jerarquización del territorio pueda razonablemente ser relacionada con el desarrollo de estos "lugares centrales" a finales de la República, nutridos a partir de la población rural circundante y dentro de un programa de ordenación general del territorio. Fuera de ellos tan sólo podríamos documentar algunos núcleos de cierta relevancia, como se infiere por ejemplo del asentamiento de Arroyo Manzanas, en Las Herencias, de unas 20 Has. de extensión y 7 Km. escasos al suroeste de Caesarobriga (Valiente 1987: 325; Moreno 1990), cuyo abandono en el siglo I a.C. podría interpretarse en beneficio del nuevo oppidum.

Buena parte de los castros vettones y lusitanos que se localizan al occidente y sur del Tajo, en los bordes de las sierras y en la penillanura trujillano-cacereña,

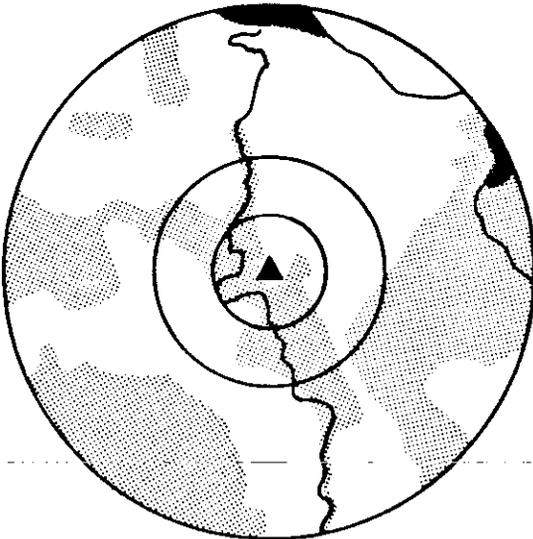
¹⁵⁰ En particular los vados de Alarza, Talavera la Vieja y Azután (Galán y Martín Bravo 1991-92: 195-196, fig. 1). De la importancia estratégica por el control de los pasos naturales del río y su navegabilidad es muestra más que suficiente el conjunto de relatos militares referidos a esta zona (Plácido et alii 1992: 265-266), desde la coalición de indígenas enfrentada a Aníbal tras la toma de Salmantica y Arbucale en el 220 a.C. (Polibio 3,14; Livio 21,5), a los hechos acaecidos en el 193 a.C. (Livio 35,7,6), 192 a.C. (Livio 35,22,5) y 185 a.C. (Livio 39,30-31). En este último Livio nos dice explícitamente que se luchó junto a los vados del Tajo, cuyo control acabó con el sometimiento de los carpetanos y el acceso de Roma a la Meseta Superior. Por otro lado, la distribución de importantes poblaciones a lo largo del Duero - San Mamede (Villardiagua de la Ribera), Santiago (Villalcampo), Ocelo Duri (Zamora?), Arbucale (El Viso, Bamba), Toro,...- tiene un valor probatorio sobre el papel jugado por las grandes vías fluviales en las redes de intercambio y en la localización de los oppida. Los clásicos hablan de su navegabilidad nada menos que hasta Numancia, cuyos habitantes recibían víveres por medio de barcas a remo o de vela, y de la existencia de vados apropiados para cruzarlo (Schulten 1937: 77). Durante gran parte del año el río sería navegable en la zona vettona y lusitana, donde se efectúa la caída del Duero desde la Meseta hasta los barrancos que colindan con Portugal (Wattenberg 1959: 12; González-Cobos 1989: 36).



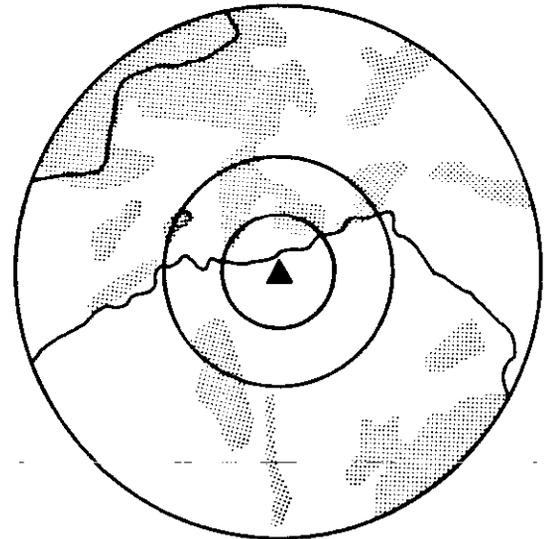
ARROYO MANZANAS



CALERA DE FUENTIDUEÑA



NAVALMORALEJO



CASCAJOSO DEL RÍO

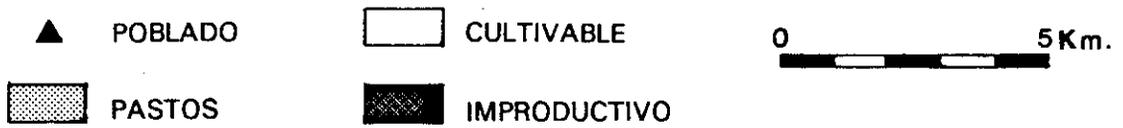


Fig. 39. Caracterización económica de los territorios de explotación.
Castros y poblados de la cuenca media del Tajo.

encierran superficies pequeñas, por debajo de las 10 Has., y un modelo de ocupación más disperso pues la concentración de la población en grandes núcleos no parece ser la tónica general (Celestino *et alii* 1992: 323; Martín Bravo 1993: 351; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212, 220). Un documento jurídico excepcional como es el Bronce de Alcántara, una *deditio* del año 104 a.C. entre los romanos y el pueblo de los *Seano* [rum?] hallada en el castro extremeño (López Melero *et alii* 1984), nos ilustra acerca de un pacto firmado con un *populus* y no con una *civitas* u *oppidum*, indicio de que el poblamiento en esta zona aún no había alcanzado el grado de desarrollo propio de una organización urbana, donde la ciudad adquiere entidad suficiente para poder representar al territorio (Martín Bravo 1994: 271 y 1996:*). Estos rasgos hacen suponer una organización en pequeños castros, como las regiones menos urbanizadas del Occidente y NO., organizadas en *populi* según Plinio (N.H. 3,4,26-28), lo que no excluye que algunos muestren rasgos dominantes sobre el resto al ofrecer una clara ruptura en el ranking respecto a los más pequeños o meros recintos, por debajo de 1 Ha. (Almagro-Gorbea 1994a: 34-38).

En síntesis, del conjunto de aspectos referidos, se advierte que *oppida*, castros y aldeas obedecen a un concepto de asentamiento distinto y selectivo en las comarcas vettonas analizadas. Los factores que intervinieron en su formación fueron numerosos y la combinación de los mismos varió en las distintas regiones y según los momentos diversos. Parece claro que la conversión de estas sociedades indígenas en grandes poblados no parece haber sido unánime ni repentina, siendo interesante advertir que las poblaciones mayores aparecen siempre en las vías más importantes de comunicación, de manera análoga a los centros urbanos de la Europa Templada (Collis 1984). El control de estas rutas, sus condiciones defensivas y la proximidad a determinados recursos naturales parecen haber sido elementos básicos.

Un hecho especialmente interesante son los contrastes que se observan en los modelos de asentamiento a nivel regional. La explicación más plausible debe hallarse en una combinación de factores geográficos, económicos y defensivos. Desde luego los poblados fortificados más complejos parecen haber sido una constante en los territorios de Avila y Salamanca a lo largo de toda la Edad del Hierro. Una diferencia en las economías de subsistencia puede haber sido entonces

la clave en la organización de estos poblados respecto a los establecimientos de la vega media del Tajo: agricultura y agricultura mixta en ambos, pero un elemento pastoral mucho más fuerte en el norte. Evidencias lingüísticas, como los datos transmitidos por las fuentes (Blázquez 1957: 160; Salinas 1982a: 44 ss.), geográficas, como se infiere de la calidad de los suelos, y también arqueológicas, como los cercados y recintos amurallados, apoyarían la idea de un mayor énfasis en la actividad ganadera para estos núcleos. Son muy pocos los análisis de fauna realizados en el ámbito occidental y atlántico, pero también podrían servirnos algunos referentes documentados en los focos castreños de Galicia, León, Zamora, Cáceres y Salamanca (Vázquez Varela 1973: 314; Sánchez Palencia y Fernández-Posse 1985: 327; Esparza 1987: 225-226 y 395-396; Hernández Hernández *et alii* 1989: 144 ss.; Martín Bravo 1991: 175-179; Martín Valls *et alii* 1991: 157)¹⁵¹.

La caracterización tipológica de los yacimientos y la evidencia de una estratificación social en alguno de ellos, parece demostrar un sistema de poblamiento regional jerarquizado. Además, las prácticas sociales que se desarrollan en el paisaje encuentran otro punto de referencia en los emplazamientos de las esculturas de verracos, que sugieren un control directo de recursos específicos ejercido desde los poblados. Los datos disponibles son limitados, pero la consideración de los territorios de explotación de los oppida, las pequeñas explotaciones rurales, los sitios especializados y sus presuntas actividades y funciones indican claramente que las diferencias entre las poblaciones de unos y otros debieron existir sin duda alguna.

Con todo, lo que queda absolutamente abierto es el tipo de relaciones entre unos y otros. ¿Las gentes de los oppida respecto de las granjas y alquerías fueron completamente independientes?, o por el contrario, ¿la población de los oppida controlaba, de alguna manera, a los grupos campesinos de los pequeños establecimientos abiertos?. Con los datos recogidos más arriba me inclino a pensar que la segunda alternativa - con fórmulas concretas que aún estamos lejos de visualizar - ofrece más posibilidades. Otros niveles de análisis que consideraré más adelante, la contextualización de los verracos en el paisaje, la sociología de las necrópolis y la estilística de la decoración de las "cerámicas a peine", apoyan

¹⁵¹ En Avila contaríamos con la gran abundancia de restos de bóvido recogidos en los cenizales de Las Cogotas (vid. *supra*), aunque no está realizado el análisis faunístico completo.

de distinta manera esta línea argumental.

4.4. Epílogo. Las ciudades romanas y la desarticulación del sistema. La política romana de prohibir las defensas y facilitar la instalación en el llano, con el consiguiente abandono de una parte de los centros que mantenían posiciones defensivas, influyó de manera decisiva en la organización del territorio. Que existió lo sabemos por las fuentes (Estrabón 3,3,5; Apiano 99; Diodoro 37, 52-53). En el año 61 a.C. César es nombrado gobernador de la Ulterior. Aprovechando las "razzias" de lusitanos y vettones inicia acciones militares entre el Tajo y el Duero obligando a los indígenas a descender al llano (Mariné 1995: 286). Sin embargo, no es menos verdad que los castros y oppida indígenas también adoptaron otras soluciones en el marco de la conquista; unos continuaron funcionando como pequeños núcleos y, en algunos casos - Salmantica, Urunia (Iruña, Fuenteguinaldo), Augustobriga, la carpetana Toletum - vieron aumentado su poder hasta adquirir el estatuto municipal (Martín Valls et alii 1991: 159; Mangas 1985b: 41; Salas 1985: 62; Plácido et alii 1992: 269 ss.). Es más, la evidencia arqueológica no implica necesariamente que el abandono de una parte de los núcleos vettones se debiese a una imposición militar romana, sino más bien fruto de la propia iniciativa indígena (Edmondson 1990: 167). No parece que los vettones fuesen una de las etnias más belicosas y proclives al enfrentamiento con Roma, y el relativo silencio de las fuentes en este sentido puede ser un primer punto de referencia (Salinas 1982a: 14).

La verdadera conquista del territorio debió producirse a partir del 154-153 a.C. a raíz de las campañas de Viriato y las "razzias" de lusitanos y vettones en la Beturia y sur de la Península. El avance de la romanización propiciaría la devolución de Salmantica a los vettones en esas fechas (Bejarano 1955: 116-119)¹⁵². En relación con este momento podrían datarse algunas importaciones de manufactura romana, como parece evidenciar la cerámica campaniense hallada en Toro y en la capital salmantina (Martín Valls et alii 1991: 157). Con todo, los testimonios históricos iniciales resultan escasos: sólo disponemos de tres referencias transmitidas por Apiano (Roldán 1968-69: 77, 94-95), dos relativas a los primeros

¹⁵² Una postura más crítica, en Sánchez Moreno (1995b: 486-487).

compases bélicos (Appiano 10, 56-58), y una tercera, del 139 a.C., que nos informa de las incursiones de Servilio Cepión contra vettones y galaicos (Appiano 12,70). Poco después, en el 138-137 a.C., Décimo Bruto cruzó el Duero y llegó al territorio galaico, posiblemente a través de los vettones, lo que hace suponer que éstos últimos ya estaban pacificados. En definitiva, y sin excluir su participación englobados bajo la denominación de lusitanos luchando junto a Viriato, nuestra región no parece haber sido escenario de operaciones bélicas de gran entidad en el siglo II a.C., al menos en torno a los principales núcleos de población conocidos.

En el borde suroccidental de la Meseta, los viejos núcleos ganaderos del Valle de Amblés - Las Cogotas, La Mesa de Miranda y Ulaca - comienzan a despoblarse a juzgar por la escasa presencia de materiales romanos. Su población debió trasladarse a la vega, probablemente en el lugar que hoy ocupa Avila, cuya aparente semejanza con la ciudad vettona de Obila mencionada por Ptolomeo (2,5,7) ha originado una identificación hipotética con la ciudad actual, aunque aún no existan datos realmente concluyentes (Roldán 1968-69: 91-92; Tovar 1976: 272; Rodríguez Almeida 1981: 22 y nota 13; Sayas y López Melero 1991: 78-79 y nota 6; Mariné 1995: 298 ss.; Hernando Sobrino 1995: 77 ss.). Diversos hallazgos cerámicos procedentes del solar de la ciudad atestiguan una ocupación por lo menos desde mediados del siglo I a.C. (Martín Valls 1976: 383 y nota 31), hecho que coincide con la escasez de restos en los castros vecinos, por lo que se ha planteado la vitalización del primero a partir de estos últimos (Martín Valls y Esparza 1992: 274-275). El recinto amurallado medieval de la ciudad reproduce fielmente la estructura campamental romana (Mariné 1995: fig. 103). Carecemos por el momento de pruebas seguras a favor de que Avila/Obila desempeñara en época vettona clásica un papel destacado en relación a los diversos oppida de la segunda Edad del Hierro, aunque es posible añadir otras consideraciones.

Un rasgo especialmente interesante es el que ofrece el último recinto de La Mesa de Miranda, datado como sabemos en el siglo II a.C.. Las características de ensamble y trabazón de los grandes bloques de piedra que ostenta el cuerpo de guardia y que se repite en otras áreas de la muralla, se ha valorado análogamente con el que ofrecen las piedras basales de un sector de la muralla de Avila, hasta sugerir para ésta su posible encuadramiento en la etapa prerromana (Cabré *et alii*

1950: 30-31), siguiendo un trazado que no sería muy diferente al romano y medieval (Moliner 1958: 20). Topográficamente, el cerro sobre el que se asentó la ciudad no presenta las características de los castros de la zona. A nuestro juicio el castro primitivo pudo situarse, al menos en un principio, en el altozano suroccidental, en la única zona relativamente escarpada y junto al río Adaja. Resulta razonable suponer que si la población indígena se trasladó progresivamente a este centro, es precisamente ese poder de absorción, beneficiado además de los recursos agrícolas que posibilita la vega sobre la que se emplaza y su situación estratégica al controlar todo el ámbito centro-oriental del valle, indicios razonables de una previa ocupación, que muy probablemente debamos relacionar con el fenómeno de los oppida.

Dentro de este modelo de ocupación podrían valorarse las esculturas de verracos que en número muy elevado se localizan bien en la propia Avila, bien en las dehesas que rodean la capital¹⁵³. La propuesta de los verracos como delimitadores de propiedad se corresponde muy bien con el patrón de poblamiento jerarquizado que ofrece el extremo oriental del valle, junto a la ciudad en cuestión (Alvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, e.p). Dentro de lo provisional que resultan las observaciones de un área apenas excavada, estaríamos ante un ejemplo característico de progresiva concentración de la población regional en el siglo I a.C. en torno a un "lugar central", nutrido a partir de viejos núcleos indígenas que ocupaban posiciones más marginales, lo que no excluye la existencia de hábitats menores sincrónicos y posiblemente subordinados al primero; en otras palabras, la gestación de un oppidum de nueva planta a finales de la Edad del Hierro, en un fenómeno no muy diferente al que preside la emergencia de Augustobriga y Caesarobriga en el Tajo (Salas 1985; Mangas y Carrobles 1992), y también de los grandes poblados de la Europa Templada (Collis 1984: 65-74).

En cualquier caso, lo que se observa con suficiente nitidez es el progresivo despoblamiento de una parte de los oppida indígenas; recuérdese el escaso material campaniense, con seguridad antiguo e importado, de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Cabré 1930: 71 y 109; Cabré et alij 1950: 36, 84, 129), la

¹⁵³ No obstante, conviene tener presente el hecho de que algunas han sido trasladadas y que una parte del material escultórico, de marcado carácter localista por su difusión en torno a la ciudad, debe asociarse a un ambiente romanizado (Martín Valls 1974: 74 ss.; Alvarez-Sanchís e.p.).

moneda de Augusto de la ceca de Emérita hallada en el primero (Cabré 1930: 38, nota 1) o el numerario indígena de Arecorata y posiblemente Secobirices hallado en Ulaca (Posac 1953: 71; Martín Valls y Esparza 1992: 274; Alvarez-Sanchís 1993a: 279), además de un as ibérico de Celsa recogido a los pies del oppidum, en la carretera de Villaviciosa (Abad 1995: 210)¹⁵⁴. No parecen estar habitados desde época postsertoriana, salvo quizá frecuentaciones esporádicas en beneficio de la propia Avila donde puede sugerirse una ocupación continua al menos desde mediados del siglo I a.C..

El tesorillo de 31 denarios ibéricos, relativos a las cecas de secobirices, turiasu, arecorata, arsaos y bolscan, hallados en el casco histórico de Salamanca (García-Bellido 1974; Delibes et alii 1993: 447 ss., 461, figs. 7-8), corrobora la importancia de la revuelta sertoriana en este sector de la Meseta y el proceso de atesoramiento. El depósito forma parte de un grupo más numeroso de ocultaciones intencionadas en estos momentos de inestabilidad, que además de vettones interesa sobre todo a vacceos, astures y arévacos (Delibes y Esparza 1989; Delibes et alii 1993: fig. 9, 461-462).

Al sur de Gredos, las fechas que proporcionan los denarios y ases republicanos del Raso de Candeleda (119-47 a.C.), además del conocido tesorillo que apareció soterrado en una de las viviendas, permiten situar el abandono del poblado en el contexto de las luchas civiles entre pompeyanos y cesarianos (Fernández-Gómez 1979 y 1986: 444-448). Por su relativa proximidad e importancia, su población pudo trasladarse a los oppida de Augustobriga y Caesarobriga, núcleos de romanización temprana que podrían estar ocupados desde algo antes, hasta alcanzar la categoría de municipio latino bajo los Flavios y organizarse como tal (Salas 1985: 62; Mangas y Carroble 1992: 108). Su ubicación junto al río Tajo, en el trazado de la vía 25 del Itinerario de Antonino (438, 2-439) - Alia Itinere ab Emerita Caesarea Augusta - también repetido por el Anónimo de Rávena (312, 7-16), reafirma el importante papel aglutinador desempeñado por esta vía de comunicación. El tránsito al siglo I a.C. es la data post quem que proporciona un semis de Cástulo para la última fase de Arroyo Manzanas, habiéndose sugerido también su abandono con la aparición de núcleos

¹⁵⁴ También, como perteneciente al oppidum aunque desconocemos sus características, debemos considerar el hallazgo de cerámica campaniense (Gutiérrez Palacios 1955: 195) que el autor lleva a comienzos de La Tène.

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

en el llano (Moreno 1990: 292). Se entiende así mejor la relocalización de algunos centros en las postrimerías de la República, como consecuencia de un proceso de absorción por parte de las ciudades mejor situadas para el aprovechamiento de la vega contigua al Tajo.

Cuanto antecede también es válido para Capara (Cáparra), ciudad estipendiaria de la Lusitania referida por Plinio (N.H. 4,118) y citada como vettona y también lusitana por Ptolomeo (2, 5-7). El análisis del topónimo prerromano, la onomástica personal prelatina de algunas inscripciones, el hallazgo a poco más de un Km. al sur de la ciudad de un verraco de grandes dimensiones y algunas referencias de platitos con bandas pintadas y restos de estructuras en las proximidades y dentro del perímetro murado, son elementos seguros a favor de la presencia de la población autóctona en los alrededores, tanto si el origen del asentamiento es un oppidum prerromano o bien una creación romana ex novo (Cerrillo 1994: 150-152, 155-156). Los aportes indígenas son indiscutibles aunque el auge de la ciudad no parece anterior a la época Julio-Claudia (Blázquez 1968). Hasta cierto punto, se podría ver en estos procesos casos tardíos de sinecismo político (Frey 1984) asociados a la fundación de nuevos oppida a partir de otros núcleos menores. Práctica que en la Hispania Céltica parece documentarse en las dos últimas centurias antes del cambio de Era, como evidencia por ejemplo la ceca celtibérica de Tamusia, en un oppidum (Villasviejas del Tamuja) de la penillanura extremeña (Almagro-Gorbea 1994a: 28-31).

Es probable que hacia el siglo II a.C. el poblamiento en torno al Berrueco sufriera una remodelación importante. De ello darían fe el conjunto de hallazgos de Los Tejares, con cerámicas pintadas a torno, fíbulas tardías con esquema de La Tène y otros elementos romanos además del conocido tesoriillo de monedas republicanas (Morán 1924: 23-24), cuya vitalización podría relacionarse con el abandono progresivo de Las Paredejas. Con posterioridad, tal vez hacia el tránsito de los siglos I-II d.C., su población debió repartirse en vegas fértiles de localidades muy próximas (Fabián 1986-87: 286-287). Los testimonios son sólo superficiales, pero teniendo en cuenta la intensa y secular ocupación del cerro y el territorio circundante, así como la escasa distancia - 2000/2500 m. - que dista entre los sitios arqueológicos, no nos resulta incoherente la idea de un gran oppidum abierto, que en las postrimerías de la conquista romana reorganizaría su teórico

espacio urbano, ciñéndose entonces al sector (Los Tejares) que ofrecía mejores condiciones naturales.

El depósito de monedas hallado en el poblado salmantino corresponde también a alguno de los conflictos civiles librados con posterioridad al sertoriano. La más reciente aporta un terminus post quem del 43 a.C. Los años que median desde el fin de las guerras entre Pompeyo y César hasta el conflicto cántabro están pobremente documentados. Resulta probable que hubieran existido enfrentamientos a la vista de los triunfos celebrados en Roma por los gobernadores de Hispania (Mangas 1985a: 24), pero tampoco habría que descartar que la circulación monetaria se hubiera mantenido algún tiempo, el suficiente para relacionarlo con los acontecimientos del 29 a.C., cuando el legado Estatilio Tauro somete a cántabros, vacceos y astures (Dion Casio 51,20,5), suceso mucho mejor evidenciado en la ocultación de los tesoros astures de Ramallas-Rabanales y Arrabalde 1-2 (Esparza 1983a; Delibes y Martín Valls 1982; Delibes y Esparza 1989).

Antes de la época de César, la presencia romana en tierras vettonas y lusitanas al sur del Tajo tampoco estaba férreamente consolidada (Sayas y López Melero 1992: 253). A finales del siglo II a.C. se perciben algunos hechos bélicos, bien avalados en la deditio de Alcántara del 104 a.C. (López Melero et alii 1984). De igual modo, la aparición en cuantía no demasiado elevada de cerámica campaniense y ánforas en Villasviejas del Tamuja (Botija), se ha relacionado con los exhumados en Castra Caecilia o Cáceres el Viejo, argumentando una ocupación transitoria romana con fines militares (Hernández Hernández 1993: 122). Las emisiones más modernas del numerario indígena y los denarios republicanos apuntan a una cronología entre las guerras sertorianas y el 40 a.C. (Sánchez Abal y García Jiménez 1988: 158; Blázquez Cerrato 1995: 247-250). También desde el siglo I a.C. encontramos establecimientos en llano con cerámicas análogas a las castreñas, que paulatinamente irán ocupando los suelos más productivos (Martín Bravo 1994: 284 y 1996: *). La creación de Norba Caesarina (Cáceres) en el año 34 a.C. guardaría relación con el abandono definitivo de Villasviejas y de otros núcleos indígenas cercanos, en gran parte debido a su situación marginal dentro de las redes de comunicación, factor nuevamente clave en la creación de la Norba romana junto a la vía de la Plata (id. 1993: 124; vid. Cerrillo et alii 1990: 61;

Sayas y López Melero 1992: 258).

Se ha señalado sin embargo, en el proceso inicial de romanización de los vettones, una relativa dualidad en el modelo de ocupación de los poblados frente a los más occidentales (Martín Valls 1971b: 138). Así parece indicarlo la ocupación romana de una parte de los yacimientos salmantinos de la Edad del Hierro, Irueña (Fuenteguinaldo), Virgen del Castillo (Pereña), Lerilla (Zamarra), Saldeana, Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes)... Es una zona que se caracteriza por su abundante epigrafía funeraria, de indiscutible valor para el conocimiento de la onomástica indígena en época altoimperial (Navascués 1963 y 1966; Martín Valls 1979 y 1982), si bien la complejidad y duración del hábitat apenas se entrevé con la información disponible. Sin duda, la prolongación de estos centros hay que relacionarla sobre todo con el hecho de las explotaciones mineras (Salinas 1992-93: 179-180; vid. supra), algunas de las cuales continúan explotándose hoy.

Una parte de las ciudades romanas florecieron en aquellas áreas que ya habían conocido un desarrollo urbano o protourbano en la etapa preaugustea (Edmondson 1990: 153). Por ejemplo, en Ciudad Rodrigo y Salamanca se constata una indiscutible relación entre el mundo indígena y el altoimperial (Martín Valls 1976; Martín Valls et alii 1991) y una situación similar cabría especular para Ledesma aunque la historia de la villa no está plenamente definida (Benet et alii 1991). La intervención de la administración en época de Augusto se plasma en los términos erigidos en el año 6 a.C. para fijar los límites territoriales entre Salmantica, Bletisama (Ledesma), Mirobriga (Ciudad Rodrigo) y otros centros, que hacen pensar en su temprana conversión en municipios (Mangas 1985b: 41; Martín Valls et alii 1991: 159)¹⁵⁵. Otras ocupaciones sobresalen notablemente durante el Bajo Imperio, es el caso de los castros prerromanos de Las Merchanas y Yecla la Vieja, habiéndose sugerido una continuidad en los mismos términos aunque la información arqueológica es muy somera (Martín Valls y Esparza 1992: 274, nota 183).

Al hilo de lo comentado hasta aquí, creemos que la clave del abandono de

¹⁵⁵ Los dos términos de Ciudad Rodrigo deslindaban Mirobriga/Valuta/Salmantica por un lado, y Mirobriga/Valuta/Bletisama por otro. Uno en Ledesma, que deslindaba los límites entre Bletisama/Mirobriga/Salmantica, y otro en Yecla de Yeltes, que lo hacía entre los Mirobrigenses y los Polibedenses (CIL, II, 857, 868, 859 y 5033; Morán 1922: 47-55; Martín Valls et alii 1991: 159).

una parte de los oppida indígenas descansa en la búsqueda de emplazamientos acordes a la nueva situación socio-económica que se avecinaba, valorando especialmente cinco hechos:

(1) las facilidades de acceso de la población a las redes de comunicación controladas por el ejército romano, que prefiguran ya la trama de vías y ciudades de época altoimperial.

(2) el potencial mercado demográfico, y por tanto económico, que este último representaba,

(3) la ordenación romana del territorio en función de los usos agrícolas del suelo,

(4) el advenimiento de un nuevo sistema de intercambio de relaciones impersonales, exclusivamente de interés comercial, frente a los viejos vínculos clientelares indígenas,

(5) la circulación monetaria, que pudo jugar en este sentido un papel vertebrador, incrementándose las necesidades de nuevos excedentes agrícolas y facilitando la especialización.

Si Roma potenció con fines administrativos y económicos núcleos de nueva creación y otros preexistentes en puntos clave para sus intereses, la ocupación sistemática de las vegas y los llanos sedimentarios era sólo una cuestión de tiempo. Esta estrategia podría estar presente avanzada la segunda centuria, pero debió tener más éxito desde la primera mitad del siglo I a.C., probablemente a partir de las guerras sertorianas (82-72 a.C.). Es casi seguro que una parte considerable de los pequeños establecimientos abiertos que hoy conocemos correspondan a este momento, merced a su posición en los suelos agrícolas. De todas maneras, parece obligado insistir nuevamente en la parquedad de los datos obtenidos en prospección y en la ausencia de estudios a nivel de "microregiones".

Estos cambios debieron generar graves tensiones en las relaciones de propiedad de los diferentes grupos y una mayor competencia para la obtención de excedentes agrícolas que facilitase el acceso a los nuevos mercados. Además, el

reparto de tierras potenciado por los romanos - como el acuerdo al que llegaron el pretor Marco Atilio con vettones y lusitanos que pudo incluir una concesión de estas características (Apiano ib. 10,58,60), la concesión de tierras por Cepión a Tautalos o la fundación de una colonia de lusitanos en Valentia (Diodoro 33,1,3; Livio 55) - no debió ser equitativo (Salinas 1986: 34-35, 47; Sayas 1993: 213-215). De alguna manera, el fenómeno del bandolerismo y el robo de ganado entre tribus, "costumbre peculiar y propia de los hispanos" (Diodoro 5,34,5), ofrece aquí un marco explicativo muy coherente, máxime si añadimos la pobreza endémica que las guerras lusitanas, celtibéricas y posteriormente civiles ocasionaron en amplios sectores de la población.

Resulta juicioso el análisis que Ruiz-Gálvez (1985-86: 75) realiza a propósito de las "razzias" y el bandolerismo reflejado en las fuentes, sugiriendo una práctica social organizada propia de las sociedades ganaderas, como medio de adquirir prestigio, riqueza y forma de dirimir rivalidades (vid. Nash 1985: 47; Lucas 1989: 125 ss.)¹⁵⁶. Sin embargo, no es menos verdad que estos desequilibrios deben valorarse en un marco general más amplio (Ciprés 1993: 141-159), en relación con nuevas formas de propiedad de la tierra (Caro Baroja 1990: 332-335), de los usos agrícolas romanos y de los hábitos culturales del campesinado; es decir, la conversión paulatina de sociedades ganaderas en agrícolas a finales de la Edad del Hierro, con la consiguiente jerarquización (Jimeno y Arlegui 1995: 121-123).

Lo que apareció con la conquista romana fue, en palabras de Collis (1984: 188), un "sistema de mercados secundarios". Este nuevo patrón de asentamiento contrasta con el indígena, aunque el proceso no está del todo claro. A finales del siglo I a.C. una parte de los antiguos oppida vettones había desaparecido y otros conservaban un papel hegemónico, operando junto a un modelo de ocupación descentralizado de pequeñas granjas y aldeas. En las dos centurias siguientes se advierte un considerable aumento de población en todo el territorio, con una clara

¹⁵⁶ Y no sólo bandas formadas exclusivamente por guerreros, en el sentido militar y estricto del término. En el contexto del bandillaje y de las "razzias" en busca de ganado, es perfectamente plausible traer a colación aquí el antiguo concepto irlandés de una "Caoraigheacht" (the creaght), que, en sentido amplio, se refiere a comunidades itinerantes o seminómadas muy pobres, pequeñas pero integradas por todos sus miembros, de carácter básicamente ganadero y por tanto asociadas a asentamientos inestables (Lucas 1989: 68 ss.). Constituyen una institución muy característica bien documentada en los anales irlandeses de los siglos XIV a XVII, jugando un papel esencial como fuerzas de ocupación en las expediciones militares a expensas de otros territorios. Con todo, como fenómeno social, debió ser mucho más característico en contextos prehistóricos y de comienzos del Cristianismo, como refieren algunas leyendas medievales (id. 1989: 88-92). Creo que las incursiones de vettones y lusitanos, de profunda raíz social pero también ideológica, reclama ciertos paralelos en este mismo sentido.

preferencia por explotar tierras aptas para el cultivo del cereal, a orillas de los ríos Tormes, Agueda, Adaja, Arevalillo, Zapardiel, Tajo, Duero.... a través de las villae y otras instalaciones urbanas o semiurbanas (Santonja 1991: 27-28; Salinas 1992-93: 181-187; Mariné 1995: 311-318). Como el cultivo extensivo no se adapta a los bancales, este modelo de ocupación queda ausente en las zonas de acusada pendiente, creando vacíos y el abandono de antiguos núcleos de población. Los propietarios introducen entonces nuevas formas de propiedad, el fundus donde se inscribe la villa, rompiendo definitivamente con los modos de explotación tradicionales. La importancia de Zamora, Avila, Salamanca, Talavera de la Reina o Toledo, explicaría así la densa red de núcleos rurales en su entorno, ilustrando perfectamente las fórmulas agrarias de un modelo de ocupación que ha pervivido hasta nuestros días.

Hasta cierto punto, la división romana del territorio mediante civitas y sus respectivos límites, el pago de impuestos - que estimularía la producción agropecuaria, la minería y la deforestación - o la creación de una nueva red de comunicaciones, forzó a la sociedad indígena a percibir y a moverse en el paisaje de una manera muy diferente a como lo había hecho hasta entonces. Estos elementos serían constitutivos de un nuevo "mapa cognitivo" del territorio (Edmondson 1992-93: 25 ss.)¹⁵⁷, del ager y del saltus, por parte de las gentes vettonas y lusitanas que lo habitaron. Mientras muchos de los asentamientos de la Edad del Hierro se fundaron en virtud de intereses ganaderos y defensivos, las ciudades romanas eran fundamentalmente administrativas, carecían de defensas y se emplazaban en zonas bajas. Con el tiempo, todos estos cambios en el régimen socio-económico llevarían a la disolución de los vínculos de sangre, del estatus guerrero y de la estructura gentilicia, en favor de la propiedad, un estatus más urbano y otras formas privadas del territorio.

Estos acontecimientos desarticularon el modelo de poblamiento indígena, la organización socio-ideológica y las fórmulas económicas que lo sustentaban. La creación de un nuevo mercado y la aparición de un nuevo rango de productos romanos trajo como consecuencia la gradual desmembración del viejo sistema

¹⁵⁷ Resulta claro el modo de intervención romana desde comienzos del Imperio, con la creación de unos referentes étnicos y fronterizos muy precisos para los diferentes populi de los tiempos de la conquista. Estas divisiones artificiales contribuirían a dotar al paisaje de un cierto orden geográfico, allí donde los referentes habían sido hasta entonces muy imprecisos (Edmondson 1991-92: 26).

LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

vertical de intercambio y de manufacturas entre los oppida y sus subordinados. Merced a tales circunstancias, puede afirmarse que en los años postreros a Julio César los grandes centros ganaderos habían perdido su supremacía a cambio de los mejor situados en las vegas agrícolas.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

ABRIR VI. LAS NECRÓPOLIS.

